

s a m

Este es un documento dolo-  
roso, doloroso pero necesa-  
rio, mediante el cual Samuel  
Waserstein Kahn dirige a los  
costarricenses, a los polacos y  
a la humanidad entera una la-  
cerante advertencia sobre los  
lamentables resultados de la  
intolerancia. Para los ticos, mi  
padre deja aquí un mensaje de  
agradecimiento y de esperanza  
de enorme valor en este parti-  
cular momento de nuestra his-  
toria, y expresa su amor por  
Costa Rica mediante una her-  
mosa e inolvidable lección de  
humanidad.

Cierto día, en el verano de  
1941, cerca de dos mil ciuda-  
danos polacos, practicantes de  
la religión y la cultura judías,  
fueron asesinados bestialmente  
por sus coterráneos cristianos  
en la poco menos que descono-  
cida aldea de Jedwabne. Crí-  
menes semejantes ocurrieron  
en el resto de Polonia, pero, su-  
mergidos en la enormidad de la  
“solución final” nazi y en la in-  
diferencia muchas veces calcu-  
lada de los dirigentes políticos  
y religiosos de Occidente, las  
víctimas cayeron en el olvido y  
los verdugos quedaron en la  
impunidad. Ese olvido y esa  
impunidad son infames y per-  
manentes repeticiones de aque-  
llos crímenes, y es por ello que  
el testimonio de mi padre, el  
único de los pocos supervi-  
vientes judíos de Jedwabne  
que vivió para darlo, es un po-  
deroso instrumento de reden-  
ción y de advertencia.

LA DENUNCIA

10 de julio de 1941

LA DENUNCIA

**10 de julio de 1941**yehudi monestel arce



920

W313d Waserstein Kahn, Samuel

La Denuncia: 10 de julio de 1941 / Samuel Waserstein Kahn,  
Yehudi Monestel Arce. -- 1a. ed. -- San José, C. R. : Editorial  
Guayacán, 2001.

352 p.; ¡I. col. ; 21 x 14 cm.

**ISBN 9968-16-116-0**

1. Relatos estadounidenses. 2. Relatos costarricenses.

3. Biografías. I. Monestel Arce, Yehudi. II. Título.

I Edición, 2001

© Editorial Guayacán Centroamericana, S.A.

© Samuel Waserstein Kahn

© Yehudi Monestel Arce

Director editorial:

Rodrigo Ortiz Astúa

Diseño gráfico y diseño de portada:

William Abarca Méndez

Hecho el depósito de Ley.

- Reservados todos los derechos.

**ADVERTENCIA**

De conformidad con la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos es pro-  
hibida la reproducción, transmisión, grabación, filmación total o parcial del con-  
tenido de esta publicación mediante la aplicación de cualquier sistema de re-  
producción, incluyendo el fotocopiado. La violación a esta ley por parte de cual-  
quier persona física o jurídica, será sancionada penalmente.

**Editorial Guayacán Centroamericana, S.A.**

**Tel.: (506) 276-7091 Fax: (506) 276-7091 - Apartado 1564-1002  
San José, Costa Rica**

**2001**

Son muchas las personas a quienes debo  
agradecer apoyo y colaboración para  
que este libro fuese terminado. De ellas,  
unas están vivas y otras fallecieron du-  
rante los cuatro años empleados en el  
proyecto. Debo destacar, sin embargo,  
los aportes, la ayuda, las sugerencias,  
correcciones y relecturas, recibidos del  
Dr. Isaac Waserstein, de Paula Castillo  
Navarro, la Ing. Giovanna Monestel Do-  
bles, la Dra. Miriam Bustos Arratia, de  
mi fallecido padre, periodista y escritor,  
Bolívar Monestel Vicenzi y de mi espo-  
sa, la Dra. Marta Gamboa Godínez. Pa-  
ra ellos, mi afecto y gratitud eternos.

*Y. M. A.*

Tabla de contenidos

[Prefacio 11](#bookmark10)

[La denuncia 15](#bookmark13)

[Reto autobiográfico 19](#bookmark16)

[Los progenitores 29](#bookmark19)

[Acción secreta 37](#bookmark22)

[Casa compartida 49](#bookmark25)

[Las raíces perdidas 59](#bookmark28)

[Jedwabne: fin del mundo 69](#bookmark31)

[El jueves negro 77](#bookmark34)

[Fugitivo de los monstruos 115](#bookmark39)

[Un nuevo cristiano ? 135](#bookmark42)

[Dos años bajo tierra 171](#bookmark45)

[Camino de resurrección 211](#bookmark48)

[Alerta roja 275](#bookmark54)

[Consumido en el misterio 297](#bookmark57)

[Glosario 315](#bookmark65)

Anexos 327

PREFACIO

De mediana estatura, robusto, rostro severo e imperiosa gestuali-  
dad, Samuel Waserstein Khan no es uno de esos seres humanos  
que invitan a la amistad espontánea. Acostumbrado a la acción, al  
trabajo sin claudicaciones, al riesgo y al manejo creativo pero au-  
toritario de sus empresas, su personalidad está marcada por una  
natural dureza que se resuelve en palabras cortantes, perentorias,  
y una inquisidora y casi glacial observación de sus interlocutores.  
Estaba enterado de estos detalles cuando tuve la primera entrevis-  
ta con él el 15 de noviembre de 1995, y sabia, además, que había  
investigado diligentemente mi vida profesional, en ánimo de des-  
cubrir “debilidades” o “neblinas” que le definieran al personaje  
que su hijo, el doctor Isaac Waserstein Goldwasser de manera di-  
recta, y de forma indirecta el empresario Salomón Aizennman,  
hablan recomendado para realizar la confección de un libro auto-  
biográfico que, además, pudiera tomarse como “testamento espi-  
ritual” para sus descendientes, revelación de un macabro crimen  
masivo contra los judíos de una perdida aldea en el norte de Po-  
lonia durante la Segunda Guerra Mundial, y mensaje “a tono pro-  
fetice” para los judíos de las nuevas generaciones en el mundo  
entero.

Hablamos por largas horas y mis prevenciones de primera  
instancia se borraron cuando el “hombre duro”, que su propia fa-  
milia señalaba “difícil de abrir al diálogo confiado y distendido”,  
comenzó a salir de su “blindaje” cotidiano y a revelarme algunas  
de sus aristas sicológicas interiores donde encontré una persona  
revestida de un singular humanismo, mucho conocimiento de la  
historia en que se asentó la génesis de la Segunda Guerra Mun-dial, del endiablado juego de intereses geopolíticos que la poten-  
ció y de la espeluznante locura racista antisemita europea, de la  
cual emergió la más negra página de exterminación, odio, violen-  
cia, sangre y muerte de que se tenga conocimiento en el Siglo  
XX: ¡el Holocausto en que seis millones de judíos fueron asesi-  
nados!

Me sorprendí, además, que el adusto Waserstein manifesta-  
ra confiar plenamente en el trabajo narrativo que yo pudiera ha-  
cer con sus memorias y confesiones, autorizara a “investigar sin  
restricciones” todo lo bueno, lo “malo” y lo “feo” que hubiese en  
la historia de su vida y su familia y advirtiera estar dispuesto a so-  
meterse a “la tortura” y disciplina de los interrogatorios a través  
de los cuales se activaría el enorme caudal de recuerdos doloro-  
sos y traumáticos archivados desordenadamente en su mente.

Además del atractivo de una revelación, mi decisión de  
aceptar la confección del relato de Waserstein estuvo animada  
por la posibilidad de enrostrar a la humanidad las aterrorizadoras  
estadísticas de aquel cataclismo bélico, en la esperanza que los  
habitantes de esta esfera planetaria llamada Tierra jamás vuelvan  
a permitir una hecatombe semejante. Cincuenta y cuatro millones  
de muertos y ochenta y seis millones de heridos son números di-  
fíciles de asimilar como resultado de la locura humana. Lo son  
los miles de ciudades y pueblos convertidos en ruinas, los millo-  
nes de familias sin techo ni bienes, los diez millones de niños  
huérfanos, las economías arruinadas de setenta y dos estados que  
directa e indirectamente se vieron envueltos en las llamas de la  
guerra y los novecientos treinta y cinco mil millones de dólares  
que sumaron los gastos astronómicos relacionados exclusiva-  
mente con la actividad bélica.

Jamás imaginé que el proyecto supuesto a concluir en 1996  
me atrapara de tal forma que aún al iniciarse el año de 1999, es-  
tuviese obligado a corregir tres borradores más para incluir en  
ellos nuevos detalles, precisiones y “reconexiones” que afloraron  
a la mente de Samuel Waserstein, o derivaron de las investigacio-  
nes que hube de realizar a principios de 1997, en México y Cu-  
ba, o las comprobaciones de campo y búsqueda de documentos  
efectuados durante mayo y junio del mismo año en Polonia, Ru-  
sia, Israel y España.

Las mayores dificultades de enhebrar y dar coherencia a la  
obra, nacieron del propio protagonista. Su imposibilidad de ale-  
jarse, por el tiempo que habíamos planeado, del control personal  
de sus empresas y el afrontar una interminable y pesada cadena de  
patologías que afectaron su salud, lo sacaron de “acción” por lar-  
gas temporadas y en más de tres ocasiones lo enfrentaron de nue-  
vo a la muerte, me obligaron a menudo a desandar lo andado y  
volver a comenzar, o a esperar meses enteros por las citas necesa-  
rias para clarificar incongruencias en el relato, o consultar nueva  
documentación de apoyo a los hechos históricos reseñados.

El resultado fue este trabajo en el que me involucré hasta  
la obsesión, que no tiene intenciones literarias, ni puede asumir la  
estructura científica de la investigación histórica formal. Trabajo  
que debe verse, simplemente, como una conversación transcrita  
en clave periodística, que conserva en lo posible, un “ajuste” con  
las grabaciones que la fueron conformando, y se'resuelve con el  
protagonista hablando en primera persona.

Son notorios los “pecados” que existen, en el intento de  
ubicar ciertos hechos, dentro de una cronología formal y mayor-  
mente esclarecedora, y en el uso de un lenguaje escrito que no  
puede escapar a las reiteraciones, cambios de tiempo y las recar-  
gadas adjetivaciones en que cayó el protagonista, al ir dando for-  
ma a sus recuerdos, o al mantener su relato a pesar de los trastor-  
nos emocionales imposibles de soslayar o vencer, de quien estan-  
do en la serenidad es obligado a regresar a la tormenta, y de  
quién, viviendo en la seguridad económica y la paz del hogar, es  
empujado conscientemente hacia aquél infierno de sangre, muer-  
te, y locura que le tocó vivir en los años 40 y del cual emergió,  
en un despiadado ejercicio de sobrevivencia, cargando en su  
cuerpo y en su espíritu las heridas, traumas y neurosis que lo mar-  
caron para siempre.

Estoy plenamente consciente de estos defectos, y lo está el  
propio Samuel Waserstein Khan, pero también lo estoy de que to-  
do este drama servirá de ejemplo para evitar que jamás vuelvan a  
ocurrir semejantes monstruosidades en el mundo.

Estoy convencido de que, por sobre todas estas cosas, el li-  
bro describe la extraordinaria personalidad de Samuel Wasers-  
tein, y que de todo lo negativo que se reseña, surgen mensajes po-  
sitivos que pueden ayudar a esta humanidad descreída, insolida-

ria y violenta, a encontrar el cambio que conduzca a la construc-  
ción de una sociedad del amor, la justicia, la paz, la esperanza y  
la fe.

Debo advertir que muchos nombres que aparecen en la  
obra fueron cambiados a fin de no entorpecer la investigación de  
los hechos -que aun continúa- y proteger a quienes, por ayudar a  
los judíos fugitivos, o ser testigos presenciales de su eliminación  
masiva, se han visto amenazados y perseguidos por algunos de  
los que protagonizaron tanta bestialidad y aun siguen vivos en  
Europa.

*Yehudi Monestel Arce*

LA DENUNCIA

Dios tenga en el cielo a mi padre. Hace poco más de un año,  
aquel incomparable ser humano pasó a la otra vida, aquella en la  
que por fin su alma, más que su cuerpo, podrá descansar de los  
prolongados maltratos a los que fue sometida en este mundo. Ha  
llegado, entonces, para su hijo, la hora de comprender, es decir,  
la hora de intelectualizar el sentido de una denuncia que Samuel  
Waserstein Kahn había venido preparando a lo largo de casi seis  
decenios, y que completó, literalmente, con su último suspiro te-  
rrenal.

Después de haber sido una de sus víctimas, mi padre siem-  
pre se sintió en el deber y en la necesidad de dar testimonio de un  
acto de barbarie, ejecutado por seres humanos de los que aún ha-  
ce muy poco tiempo nadie sospechaba que habían tomado parte  
en uno de los más abominables crímenes de la historia. Es posi-  
ble que al principio haya resultado, para nosotros, sus descen-  
dientes, muy difícil comprender por qué había en él ese senti-  
miento casi mesiánico, un sentimiento construido alrededor de  
una memoria que, a su juicio, amenazaba con desvanecerse. En  
lo que me concierne, ya he comprendido y me dispongo a cum-  
plir con mi parte, haciendo que el libro escrito por mi padre, con  
la dedicada y competente colaboración del periodista y escritor  
costarricense Jehudi Monestel Arce, sea publicado.

Y esto debe entenderse bien. A mi padre no le preocupaba  
tanto que los hechos narrados en este libro se borraran de su me-  
moria, pues él sabía muy bien, y así me lo hizo ver desde mi ni-  
ñez, que en el envejecimiento del ser humano está implícito el ol-  
vido individual. Pero lo que él no quería que ocurriera es el ol-vido colectivo, la desmemoria de la sociedad o de la especie hu-  
mana. Para mi padre no era posible permitir -y hoy no lo es pa-  
ra mí- que los crímenes atroces cometidos en aquella Polonia y  
en aquella Europa en las que a él le tocó nacer sean olvidados.  
Tampoco podemos permitir que las víctimas queden en el olvido,  
ni que los culpables permanezcan en la impunidad del anonima-  
to. De permitirlo, estaríamos contribuyendo a que los crímenes  
se repitan y, justamente, en esa posibilidad radicó la gran angus-  
tia que acompañó a mi padre en la última etapa de su vida. En  
este testimonio suyo figuran verdaderos gritos de advertencia, di-  
rigidos a toda la humanidad, y no solamente a los judíos, sobre  
las terribles consecuencias del olvido. Todavía reverberan en mis  
oídos sus dolorosas admoniciones cuando, en tiempos recientes,  
se enteraba de las masacres que la civilización actual tolera, con  
indignante pasividad, en diversas partes del mundo. Cada oleada  
de torturas, cada nuevo genocidio, laceraban su alma y su cuerpo  
como si se repitieran las muertes, los sufrimientos y las humilla-  
ciones a las que fueron sometidos él, su familia y sus amigos.

Si yo poseyera la riqueza de expresión que el sufrimiento  
insufló en mi padre, tal vez podría alguna vez reunir las palabras  
necesarias para explicar la complejidad psicológica dentro de la  
que tiene lugar la vida de los hijos de un sobreviviente de la Tra-  
gedia. No la poseo y, por lo tanto, me limitaré a decir que lo más  
sencillo para nosotros habría sido desear que mi padre y mi ma-  
dre olvidaran y disfrutaran finalmente, en esta bendita Costa Ri-  
ca, una vida tranquila y plena, de la cual pudiera nutrirse nuestra  
felicidad y la felicidad de nuestros hijos. Podríamos pensar que,  
después de todo, no hay estirpe humana que no cuente, entre sus  
antepasados, con mujeres y hombres que sufrieron indeciblemen-  
te. Sin embargo, cuando leo las páginas que componen este tes-  
tamento moral de mi padre, me doy cuenta de que no tenemos de-  
recho a pedir tanto. Si, en aras de nuestra comodidad, propiciára-  
mos el olvido, seríamos los primeros traidores de las víctimas, los  
primeros traidores de nuestros padres y los primeros condenados  
por nuestras propias conciencias. Por muy torturante que sea el  
recuerdo, debemos mantenerlo para que en el futuro no haya más  
torturas, para que la injusticia aquí descrita no se repita jamás.

Cierto día, en el verano de 1941, cerca de dos mil ciudada-  
nos polacos, practicantes de la religión y la cultura judías, fueron

asesinados bestialmente por sus coterráneos cristianos en la poco  
menos que desconocida aldea de Jedwabne. Crímenes semejan-  
tes ocurrieron en el resto de Polonia, pero, sumergidos en la enor-  
midad de la “solución final” nazi y en la indiferencia muchas ve-  
ces calculada de los dirigentes políticos y religiosos de Occiden-  
te, las víctimas cayeron en el olvido y los verdugos quedaron en  
la impunidad. Ese olvido y esa impunidad son infames y perma-  
nentes repeticiones de aquellos crímenes, y es por ello que el tes-  
timonio de mi padre, el único de los pocos supervivientes judíos  
de Jedwabne que vivió para darlo, es un poderoso instrumento de  
redención y de advertencia.

Sé que al publicar este libro estaré abriendo para mis seres  
queridos, especialmente para mi madre, unas dolorosas heridas.  
Pero también estoy seguro de que todos compartirán conmigo la  
certeza de que la mejor manera de honrar la memoria de mi pa-  
dre, y de las demás víctimas de Jedwabne, consiste en dar a co-  
nocerlo que sufrieron y lo que significó su sufrimiento. No obs-  
tante, seguiremos convencidos de que nunca podremos borrar las  
huellas de tan terrible injusticia.

Gracias inspiradas por Dios doy a mi madre por haber sido  
el faro de salvación en la tormenta vital de mi querido padre y por  
haberme dotado, con su amor y su comprensión, de la fortaleza  
que necesité para abocarme al cumplimiento de este deseo final  
de Samuel Waserstein Kahn.

A Antosha, “Una gota de Esperanza”, maravillosa cristiana  
polaca que arriesgó su vida para salvar a mi padre y fue, por cau-  
sa de su valor y su bondad, torturada por sus propios compatrio-  
tas, debo expresarle la gratitud eterna de mi familia.

Nuestro imperecedero agradecimiento va dirigido al gran  
periodista Jehudi Monestel Arce por haberse convertido en su  
amigo entrañable y en su báculo literario. Que Dios lo bendiga.

Benditas sean también todas las personas que con cariño,  
respeto y admiración por mi padre, contribuyeron a preparar esta  
edición.

*Isaac Waserstein Goldwasser*

*10 de julio de 2001*

RETO AUTOBIOGRAFICO

La mañana del 15 de noviembre de 1995, refrescada por los ali-  
sios que provienen del cuadrante noreste de la cordillera volcá-  
nica del'centro, es en verdad la que decide la elaboración de es-  
te relato.

Recorriendo el jardín interior de mi casa, en el sector de La  
Sabana oeste, una de las zonas residenciales más acogedoras de  
esta ciudad de San José, capital de la República de Costa Rica, se  
afirma en mí la decisión de llevar adelante el proyecto de este li-  
bro a pesar de las dificultades que implica la tarea.

Resulta extraño que haya puesto mi mente en reposo, cual  
si estuviera sintonizada para algún ejercicio de meditación. Pa-  
rece incomprensible que en vez de dejarme arrastrar por los pen-  
samientos que llevan a mis empresas (o conducen más lejos en el  
pasado a torturadores días de guerra y sangre) active una inmer-  
sión deliberada en el ambiente que me rodea, embriagado por la  
pureza del aire, la transparencia azul turquesa del cielo, las blan-  
cas motas de estratocirrus ondulados que navegan hacia el oeste,  
y la visión imponente donde surge descollando lleno de orgullo  
vertical, el edificio platónico del Volcán Irazú con sus 3.334 me-  
tros de altitud sobre el nivel del mar.

Hay una especie de semejanza entre el volcán y yo. Jamás  
me había dado cuenta de ella, pero el de hoy es un día de percep-  
ciones extraordinarias. Su quietud actual, contrasta, en la histo-  
ria más reciente, con los paroxismos que lo activaron de 1963  
hasta 1965. Entonces la montaña se sacudió, bramó su enorme  
cráter de 300 metros de diámetro, y una potente columna de pol-  
vo, material incandescente y gases que superaban los 1500 gra-

dos centígrados, se lanzó hacia el espacio como un apocalíptico  
torbellino de fuego. Toda la vegetación de la montaña quedó se-  
pultada en un gigantesco sudario gris de escorias, y a las pocas  
horas la mitad de este país de 3 millones y medio de habitantes y  
51.100 kilómetros cuadrados de superficie, comenzó a soportar la  
caída de una lluvia de ceniza acida y silicosa, que formó bancos  
de hasta medio metro de espesor en algunas calles y avenidas de  
las principales ciudades del Valle Central.

Vuelto atrás mi pensamiento, a una velocidad inconcebible,  
me veo también un lejano día hace cincuenta y ocho años, sumer-  
gido como el Volcán Irazú en una vorágine de fuego, sangre, odio  
y exterminación como jamás hubo otra en la historia de la huma-  
nidad. Me veo víctima y victimario, perseguidor y perseguido,  
consumido en el horror de la Segunda Guerra Mundial con un  
protagonismo no imaginado, ni soñado, ni deseado.

Me asombra la impavidez con que repaso en retrospectiva  
esas imágenes de oscuridad y terror, la sensación de paz que lle-  
na mi mente y la luz que ilumina mi espíritu. Doble asombro  
porque sobrevienen con posterioridad a una noche tormentosa,  
sonambúlica, llena de pesadillas y visiones infernales, de gritos  
de dolor y estertores de cuerpos retorciéndose consumidos por las  
llamas. Triple asombro porque, a pesar de la agitación nocturna  
generadora de atormentadores trastornos psicológicos, estos mo-  
mentos matinales resultan agua fresca y oxígeno puro en mi dra-  
mática existencia, donde he sido, por extraño privilegio, un fugi-  
tivo permanente de la muerte, con la que he jugado partidas del  
todo por el todo, en afanosa gimnasia de supervivencia, para no  
ser convertido de nuevo en una rata de alcantarilla o en un des-  
perdicio humano lanzado a lo profundo de un agujero maloliente  
cavado bajo una chanchera, allá en las perdidas tierras del norte  
de Polonia.

Siento una reverencial emoción interior al pensar que, con  
el voto concurrente de mi esposa Raquel, y de mi hijo mayor  
Isaac, escogí deliberadamente y al capricho esta fecha, y este rin-  
cón de paz hogareño, para definir la estrategia que pondrá en  
marcha una misión de impostergable cumplimiento: la de forma-  
lizar la redacción de una denuncia, un esbozo autobiográfico y un  
“Testamento Espiritual”, que debo legar a mis hijos y los hijos de  
sus hijos hasta que se rompa la cadena de la vida en esta casa pla-netaria perdida en el espacio infinito del cosmos. Un legado que  
es preciso alcance a la humanidad entera y, muy particularmente  
al pueblo judío. Porque a lo esencial de la historia de mi vida va  
conectado el recuerdo de una catástrofe bélica mundial resuelta a  
cañonazos y coronada con las explosiones atómicas de Hiroshi-  
ma y Nagasaki, que en 1945 reflejaron el máximo poder destruc-  
tivo inventado por el hombre. Una historia cargada y sobrecar-  
gada de virtudes y pecados, de victorias y derrotas, fortalezas y  
debilidades, oscuridad y luz, que viene a través de cuatro mil  
años navegándo por la sangre que recorre las venas del pueblo ju-  
dío, quien ha debido cargar pesados fardos de persecución, dolor,  
amargura, miedo, desesperación, sangre y odio. Una historia de  
aniquilación demencia! y satánica, que sólo la llegada con mi fa-  
milia a esta bendita tierra centroamericana nos ha permitido le-  
vantamos del horror y crear una comunidad familiar en que son  
principales actores nuestros cuatro hijos. Para ellos alimentamos  
la esperanza firme e insobornablemente amarrada a Dios, de que  
jamás tengan que verse envueltos en un segundo holocausto.

Al energizarme con una humeante taza de café, trato de de-  
finir la dimensión real de la excusa que por años, por una larga y  
aberrante cadena de años, impidió que llevara adelante este pro-  
yecto. Tal vez fue la desidia, o el miedo a toparme con una me-  
moria por largos espacios de tiempo perdida. Tal vez mi reblan-  
decimiento en el cálido e indolente ambiente caribeño de Cuba.  
Tal vez el contagio de la mansedumbre ístmica de Costa Rica  
donde puedo jurar, como verdad solemne, que comenzó mi ver-  
dadera resurrección y camino hacia la luz. Tal vez, muchos “tal  
vez”. Pero presiento haber llegado a una verdad que me fue di-  
fícil alcanzar.

Esta verdad fue la que me permitió descubrir que la única  
razón para no haber iniciado antes el proyecto de darle forma a  
este relato, estaba afincada en el odio.

Me costó mucha cavilación llegar a tal punto de convenci-  
miento. Tuve que luchar contra fantasmas, visiones espectrales y  
sentimientos de rabia e impotencia. Fue necesario emplear todas  
las reservas de mi voluntad para identificar, y encarcelar, la ena-  
jenación y la neurosis que me esclavizaban a disparates y locu-  
ras. Me revolví todo por dentro. Sangró mi espíritu, lloré, grité  
y me revolqué por los suelos en mi desesperación. Clamé a Yah-veh por luz y serenidad. Escarbé y escarbé hasta perforar un tú-  
nel que llegó con mis pensamientos al corazón y del corazón a la  
conciencia. Comprendí con crudeza que durante cincuenta y  
ocho años, desde el 10 de julio de 1941, me había trastornado la  
obsesión de una venganza que superara en su furia y horror la pi-  
ra infernal en que los monstruos polacos de Jedwabne, extermi-  
naron a mi madre y los dos mil trescientos judíos que componía-  
mos la comunidad “no cristiana” del Jedwabne.

A partir de ese momento comencé a imaginar la publica-  
ción de un libro que permitiera a mi familia alcanzar las raíces de  
sus progenitores polacos y constituyese la confesión descamada  
de mis arrebatos, debilidades, malformaciones espirituales y pe-  
cados, de tal manera que quede a sus mentes y conciencias, jus-  
tificar o no'las acciones voluntarias e involuntarias con las cuales  
yo haya podido afectarla. Y además, sirva al propósito de adver-  
tir a las nuevas generaciones de judíos alrededor de la Tierra, la  
urgencia de salir del contentamiento que dan el bienestar no per-  
turbado, la riqueza, el poder y la figuración, para entrar en refle-  
xión y estudio y considerar que no es imposible se repita la más  
grande tragedia humana del siglo XX, en que seis millones de ju-  
díos fueron aniquilados. Hay suficientes pruebas en mis manos  
para decir que, perfilándose ahora las incógnitas del “tercer mile-  
nio” de los cristianos, los vientos del odio están soplando de nue-  
vo contra los hijos de Abraham.

Es necesario declarar que, durante el ataque de malignidad  
soportado por tantísimos años, fueron incontables los quebranta-  
mientos físicos que minaron mi persona, a pesar de lo cual anida-  
ba con fuerza en mi interior, un verdadero recetario de proyectos  
demenciales de venganza. Miles de veces compuse y descompu-  
se los “cuadros ideales” en que desgargantándome en alaridos de  
dolor y de miedo, provocaba el exterminio total de los bandidos  
supervivientes de aquella “cofradía” animalizada de polacos ca-  
tólicos, algunos de ellos líderes comunales, terratenientes o pode-  
rosos “caciques”, que habían diseñado en secretos conciliábulos,  
durante los primeros días de julio de 1941, el exterminio de los  
judíos de Jedwabne y el asalto posterior para robar sus ahorros,  
bonos bancarios, propiedades agrícolas, comerciales y otros bie-  
nes muebles e inmuebles que en un desfachatado juego de adul-

teración de documentos regístrales, escrituras y pactos bancarios,  
pasaron a sus manos.

Tal vez de todos los doscientos proyectos que estudié para  
darle cabal vigencia a la ley Lynch del “ojo por ojo y diente por  
diente”, el que más cautivó la insania mental en que me encon-  
traba, fue uno en que imaginaba a los sanguinarios exterminado-  
res de judíos en Jedwabne, invitados con truculencia a una asam-  
blea eucarística solemne en el templo católico del pueblo, volan-  
do por los aires en pedacitos de carne y hueso, cemento, madera  
y piedra, víctimas de una fragorosa explosión lograda al hacer de-  
tonar cien toneladas de dinamita colocada en las bases del tem-  
plo, la que habría activado yo mismo en compañía de terroristas  
expertos contratados en el mercado del crimen de Varsovia.

Esta escena dantesca se reprodujo en mi mente centenares  
de veces. Me asaltaba de día y de noche. Me perseguía, me do-  
minaba y me perturbaba sin piedad. Le agregaba o le restaba de-  
talles macabros. ¿Qué decirle al cura para que llamara a una mi-  
sa espectacular, concelebrada, con revestidos, coros, monaguillos  
y medio millón de velas encendidas titilando frente a las imáge-  
nes de yeso de unos santos cuyos nombres se borraron de mi me-  
moria? ¿Cómo lograr la asistencia de los planificadores de la  
quema de judíos sin despertar sus sospechas? ¿Tragarían ellos la  
historia del hijo de unos judíos que regresaba de las tinieblas pa-  
ra agradecerles en fiesta y veneración el haberle salvado la vida  
de las manos de los antisemitas “nazis” que falsamente ellos de-  
cían orquestaron aquella macabra matanza en 1941? ¿Cuál era el  
momento adecuado, en el transcurso de la misa, para gritarles a  
todos mi maldición, revelarles mi venganza, abandonar el templo  
y dar la señal a los mercenarios varsovianos de activar la carga?

No lo sé. Eran preguntas tras preguntas. Pensamientos cri-  
minales encima de más pensamientos criminales. Incluso ya te-  
nía resuelto el modo y manera en que me iba a acercar al cura pá-  
rroco de Jedwabne, limosna sustancial en mano, para demostrar-  
le mis buenas intenciones, entregarle para su reparto bellas invi-  
taciones impresas para el pueblo y persuadirlo, en consonancia  
con mi “catolicismo”, a repetir conmigo viejas estrofas en latín  
memorizadas en los tiempos en que una familia católica extraor-  
dinaria, había ayudado a salvar mi vida permitiéndome construir  
un escondite subterráneo en su pequeña granja. Me escuchabacon voz aflautada, revestida de sonoridades gregorianas, recitan-  
do lentamente: “Benedictus es, Dómine, Deus Israel patris nostri,  
ab aetemo in aetemun. Tua est, Domine, magnificéntia, et ibn te-  
ra, tua sunt...”

¿Por qué ensuciar la luminosidad de esta mañana de no-  
viembre con estos perdidos desatinos? ¿Por qué publicar pensa-  
mientos tan vergonzosos? ¿Qué necesidad tengo ahora de narrar  
tales aberraciones, que van a contrapelo de la teología moral y  
dogmática, la fe, la ley, las reglas, las instituciones y los concep-  
tos fundamentales de la religión judía? ¿Qué desmerecida, turbia,  
repugnante y envilecida imagen quiero que se formen de mí los  
que son mis hijos, sus hijos, los parientes, amigos y socios? ¿Qué  
credibilidad mereceré ante mis hermanos judíos, si tales debilida-  
des morales confieso? ¿Qué pensarán de Samuel Waserstein  
aquellos costarricenses buenos de los años sesenta que permitie-  
ron a mi familia peregrina reordenar su vida en esta maravillosa  
porción geográfica del istmo centroamericano? ¿Cómo lograr  
que todos los hombres y mujeres que están luchando en el mun-  
do por erradicar el racismo, el odio, la venganza, la traición, la  
guerra, la codicia, el descreimiento, el fanatismo religioso y la in-  
tolerancia puedan entender que el propósito de este libro es, en  
parte, el de ayudar a la construcción de un mundo basado en el  
amor, la solidaridad, la justicia y la paz?

Creo fervientemente que lejos de debilitar mi mensaje, es-  
ta confesión de debilidades y de intenciones criminales jamás  
cumplidas, hará que no se dude de mi sinceridad, ni de mi hones-  
tidad intelectual. Justamente el paseo matinal en el jardín de mi  
casa, sacando tiempo libre de la tiranía del trabajo empresarial,  
ha sido el preámbulo para recibir la visita del licenciado Yehudi  
Monestel Arce, galardonado periodista costarricense a cuya habi-  
lidad investigativa y profesionalismo avalados por mi hijo mayor,  
el doctor Isaac Waserstein, confiaré, a partir de ahora, la pesada  
tarea de “conectar” las desconexiones de mi memoria, hurgar en  
el contexto histórico en que se dieron mis experiencias, acceder a  
los documentos necesarios para validar las denuncias que me se-  
rá necesario formular y recabar en los mismos escenarios geográ-  
ficos en que discurre el relato, los testimonios que aseguren su  
firmeza, para encargarse finalmente de escribir mi relato con fi-  
delidad.

Es ahora cuando comienza mi proyecto y soy prolijo en  
anotar fecha, horas, circunstancias y ambiente, pero jamás podré  
asegurar la fecha, circunstancias y ambiente en que le pondremos  
punto final. Baste decir que lo comentado hasta este punto lo  
pensé mucho, y que la impúdica desnudez con que me expreso es  
un anticipo de mi profundo deseo de buscar con el relato de mis  
experiencias de vida, sufrimientos y pensamientos, una llamada  
de atención para que nos comprometamos en unidad, sin agrieta-  
mientos, a combatir por adelantado la posibilidad de que tantos  
horrores, bajezas, bestialidades y conductas irracionales, puedan  
volver a ocurrir.

Si el lenguaje se descompone de camino, sépase que es un  
lenguaje nacido de la total descomposición de las cosas inheren-  
tes a los judíos. Si se apasiona, tómese en cuenta que no es mo-  
rigeración, prudencia, timidez o poesía lo que pretendo, sino de-  
nuncia cruda y, que solo puede nacer de un relato apasionado pe-  
ro lúcido y fiel de los hechos que toca. Nada habrá aquí de tru-  
culencia, ni de vanidad personal, ni de ciencia ficción. Porque no  
soy escritor y porque no soy historiador, mi relato debe verse co-  
mo una conversación y nada más. Yo paso por encima de la tru-  
culencia, el cálculo y la cobardía. Nadie me pudo callar ayer, ni  
me callará hoy, ni podrá hacerlo mañana, porque mañana ya yo  
no estaré. Pero mi voz transmutada en letras, producto de muchí-  
simas horas de grabación, siempre estará. El hombre es mortal,  
pero su voz es inmortal. Si alguien no cree en esto, asómese un  
poco a la historia de los judíos. Hace cuatro mil años encontra-  
mos los orígenes de esta historia. Desde esos tiempos nos mar-  
can las voces y los actos de Abraham y de Moisés. Muchos pue-  
blos, culturas y civilizaciones se perdieron o desaparecieron, pe-  
ro de algún modo sus voces llegan aún hasta nosotros eternizadas  
en el tiempo.

Aparte esta especie informal de “introito” es hoy cuando  
adquiero plena conciencia de la dureza del proyecto en que me he  
embarcado. Lo peor de todo será disponer de tiempo para afron-  
tar las interminables sesiones de grabación en que se irán volcan-  
do mis recuerdos. Sé de antemano que nada saldrá de mi memo-  
ria en orden lógico sino, por causa de la edad y los padecimien-  
tos, en un lógico desorden. Muchos detalles, fechas, nombres de  
personas, cronología de sucesos, experiencias vividas en Polonia,Cuba y Costa Rica, estarán borrosas o habrán desaparecido por  
completo en mi cerebro. Hacer fluir lo que está vivo, sacar lo re-  
tenido, buscar la conexión con huellas de recuerdos a medias, de-  
subicados en el tiempo y el espacio, y encajar todo como un enor-  
me rompecabezas, es probable que nos lleve años. Nada pode-  
mos hacer contra esto. Antes sobreviví huyendo como una fiera  
acosada; hoy sobrevivo trabajando. Pero además, para cumplir el  
reto, tendré que emprender una gran batalla contra mí mismo. Es  
azaroso mi estado de salud. Las consecuencias de las privacio-  
nes, agresiones, tormentos, hambres y torturas durante los años  
de guerra que me tocó vivir, han dejado una profunda huella psi-  
cofísica en mi persona. Mi inventario de descalabros supera  
cualquier invención hipocondríaca: problemas cardíacos, opera-  
ción prostética, sordera progresiva, fallas en la visión, diabetes,  
estados depresivos agudos, insomnio y encima accidentes con  
golpes y traumatismos. Soy un visitante asiduo de médicos, hos-  
pitales, laboratorios y salas de cuidados intensivos. Esta es la  
otra dramática vertiente por considerar cuando afirmo que sé  
cuándo comienza todo esto, pero ignoro cuándo terminará. Ha-  
brá incluso emergencias que me pongan fuera de combate por  
mucho tiempo. Ni yo puedo hacer nada para cambiar esto, ni lo  
podrán hacer mi esposa, ni mis hijos. Así es como uno camina  
por la vida: en chancletas que se pueden escapar del pie, y no con  
las fuertes botas del tragaleguas. A trotecitos y saltos de conejo  
y no con la carrera retumbante de los paquidermos. Despacio y  
tropezando y levantándose y volviendo a caer, hasta que llegue el  
momento en que ya no habrá que caminar más, porque seguro  
nos moverá en el reino del misterio, la fuerza del espíritu.

Estoy advertido que para relatar mi historia, y exponer al-  
gún intento de examen crítico a unos hechos que suponen la peor  
catástrofe bélica sufrida por la humanidad en el siglo veinte, de-  
bo sacar fuerzas de flaqueza y olvidar el desgaste que, por edad  
y padecimientos, sobrellevo ahora. Sé que debo tirar al cesto de  
la basura mi proclividad a la desconfianza, y confiar. Tengo que  
evitar las tretas conscientes e inconscientes que me hagan esca-  
par del sufrimiento, y sufrir cuanto aguante. Será necesario des-  
vestirme espiritualmente y presentarme ante el mundo sin afeites  
ni maquillajes, para que la verdad no salga deformada o vestida  
con ropajes de opereta o drama barato. Dejaré de lado por mu-cho tiempo, y por mi expresa voluntad, la actitud imperativa del  
empresario, la prepotencia del hombre de acción, la tendencia a  
mandar para ser obedecido sin discusión, y las durezas de voz, y  
de gesto. A cambio, dejaré que fluyan los recuerdos, se manten-  
ga abierto el corazón y quede mi ser desprovisto de defensas, pa-  
ra que el periodista Yehudi Monestel pueda redactar mis memo-  
rias sin despreciarme porque anuncié la verdad y luego la oculté.

Mi viaje de regreso a la tierra de los horrores comienza hoy  
y terminará cuando deba llegar a su fin. En la fortaleza que me  
infunde saber que cumplo una misión especial, volveré a estrujar  
cuerpo y alma para cavar de nuevo el agujero de dos por dos, ba-  
jo un establo polaco, que compartí con seis sobrevivientes, ente-  
rrado por dos años y cuatro meses para evadir a mis encarnizados  
perseguidores. Llegó el momento que temía: atravesar una nue-  
va etapa de tortura y sufrimiento. Los excrementos y la orina de  
cerdos y las cabras, caerán de nuevo sobre mi cabeza y perfuma-  
rán mi “nicho ecológico” entre boñigas y gusanos. Y haré todo  
esto para que mis descendientes comprendan de qué manera na-  
cieron las normas de comportamiento con que yo los he tratado y  
educado. Para que puedan asimilar en su espíritu y su mente, to-  
do lo que los amo a pesar de totalitarismos, imposiciones, intole-  
rancias e intromisiones en sus vidas privadas. Para que no solo  
ellos, sino las jóvenes generaciones costarricenses de origen ju-  
dío —y la humanidad entera— se den por enterados de que vivi-  
mos en “alerta roja”. En Europa, América y el Oriente cercano,  
seres deformados y monstruosos como los polacos asesinos de mi  
historia, que siguen viviendo y respirando sobre una pila de ca-  
dáveres, se han confabulado con neonacistas de nueva era, racis-  
tas, extremistas antisemitas, nacionalistas a ultranza, integristas  
“ayatolados” y árabes y palestinos satanizados, para organizar  
una nueva exterminación de los judíos.

Lo que aquí expreso y denuncio, compromete mi única y  
total responsabilidad personal. Pero quedamos todos los Wasers-  
tein en deuda de por vida, con quien ha ordenado mi relato, ani-  
mado mi cortversación, comprobado su veracidad y descubierto a  
través de una exhaustiva investigación realizada eficientemente  
en Europa y América, las facetas desconocidas en la vida de mi  
padre, algunos atisbos genealógicos y el paradero de algunos su-  
pervivientes polacos católicos con cuyas revelaciones se esclare-

cieron diversas actuaciones y motivaciones de los protagonistas  
de mi historia: don Yehudi Monestel Arce, cuyo origen familiar  
también está anclado en la inextricable historia de persecuciones  
y matanzas de los judíos sefarditas de España de los cuales pro-  
viene su familia.

LOS PROGENITORES

Mi padre Salem, Calel o Calko Waserstein, nació a mediados de  
1890. Era un hombre de fuerte complexión, mediana estatura,  
continente severo, terca disciplina y manos fuertes y endurecidas  
de trabajador agrícola campesino. Después de Dios, su familia  
era su mayor devoción. Aunque su vida era de sacrificio y traba-  
jo sin descanso, jamás manifestó otra cosa que alegría por cum-  
plir con su responsabilidad. Cuando la primogenitura de mi her-  
mano mayor Moisés acabó por causa de su viaje a Cuba —tierra  
incógnita de una América desconocida a la que marchó buscando  
prosperidad y fortuna—, mi padre multiplicó sus esfuerzos para  
que mi formación estuviera en consonancia con el deber insosla-  
yable de constituirme en su “mano derecha”. Amaba a su espo-  
sa y a sus tres hijos con amor maduro que venía desde adentro de  
su corazón, pero era recatado al demostrar ese afecto. Tal vez a  
Saúl, el más chico, algunas veces le acariciaba la cabeza revol-  
viendo sus rebeldes cabellos con un par de manotazos. Y sólo al-  
guno que otro perdido Sabath en el tiempo, pasó su brazo protec-  
tor sobre mis hombros mientras caminábamos hacia la sinagoga,  
transmitiéndome su poderosa energía.

Con el trigo candeal que sembraba en dos variedades, deri-  
vadas de injertos de origen ruso, me enseñó lo que pudo sobre la  
agricultura y la tierra en que florecían las cosechas de cereales, ve-  
getales, pastos y frutos. Su sabiduría rural, campesina, fue mi pri-  
mera escuela. El trigal era para mi padre una extensión importan-  
te de su vida, así como el pan era para mi madre, la vida misma.

Sentía un enorme placer en dejarme conducir por el viejo a  
la faena agrícola. Me identificaba con el trigo hasta mimetizar-me con él. Invierno y verano experimentaba con su crecimiento  
y maduración hasta que reventaban sus doradas espigas. Guada-  
ña en mano durante la siega, cantaba a las espigas como cantaban  
los gañanes vareadores del contorno al preparar la cosecha para  
el bodegaje. Pero la escuela agrícola de Calko abarcaba, de agre-  
gado, todo lo que debía saberse sobre patatas, remolachas azuca-  
reras, zanahorias, arvejas y pastizales.

Lo que el viejo me enseñaba sobre la germinación, el desa-  
rrollo y el cosechamiento de estos productos, me enseñaba de la  
tierra. Lo primero: mirar a la tierra como madre nutricia y pro-  
tectora. Segundo, conocer su estructura mineral y las capacida-  
des de su humus germinativo. Tercero, aprender las técnicas de  
abonamiento, el riego y la roturación con arado, que constituían  
lecciones diarias y repetidas, como los consejos para cuidar una  
especie de zanahoria llamada “Brucker” que se comía durante los  
“Sabaths”, sin que yo pueda recordar a qué añeja tradición gas-  
tronómica judaica estaba enraizada la costumbre.

Aparte de la casa y las cuatro manzanas de tierra para trigo  
y “agricultura diversificada” de mi padre, la otra posesión fami-  
liar era “ganadera” y se reducía a dos vacas lecheras que debía-  
mos movilizar, en diario peregrinaje, a los pastos arrendados a un  
polaco un kilómetro al sur de nuestra casa. Las vacas pasaban la  
noche en un corralito en la parte trasera de la casa donde siempre  
había pasto para satisfacer su apetito. A las cinco de la mañana  
una vez ordeñadas, se las trasladaba a las pasturas de Isaac, que  
así se llamaba el arrendante sin que aparezca en mi memoria su  
apellido, donde quedaban hasta la hora del regreso para el segun-  
do ordeño y el descanso nocturno. Recuerdo, como cosa curio-  
sa, que algunas veces las vacas regresaban solas al hogar. “Co-  
nocían” de maravilla el camino y los vecinos las conocían a ellas  
dejándolas pasar sin hacerles daño.

Respecto a moralidad y religión, mi padre era judío devo-  
to. Hombre de “Sabath” con oraciones y asambleas en la Sina-  
goga, con lecturas de la Tora y los salmos. Era un individuo jus-  
to, recto y caritativo. Jamás percibí en él una conducta egoísta,  
ni lo vi quitarle nada a nadie ni hacer negocios con trampa. No  
me atrevería a recrear en el recuerdo los conceptos de religión y  
fe que me trasmitía mi padre. El dominio de Yahve como centro  
supremo de la religión judía, el prototipo del único Dios al que

todos los judíos, los cristianos y los musulmanes rinden tributo  
hoy, se veía reconfirmado en sus palabras sobre el movimiento  
judío hacia Egipto y la fuga dramática del esclavismo egipcio. Él  
pasaba de Abraham a Moisés que surge desde el Éxodo, Deutero-  
nomio y Números como un intercesor especial entre Dios y el  
pueblo de Israel. Ese Moisés de mi padre era no sólo el más po-  
deroso de los judíos de la antigüedad, sino también el único que  
influyó con más fuerza sobre el mundo antiguo. Pero no hay más  
recuerdos de asuntos religiosos, sino ejemplos prácticos de virtu-  
des de vida y virtudes morales. En medio de su figura digna de  
hijo de la tierra, que tantos secretos preciosos de supervivencia  
agrícola me enseñó, sólo extrañé su empeño e insistencia en ad-  
vertirme —aun siendo un niño de seis años — el necesario aca-  
tamiento de una regla de sumisión ante ciertos personajes rele-  
vantes de mi pueblo: “si vez al alcalde municipal, al policía, el sa-  
cerdote de los católicos o algún militar de alto rango, échate a la  
calle, hazle una reverencia, quítate la gorra y mantente callado sin  
contradecir lo que te digan”. Yo no entendía entonces esa acti-  
tud, y más tarde, cuando la entendí, ya estábamos comenzando a  
vivir en el infierno del antisemitismo.

Sé muy bien lo que digo: la de mi padre jamás fue una ac-  
titud cobarde: fue prudencia. Era un hombre que por su inclau-  
dicable amor a la familia, quería mantenemos ejercitados en la  
paciencia y a salvo de agresiones callejeras. El viejo Waserstein  
guardó en secreto, sin demostrar su angustia, todo lo que se infor-  
maba sobre la irracional oleada de antisemitismo que ya comen-  
zaba a generar la que luego llegó a ser la inenarrable locura ge-  
nocida del Holocausto.

Mi madre era cinco años menor que mi padre. Le fue im-  
puesto un nombre compuesto que a mis oídos de niño — y más a  
los de mi hermano menor, Saúl— sonaba como música del de-  
sierto y la montaña: Jaia Sara.

Era una mujer de agradables facciones, ojos de mirada pro-  
funda y una voz que se nos podía antojar como melodía pura  
cuando la matizaban las emociones de su profundo amor hacia  
nosotros, pero que también vibraba, a veces con imperiosa urgen-  
cia, cuando debía sacamos de alguna conducta perezosa e irres-  
ponsable de carácter momentáneo, en relación con nuestros debe-  
res escolares, religiosos o de trabajo compartido en la casa o enel campo. Yo no puedo comparar a mi madre con ninguna mujer  
que exista o haya existido, porque para mí era casi perfecta. En  
una ocasión perdida, conversando con Saúl, el hermano menor,  
habíamos convenido en que mamá era como una especie de án-  
gel colocado por Yahve en las tierras polacas, para mantener vi-  
va en nosotros la voluntad judía que nos da la firmeza inmutable  
de los peñones de granito, el temple del acero, la refinada inteli-  
gencia en el “arte” del comercio, la irrenunciable vocación por la  
vida y, a pesar de todas esas armaduras, a pesar de todos esos  
blindajes, también la suficiente sensibilidad para conmovemos  
ante el dolor humano, los cambiantes colores de las flores silves-  
tres, la belleza plácida y magnética de las mujeres y el llanto, la  
risa y las carantoñas de los niños. Saúl era cinco años menor que  
yo, pero tenía una condición física envidiable, y una fuerza res-  
petable. Y siempre que hablábamos de esta dulce Jaia Sara, ter-  
minábamos envueltos en el nostálgico recuerdo de la ternura con  
que de ñiños, metidos en nuestras cunas de madera sin adornos,  
se acercaba a nosotros por la noche, nos besaba, y nos cantaba  
canciones en “Yiddish” que iban, a través de los oídos, a hechi-  
zar las más sensitivas fibras de nuestras almas infantiles. Esa voz  
judía de mi madre alcanzaba tales matices, tales modulaciones,  
que dejaba de ser voz y se convertía en un trino. Aún ahora,  
cuando la vejez —como una implacable recaudadora fiscal— me  
cobra los tremendos impuestos que se pagan por la concesión de  
seguir vivos en las misteriosas cercanías del año 2000 de los cris-  
tianos, hay noches de sosiego, de calma, en que huyen los fantas-  
mas que habitan en mi mente torturada, y todo mi ser interior se  
llena, sublimado con el eco cristalino de la voz de mi madre. La  
voz del espíritu selecto y el físico hermoso que tuvo aquel ángel  
de Dios que me trajo a la vida con dolor, en el sagrado ejercicio  
del parto, y con dolor más profundo aún, me dejó revoleándome  
en el odio de la Europa antisemita, cuando su humanidad rebo-  
sante de amor fue convertida en cenizas por el fuego al que la lan-  
zaron unos monstruos humanos cuyas abyectas vidas aún se mo-  
vilizan hoy por el noreste polaco. Con mucha dificultad, escar-  
bando profundo en los más oscuros rincones de mi mente, pes-  
cándolo tal vez en la subconsciencia, logré, al cabo de muchos  
años, recordar el momento especial de una conversación con mi  
madre, allá por la grisácea silueta del otoño de 1936.

Este recuerdo viene ligado a la hora del véspero, la tarde de  
un jueves. Mi madre al terminar la confección de una docena de  
camisas, encargada por una tía paterna llamada Jenka Gitel Wa-  
serstein, me llamó aparte, para contarme el extraño suceso en que  
se vio envuelta el día 22 de diciembre de 1922, día de mi naci-  
miento.

Me contó que un día parecido a ese, con nubes teñidas de  
rojo al poniente, durante el parto doloroso y traumático, al expul-  
sarme de su vientre en una última y agónica contracción, presen-  
ció la surgencia misteriosa de una mano fantasmagórica, que in-  
tentaba arrebañar de sus brazos mi cuerpo aún cubierto de sangre  
y restos de líquido anmiótico. Dominada por la fiebre y casi sin  
fuerzas, gritó para advertir a la comadrona, de aquella amenaza  
sobrenatural contra la que luchaba desesperadamente. El comba-  
te estaba casi perdido cuando la señora Masha acudió a su lado  
con otras dos mujeres judías, una de las cuales hirió con un cu-  
chillo de cocina, la garra gelatinosa y flotante. Rezando en voz  
alta, exorcizando la aparición, las mujeres me rescataron y según  
el relato materno, todo terminó cuando una especie de enorme fe-  
lino, luminiscente y de negra pelambrera, se materializó en un  
rincón de la habitación y saltó hacia el congelado exterior que-  
brando con sus garras el cristal de la ventana.

Lo último que recordaba, antes de quedar inconsciente, fue  
la llamada urgente que las mujeres hicieron a mi padre para que  
la transportara al hospital de Lomza, al que llegó en estado de su-  
ma gravedad y en el que permaneció doce semanas, durante las  
cuales aquellas mismas mujeres judías de mi pueblo, se turnaron  
para amamantarme con amor, e ir llenando de fuerza mi vida con  
su leche judía solidaria y bendita.

Aún no he podido asimilar todo ese relato. Cuando lo exa-  
mino encuentro en él algunas posibles premoniciones de poste-  
riores acontecimientos y me estremezco. Esa fiebre calcinando  
sus sienes, ¿no sería un anticipo del fuego de la hoguera en que  
la asesinaron los polacos cristianos de Jedwabne? Esa mano cris-  
pada fantasmal, tratando de arrebatarme de entre sus brazos, ¿no  
sería la misma mano de la muerte que ha estado empeñada duran-  
te setenta y cinco años en hacerme desaparecer de la tierra? Ese  
felino quebrando los cristales de la ventana con sus garras, ¿no  
significaría, aéaso, el momento en que hice saltar de mi cerebroatormentado, para que no destruyera la cristalinidad de mi con-  
ciencia, el proyecto de venganza con cuya concreción pretendía  
hacer volar en pedacitos menudos al templo, al cura católico y a  
los feligreses fariseos que alababan a Dios golpeándose el pecho  
después de haber asesinado a mi madre, mi hermano, mi familia  
y otros dos mil prójimos judíos de mi pueblo? ¡Sólo Dios tiene  
las respuestas a tales preguntas!

Jamás comenté este recuerdo con nadie. Muy particular-  
mente creo advertir en la conversación de mi madre, durante  
aquella tarde en el otoño de 1936, una especie de premonición de  
lo que yo tendría que luchar por la vida en el futuro.

Es evidente que esta experiencia paranormal de mi madre,  
surgió de esa región subliminal, o transmarginal, cuya existencia  
apenas se comienza a admitir en el mundo de la ciencia, pero de  
la cual aún se sabe muy poco. Cuando mi existencia terrenal se  
acerca a su punto final, he querido convencerme de que este fe-  
nómeno metafisiológico ocurrido a mi madre, estaba lleno de  
símbolos oscuros con relación a mi futuro en tierras polacas du-  
rante el Holocausto.

No recuerdo haber vivido algún otro momento así al lado  
de mi madre. Solo la llevo, imborrable en mi memoria, como un  
verdadero monumento al amor, al trabajo, a la fe y la solidaridad.  
Su espíritu de sacrificio en bien de la familia es una gran lección  
que no deseo olvidar. Un día normal en su vida, estaba sujeto al  
autocontrol y la disciplina. Su principal trabajo para aportar fon-  
dos al patrimonio casero era la confección de camisas. No era  
una de esas costureras ocasionales. Si colocamos los hechos den-  
tro del contexto de su tiempo, debemos admitir que ella era una  
pequeña industrial de la costura, cuyo único soporte tecnológico  
fue una vieja máquina de coser. De esa máquina y de sus manos,  
salían aproximadamente ciento cincuenta camisas por semana.  
Su labor comenzaba a las cinco de la mañana, con solo una inte-  
rrupción para dejamos desayunados, y a veces no terminaba en  
todo el día. No me explico cómo hacía ella para alistar las comi-  
das, pero jamás faltaban. A veces, algunos polacos económica-  
mente más fuertes preferían que mamá fuera a coser los encargos  
de camisas a sus propias casas. Tal vez porque eran distancias  
mayores, tal vez para que las medidas de todos se tomaran allí  
mismo, sin tener que ir uno por uno a mi casa. Ella podía hacer

esto porque la máquina de coser era portátil. Además, una hebrea  
de unos treinta años, le ayudaba a pegar los botones y a hacer oja-  
les, por lo que obtenía un adecuado salario. Lo que me asombra  
es que aun en esos días de costura fuera de casa, regresaba al ho-  
gar entre cinco y seis de la tarde, alistaba algún alimento, y se-  
guía cosiendo hasta la una de la madrugada. La muchacha hebrea  
se quedaba muchas veces con ella hasta las diez de la noche.

Pero eso no era todo en los largos días sin descanso de mi  
madre. Cuando se acumulaba leche suficiente, tenía que fabricar  
queso y, como extra, alistar harina, amasarla y hacer pan para  
hornearlo de preferencia en las noches, aprovechando que en la  
casa teníamos un pequeño homito de ladrillos. Del queso muy  
poca cosa se vendía, pues había que establecer la reserva fami-  
liar; y del pan, absolutamente nada. Este pan era de dos clases y  
tomaba forma de barra grande o de bola. Había pan blanco que  
era más refinado, y pan negro, denso y pesado, con una miga fir-  
me y magra.

Siempre, mientras mi madre vivió, la vi operando, en todo  
espacio de tiempo libre, un horroroso instrumento de tortura. Era  
una plancha grande de carbón, aguzada de punta, con “pico-chime-  
nea” curvo, y un depósito que se llenaba con carbones al rojo vivo  
para calentar la superficie inferior de hierro pulido que quitaba las  
arrugas a la tela. Esas manos adoradas que me acariciaron de niño  
y Me criaron y me alimentaron y mecieron mi cuna, quedaban a ve-  
ces enrojecidas y escaldadas del calor. Por eso odiaba ese instru-  
mento de trabajo. Lo aborrecía, porque si bien es cierto que sin él  
no podían obtenerse camisas terminadas para la venta, se cobraba  
el elevado precio de lacerar las manos de mi madre.

En una nueva maroma hacia atrás, cortando la coherencia  
de lo que vengo hablando de mis padres, me parece necesario, pa-  
ra que se entienda en páginas posteriores cuál era la procedencia  
de mi íntimo conocimiento de la geografía de Jedwabne y sus al-  
rededores, comentar la asiduidad con que acompañaba a mi pa-  
dre Calel en sus viajes a diversas ciudades y aldeas del sureste,  
incluidas las ya importantes concentraciones humanas y urbanís-  
ticas de Lomza y Bialystock. Era, el viejo Waserstein, un habili-  
doso comerciante en cueros y pieles de animales y de esa habili-  
dad dependía la llegada de los “slotys” extra que reforzaban el in-  
greso agrícola campesino para nuestro mantenimiento. Por su fa-cilidad para hacer amigos y su código ético y moral siempre vi-  
gente a la hora de los negocios, a mi padre se le respetaba en to-  
das partes. Ese respeto también me alcanzó a mí y, creo que en  
buena medida, fue un factor determinante en mi supervivencia.  
Hoy todos estos detalles me emocionan y doy gracias a Dios que  
en mis hijos, las virtudes heredadas de los Waserstein y los Gold-  
wasser, que constituyen la génesis de esta nueva comunidad fa-  
miliar judía de Costa Rica, prevalecen sobre mis personales debi-  
lidades e imperfecciones.

Atropellando la vida para aturdirme, escapar de recuerdos  
y pesadillas, cegándome, y consumiéndome obsesivamente en el  
trabajo, debo confesar que jamás pude eludir el gratificante re-  
cuerdo del amor de mi padre y mi madre. En ellos, el hombre y  
la mujer unidos en matrimonio judáico, no se redujeron jamás a  
cifra y función, sino que fueron símbolo y reflejo de una hondu-  
ra inefable. Por la complementariedad de cuerpo y alma entre  
hombre y mujer, según esa vivencia familiar, comprendí que el  
matrimonio es una unión íntima de vida y corazón, no simple so-  
ciedad placentera, económica, religiosa y jurídica. Por eso santi-  
fico este ámbito original polaco, creado por el amor corpóreo-es-  
piritual de un valiente Calko y una abnegada Jaia, como el lugar  
digno en que yo fui concebido, fui esperado y fui nacido.

El modelo conyugal de mis padres fue, sin duda, el que  
orientó mi propio matrimonio: en éste he percibido la reproduc-  
ción fiel de todo lo esencial que caracterizó el hogar de donde  
provengo. En el mismo ámbito de amor, generosidad, espíritu so-  
lidario, fe y alegre colaboración cotidiana en que me crié y desa-  
rrollé, fueron concebidos, esperados y recibidos mis tres hijos va-  
rones y mi hija. Anhelo fervorosamente que en mis nietos y bis-  
nietos, y en todos los que vengan después, continúe reproducién-  
dose ese amor que, vivido a plenitud en mi hogar paterno y ma-  
terno, germinó también en el que constituí con mi esposa Raquel  
y creo haber forjado en mis hijos.

ACCION SECRETA

Esbozada una semblanza suprasintética sobre mis progenitores,  
es necesario detener el relato autobiográfico y de supervivencia  
durante el exterminio nazi de los judíos de Polonia, con la san-  
grienta colaboración de cientos de “progromos” constituidos por  
polacos cristianos. Quiero examinar un poco más la figura de mi  
padre, Calel Waserstein, revelando algunos hechos que lo ligan a  
un compromiso de alto riesgo, ayudando en la heroica misión de  
facilitar el escape de los perseguidos judíos provenientes mayor-  
mente de Alemania, y más tarde de Polonia misma, hacia diver-  
sos destinos desde los cuales se les remitió a Palestina.

Esta parte de la relación que nos va acercando a los suce-  
sos criminales del “Jueves Negro” diez de julio de 1941 en Jed-  
wabne, exhibe como la totalidad de mi historia, incoherencias,  
vaivenes, lagunas y oscuridades que pueden provocar en el lector  
una especie de “mareo” o desubicación en el tiempo y el espacio  
en cuanto a mis testimonios personales. Quiero advertir que no  
hay manera de corregir esto, salvo que “novelizáramos” o inven-  
táramos los rellenos o conexiones que armonizaran la secuencia  
de los hechos, disyuntiva ante la cual, prefiero surjan estas debi-  
lidades narrativas, y no una verdad alterada.

El 18 de febrero de 1996 una agencia de noticias con sede  
en Washington, Estados Unidos, difundió un corto relato sobre el  
proceso electoral en Polonia, el clima polémico desatado por la  
indecisión del nuevo Presidente Aleksander Kwasniewsky a la  
firma de un “concordato” con el Estado Vaticano, los boicoteos  
del derrotado líder sindicalista Lech Walesa contra el nuevo régi-  
men' de antecedentes comunistas, y la batalla librada por un pu-ñado de polacos sensatos, que estaban intentando la acción con-  
sensual y la reconciliación nacional.

La información, publicada parcialmente en Costa Rica por  
un órgano de difusión al servicio de la Iglesia Católica, es obvio  
que no tenía por qué interesarme, hasta que personas amigas me  
advirtieron que en la mencionada publicación era citado el nom-  
bre de un pueblo llamado “Yedbwadno”, que parecía ser el mis-  
mo donde yo nací, y también el apellido de una señora Sosnows-  
ki, que coincidía con el de una familia de tres miembros con la  
que mis padres compartieron su casa durante muchos años en  
Polonia.

Ante estos detalles, mi actitud indiferente cambió por com-  
pleto. Decidí indagar más sobre los entretelones de la noticia y  
obtuve colaboración para establecer contacto con el periodista  
polaco, firmante de la nota, que por casualidad se encontraba en  
México cubriendo los sangrientos sucesos ocurridos en la zona  
selvática de Chiapas. Ya en este camino obtuve una mayor sor-  
presa al señalar el informador polaco, a un periodista costarricen-  
se, la existencia de detalles suplementarios, que en Costa Rica no  
se consideraron importantes y fueron suprimidos de la informa-  
ción. En ellos se mencionaba a un judío de apellido Waserstein  
que aparentemente formaba parte de una “célula” de ayuda a los  
judíos fugitivos, en la ciudad de Lomza.

Según el periodista polaco Jan Deswiesky, había localiza-  
do a un hombre de avanzada edad a quien llamaban “La voz del  
Holocausto” por sus constantes denuncias públicas sobre las atro-  
cidades cometidas. El anciano hablaba de una matanza, ignora-  
da por los historiadores de la Segunda Guerra Mundial, que ha-  
bía ocurrido en una aldea del norte polaco en 1941. Se trataba de  
Wojciech Tadeusz, antiguo comerciante de Lodz y después agri-  
cultor en Bialystock, que estaba abiertamente opuesto al boicot  
que el partido de Lee Walesa instrumentaba contra la labor inicial  
de Kwasniewsky. Tadeusz proclamaba una actitud de concilia-  
ción en Polonia y, se adhería con pasión, a la tesis “consensual”  
del famoso periodista Adam Michnik, director del diario “Gaze-  
ta Wyboroza”, al mismo tiempo que solicitaba a los partidarios  
del expresidente Walesa “cerrar la boca y no escarbar el pasado”,  
para que no fueran a rebotar en su contra “conductas execrables”  
de algunos de sus familiares durante la Segunda Guerra Mundial.

Sin entrar a señalar casos concretos, pero advirtiendo tener  
pruebas suficientes, Tadeusz avaló en sus comparecencias públi-  
cas las palabras del Presidente Kwasniewsky sentenciado que  
“no se puede regresar al pasado, sin hacer un esfuerzo por lograr  
el entendimiento con el presente”. Reafirmó que no convenía  
una guerra de “revanchas” por el ascenso al poder de los antiguos  
socialistas. Sostuvo que, en mérito de una deseable armonía,  
“deberían enterrarse las complicidades de muchos polacos que  
después figuraron en posiciones de liderazgo, con la extermina-  
ción de millones de Judíos”.

Tadeusz, de 85 años de edad por entonces, aparecía en la  
información de Dewswieski, admitiendo conocer que de la ma-  
tanza de Jedwabne, la señora Sosnowski le enteró existía una de-  
cena de sobrevivientes que habían sido reportados con residencia  
en Argentina, Brasil, Cuba, Guatemala y Costa Rica y que, “de  
alguna manera bastante sospechosa,” varios de ellos habían sido  
víctimas de “muertes accidentales en los últimos años”.

No puedo explicar los alcances del sacudimiento interior  
que sufrí con esta información. Era la primera vez, en muchos  
años, que encontraba en un artículo de prensa el nombre de mi  
pueblo de origen. Y, era la primera vez, que alguien que no fue-  
ra yo mismo, o los tres, o cuatro sobrevivientes que aún estaban  
con vida, manifestaba conocer los atroces sucesos del que toda la  
vida he llamado el “Jueves Negro” de Jedwabne. Fue tanta mi  
emoción, que ni siquiera noté que el nombre con que la informa-  
ción periodística señalaba aquella lejana comunidad polaca, era  
“Yedbwadno”, y no Jedwabne, y que exageradamente se aumen-  
taba el número de judíos asesinados de dos mil a cuatro mil.

Leí varias veces la información y acicateado por Antosha,  
la mujer cuya familia salvó mi vida en aquellos lejanos tiempos  
y a quien tenía en esos días como huésped de honor en mi casa,  
tomé las providencias necesarias para establecer un contacto más  
cercano con el periodista Deswiesky, e indagar todo lo que supie-  
ra de aquellos sucesos concertando una cita con Tadeusz, a la ma-  
yor brevedad. Varias preguntas importantes rondaban mi cere-  
bro: ¿Era la señora Sosnowski. pariente de los Sosnowski que  
compartían la casa de mis padres en Jedwabne? ¿A qué documen-  
tos sobre la matanza del 10 de julio de 1941 se había referido  
ella? El mismo Tadeusz, al pasar de Lodz ubicado al suroeste de

Varsovia y Bialystok, a unos kilómetros al este de mi pueblo, ¿ha-  
bía estado allá, realmente, entre 1940 y 1945 en que terminó el  
conflicto bélico? Si la presencia suya se había dado en ese tiem-  
po ¿conocía acaso a algunas personas de apellido Waserstein que  
residían en Lomza y cerca de Bialystok por entonces? De no ser  
así ¿llegó a conocer a algunos judíos de apellidos Goldwasser  
que durante la matanza de judíos residían en Bielks Podlaski a  
muy corta distancia al sur de Bialystock? Hablando de una “de-  
cena” de sobrevivientes y quitando los nombres de los siete que  
formamos el “grupo del agujero” de Jednacsewo, ¿sabía los nom-  
bres de esos otros hipotéticos tres más y de ellos quienes vivían  
en Brasil y Guatemala, puesto que los de Cuba, Argentina y no-  
sotros somos la misma cosa?

Deswiesky se apasionó por nuestra historia y ofreció inva-  
luable colaboración. Primero que nada, se enteró por boca del  
mismo Tadeusz, de un intento de asesinato contra él en una aldea  
llamada Popowo, cercana a un lago, mientras indagaba algunos  
detalles sobre la desaparición de la señora Sosnowski, ocurrida  
allí. En segundo lugar, en una entrevista con él que pudimos arre-  
glar en México, mientras cubría los sucesos de Chiapas en di-  
ciembre de 1996, se aclaró que el anciano había dispuesto poner  
en manos de la organización de “Cazadores de Nazis” de Israel,  
los antecedentes de cinco de los líderes polacos que habían pla-  
nificado la matanza de Jedwabne, una serie de atropellos crimi-  
nales en Jednacsewo y el asesinato de tres jóvenes de apellidos  
Chomsowa, Grabiewo y Bogulaw en Supy, una aldea al norte de  
Jedwabne. En apariencia, estos jóvenes, enloquecidos por el re-  
mordimiento de lo que se había hecho en esa región, habían co-  
menzado, en 1947, a dejar entrever entretelones del “progrom”  
en que habían sido activistas, poniendo en peligro los fraudulen-  
tos procesos que aún se daban para traspasar a manos ajenas, to-  
dos los bienes judíos que aún quedaban “sin asignación”. Ta-  
deusz suponía, basado todavía en simples conjeturas, que se esta-  
ría hablando de varias pequeñas granjas, algunas residencias y  
otras tierras que tendrían un valor actual de más de cincuenta mi-  
llones de dólares.

También reveló que el hebreo León Kozak, que había vivi-  
do en Alemania y se hizo pasar por francés debido el dominio que  
tenía de ese idioma, era el Jefe de una célula que había ayudado  
 40 — La denuncia

a muchas familias judías a escapar de Polonia por la ruta norte del  
. Mar Báltico hasta los contrafuertes de Finlandia, y por la llama-  
da “ruta sur” que obligaba a un complicado viaje por Bielorrusia  
hasta Rumania, Yugoslavia, el mar Adriático e Italia, en donde ya  
existían “trampolines” confiables para Israel. La actividad de  
Kozak comenzó en Alemania como adherente a un grupo izquier-  
dista de intelectuales que presidía Heinrich Mann, que por en-  
frentarse a las que llamó “retorcidas políticas” de Hitler, fue  
constantemente perseguido y amenazado en compañía de Kathe  
Kolwitz, obligándoseles a renunciar a la Academia Prusiana de  
las Artes en 1933, acusados de alianza con los comunistas y “to-  
lerancia con perniciosos elementos de la internacional judía”.

Kozak, que más tarde colaboró con Tadeusz, huyó a Polo-  
nia en el año 36, cuando ya era cotidiana la captura de judíos, co-  
munistas, algunos prominentes intelectuales antinazis y socialde-  
mócratas, a los cuales se les había clausurado, “arma en mano” el  
periódico *Die Brener Vollkszeitune.*

Sin que estén muy claros estos asuntos, volví a sentir emo-  
ciones profundas, cuando Deswieski amplió sus informaciones  
por medio de un amigo periodista del “Instituto Interamericano  
de Prensa y Comunicación”. Dijo que, en relación con la difusa  
historia de Jedwabne, este mismo hombre Kozak había obtenido  
la colaboración de un judío que unas cuantas veces al mes “co-  
merciaba entre este pueblo y Lomza con cueros de animales y  
plantas medicinales y era de apellido Waserstein.

Lo que sabía superficialmente es que Kozak había adquiri-  
do un terreno de una hectárea, estratégicamente camuflado en una  
colina boscosa, en el que construyeron silos bajo los cuales, sub-  
terráneamente, se escondió una habitación capaz de ocultar hasta  
quince personas por tumo. Para los efectos, Waserstein coordinó  
desde 1936 a 1937, todo lo referido al avituallamiento del refugio  
en materia de artículos de higiene personal, alguna ropa y alimen-  
tos. El dinero con que Kozak financiaba esta red de ayuda a los  
judíos provenía de allegados a una familia de artistas, domicilia-  
dos en la zona berlinesa de Hohenzolenstrasse y de apellido Liber-  
man, los cuales fueron asesinados por haber descubierto la com-  
plicidad de Góring en el robo de pinturas valiosas de la llamada  
“Exposición de Arte Degenerado”, entre las cuales había dos re-tratos pintados por uno de los Liberman, cuatro Van Gogh, tres  
Munch, tres Franz Maro, un Gauguin, un Signae y un Cézanne.

Los acontecimientos en que se vieron envueltos los Liber-  
man, coincidieron con la noche comprendida entre el 9 y el 10 de  
noviembre de 1938 en que bandas desaforadas de la juventud na-  
zista, miembros de las SS y algunos fanáticos nacionalsocialistas  
dispersos, incendiaron ciento diez sinagogas en Alemania, inclui-  
da la muy venerada de la calle Fasanestrasse de Berlín, quebra-  
ron las ventanas y saquearon cuatrocientos negocios de judíos,  
asesinaron a garrotazos a más de ocho mil hebreos, encarcelaron  
a siete mil y a tres mil de ellos los enviaron, con “destinos desco-  
nocidos”, a campos de trabajos forzados, que ya subrepticiamen-  
te Hitler había puesto en operación.

El “refugio de tránsito” de Kozak fue construido en una zo-  
na rural muy cerca de Lomza llamada Jeziorko. Fue su encarga-  
do directo Franciszek Krysiewicz, quien vivía en Waniewo, cerca  
del Río Narew, en la provincia de Bialystock. A los perseguidos  
que llegaban allí y eran en su mayoría gente a la que se había arre-  
batado de las manos de la SS, se les mantenía ocultos quince días  
mientras se les proveía de papeles con falsas identidades, vesti-  
mentas, medallas, crucifijos (para hacerlos pasar por católicos),  
algún dinero y llegaban por ellos los llamados “guías fronterizos”.  
En febrero de 1943, Krysiewicz fue denunciado por un colabora-  
cionista polaco y muerto a tiros en Lomza. La venganza llegó  
mucho más allá, pues sus familiares Stanislaw Krysiewcz y su es-  
posa de treinta y siete años, Wladyslawa Krysiewcz, —que vivían  
en una pequeña granja en Waniewo— fueron ametrallados por  
policías de Tykocin, en setiembre de 1943. Murieron con ellos  
los fugitivos judíos que ayudaban en ese momento a escapar:  
Leyser Rózanowicz y su esposa, Benjamine Rózanowicz, y Sho-  
loma Jaskólka. Cinco niños pequeños, hijos de los Krysiewicz,  
fueron escondidos en las casas de unos vecinos y salvados de la  
muerte. Uno de ellos, años más tarde, puso la información en ma-  
nos de la Dirección General de la “Comisión para la Investigación  
de los Crímenes de Guerra ocurridos en Polonia”.

Habrá de imaginarse cualquiera cómo me afectaron todos  
estos descubrimientos en el año de 1996. Puedo decir que sufrí  
agravamientos en algunas de las patologías que se han hecho in-  
separables de mi vida, y que incluso un viaje proyectado a Polo-

nia para ese año, tuve que retrasarlo hasta mayo y junio de 1997.  
Por muchos meses, el recuerdo de mi padre, ligado con este rela-  
to, estuvo en mi cabeza. Tuve que suspender también por meses  
la continuación del trabajo que le da forma a este libro, en el que  
nunca imaginé tuviera que trascender lo referido a mi historia ín-  
tima y personal, para abarcar tantos tentáculos y proyecciones del  
desventurado holocausto de los judíos, que están indisolublemen-  
te conectados a ella.

Desde luego, me vi obligado a investigar algunas de las in-  
formaciones que se me daban. Lo primero era comenzar por el  
periodista Jan Deswiesky. Pude constatar sus ligámenes con co-  
rresponsales de la “ Agenzia Nazionale Stampa Associata”, para  
trabajos sobre la realidad polaca, y con la “EFE-Hiszpánska Age-  
noja Prasowa”. Publicó trabajos sobre crímenes de guerra en la  
revista *Liberté* de Francia y actuó como corresponsal libre aten-  
diendo encargos de diversas cadenas de información en los Esta-  
dos Unidos y Europa. En 1980 residió en México. Luego cubrió  
la guerra de Bosnia-Herzegovina y posteriormente se retiró a Ca-  
nadá, para escribir el libro sobre *Los Nuevos Genocidios* finan-  
ciado por una fundación pacifista de los Estados Unidos.

El caso de Wojciech Tadeusz me obligó a hundirme en al-  
gunos complicados laberintos, porque su actitud de vida era muy  
reservada; además “gustaba dejar en el misterio” muchas de sus  
actividades. Había nacido en Sierznia, un pueblecito cerca de  
Lodz, en Polonia, alrededor de 1911. Estudió medicina en Ber-  
lín, Alemania, a partir de 1933, pero dejó trunca su carrera. Más  
tarde, por una corta temporada, trabajó como analista en el perió-  
dico *Vorwarts,* del partido socialdemócrata, y luego en el *Die  
Bremer Volkszeintung,* que después del incendio del Parlamento  
el 27 de febrero de 1933 fue prohibido, así como otras publica-  
ciones de los socialdemócratas y los órganos de prensa del Parti-  
do Comunista alemán. En 1934 dirigió un semanario patrocina-  
do por un grupo de judíos alemanes, órgano de prensa que se vi-  
no abajo cuando los nazis aplicaron una nueva serie de medidas  
restrictivas que afectó a las publicaciones de la llamada “Asocia-  
ción Cultural de Judíos Alemanes”, en la que aparecían —en un  
intento desesperado por tratar de resistir las medidas nazis— fi-  
guras de gran prestigio como Kurt Bauman, Julios Bab y Wemer  
Levie. Ya en 1935, de toda la prensa judía compuesta de setenta

semanarios, revistas o boletines con un tiraje superior a 422.000  
u ejemplares, no quedaba nada. Incluso en 1936, en el mes de oc-  
e tubre, Hitler ordenó la aplicación de una nueva ley sobre prensa:

c todo periodista estaba obligado a llevar consigo una cédula de

r identificación especial, que consignaba su pureza racial y su na-

s zismo.

t A partir de estos acontecimiento, Tadeusz y sus actividades

c se sumen en la oscuridad, hasta que vuelve a aparecer en Polonia

t alrededor de 1993. Se informa de un “intento de asesinato” con-

c tra él en Popowo, y se establecen las citas informativas con Des-

i wiesky, en 1996.

< El final de la vida para Tadeusz (aún en Polonia para mar-

] zo de 1996 recopilando información sobre el exterminio de los

judíos que pensaba poner en manos de la organización de “Caza-  
i dores” de criminales de guerra nazis dirigida en Israel por Simón

( Wiesenthal) llegó en Nueva York, Estados Unidos, en noviembre

de ese mismo año. Desde ese mes, todo lo que se relaciona con  
i él se pierde en el misterio.

Me queda rezagada, en todo este camino de aclaraciones, la  
identidad de la pareja que suponen, cada uno por su lado y en su  
propio tiempo, la señora Sowsnowski y León Kozak, el hombre  
que aparentemente solicitó a mi padre ayuda para que cerca de  
Lomza pudiera atenderse a muchos judíos polacos que trataban  
de huir de los nazis.

Quiero advertir, desde luego, que todo esto que ahora apa-  
rece simplificado en estas páginas, demandó un esfuerzo enorme,  
con ayuda de algunos amigos que han apoyado siempre mi pro-  
yecto. En este esfuerzo la salud se quebrantó más y eso obligó a  
paralizar la investigación por grandes espacios de tiempo. No  
obstante, sobre la identidad de León Kozak, pude atisbar algo.

Kozak nació en Grajewo, una comunidad cercana al Río  
Biebrza, en el año 1910. Emigró a Alemania para aprovechar  
una oferta de trabajo en las acerías de los poderosos constructo-  
res de cañones Krup, pero a partir de la famosa “Ley sobre la  
ciudadanía del Reich” (promulgada el 15 de setiembre de 1935,  
en que únicamente los “alemanes de puro abolengo” poseían la  
plenitud de derechos políticos) y a la persecución antijudía que  
la siguió, terminó su labor obrera. De alguna manera no escla-  
recida, Kozak surgió tiempo después conviviendo con una joven

de apellido Chibwolsky, que con Piotr Bielnak y Bronislaw Ste-  
fanek —dos adinerados comerciantes en piedras preciosas que  
habían militado en un grupo de abiertas tendencias comunistas  
escindido de los rebeldes del “Deutsche Demokratische Partei”  
(Partido Demócrata)— comenzaron a organizar un grupo para  
atender judíos víctimas de las represiones nazis.

Supuestamente, en compañía de la Chibwolsky y de Stefa-  
nek, se trasladó en abril de 1936, a Polonia, donde comenzó a es-  
tructurar una red “agentes de fuga” para salvar judíos. Sin duda,  
Kozak estaba enterado de algunas de las versiones que conside-  
raban como inminente una acción armada de Hitler contra Polo-  
nia y la subsiguiente persecución de judíos. Es más o menos por  
esos tiempos cuando, según los relatos de Tadeusz, aparece man-  
teniendo contacto con Franciszek Krysiewicz y con el Waserstein  
que pudo haber sido mi padre. El paradero final de este hombre  
solo Dios lo sabe. Tampoco se conoce nada de su compañera  
Chybwolski. Podría ser que ellos mantuvieran acciones clandes-  
tinas en los alrededores de Bialystock y, detectados por los esbi-  
rros nazistas después del asesinato de Krysiewicz en 1943, los  
hubieran fusilado. Durante mi viaje a Polonia, en mayo de 1997,  
por más empeño que puse en el caso, únicamente pude certificar  
que un Franciszek Chybowski, de sesenta años de edad, y su es-  
posa Julia, de cincuenta y cuatro, fueron fusilados el 5 de marzo  
de 1943 por complicidad con el ocultamiento de unos judíos.  
Aparte comprobé que en un bosque en la región de Hajnówka, en  
las afueras de Bialystock, en noviembre de 1943, también fue  
ametrallado Gierasim Kozak, quien murió en el mismo sitio en  
que escondía a cuatro judíos que eran buscados por la gendarme-  
ría de Bialystock.

La posibilidad de que esas personas —cuyos asesinatos los  
tiene anotados oficialmente en Varsovia la “ Main Commission  
for the Investigations of Crimes Against the Polish Nation” y  
también “The Instituto of National Memory”— resultasen parien-  
tes del Kozak y la Chybowski, no es descartable. Tampoco des-  
carto la presunción de que el Waserstein que ayudó a Kozak fué-  
se mi padre, debido a las siguientes coincidencias:

1. Mi padre solía realizar a veces —y yo le acompañé cuando

se pudo— algunos viajes de Jedwabne a Lomza para ven-der cueros. No recuerdo que llevara plantas medicinales,  
pero eso bien pudo ser: yo era muy niño para darme cuen-  
ta de los detalles mínimos de cómo ganaba mi papá lo ne-  
cesario para nuestro sustento. En 1997, un viejo llamado  
Isaac Samulska contó que “Calel Waserstein era muy bue-  
no con las plantas para curar estómagos ardidos y aventa-  
dos”. Este hombre, cuyo nombre venero, era parco en pa-  
labras, muy reservado. Jamás perturbaba a mi madre ni a  
sus hijos con las informaciones alarmantes que ya comen-  
zaban a correr como el viento por toda Europa. No tengo  
motivos para dudar de que, tratándose de actos de solidari-  
dad con sus hermanos judíos en problemas, él se ofreciera  
a colaborar, pese al peligro que tales acciones aparejaban.  
Aunque todo seguirá sumido en la niebla de los años, sin  
que existan testigos conocidos de aquellos hechos, la pro-  
bable acción de mi padre aumenta el orgullo que siento de  
ser su hijo.

2. En Lomza vivían algunos parientes paternos, lo que hace  
menos extraño que algún Waserstein se moviera por esos  
caminos. De lo que no tengo memoria es de que alguno de  
ellos comerciara también con cueros. Eso deja a mi padre  
como la persona a la que posiblemente se refirió Kozak.

Me quedó para el final de este capítulo lo referido a la se-  
ñora Sosnowski, colaboradora de Tadeusz y aparentemente po-  
seedora de documentación sobre la matanza de Jedwabne. Según  
el informe de prensa publicado en 1966, “desapareció” mientras  
realizaba algunas investigaciones en una comunidad llamada Po-  
powo, en la que, buscando sus huellas, intentaron liquidar, en  
1994, al propio Tadeusz.

Jamás supe (ni recuerdo que esto hubiera sido comentario  
de mi padre o de mi madre) cuál era el lugar de origen de los Sos-  
nowski, ni cuáles eran sus lazos familiares más allegados a Jed-  
wabne. El nombre de Sosnowski padre se borró para siempre en  
mi memoria. Sólo están vivos en ella los de su esposa Ana y su  
hija Sara. Ana fue la primera víctima fatal de la persecución con-  
tra los judíos en Polonia. La mataron de un ladrillazo que le par-  
tió la cabeza en el año de 1933, al salir un día del mercado de un  
pueblo llamado Radzilow, a dieciséis kilómetros de nuestra co-munidad. Al viejo y a la hija Sara, el “Jueves Negro” de julio de  
1941 los sacaron a palos de la casa y los quemaron vivos junto a  
mi madre, en la bodega de un campo de trigo cercana al Cemen-  
terio Judío.

Es fácil inferir, entonces, que la señora Sosnowski mencio-  
nada por Tadeusz estaba emparentada con los Sosnowski de Jed-  
wabne, y que probablemente al final de la Segunda Guerra Mun-  
dial, con la rendición del Japón el 2 de setiembre de 1945, ella  
pudo haber visitado el pueblo en busca de sus parientes, e inves-  
tigado algo de lo que ocurrió en julio de 1941. Pudo también ha-  
ber recibido documentos o testimonios que comprometían a algu-  
nos de los monstruos que alentaron la aniquilación de los dos mil  
trescientos judíos lugareños. En la misma fuente en que consul-  
té otros nombres en Varsovia en 1997, solo pude encontrar la re-  
ferencia a la muerte, en manos de exterminadores nazis, de Ale-  
xander Sosnowski y su hija Antonina de diecisiete años, el 24 de  
febrero de 1944, en la localidad de Zawada, región que fue incor-  
porada después de la guerra a la Ucrania soviética. Con estas  
personas fueron fusiladas el mismo día Ucia y Cinnia Puche, hi-  
jas de un nacionalista ucraniano que colaboraba con los judíos.

Con la ayuda de un mapa de la moderna Polonia, pude lo-  
calizar la aldea en la que se marca la desaparición de la señora  
Sosnowski. El acudir al mapa tiene que ver con mis debilidades  
de memoria actuales. Hubo un tiempo en que fui reconocido co-  
mo un hombre con “memoria de elefante”. Si las neuronas se  
ahorraran, yo hubiera sabido capitalizarlas, pero conforme uno  
avanza en edad ellas se gastan sin reposición posible. Pese a ello,  
yo tenía medio borroso el nombre de un asentamiento humano  
llamado Popowo. Me parecía que este nombre correspondía a al-  
gún lugar que yo había visto, o del que había oído, en los meses  
después de mi liberación cuando entré a Varsovia por primera  
vez, para averiguar de qué manera podía viajar más seguro hacia  
Lodz, para comenzar un negocito con hilos a fin de sobrevivir.  
En el mapa aparecieron un “Pepewo” y dos “Popowos”, de ma-  
nera que había otro pequeño problema que desenredar.

Tomando en cuenta que el periodista Deswieski citó un Po-  
powo “cerca de un lago”, comenzamos la tarea. La aldea que es-  
taba a orillas del Río Dabroczna, no muy lejos de Varsovia, que  
por tener una parte ancha podía hacer creer en un pequeño lago

que generaría confusión, se llamaba “Pepowo”, así, con “p” y “e”  
al comienzo. Pero tal conjetura fue desechada. El segundo “Po-  
powo” quedaba en las “antípodas”, en el norte de Polonia, al sur  
de Lebork y al oeste de la costa de Gdansk sobre el Mar Báltico.  
Imposible: no era al norte por donde anduvo Sosnowski. Tampo-  
co encajó con nada del relato, “Popowo-Tomkowe”, cerca de la  
ciudad de Gwiezno, por más que colinda con una pequeña zona  
lacustre del Río Welma. Al recordar que en el despacho periodís-  
tico publicado por un semanario católico en Costa Rica, se habla-  
ba de la desaparición de la dama polaca cerca del Vístula, consi-  
deré que el lugar concreto era el pueblo de Popowo, ubicado en  
el recodo en que el Río Narew forma como una península y reci-  
be las aguas del histórico Río Bug. Caen ambas corrientes unos  
pocos kilómetros al sur, en el Vístula.

El emplazamiento, saliendo al norte de Varsovia por la ca-  
rretera número 61 que pasa por Legionowo y sigue a Ostroleka y  
Lomza, se alcanza desde la capital polaca en unos cuarenta minu-  
tos, con dependencia del flujo automotor. Pero hasta aquí puedo  
llegar con esta parte de la historia. Desde este momento, la seño-  
ra Sosnowski se convierte solo en un fantasma, y el supuesto  
atentado contra Tadeusz, en una leyenda. ¿Cómo comprobar to-  
do eso? ¿Cómo localizar testigos de hechos que no manejamos en  
sus detalles y personas cuyas identidades tampoco podemos pre-  
cisar? Lo que sí creo es que en todo este relato (basado en una ca-  
sual información periodística del año 1996 a la que di "segui-  
miento” con la ayuda de un amigo desde San José, Costa Rica, y  
más tarde desde Méjico y la propia Varsovia en mayo de 1997),  
son más las coincidencias, detalles, señalamiento de sitios geo-  
gráficos y apellidos, lo que hace bastante verosímil la historia de  
mi propio padre que jamás podré ni podrán mis descendientes al-  
canzar hacia atrás en el pasado de Polonia. La de mi padre es la  
historia de un hombre que murió joven, pero dejó una estela de  
rectitud, solidaridad, bondad, fe y amor por la familia de la cual  
yo me he nutrido cuando siento que las fuerzas me abandonan.

t

CASA COMPARTIDA

En los capítulos precedentes he extraído lo único que queda en mi  
memoria, sobre los motivos que me impulsaron a relatar estos su-  
cesos de la segunda Guerra Mundial, en que se desarrolla mi per-  
fil autobiográfico, la semblanza de mis progenitores, y la posible  
colaboración de mi padre, Calel Waserstein, con una célula clan-  
destina de ayuda a los fugitivos judíos en Jedwabne durante los  
años 1937 y 1938. Pero no puedo continuar, sin referirme a la ca-  
sa compartida de los Waserstein, porque es en ella donde fuimos  
pensados, engendrados, esperados y nacidos con amor los que  
constituimos la raíz inmediata de la familia, cuyo cordón umbili-  
cal aun está pegado indisolublemente a Polonia, pero cuya forma-  
ción, crecimiento, bienestar y progreso provienen de un azaroso  
peregrinaje que nos catapultó de Varsovia a Cuba, los Estados  
Unidos y Costa Rica.

Lo que sí resulta imperativo recordar, con la mayor fideli-  
dad posible, es la reconstrucción de lo que fue nuestra casa pola-  
ca, porque el hogar, en su física expresión, es al hombre como su  
envoltura protectora, en que se desarrolla no su rostro externo y  
social, sino su verdadera autenticidad espiritual, íntima y afectiva.  
Así es como yo siempre he entendido que el hogar es al hombre,  
lo que el hombre es al hogar. Si hay integridad en el hombre, el  
hogar desbordará de ella. Si hay fe, respeto y amistad con Dios,  
cada ladrillo será una plegaria. Si hay disciplina, encontraremos  
un interior en orden, paz y corrección y si hay afecto, verdadero e  
incorrupto en la “unidad hombre” entendida como la fusión plena  
del ser femenino con el ser masculino, el amor será en su interior  
la fuerza vital que sublimice y ennoblezca actos y personas.

La casa era de típica estructura campesina. En la parte sur  
compartían la edificación con nosotros el zapatero Sosnowski y  
su esposa Ana, que tenían una hija llamada Sara. Era gente de tra-  
bajo constante, amables, religiosos y ya con algunos años recar-  
gándose en sus espaldas. Ellos, a su vez, subdividían este sector  
sur con Israk, un carpintero que se especializaba en fabricar mue-  
bles rústicos, bonitos pero no con finura de ebanistería y cuyo tra-  
bajo era durísimo, pues no había en aquella región artilugios la-  
borales sofisticados, ni sierras automáticas, ni cepilladoras, o tor-  
nos movidos por electricidad. Nuestro pueblo, en realidad, ape-  
nas comenzaba a conocer la energía eléctrica. Al hablar de Israk,  
solo recuerdo de manera vaga, a un hijo más o menos de mi edad,  
que proclamaba en voz alta sus afanes religiosos, y ocasionalmen-  
te era mi compañero de andanzas por los arrabales pueblerinos,  
sin que pueda recordar si este muchacho había quedado huérfano  
de madre viviendo en nuestra casa, o ya lo era desde antes.

A nosotros nos quedaban como sesenta metros para cons-  
trucción, pero aún no se había podido —cuando ocurrió la muer-  
te de mi padre, en 1937— terminar un par de habitaciones que nos  
hubieran permitido mayor comodidad y oxígeno, porque en los  
tres cuartitos existentes —lo que era como cocina - comedor, una  
salita donde cosía mi mamá y una especie de sótano o bodega—  
teníamos que convivir diez personas. Eso, en aquellos tiempos y  
ahora, permite hablar de una casa “estilo sardina en lata”. Pero el  
milagro de la disciplina, el amor y la pacífica convivencia, se lo-  
graban porque la protección y energía que emanaban de nuestros  
padres, colmaban el ambiente interior de calidez humana y uni-  
dad. No tengo todos los recuerdos a punto, pero el mobiliario era  
parco: las camas, fuertes, y la luz natural, suficiente.

Podría creerse que caí en contradicción al decir, por un la-  
do, que de mi padre y madre solo éramos tres hermanos en orden  
de edad llamados Moisés, Samuel y Saúl y, por otro, que en los  
treinta metros cuadrados del segmento que nos correspondía en  
esa especie de “condominio” campesino a mediados de siglo, vi-  
víamos én.total diez personas. Eso merece una aclaración. Mi  
madre tenía una hermana que vivía no lejos de Jedwabne. Era su  
nombre Esther. Su marido se llamaba Lázaro Hoffman y de éste  
nunca me ha hecho gracia acordarme. Sólo puedo decir que, en  
lo tocante a responsabilidad, disciplina, religión y sentido de per-tenencia al hogar, era un judío no judío. De ese matrimonio ha-  
bían nacido, de los años veinte a los cuarenta, cinco hijos varo-  
nes: Samuel, el mayor, Nagel, Yoken, Baruch y Abramshen. Fue  
justamente en el parto de este último cuando mi tía Esther falle-  
ció, de algo que después se diría fue “fiebre puerperal” o algo por  
el estilo. Esa desgracia familiar, unida al estilo de vida del “ju-  
dío no judío” que era Lázaro, terminó obligando a mi madre a ir  
al rescate de estos primos hermanos y acogerlos en nuestra pro-  
pia casa. De ese momento en adelante, mi madre duplicó sus ta-  
reas de costurera especializada en camisas, para generar más in-  
gresos y no sacrificar a mi padre que por la situación se había  
echado a la espalda una carga más pesada de lo que era capaz de  
soportar. Pero la aprensión de mi madre nunca tuvo razón de ser.  
Jamás hubo queja o malestar en mi padre por esta causa: ella y él  
eran una pareja a la que no cabía el corazón en el pecho de gran-  
de que lo tenían. La convivencia con mis primos se desarrolló  
con bastante armonía. Samuel, con dinero que consiguió presta-  
do mi padre, marchó hacia Argentina y jamás hasta ahora, en ple-  
no año 1999, hemos vuelto a tener noticias suyas. Nagel, duran-  
te los años 38 y 39, tuvo algunos momentos de enajenación men-  
tal al saberse huérfano de madre y abandonado por su padre, pe-  
ro los cuidados de mi madre lo hicieron recuperar. Yoken y Ba-  
ruch se casaron e igual que Nagel, siguieron viviendo en los alre-  
dedores de Jedwabne. Abramshen salió del pueblo. Trabajó con  
la “Agencia Judía”, y de vez en cuando, llegaba a la aldea para  
motivar a la juventud sobre el sentido de “Patria” que se intenta-  
ba darle a la lejana Palestina.

Quizás sea notable, en mi relato, la ausencia del mundo  
anecdótico, feliz e irresponsablemente saltimbanqui de la niñez.  
Pareciera, hasta aquí, que nací adulto, amargado, severo y con la  
deformación mental de Creer que el único objetivo de buen pro-  
pósito, válido y necesario de alcanzar en la vida es el trabajo, las  
ganancias que éste reporta, y después de ahí la espiral creativa  
que lleva a constituir una sólida economía hogareña y una posi-  
ción desahogada y no asfixiante en materia de dinero y bienes te-  
rrenales.

Pero tal afirmación no sería justa ni para mí, ni para mis pa-  
dres, ni para mis hermanos. Primero, porque no es verdad. Y se-  
gundo, porque si he olvidado esos gozos infantiles, con rezos,cantos, juegos, excursiones por el campo, alborotos en la escue-  
la, inocentes arrobamientos ante los colochitos dorados de algu-  
na niña hermosa de ojos azul marino, que pasaba coqueteándonos  
por las narices, es porque el impacto de los sucesos sangrientos  
que ocurrieron en Polonia durante al Segunda Guerra Mundial —  
y en particular lo sucedido en mi pueblo—no solo despedazó mi  
realidad psicofísica, sino que deformó de alguna manera, el “al-  
macén” de la memoria. Así, entonces, mi recuerdo sobrepuso a  
toda visión plácida, cristalina, varicolor y burbujeante, la destruc-  
tiva carga fúnebre de un dolor del que jamás me he repuesto, una  
conciencia alterada por la traición, la agresión, la bestialidad y el  
crimen.

Claro que con mis hermanos y mis primos jugamos a todo  
lo que deben jugar los niños del universo entero, reímos, alboro-  
tamos, corrimos y brincamos como acróbatas de circo. ¿Pero  
cuándo ocurrió eso? ¿Cuándo fue que pudimos vagabundear un  
rato por los bosques sin tener que trabajar para comer? ¿Cuándo  
y en qué perdido rincón del pasado es que nuestros padres pudie-  
ron damos más de dos mudadas de ropa nueva por año, para ves-  
timos como “muñequitos” y llevamos a diversiones y festejos?  
¿Cuándo fue que no tuve que rogar y llorar a mis padres, allá por  
los perdidos siete años de edad, para que me dieran cinco centa-  
vos con qué comprar una barrita de chocolate en la pulpería? En  
cambio, mi memoria es muy precisa, y muy concisa, a pesar de  
los desajustes que le han ocurrido en setenta y seis años de vida,  
en recordar los “progroms” iniciáticos de mi pueblo, los polacos  
parados con garrotes frente a los pequeños negocios de los judíos,  
amenazando con quebrarle la cabeza al que comprara algo en  
ellos, la humillación casi abyecta de realizar genuflexiones y qui-  
tarse la gorra de la cabeza ante el sacerdote católico, el policía  
malandrín, los personajes municipales corruptos; y los cuadros de  
genocidio, tortura, bandidaje, rapiña, muerte y desesperación que  
nos fue pintando la vida en el cerebro cuando el antisemitismo  
vistió pantalón largo, se engordó y alcanzó con su odio visceral,  
hasta el más remoto pedazo de terreno, ser humano o comunidad  
judía que pudieran existir en Polonia.

Yo creo que es un milagro —a la par de la dureza de len-  
guaje que voy usando en el relato, de la incoherencia al enhebrar  
tantas páginas oscuras de la vida y tanta miseria, tanto horror y

tanta bestialidad— que de vez en cuando me hayan surgido de lo  
profundo del cerebro pinceladas amables, algunos brotes de hu-  
mor, algún pensamiento filosófico cimarrón o de asombro, ante la  
geografía y el paisaje de la Polonia nativa, la Cuba caribeña y la  
“resucitadora” Costa Rica, donde encontré mi libertad perdida, mi  
dignidad desbaratada y mi solidez económica, mientras sigo len-  
tamente el camino que me lleva irremediablemente a la muerte.

Los detalles que cierran el cuadro de mi casa son breves,  
como breve fue nuestra propiedad sobre ella: a la calle Przytuls-  
ka daba un espacio con baranda de madera, cubierto de verde cés-  
ped. Luego había, detrás, al lado sur, otro rectángulo, con el pe-  
queño corral para las dos vacas y algunas plantas ornamentales.  
Finalmente, un pasadizo en colindancia con la zona dedicada a  
estacionar los carretones y caballos propiedad de los vecinos po-  
lacos cristianos que nos rodeaban, incluso el que apestaba, sin  
atender reclamos, el lugar con una cría de cerdos.

Era atravesando estos patios, con el permiso de sus propie-  
tarios polacos concedido antes que los cegara el odio racial, que  
llegaba a mi casa —un par de veces a la semana— el señor Jad-  
weri. Se trataba de un personaje rabínico, de luengas barbas co-  
lor canela, que había “hecho química” con mis padres. Sus ter-  
tulias pocas veces tocaban la religión, pero se regodeaban con la  
prehistoria polaca, y las migraciones de los extraños pueblos que  
fueron a través de los siglos, domesticando aquella tierra primi-  
geniamente salvaje y cubierta de glaciares. Jadweri era el maes-  
tro de la escuela judía y conmigo, en forma particular, se empe-  
ñaba en obligarme a conocer a fondo la lengua hebrea, mejorar el  
polaco e introducirme al “yiddish”.

Yo no tengo el “don de lenguas”, como se dice llegan a te-  
ner los cristianos que proclaman estar iluminados por el Espíritu  
Santo, y por eso el maestro Jadweri redoblaba sus esfuerzos para  
que la “trinidad” lingüística de uso corriente se depurara. Mucho  
más tarde en la vida, dando vueltas y revueltas en esta “nave es-  
pacial” llamada Tierra, agradecí al viejo maestro de la “cheder”  
el haberme dado unas cuantas claves nemotécnicas con las cua-  
les llegué a cantar una canción en ruso, mascullar unas palabras  
en alemán, defenderme con veinte palabras en inglés en un super-  
mercado de New Jersey y chapucear el español que aun hoy día  
me sale con terribles acentos.

Debo confesar que mi ligamen religioso, cultural y familiar  
va con el “Yiddish” y el Hebreo. Amo esas lenguas, que vienen  
metidas como cuñas en el alma de los judíos desde hace cuatro  
mil años. Las amo porque me suenan a música. Quisiera morir  
pronunciando algunas palabras familiares en cada una de ellas.  
Pero no podré fugarme hacia el misterio final, sin rendirle tribu-  
to a la lengua española que marca el término de mi superviven-  
cia, mi madurez y mi gratitud. No a ese español de España, con  
acentos castellanos, catalanes o gallegos, sino al español de Cos-  
ta Rica, tan rico, tan cálido y colorido con sus peculiares costarri-  
queñismos y sonoridades.

Aun en estas visitas a mi casa, invadiendo patios ajenos, el  
viejo maestro de la escuela elemental de Jedwabne se pasaba re-  
pitiendo que a la lengua hebraica le gusta lo que es concreto y lle-  
no de imágenes. Por ejemplo, un “escándalo” para los costarri-  
censes, es un acto moral. Para el israelita, el escándalo (mikshol)  
es la piedra que está en el camino y que nos hará caer. Para no-  
sotros, una “vanidad”, es una actitud inferior. Para un israelita, la  
vanidad (Hébél) es el aliento, el vaho, que apenas se disipa cuan-  
do aparece. Pero recuerdo, también, la facilidad con que la tertu-  
lia del rabino con mis progenitores escapaba de la prehistoria y  
caía en los secretos judíos para el cultivo gigante de la zanahoria.

Yo no fui un “fanático” del estudio, ni cuando niño, ni cuan-  
do joven. En verdad, tendría que quedarme en el estadio de tiem-  
po de la niñez, porque la juventud me fue marcada por la historia  
como el período en el que tuve que entrar a fondo a aprender, me-  
morizar, estudiar y manejar con malabares, la “lengua” no escrita,  
ni expresada oralmente, ni codificada, ni “alfabetizada”, de la su-  
pervivencia. Sonidos, palabras cortas en “yiddish”, más cortas en  
hebreo, un poco más largas en polaco, moleculares en ruso, con-  
tadas con los dedos de la mano en alemán. Además, gestos, seña-  
les, movimientos imperceptibles de los ojos y, a veces casi hasta  
el uso de la telepatía forman el cóctel de esta “lengua”.

Este mismo maestro Jadweri, barbas largas, judío en per-  
fecto acatamiento a pesadas reglas morales, judío de corazón, de  
tradición, de cultura y religión, fue torturado, apaleado y quema-  
do con el resto de mis hermanos judíos de Jedwabne en 1941 y  
fue quien cinceló con el buril de la insistencia y la persistencia en  
mi memoria, una oración de la liturgia judía que hoy, sacudido

por los estremecimientos de la que caritativamente los jóvenes  
actuales llaman “tercera edad”, recuerdo con veneración y me  
complazco a veces recitar para calmar las agitaciones de mi vida  
empresarial:

*“Con un amor abundante nos has amado, Señor,  
Dios nuestro; con una grande y superabundante pie-  
dad has tenido piedad de nosotros, Padre nuestro y  
Rey nuestro; por causa de Tu gran Nombre y por cau-  
sa de nuestros padres que pusieron en Ti su confian-  
za y a los que enseñaste los mandamientos de vida,  
concédenos gracia también a nosotros* y *pon en nues-  
tros corazones comprender, escuchar, aprender y en-  
señar, estar atentos a cumplir todas las palabras de  
instrucción en Tu Torah, con amor. Ilumina nuestros  
ojos para Tus mandamientos; que Tu Torah se apegue  
a nuestros corazones, y que nuestros corazones estén  
unidos para temer Tu Nombre... Nos has elegido de  
entre todos los pueblos y nos has acercado a Tu gran  
Nombre en la fidelidad. ¡Bendito seas, Señor, Tú que  
has elegido a Israel Tu pueblo, en el amor!"*

Cuando me siento obligado a ver para atrás, “darle vuelta  
entera al pescuezo”, la figura de estos “verticales”, dignos e inco-  
rruptibles maestros judíos, y del viejo de barbas largas y vesti-  
menta formalística judaica, cobra en mis recuerdos una significa-  
ción especial. Tal vez algún día, metido en un agujero hediondo  
bajo tierra, bañado con el diarreico estiércol de los cerdos y los  
orines salobres de las cabras, algunas palabras de aquellos hom-  
bres formadores y orientadores de mi niñez, que me enseñaron a  
cumplir leyes morales, amar y no matar, fueron el chorro de ener-  
gía que sacudió mi mente primero, mi voluntad después y mi  
cuerpo, finalmente, para no morir convertido en un topo desar-  
mado y aniquilado por la demencia y el miedo. Los cristianos ha-  
blan de la resurrección de Jesucristo. Los islámicos, de la subida  
al cielo, en caballo blanco, de Mahoma. Los hindúes, de la oca-  
sión en que Krishna surcó los aires hacia el insondable misterio  
del espacio exterior. Pero a ratos me parece que yo tengo el ré-  
cord mundial de “resurrecciones”, porque la muerte me tocó

cientos de veces. De hecho, alguna vez pensé estar muerto en esa  
tumba de boñiga de vaca y excrementos de cerdo allá en Polonia,  
durante la Segunda Guerra Mundial. Pero desde la lejana histo-  
ria judía de cuatro mil años llegaba la voz de mis ancestros, en  
“yiddish” o en “hebreo”, para recordarme que ningún pueblo so-  
bre la faz de la tierra ha demostrado más capacidad en la tarea de  
enriquecer la pobreza o humanizar la riqueza, transformar en ace-  
ro la voluntad, soportar el miedo, el dolor, la humillación y las  
descalificaciones raciáles, agarrando la fe como salvavidas, para  
convertir la desgracia en un factor creador, como el pueblo judío.

Recientemente, cuando recorrí Polonia con mi esposa Raquel  
y mis hijos Isaac y Saúl, cruzándola de extremo a extremo, a sabien-  
das de que al despertarse las emociones de una vida atormentada  
podría llegar subrepticiamente la muerte, la presencia de mi padre y  
del maestro de la “heder” me sensibilizaron todo el tiempo. A lo  
mejor sus espíritus llegaron para recordarme la promesa de dar a co-  
nocer al mundo entero, el secreto guardado bajo siete llaves, por los  
descendientes de los monstruos polacos que planearon, realizaron,  
celebraron y usufructuaron la siniestra conjura en la cual dos mil  
polacos judíos quedaron convertidos en carbones encendidos. Es-  
cuché otra vez la voz de mi padre Calel, diciéndome que era prefe-  
rible humillarse ante el cura del pueblo, hacerle genuflexiones y  
quitarse la gorra tirándose a la calle para dejar paso libre al policía  
y al presidente municipal, a que lo mataran a uno como un cerdo.  
Esa voz de pacifista alentaba una verdad que vive conmigo: los ju-  
díos han sido sobrevivientes del holocausto, y de cien persecucio-  
nes antisemitas y aniquilamientos masivos durante cuatro mil años,  
porque han poseído siempre el mecanismo que activa la misteriosa  
ley de la supervivencia. Y con la voz de mi padre llegaba el eco de  
la voz del rabí: “no olvides que los judíos hemos sido los grandes  
reveladores de la verdad, los que obsequiamos al mundo el mono-  
teísmo ético, los que hemos enseñado que hay un propósito en la  
existencia humana asignado por Dios, y que no nacemos solo para  
vivir y morir como bestias, razón por la que se nos odia tanto. Hay  
que persistir en conferir sentido a la creación, y te sentirás mil ve-  
ces reconfortado si recuerdas para siempre la exhortación, repetida  
tres veces en el capítulo primero del Libro de Josué: “Sé fuerte y ten  
valor; no temas, ni te desalientes; pues el Señor, Tú Dios, está con-  
tigo donde quiera que vayas”.

Este judío fanáticamente fiel a su religión, su cultura y su  
pueblo, es una de las voces que salen de entre las llamas de un  
criminal incendio, pidiéndome reivindicar ante el mundo su mar-  
tirio y su entrega.

Ligado a los recuerdos de mi casa y los años escolares, hay  
otra visión que surge en algún oscuro rincón de la mente. Había  
una niña por ahí —supongo hermana de alguno de los niños que  
compartían conmigo esos años en que todavía la maldad desata-  
da no nos había caído encima— que me parece era de nombre  
Déborah Vishnievski y destacaba por sus grandes ojos almendra-  
dos, brillantes, profundos, acariciadores, a la que encantaba ha-  
blar en “yiddish” debido a que su papá, Hagit, lo hacía imperar  
en su casa por encima del hebreo y del polaco. Hagit nos conta-  
ba que en 1922, antes de morir, Eliezer ben Yehuda viajó a Pales-  
tina y confesó ser la persona que posibilitó la opción del hebreo  
que hoy es idioma oficial en Israel. Cuando él y su esposa arri-  
baron al puerto de Jaffa, Yehuda ordenó que en adelante solo ha-  
blarían el hebreo entre ellos. Según los historiadores, fue el pri-  
mer hogar de habla hebrea en el mundo, y Ben Zion, primer hijo  
de Ben Yehuda, el primer niño de habla hebrea desde la antigüe-  
dad. Pero resultaba curioso que Ben Zion, con su amigo Yarif  
Herzl, formaran un pequeño grupo de estudios históricos sobre el  
judaismo, en que se usaba la mitad del tiempo, como lengua “im-  
puesta”, el yiddish, que pretendía imponerse a la lengua hebrea  
hablada por más de quince millones de personas a finales de la  
década de los años treinta, cuando se produjo la gran inmigración  
masiva de judíos sefarditas provenientes de los países árabes y  
España. El hebreo fue eficaz porque el nuevo ejército israelita lo  
habló. Pero el yiddish quedó como una segunda lengua “román-  
tica”, para muchos judíos, en tanto que el arameo prácticamente  
desapareció, salvado un puñito de gente que vive todavía, en las  
montañas del actual Israel, cerca de la frontera con Jordania.

De esa Déborah Vishnievsky llevo todavía en memoria, sus  
dos grandes ojos orientales color de almendra y su voz suave ma-  
tizando el yiddish en sus diálogos infantiles con su familia, indu-  
dablemente conocida por parte de mi padre y de mi madre. Pero  
otras cosas de Hagit o su familia quedaron borradas por el tiem-  
po. Jamás supe de ellos. Solo tengo la débil idea de que antes de  
la matanza de Jedwabne en 1941, esa familia no estaba en el pue-

blo. Pero es solamente una idea vaporosa y nada válida. Tal vez  
compartieron la despiadada muerte en las llamas a que los pola-  
cos cristianos condenaron a mi madre y a mi hermano. La histo-  
ria es una de esas pequeñas cosas que al hablar del hebreo y del  
yiddish, quiero rescatar porque es un recuerdo tan deletéreo, que  
a lo mejor el día de mañana se habrá borrado por entero de mi  
“realidad” del pasado.

LAS RAICES PERDIDAS

La historia de mi vida está indisolublemente ligada a la geogra-  
fía, la geología y el clima de la porción noroccidental de Polonia.  
Para el hombre es bueno qu]e ocurra esta adherencia, porque no  
hay historia personal posible, con desapego al micromundo natal,  
a la tierra y medio ambiente en que uno se desarrolla y se conso-  
lida. Pero también está unida —y perdida en él— al misterio de  
la noche de los tiempos, a la historia de los judíos. Un transcu-  
rrir humano que viene de Abraham hasta el presente, en un reco-  
rrido que cubre miles de años. Una historia, que significa más de  
las tres cuartas partes de la historia de la humanidad civilizada.  
Historia de ciclópea grandeza y laberíntica complejidad, que no  
solo abarca amplios períodos, sino enormes áreas donde se dio la  
penetración judía en múltiples sociedades, en todas las cuales  
quedó marcada su impronta. Una historia tan especial, que po-  
dría decirse, es como la historia misma del mundo a plenitud.

Tal vez tenga necesidad de explicar de entrada, que la his-  
toria pequeña e íntima de mi vida, es un canto a la tenacidad y la  
perseverancia. Quizás eso se deba a que los judíos son el pueblo  
más tenaz que ha existido según lo que preconizó Paul Johnson,  
el periodista e historiador inglés que en su obra *Historia de los  
Judíos,* se pierde hasta el mareo y el pasmo, en cuatro milenios  
de sorprendentes acontecimientos.

Obviamente, este pensamiento que no hubiera podido enhe-  
brar años atrás, está totalmente influido y condicionado por esta  
investigación profunda, apasionada y respetuosa. El historiador,  
que no es hombre dado a las frases vacías, quiere probar esa tena-  
cidad con el ejemplo de Hebrón, un emplazamiento a mil metrosde altitud que se encuentra unos treinta y dos kilómetros al sur de  
Jerusalem, casi oculto en los peladeros montañosos de Judea.

Escuchar la voz de este cristiano católico asombrado por  
los judíos, permite aproximarse a los niveles de una percepción  
más clara, de la importancia real que tenemos en la historia de la  
humanidad. Allí en Hebrón , en la cueva de Macpelá, están las  
tumbas de los Patriarcas. La de Abraham, fundador de la religión  
judía y antepasado de la raza judía, junto a la de su esposa Sara,  
y la de su hijo Isaac y su esposa Rebeca. Es en éste magullado  
Hebrón, —antesala del desierto—, donde comenzó la historia de  
los judíos hasta donde es posible situarla y fijarla en el tiempo y  
el espacio.

Pudiera ser ésta la causa por la que he tratado de buscar el  
cordón umbilical familiar en diversos vericuetos geográficos de  
lo que hoy es la tierra de Israel. Me he sentido impresionado y  
hechizado por las piedras y arenas que revuelven —y registran  
con minuciosidad— los arqueólogos. En las escombreras de He-  
brón ellos encuentran testimonios mudos de choques constantes  
y milenios de disputas políticas, religiosas y territoriales.

Si uno sigue con devoción el relato “johnsoniano” —o las  
obras de Wolfang E. Pax que fueron editadas con verdadero re-  
godeo por la “Steimatzky’s Agency” de Jerusalén y la “Nateev  
Publishing” de Haifa— no hay manera de escapar a una cadena  
impactante de acontecimientos increíbles, descubrimientos cons-  
tantes y sorpresas personales mientras se excursiona por los ex-  
traños rincones, oquedades y edificaciones de Hebrón. Allí se ve  
primero lo que podría ser la huella de un santuario hebreo; luego  
ruinas de una sinagoga, una basílica bizantina, dos mezquitas is-  
lámicas, un posible refugio de comerciantes judíos, una iglesia  
cristiana del tiempo de las Cruzadas y lo que tal vez fue una ca-  
llejuela empedrada.

Con visión escudriñadora, como pasajeros de alguna es-  
trambótica “máquina del tiempo”, podemos intentar la realización  
de un viaje al pasado, seducidos por las sorpresas arqueológicas y  
espirituales. Tal vez encontremos las huellas de los caminos que  
partían de Bethehem a Jerusalém e irradiaban, por abruptas mon-  
tañas y desiertos, hacia Gaza, Hebrón, las aldeas petrificadas en  
la base del Monte Hermón, los pueblos del Jordán y el país terra-  
cota de la Galilea. Quizás algunas piedras calcáreas o basaltos,podrían ser el remanente de la barricada de doce metros de altura  
que mandó construir Heredes El Grande, o la plataforma rectan-  
gular en que Saladino mandó ornamentar pulpitos y estatuas para  
el templo, o la concavidad geológica que marca el lugar donde  
David fue ungido como Rey y primer monarca de duda.

Pudiera ser que mancillemos con nuestras pisadas peregri-  
nas los trillos que alcanzaban al viejo caravasar vecino al año 587  
antes de Cristo al que el profeta Jeremías hace mención calificán-  
dolo de “buen refugio” para los perseguidos, o que atisbemos al-  
gún perdido vestigio de un incendio provocado por los romanos,  
o los meteorizados restos pétreos y arenosos de muros, templos y  
cobijos que marcan las sucesivas ocupaciones de los árabes, fran-  
cos y mamelucos.

Así que hay razón para preguntarse: ¿qué fue lo que pasó  
con los pueblos, civilizaciones y ejércitos que regados en la his-  
toria del pasado ocuparon Hebrón? ¿Dónde está el aliento de los  
cananeos y los edonitas? ¿Qué se hicieron los antiguos otomanos,  
y los mamelucos? ¿Dónde encontrar la pista de los pretéritos he-  
lenos, los romanos, los bizantinos, y los francos? ¿Por qué ruta  
escaparon los terroristas árabes invasores de los años setenta? To-  
das esas huellas se adivinan, pero no resultan muy concretas. Se  
han esfumado en el tiempo. Pero aún con el ejército palestino do-  
minando el territorio, hay judíos en Hebrón. Están allí, altivos,  
perennemente agarrados a la tierra histórica, como lo afirma  
Johnson, de quien nos conmueven todas sus palabras.

Aquí llego a lo que quiero destacar con este encuentro his-  
tórico. Igual que los judíos de Hebrón, los judíos de Europa, y el  
mundo, en todo lugar donde fueron masacrados y aniquilados, re-  
sucitaron. .Esta es una verdad tan maciza como las enormes pie-  
dras que sostienen la Fortaleza de Massada colgando en lo alto de  
una montaña sobre el Mar Muerto. Están los judíos plantados co-  
mo árboles en retoño en los mismos lugares en que la demencia  
nazi mandó ahorcarlos, asfixiarlos en gas, quemarlos hasta con-  
vertirlos en carbón en diabólicos hornos, fusilarlos en masa y de-  
sangrarlos en experimentos médicos inhumanos. Han resurgido  
los judíos en Alemania, en Polonia y en Rusia. Están en España,  
Francia, Holanda, Dinamarca, Austria, Rumania, Bélgica y en la  
puntera y tacón de la estilizada bota de Italia. Siguen esparcidos  
por todo el mundo trabajando, manteniendo viva su cultura y sureligión monoteísta, no en ánimo de conspiración para ejercer al-  
gún día el control mundial —como proclaman a grandes voces  
los abanderados del nuevo antisemitismo—, sino ayudando a que  
crezcan, florezcan y progresen en democracia y paz, países en  
vías de desarrollo y desarrollados, dejando su nuevo aliento en  
todo el paisaje moderno de la diversidad humana.

Siguiendo mi historia personal tras este escape al pasado,  
debo confesar que no ha sido posible en Israel, ni en la vieja Se-  
farad (hoy España, donde en 1997 mi corazón me hizo una nue-  
va jugarreta y pude escapar de la muerte “dejando los pelos en el  
alambre”, como dicen los campesinos costarricenses) encontrar  
las huellas de mis más remotos antepasados, con lo que la aldea  
trágica de Jedwabne, en Polonia, sigue convertida en la pequeña  
pero laberíntica unidad geográfica, donde logro con mayor per-  
cepción “atrapar” la presencia de mis ancestros. Aquí, entre co-  
linas redondeadas, riachuelos apenas asomados entre trigales, ca-  
lles empedradas o de asfalto que suben y bajan y arquitectura  
chata “uniformista”, están vivos mis recuerdos infantiles, mis  
arreos diarios de vacunos, mis estudios, juegos, canciones y juve-  
niles emociones y sueños por encima de todo lo cual la escena na-  
tiva se llena con el horror llameante de un día de tragedia y ma-  
tanza, en que el fuego deshizo mis últimos ligámenes con los Wa-  
serstein de la historia.

Considero como un problema de enorme alcance en la vi-  
da de muchos judíos, la imposibilidad —casi siempre presente—  
de poder rastrear en la historia los orígenes familiares. Esto se  
debe —supongo— a la gigantesca capacidad de moverse que ha  
distinguido al pueblo judío, lo que incluso llegó a redondear, en-  
gordar y pintarrajear de colores chillones, la leyenda del “judío  
errante”. De pronto, cuando uno se encuentra con este gigantis-  
mo, se arruga un poco, se amilana y se achica en la intención de  
excavar buscando caminos genealógicos. Durante mi juventud  
en Jedwabne y los años de guerra, persecución y fuga, jamás tu-  
ve tiempo de pensar en esto. Creo que el hombre no piensa ja-  
más en esto hasta que madura, y entrando en años y en razón, de-  
sea saber realmente —apasionadamente— de qué oscuros rinco-  
nes de la historia desciende la familia.

Desde los tiempos de Heredes, en el 37 a.C., el historiador  
Flavio Josefo se encargó de hacerle comprender, al mundo porentonces conocido, que los judíos eran una fuerza en inconteni-  
ble expansión. De acuerdo con una tradición medioeval, en tiem-  
pos del censo de Claudio en 48 d.C., se calcula que había unos  
6.944.000 de judíos en solamente los confines del Imperio Roma-  
no. La suma cambió y en tiempos de Herodes se contabilizaron  
8.000.000 en todo el mundo, de los cuales solo 2.500.000 vivían  
en Palestina. Desde aquí el judío se encuentra en los más insos-  
pechados rincones de la tierra.

Con solo el ejemplo anteriormente citado, quedan cimenta-  
das con solidez mis reflexiones sobre los inextricables bosques  
genealógicos que tan difícil se nos hace penetrar. Desde el tortu-  
rado tiempo en que todas las energías de mi mente y de mi cuer-  
po estaban dedicadas a salir de Polonia, a buscar un destino en  
paz que me permitiera rearmarme moralmente, crear una familia,  
asegurar mi subsistencia y determinar si, aparte esto, mi camino  
al futuro debía acoger una misión de venganza, hasta que me en-  
contré inmerso y superviviente en la geografía insular caribeña  
de Cuba, jamás tuve tiempo de pensar de dónde procedía, quién  
era yo en realidad, y de qué raíces judías me había nutrido. Con  
posterioridad a estos sucesos, ya consolidado como empresario  
en Costa Rica, soporté por ciclos la inquietud de investigar mis  
orígenes.

Puedo hablar prolijamente de varios viajes por diversas  
partes del mundo. Documentarlos, detallarlos y recrearlos. El  
hombre de la muerte, caminando en la vida. El torturado, recons-  
truido. El humillado y perseguido, estrenando una nueva digni-  
dad y embriagado de libertad. El del interés único en sobrevivir,  
ahora interesado en localizar la pista de los familiares que no pu-  
dieron hacerlo. Pero nada saltó de esas tierras contrastadas, de  
historias jeroglíficas, hacia mi esencia humana, mi vocación in-  
vestigadora y mi aliento cósmico. De Polonia a Israel, con mu-  
chos puntos intermedios de Europa salvados, otros puntos en el  
Asia, unos cuantos más en el próximo Oriente y todos los que se  
quiera en América, los Waserstein son los grandes desaparecidos  
que se esfuman en la neblina de los milenios.

Para no perderme en los bosques densos de la historia y la  
prehistoria, puedo afirmar que la terrenalidad de los Waserstein,  
su carnalidad visible y palpable, está clavada en las tierras pardas  
y onduladas de Jedwabne, esa aldehuela perdida como una motade polvo en medio de los 312.700 kilómetros cuadrados de super-  
ficie que marcan el accidente geográfico de Polonia en la Europa  
Central. Y agregar, además, que muchos kilómetros más al sur  
de este lugar, en las cercanías de la frontera de Polonia con Bie-  
lorusia, justo en un territorio a través del cual se endereza, tuerce  
y retuerce como una descomunal serpiente mitológica el Río  
Bug, surge recogido y silencioso el pueblo de Drochiczyn, donde  
también se disuelven las huellas de los Goldwasser, apellido que  
forma el otro componente vital de mi familia del presente.

Aun con estas limitaciones, con estas “trampas” genealógi-  
cas, con esta decapitación de parentescos y ligámenes de sangre  
que se nos hace difícil aclarar en la abigarrada multitud de  
40,000.000 de habitantes de Polonia, tengo la esperanza que cual-  
quier día, alguno de mis hijos —o los hijos de mis hijos— sienta  
la tentación de reanudar con más método, más tiempo y más acu-  
ciosidad, la búsqueda de nuestras perdidas raíces. A lo mejor en-  
tonces este anónimo descendiente, en cuya sangre con toda segu-  
ridad estará dominando mi propia sangre, encuentre, tras la vuel-  
ta de un perdido camino, la curva de un río, o la hojarasca de un  
bosque, una pista, un testimonio o alguna certidumbre más sóli-  
da que le aclare las cosas y le haga comprensible nuestro miste-  
rio familiar, encaramado en la sempiterna traslación judía en la  
cual nos movimos hasta anclar en Jedwabne, todos nosotros.

Podría ser muy concreto ahora, señalando que en Polonia,  
en relación con los judíos, hay tan calculados laberintos y rompe-  
cabezas históricos y genealógicos, que oficialmente se confiesa  
que “no se sabe”, ni cómo, ni por dónde, apareció el primer judío  
en territorio polaco. Lo único que se aporta como “comprobado”  
es que un tal Ibrahim ibn Jakub —que se tenía como viajero ju-  
dío, comerciante, cronista y “diplomático” nativo de Tortosa, Es-  
paña- se aposentó, en el año 965, en la zona de Cracovia.

La cita fugaz de ibn Jakub aparece en un trozo histórico  
que hace referencia a decisiones y decretos, tomadas y emitidos  
por el histórico “Primer Duque” de Polonia, Mieszko, cuyos do-  
minios integraban las tierras altas de los Cárpatos y ciertas zonas  
mineralizadas de Cracovia. Es Janusz Siwicki —en un folleto  
histórico editado con ayuda de *Polska Agencja Turystyki* en  
1992— quien habla brevemente de una migración masiva de ju-  
díos que, con la “bendición” de Mieszko Primero, arriba a Craco-vía encontrando su modo de vida en la zona carbonífera. Al prin-  
cipio algunos trabajaban como simples obreros, y finalmente co-  
mo proveedores de alimentos y ropa para los mineros polacos.

De acuerdo con esta referencia tangencial —ya que no es  
un tratado formal de historia— la mayoría de estos judíos del año  
965 entraron a Polonia desde lo que hoy es la República Checa,  
sin que se especifique de qué otra región europea llegaron hasta  
dicho territorio. Fue un Malgorzata Lipiec quien funcionó como  
“guía” y contacto de los migrantes. Se dice que Lipiec salió en  
el verano del 964, desde Praga con quinientos sesenta y cuatro ju-  
díos, agrupados en unas trescientas familias. Se siguió una ruta  
por la orilla del Río Labe hasta el pueblo de Hradec Králove.  
Desde allí se continuó al sur hasta un sitio llamado Oldmouc, y  
luego al este, por un paso montañoso. La entrada a Polonia se hi-  
zo por Ostrava, Rybnik, Katowice y las afueras de Cracovia. Li-  
piec formalizó —supuestamente por medio de una fuerte paga a  
funcionarios del ducado— la residencia de los judíos en los su-  
burbios de la antigua capital polaca, donde más tarde adoptaron  
la nacionalidad de la nueva Patria.

Garantizado el asilo para los judíos, alrededor del año 980  
se formó una avanzada de veintidós familias que fijó su destino  
en tres direcciones concretas: la región lacustre de Masurskie, las  
cabeceras boscosas del Río Wisa y una llanura aluvial en Kruko-  
wo al noroeste de Ostroleka. Con esas familias iban algunos Pro-  
julska, Rybak, Wozniak, Gloniak, Deneko, Baranek, Ambrozy,  
Kruszkowaska y Walssersteinz.

Tomando en cuenta que la ruta hacia los lagos de la Masu-  
ria y Augustow rebasaba las tierras en que cientos de años más  
tarde apareció Jedwabne, y que esta población está relativamen-  
te cercana a los pantanos y bosques de Bieszczady, no resulta na-  
da difícil suponer una simplificación del apellido de aquella des-  
conocida familia Walssersteinz, por el moderno Waserstein, de  
más fácil pronunciación, y que se asentara allí en tiempos en que  
se sobrevivía con la caza del oso, la pesca y la exploración en  
busca de oro y otros minerales preciosos en las arenas de los  
drümlins de origen glaciar. Es posible que en estos hechos se en-  
cuentre nuestra conexión con el pasado.

A fuerza de no dar campo a románticas especulaciones ge-  
nealógicas, habrá que decir, con base en los apuntes de Siwicki,

que en posteriores migraciones de judíos procedentes de otros in-  
cógnitos puntos de Europa, autorizadas por duques y reyes pola-  
cos como Boleslaw Pobozny (1221-1279) y Kazimierz Wielki  
(1310-1370), aparecieron unos Wassersti que encabezaban a un  
grupo étnico judío Ashkenazi (judíos mayormente provenientes  
del centro y el este de Europa) y otros —como los Donín, Lorki  
y Albo— salidos de los sefarditas (judíos del sur de Europa ma-  
yoritarios de España y Portugal) a los cuales probablemente per-  
teneció, por la referencia que se hace a Tortosa, ese primer mi-  
grante judío llegado a Polonia, llamado Ibrahim ibn Jakub. Ten-  
go así, en los Wassersti de 1221, otro apellido con ciertas seme-  
janzas con el nuestro que me permite seguir jugando a las adivi-  
nanzas. Pero en realidad, por no sé qué razones concretas, salvo  
impulsos atávicos, me siento más atraído por los Walssersteinz de  
antes del año 1000, que por estos otros.

Puedo afirmar que, debido a nuestra rústica y dura vida de  
los años 20 al 1937 en que murió mi padre, jamás escuché a mi  
progenitor hablar de los orígenes familiares. A estas horas de la  
vida solo Dios lo sabe y únicamente una exhaustiva investiga-  
ción, amparada a alguna sorpresa, podría ponemos al lado de  
nuestros más remotos ancestros. En mi situación personal, el ras-  
treo genealógico es ahora un imposible, como casi llega a serlo  
este libro que le debo al impulso y tozudez de mi hijo Isaac. Los  
datos históricos que hemos manejado aquí, se deben a mi viaje a  
Polonia, en mayo de 1997, cuando por interpósita mano y volun-  
tad ajena llegaron hasta mí. Me basta descubrir, mirando un ma-  
pa de la Polonia actual, que en la narración donde surgen estos  
migrantes, no cabe duda que la zona “de los mil lagos”, es la que  
aparece muy al norte de Jedwabne colindando con la frontera de  
Lituania, y que los bosques atiborrados de osos pardos podrían  
ser los de Biebrzanska y Nizina que están casi “pegados” a mi tie-  
rra nativa un poco hacia el Este.

El relato anterior en cuanto a las perdidas raíces de los Wa-  
serstein, podría cambiar en mucho, o parte, debido a ciertas “pis-  
tas” que me han proveído desde Polonia personas interesadas en  
mi historia familiar. Avanzando ya el año de 1998 fui enterado  
de que en Londres reside el Dr. Bemard Waserstein, distingui-  
do historiador y sociólogo que en el año de 1976 provocó una  
polémica con la publicación, en la “English Histórica! Review”,de un prolijo trabajo titulado “Herbert Samuel and the Palestine  
Problem”.

Otros familiares del Dr. Waserstein, aparecen ligados al  
llamado “Oxford Center for Hebrew and Jewish Studies”, que en  
años recientes publicó del mismo personaje el libro “Vanishing  
Diaspora” que ha sido traducido al inglés, holandés, alemán y  
francés, y cuyo “punto escandaloso”, es una frase usada particu-  
larmente por el autor llamando a los recuerdos del holocausto  
“obsesión necrofílica”.

También en Inglaterra existe implementado en la Escuela  
de Leyes de Harvard, “The Waserstein Public Fellows Program”,  
que fue creado en 1990 en honor a Morris Waserstein, quién en  
unión de sus parientes instituyó un fondo de $500.000 dólares pa-  
ra la marcha del proyecto, coordinado en la actualidad por la Ora.  
Judith Murciano-Goroff, con oficinas en el Pound Hall, 328, de  
Cambridge.

Las sorpresas en la antesala del año 2000 no se terminan.  
En la Escuela de Medicina del Hospital Mount Sinai, en Nueva  
York, destaca como una investigadora de gran reputación, la Ora.  
Melissa Waserstein M.D.. Esta profesional está realizando una  
investigación sobre la herencia en ciertas enfermedades del me-  
tabolismo.

Pasando de la historia, a la medicina, con estos Waserstein,  
fue interesante comprobar la existencia del “Waserstein Pereda  
Group”, que opera en Nueva York y constituye una empresa con  
referencias notables en el “Jason Greenberg Financial Analyst” de  
Chicago. La organización está presidida por Bruce Waserstein y  
cuenta con trescientos cincuenta empleados y ciento setenta y cin-  
co profesionales en asuntos bancarios y financieros. Aparte, el  
escritor Ronald L. Waserstein, aparece asociado a John E. Boyer  
en Los Angeles, con una empresa editorial de sólida reputación.

Hay otros Waserstein involucrados —curiosa coincidencia  
con la actividad empresarial de mi hijo el Dr. Isaac Waserstein—  
con una firma fabricante de productos farmacéuticos, y una escri-  
tora, Wendy Waserstein, que ganó un “Premio Pulitzer” de perio-  
dismo y ha escrito diversos ensayos sobre literatura y teatro, dis-  
tribuidos con buen éxito de ventas en los Estados Unidos.

Me estoy preguntando ahora: ¿Serán todos estos Wasers-  
tein literatos, médicos, periodistas, banqueros e industriales far-macéuticos, por una u otra encrucijada genealógica, mis parien-  
tes? ¿Vendrán ellos, a través de las generaciones, de algunos hi-  
tos geográficos polacos? ¿Será lejana, o cercana, la supuesta fa-  
miliaridad? ¿O serán, por acaso, Waserstein de otro linaje genea-  
lógico judío diferente al de mi familia y tal vez procedente de al-  
gún otro oscuro rincón europeo?

Ya dije antes que tengo el presentimiento, casi la certeza,  
que mi presencia terrenal desaparecerá poquito después de co-  
menzado el mitológico año 2000. Las causas son obvias y he  
abundado explicándolas en estos relatos. La fortaleza física ter-  
mina y comienza a producirse, sin miedo alguno, la transforma-  
ción espiritual para el viaje a la eternidad. Dejo a mis hijos como  
mandato, para satisfacer un último deseo, procurar la investiga-  
ción que nos aclare las conexiones y desconexiones con esta gen-  
te. Ellos deberán comprender que una familia sin origen conoci-  
do, no es aceptable para la tradición judía, como no lo sería este  
libro sin que se le agregue el capítulo “final” de mi partida y, de  
alguna manera, cuáles son los grupos familiares que han ido for-  
mando mis hijos, y quiénes son sus esposas o esposos, sus hijos y  
los hijos de sus hijos, para no quedamos una vez más sin “raíces”.

JEDWABNE: FIN DEL MUNDO

Jamás se me hubiera ocurrido que en la geografía de mis recuer-  
dos, mi pueblo natal estuviera tan cartográficamente desubicado.  
Yo podía jurar su existencia, su realidad, su pequeñez, su no muy  
llamativa presencia. Podía jurar que de la aldea, iba con mi pa-  
dre a Lomza, tramontando Kownaty, y que Lomza era “el final  
del mundo”. Mi trotamundismo a los quince años no iba más allá  
de ese punto. Era un aldeano para quien el nombre de Varsovia  
significaba tan solo algo “muy importante” y desconocido, cien-  
tos de kilómetros al sur de nuestra casa, y la llamada “tierra de  
los mil lagos” por el norte, un misterio que me gustaría descubrir.  
Nada más. Absolutamente nada más. Aun el saber que el mun-  
do tenía “solamente” dos bazares, dos mercados: el propio de  
Jedwabne y a dieciséis kilómetros hacia el norte, el más animado  
de Radsilow, no era mucha sabiduría.

Esta estrechez geográfica estaba justificada entonces, por-  
que Polonia era un país con más carretones que automóviles. Con  
más gente de a caballo y de a pie, que de tranvía o tren. Con más  
botes de troncos en los ríos, que aviones en los cielos. Y desde  
luego, con más trillos, senderos, picadas y trochas, que carreteras.  
Así es que las comunicaciones eran toscas entonces, y los trans-  
portes, muy primitivos en la mayor parte del territorio nacional.

Manejaba muy bien la visión de esta realidad, porque cuan-  
do visitaba Lomza, me asombraba de su “enormidad” y de sus  
“gigantescos” edificios de dos pisos, sus calles empedradas for-  
mando cuadrados, sus plazas, el hospital, la muchedumbre de  
viandantes y mercaderes, el ruido, la música y las maravillosas  
historias que contaban los tertulianos rurales de cualquier esqui-na, sobre los castillos, puentes, catedrales y puertos fluviales de  
Varsovia, las enormes fábricas de hilos y tejidos de Lodz, y los te-  
soros minerales de la zona subcarpática montañosa de Cracovia.

Madurado culturalmente con esa visión molecular de Polo-  
nia, con esa realidad de “isleño” continental, y la incomunicación  
relativa que se aparejaba a eso, no me podía explicar, andando los  
años sesenta, por qué los historiadores hacían tantos aspavientos  
al enterarse de que en 1939, cuando los blindados de Hitler inva-  
dieron el país abriendo brecha sin que nada los detuviera, los  
“brillantes” generales polacos enviaron la caballería, armada con  
lanzas, para enfrentar los tanques. Fue aquel un glorioso y ana-  
crónico momento épico de la guerra. Animales y hombres a pe-  
cho descubierto, con armas blancas en mano, embistiendo tan-  
ques de acero, cuyas ametralladoras y cañones vomitaban fuego.

Tampoco pude intuir, entonces, la confusión que ocurriría  
en el futuro, cuando forzaba oficinas burocráticas tras mi libera-  
ción, para obtener una “excepción” que me librara del servicio  
militar obligatorio, y un pasaporte para abandonar Polonia. Tuve  
que poner por primera vez los ojos encima de un mapa, a fin de  
señalar que yo no era nativo de Jedwabno, al sur de la ciudad de  
Olszttyn y en pleno extremo oeste de la tierra de los “mil lagos”,  
sino de la aldea de “Jedwabne” al noreste de Lomza. Y entonces  
alcancé por primera vez a tener una noción clara de la enormidad  
territorial de Polonia.

En un mapa moderno polaco, para ubicar Jedwabne, es ne-  
cesario detenerse en el cuadrángulo nororiental e imaginar en la  
parte superior, un pequeño triángulo con el vértice marcando la  
norteña población lacustre de Augustow y la base con su ángulo  
izquierdo interesando Lomza al oeste y el derecho Bialystok al  
este. Allí, dentro de esta forma geométrica, un poco recargado al  
suroeste, surge este pueblecito silencioso donde se escenificó una  
de las páginas más negras del odio antisemita que se desató por  
toda Europa en la década de los cuarenta.

Dentro de los términos de algo que llamaría “geografía su-  
prasintética”, Jedwabne abarca una tierra ondulada, de evidente  
origen glacial, que morfológicamente se escalona en terrazas y  
cerritos redondeados, del tipo “drumlin”, hasta las márgenes del  
Río Wisa que a tres kilómetros norte del pueblo se junta con el  
Bierbrza y un poco al sur de esta área de confluencia, cerca deSambory, confunden sus aguas de caudal medio con la más im-  
portante corriente fluvial del Río Narew.

Si uno quisiera aún hoy en pleno año de 1999, señalar las  
particularidades geográficas salientes de Jedwabne, se quedaría  
buscando cómo resolver el problema, porque es este uno de esos  
conjuntos poblacionales perdidos en la inmensa llanura norteña  
de Polonia, en que todo surge plano y verde entre trigales inmen-  
sos, pasturas con vocación ganadera y parcelamientos agrícolas y  
frutícolas donde siguen teniendo su reinado las patatas, las zana-  
horias, las remolachas azucareras, y los naranjos que se combi-  
nan con manzanos, melocotoneros y en muy particulares exten-  
siones, con viñedos cariñosamente atendidos. Tal vez una discor-  
dancia en el verde dominante, la producen los manchones de  
Diente de León que florecen en amarillo chillante y se visten de  
gala con sus formas globulares de semillas que el viento de la pla-  
nicie transporta hacia todos los confines de la tierra en suaviza-  
dos vuelos.

El sector urbanizado del pueblo se resuelve con el mismo  
esquema simétrico que particulariza a todos los pueblos de las tie-  
rras planas polonesas. Una plaza central, empedrada a medias,  
con otra parte de tierra apisonada y unos cuantos matojos florales,  
en el chato edificio de la Municipalidad. Un raquítico comercio  
de abarrotería esquinero, panaderías con anuncios apetitosos a  
medias cuadras, el centro de salud, la policía, una farmacia y lue-  
go calles paralelas, entrecruzadas por avenidas, que superan sua-  
ves cuestas de sur a norte por un par de kilómetros, para perderse  
finalmente en la extensión de los trigales, las tierras labrantías y  
unos pocos bosques residuales de coniferas en permanente ralea.

A mí se me ocurre que de los años veinte a los noventa,  
Jedwabne es un pueblo que no supo sacudirse su modorra. Su es-  
píritu “arquitectónico”, sin ser el mismo de los tiempos de la Se-  
gunda Guerra Mundial, es casi lo mismo. Se trata como de una  
momificación de la piedra, el barro y la paja de las construccio-  
nes. Como una fosilización en el estilo constructor de sus peo-  
nes, obreros y maestros de obras. La identidad es en todo unifor-  
me, y casi no se puede observar el vuelo de alguna idea creativa  
que distinga a una casa de otra con un pirucho de más, o un ale-  
ro' más ancho, o un portal redondeado con algún capricho orna-  
mental que rompa la monotonía.

Para los que crecimos aquí, nos desarrollamos aquí, juga-  
mos, trabajamos y aprendimos a amar y morir aquí, el espíritu  
pueblerino en su mayor fuerza estaba concentrado en la “Plaza  
Mayor”. Este espacio, de una media manzana, se hallaba empe-  
drado con trozos redondeados de granodiorita. Tenía unos cuan-  
tos maceteros medio ocultos y una fuente central que disparaba  
un gélido chorro de agua hacia el cielo, que habitualmente se con-  
gelaba en los pesados inviernos regionales. Parte de la plaza lu-  
cía “pavimento” de tierra desnuda, apisonada por el mismo ince-  
sante zapatear de los habitantes comarcanos que instalaban los  
días miércoles en el sitio, su “Gran Bazar” o mercado. Al norte  
de la plaza, lo más dominante, arquitectónicamente hablando, era  
el Templo Católico pintado de blanco. Con sus dos torres agudas,  
era el punto visible que se alcanzaba a mirar desde cualquier rin-  
cón del pueblo, arriba, al norte o abajo, al sur. En esas torres las  
campanas de llamar a rosarios entre semana, festividades especia-  
les o misas dominicales, tenían una “voz” atenorada de bronce.

Un asiduo concurrente de la plaza, llamado Isaac Samuls-  
ka, que no permitía se le fotografiara, aseguraba haber conocido  
en el fuerte invierno de enero de 1927, a mi madre Jaia Sara, a  
quien su padre, Mosha, compraba camisas, de tela fuerte. Isaac  
relató que durante ese invierno, un viejo que criaba caballos de ti-  
ro para los carretones y mi propio padre Calel, le habían “contra-  
tado” para ayudar durante una semana de marcha al norte, a ios  
pantanos y turbales cerca del poco conocido Río Ek, a fin de  
“agarrar unas yeguadas” salvajes. Fui con ellos, dijo el viejo Sa-  
mulska, porque aunque el “caballerizo” era un polaco tramposo,  
confiaba y estimaba a Calel, que “era muy bueno con las hierbas  
para curar estómagos ardidos y aventados”, habilidad que yo ja-  
más había descubierto en mi padre.

La historia me resultó interesante, porque muchos caballos  
de tiro son utilizados hasta el día de hoy en las granjas agrícolas,  
especialmente en las tierras nororientales de Polonia. Caballos  
fuertes, grandes, musculosos, que están como adheridos con pe-  
galotodo a las imágenes de mi infancia, mi juventud y mi madu-  
rez, porque en carretones de madera tirados por éstos animales  
nobles, fue a parar mi madre al Hospital de Lomza en la grave-  
dad postparto tras mi nacimiento, y acompañaba yo al zapatero  
Somowski alguno que otro jueves, cuando abandonaba la tran-

quila vida de Jedwabne para ir a colocar sus productos en el mer-  
cado de un pueblo vecino, llamado Radzilow. Era un viaje de dos  
horas en que se recorrían dieciséis kilómetros de camino hacia el  
norte. Me sentía atraído por ese camino rural, pues siento un gran  
amor por la naturaleza, los animales, las plantas, los frutos de los  
árboles, las aves, los ríos y los bosques. Costará mucho que mis  
descendientes puedan llegar a verme algún día, absorto, siguien-  
do el vuelo de las mariposas, pero esto que era natural de mi ni-  
ñez en Polonia, también es natural en mí cuando desayuno en la  
terraza junto al jardín de mi casa en Costa Rica, y podría causar  
asombro si les cuento las historias de todo lo que aprendí abrien-  
do montaña para una finca ganadera en Villa Neily, al sur de la  
Gran Cordillera de Talamanca, sobre las migraciones de las “Co-  
lipatos Verdes”, las danzas masivas del cortejo sexual de las “Co-  
cineras amarillas”, las misteriosas leyendas de los indios sobre  
las gigantescas “pavonas” o “Morphus” tornasoles, y también de  
plantas medicinales, pastos para ganado, maderas de construc-  
ción, razas vacunas, cerdosas y caballares, aserraderos, construc-  
ción de acueductos empíricos, pozos de agua y “medicina veteri-  
naria”. Tal vez por mi recia pelea por las empresas, la dureza de  
mi vida de comerciante, y la forma, a veces medio totalitaria, en  
que debo manejar todo esto para que el dinero no se pierda, y  
crezca para garantizar una vida con mayor dignidad y opciones  
de progreso para la familia, no hayan tenido mis hijos, ni mis nie-  
tos, ni mis amigos, ocasión de descubrir cuán sensible soy ante  
las maravillas de la obra creada por Dios.

Eso que cuentan de mi papá era cierto, pero uno de niño no  
se fija en esos detalles. Mucho menos yo, que apenas recuerdo  
dejando de ser niño y pasando a la pubertad, sin saber mucho de  
juegos con los otros niños, y en cambio todo sobre trabajo duro,  
permanente y sin renuncia, porque ese era el ejemplo visible  
veinticuatro horas al día de mi padre y de mi madre. Yo no tuve  
cochecitos de madera, caballitos de palo, tambores, soldaditos de  
plomo o flautas, como los niños ricos de los polacos cristianos de  
las ciudades más grandes como Lomza o Bialystok. Si con algo  
tenía que jugar, mientras araba la tierra con mi papá, era con ara-  
ñas, gusanos y lombrices que iban apareciendo entre los terrones  
al abrirse las eras.

Para acabar de ampliar un poco la ya difuminada imagen  
que tengo del Jedwabne de 1922, en que nací, a 1944 en que ya  
estaba convertido en fugitivo, con la cabeza puesta “al precio de  
seis kilos de azúcar” por la policía polaca que deseaba capturar-  
me, debo expresar que aunque su núcleo central estaba domina-  
do por los allegados a los funcionarios públicos, los policías y un  
grupúsculo reducido de intelectuales, terratenientes y estirados  
empresarios que se pasaban inventado supuestas ligazones aristo-  
cráticas con invisibles caballeros ennoblecidos de la lejana Var-  
sovia y la aún más lejana Cracovia, el poderoso “motor” que da-  
ba vida a la economía aldeana éramos los judíos cuyas casitas, la  
mayoría de las veces, se perdían en la periferia del pueblo.

La mayor concentración residencial judía se ubicaba al  
norte. Las casas mixtas de ladrillo y madera guardaban una res-  
petuosa distancia unas de otras y estaban construidas en la que  
llamaré “recatada arquitectura” de una sola planta y espacios que  
iban de los 100 a los 250 metros cuadrados. Sin duda, lo mejor  
de las casas eran sus habitantes, unos judíos bien organizados,  
con escuela elemental, sinagoga de dos plantas, dos rabinos sa-  
bios de hirsurtas barbas y admirables conocimientos bíblicos, tal-  
múdicos, pentateúcos e históricos. Lo más destacable de estos  
polacos judíos era su sentido de la solidaridad y la predominan-  
cia de los valores éticos y morales que provenían de Abraham, se  
fortalecían en la Ley de Moisés y se refinaban durante las com-  
parecencias de los “Sabbaths” en la Sinagoga.

Esta población judía de dos mil trescientas almas, buena,  
solidaria, pobre, digna, trabajadora y religiosa, jamás hubiera po-  
dido sospechar desde que se asentó en Jedwabne probablemente  
un poquito adelante del año 1000, que algún día sería despiada-  
damente eliminada en masa, y que más nunca, por los siglos de  
los siglos, podría recuperar sus ahorros, casas, tierras, animales  
domésticos, construcciones religiosas, abarroterías y pequeños  
negocios de carpinteros, sastres, zapateros y panaderos que cons-  
tituían sus únicos y concretos “tesoros”.

Mi padre me dijo una vez, cuando íbamos a pie para Lom-  
za y nos habíamos detenido a tomar un sorbo de agua fresca en  
unos manantiales que surgen en una zona pantanosa un kilóme-  
tro al sur del pueblo, que los hombres judíos de esa región pola-  
ca teníamos una pequeña lista con ocho obligaciones claves que  
 - 74 — La denuncia

cumplir a través de nuestra existencia: trabajar al máximo; cum-  
plir nuestras obligaciones religiosas y de adoración a Dios a tra-  
vés de la oración; fundar un hogar estable e indestructible; llenar  
de amor y respeto a la esposa en fidelidad total; ser maestro se-  
vero, orientador y formador de los hijos, mostrando permanente-  
mente nuestro afecto a ellos; ser solidarios, caritativos y amisto-  
sos con nuestros hermanos judíos; ahorrar todo el dinero que fue-  
se posible; y, finalmente, preparamos siempre a envejecer y mo-  
rir con dignidad.

Yo creo que, aparte lo religioso, con su sobresaturada car-  
ga de leyes morales, la comunidad judía de Jedwabne marchaba  
por la vida tratando también de mantenerse fieles a su cultura de  
origen y a sus tradiciones milenarias. Ni un solo átomo de esta  
fidelidad ancestral era usado para acentuar diferencias odiosas  
con los demás polacos, mayoritariamente católicos en esta región  
del mundo, y con una incipiencia protestante que casi no se hacía  
notar. Por obra y gracia de la controlada convivencia con los  
cristianos, ni siquiera tratábamos de sacar de una cierta “invisibi-  
lidad”, algo tan cotidiano como nuestra alimentación “Kosher”.  
Pero la envidia por la vaca con alta productividad de leche, el  
digno “buen vivir” dentro de la pobreza, que aquí jamás llegó a  
la miseria, la reserva alimentaria permanente, el pan negro o  
blanco jamás en escasez, los quesos, la solidaridad, el comercio  
y hasta la monolítica estructura del hogar jamás en faltas de infi-  
delidad, de excesos alcohólicos, de vicios inconfesables, promis-  
cuidad o agresión, eran lo que en forma irracional, incomprensi-  
ble para nosotros, iba generando el odio con el que algún día íba-  
mos a resultar envueltos con salvajes resultados de muerte, des-  
trucción, tortura y rapiña.

EL JUEVES NEGRO

El verano de 1941 llegó a Polonia como una maldición. Si bien  
teníamos un clima de oscilaciones extremas, con veranos calien-  
tes e inviernos glaciales, este período del cuarenta y uno marcó  
un fenómeno de calor como no recuerdo otro. Jedwabne, literal-  
mente, hervía. Era como un homo. Recuerdo que en el pasado,  
solo en una ocasión ocurrió algo semejante. Entonces se produ-  
jeron fuegos espontáneos. La tierra reseca cubiert^ de plantas  
mustias, pastos deshidratados y hojarasca tan combustible como  
el papel, era como yesca. De pronto, al soplo del viento, algo re-  
calentado terminaba en chispa, la chispa en llama, y la llama en  
una conflagración. Ya sabemos que la gente se altera con el ca-  
lor. Hay cambios psicológicos que nos afectan y la ciencia ha si-  
do pródiga estudiando estos aspectos del comportamiento huma-  
no. El frío apacigua, calma, lleva al pensamiento analítico y a la  
intimidad. El calor desasosiega, violenta al hombre, lo extrovier-  
te, lo lanza al griterío, la pachanga, la cerveza o el alcohol. Es lo  
mismo que pasa a los cuerpos sólidos metálicos como el hierro.  
Cuando hace frío se contraen, y cuando hace calor se expanden.  
Así es como la técnica de ingeniería usada en la construcción del  
ferrocarril Polonia - Lodz, por ejemplo, consideró desde antiguo  
que los rieles no podían empatarse, sino que debía quedar entre  
ellos, un espacio de por lo menos media pulgada para compensar  
el estira y encoge a que llevan frío y calor. Tal vez esos fuegos  
espontáneos eran un mal presagio. Yo me asombraba con la fa-  
cilidad con que los polacos cristianos del pueblo entablaban dis-  
cusión por naderías. Rápido se llegaba a la vociferación y al gri-  
to y más rápido a los puños. Ocurría lo contrario con los judíos.No recuerdo, por bochorno, o por lo que fuera, una discusión ca-  
llejera entre nosotros, ni grotescas escenas de matonismo, ni pu-  
gilatos barriobajeros. Estoy lejos de apostar que éramos “san-  
tos”, pero sí que por religión, por tradición, por educación y con-  
veniencia personal, habíamos descubierto que la solidaridad y la  
paz comunitaria son derivadas de la tolerancia y el autocontrol.  
Está borroso en la memoria lo que comenzó a pasar cuando la  
exarcerbación del verano hizo arder la parte de Polonia donde se  
asentaba nuestro pueblo. Antes que los cambios conductuales  
ocurrieran, la gente se obsesionó atávicamente por el agua. Tal  
vez los que apuntan el inicio de la vida humana en el fondo de los  
océanos tengan una respuesta correcta al fenómeno. Para mi so-  
lo había que obedecer una razón de supervivencia. Ya no era  
aplacar la sed y detener la deshidratación. La prioridad urgente  
era llegar al agua, meterse en ella, hacerse una sola unidad con el  
líquido elemento y suavizar en su frescura la sensación de achi-  
charramiento que nos envolvía. Por eso el tema dominante en las  
conversaciones era el agua. Los marchantes que iban a negociar  
cueros a Lomza, aprovechaban una fuente ubicada a un tercio de  
camino y chapoteaban en ella. Cerca de Kownaty, una laguneta  
escondida en un breñal permitía el baño desnudo de los viajeros.  
Otras personas buscaban la ruta del Este, para alcanzar Mocarze,  
y zambullir en las aguas del Río Biebrza. También para los po-  
cos que usaban el viejo camino hacia Meczkio, unas brazadas en  
la moderada corriente del Naréw eran obligatorias. La cuestión  
era hundir los cuerpos ardidos en agua fresca para resistir el “in-  
fierno climático” en desarrollo. Necesito romper otra vez el hilo  
de la historia para ventilar un dato puntual estadístico. Aunque  
Jedwabne no era más que una aldea, algunos documentos elabo-  
rados durante la intensificación de los “progroms” antisemitas,  
minimizaron su población a tres mil doscientas almas. Cabe ad-  
vertir que jamás será posible encontrar las fuentes confiables que  
determinen el número de habitantes asentados aquí en la década  
de los cuarenta, ni su composición racial.Atando cabos de con-  
versaciones sostenidas con mi Madre, el Rabino Jadweri de la Si-  
nagoga y mi hermano mayor Moisés, durante mi reencuentro con  
él en Cuba, los habitantes de Jedwabne sumaban, para julio de  
1941, un total de cinco mil trescientas personas. Los judíos cen-  
troeuropeos, “azhkenazis” de origen, que constituíamos la comu-nidad judeopolaca totalizábamos dos mil trescientas almas y tres  
mil aldeanos el segmento poblacional polaco cristiano. Así como  
aumentaba la temperatura ambiente, crecía la onda calórica que  
perturbaba y enajenaba los cerebros. Aunque no éramos un pue-  
blo totalmente incomunicado, porque en los viajes frecuentes a  
Lomza y Bialystok podíamos “tomar el pulso” noticioso de los  
fulminantes juegos bélicos de Hitler en Europa, la manipulación  
informativa y la distorsión de los mensajes acrecentaban el odio  
antisemita acusando a los judíos de cuanta perversidad fuese po-  
sible imaginar. Eran judíos los culpables del “Anschluss” en que  
Austria desapareció como nación incorporándose su territorio al  
“Gran Reich”. Fueron “intemacionalistas hebreos” los que obli-  
garon a Hitler a lanzar el Ejército Alemán contra Checoslovaquia,  
creando el Protectorado de Bohemia y Moravia. Mercaderes de  
diamantes judíos, conspiraron para que Herschel Grynspan, cuya  
familia fue despojada de todos sus bienes en Checoslovaquia y  
encontró refugio en París, hiriera mortalmente de un disparo de  
arma de fuego al secretario de la Embajada Alemana en la capi-  
tal francesa, Emst von Rath, como protesta y venganza por el tra-  
to inhumano inflingido a diez mil judíos en Praga y la muerte de  
su padre, acto que desató en Berlín el 10 de noviembre de 1938  
el asesinato de ocho mil hebreos. Y, también, eran judíos “pro-  
minentes” los que estaban indisponiendo a Hitler contra Polonia.  
¿Cómo borrar tanta mentira e infamia desde nuestro rincón cam-  
pesino marginado?

Por todos estos recovecos nos aproximábamos al “Jueves  
Negro” que justifica mi historia. Estábamos aún diez meses dis-  
tantes de aquellas macabras horas, pero la historia fabricaba ya  
las circunstancias en que habrían de darse tales sucesos. El pri-  
mero de setiembre de 1939, a las 04:45 horas de la mañana, Hi-  
tler lanzó su anhelado zarpazo sobre Polonia. Alemania, basada  
en un truco criminal montado por el siniestro Jefe de la Gestapo,  
Himmler, con la ayuda de un matón callejero, cargador de los  
muelles de Kiel llamado Alfred Helmut Naujocks en una radioe-  
misora de Glewitz, no lejos de la frontera polaca, anunció la in-  
vasión a Polonia, como “acto de revancha” por el asesinato a  
mansalva, de varios soldados del Tercer Reich que custodiaban  
ese centro de información. Nubes de aviones de la “Luftwaffe”  
y marejadas increíbles de carros blindados y tanques, comen za-ron a avanzar hacia el centro de Polonia destruyendo todo lo que  
encontraban a su paso. Por primera vez en la historia de las gue-  
rras de la humanidad la mortífera arma aérea militar descargó to-  
neladas de bombas con despiadada precisión, contando en tierra  
con espías y quintacolumnistas polacos que se prestaron a la trai-  
ción. Realmente aquí hay una página del desarrollo de la Segun-  
da Guerra Mundial que nadie ha querido aclarar con verdadera  
voluntad histórica. Mientras Polonia resbalaba vertiginosamente  
por la pendiente de la derrota, Francia, Inglaterra y Estados Uni-  
dos, sus aliados, sólo “emitían” terribles sonidos, pero se mante-  
nían de brazos cruzados. Varias páginas descamadas de toda es-  
ta urdimbre de traiciones se encuentra en la obra “La Guerra de  
Hitler” del historiador David Irving, que aunque realiza una em-  
peñosa tarea por convencer a sus lectores que “no hay al final de  
la Segunda Guerra Mundial, ninguna prueba documental de que  
Hitler, personalmente, diera la orden de aniquilar a varios millo-  
nes de Judíos”, es incapaz de esconder o minimizar, la bestialidad  
del holocausto y las repetidas conversaciones, compromisos, pac-  
tos y lo que se quiera, que Roosevelt, Churchill y Stalin firmaron  
con los nazis, entre sí, y con otros estados, en las que arreglando  
o desarreglando cosas convenientes a sus propios intereses geo-  
políticos, excluyeron lo referido al caso de Polonia y las matan-  
zas que ya se adelantaban en ella. Polonia fue avasallada en tres  
semanas. Ni la valentía de algunos de sus soldados, ni las pro-  
mesas de ayuda de Inglaterra y Francia, impidieron su total de-  
rrota. Hitler lanzó una avalancha de “Panzers”, carros blindados  
y fuerzas motorizadas de choque, desde la Pomerania y Prusia  
Oriental, desde Silesia y desde los territorios protegidos de Eslo-  
vaquia, y no fue posible a los Polacos estabilizar el frente de ba-  
talla. Tal vez lo que más parálisis les causó fue la impiadosa ac-  
ción de bombardeo de la “Luftwaffe”. Toneladas de bombas des-  
trozaron edificios públicos en Lodz, Varsovia y Cracovia. Nudos  
de comunicaciones, tendidos ferroviarios, puertos fluviales y as-  
tilleros, depósitos de armas, concentraciones militares, reservas  
de combustible, aeropuertos y el cincuenta por ciento de los avio-  
nes que estaban en tierra, quedaron calcinados y convertidos en  
chatarra. Las unidades acorazadas tomaron el oeste Polaco a  
gran velocidad, el Vístula el Bug y el Narew. El mando total de  
la “Blitzkrieg” o “Guerra relámpago”, lo puso Hitler en manos

del general Walther Von Brauchitsch, quien “espoleó” al general  
Guderian para organizar una vanguardia veloz de monstruos me-  
cánicos acorazados, capaces de avasallar con su potencia de fue-  
go todo obstáculo en el camino, misión que se cumplió con en-  
carnizamiento.

En medio de aquella estruendosa pesadilla, uno se pregun-  
ta ¿Qué pasó con los soldados polacos? ¿Dónde estaban los go-  
bernantes de talento? ¿Por qué no había llegado la ayuda de Fran-  
cia, Inglaterra y Estados Unidos? Pero era en vano preguntamos  
cosa alguna, porque no había nadie para responder. Valor en el  
soldado polaco sobró, pero sobró más incapacidad de mando, y  
de conducción. Polonia se había dormido en sus laureles. Tal  
vez no se dio cuenta de la realidad sino hasta que la realidad la  
aplastó. Su ejército era obsoleto, sus armas más obsoletas aún, y  
la mentalidad de sus generales y hombres de acción se había que-  
dado rezagada en el tiempo. Manejaban conceptos estratégicos  
desechados desde la Primera Guerra Mundial. Seguían pensando  
como necios en la guerra de trincheras, y en las “líneas” fortifi-  
cadas de contención y la “velocidad” de su caballería y sus lan-  
ceros.

Cuando yo hablo de las “traiciones” de Churchill, Roose-  
velt y Stalin al pueblo judío, me baso en hechos concretos. Mu-  
chos historiadores como Irving, von Vereiter, Nikolaev e Israe-  
lian, han esclarecido en numerosas publicaciones los endiablados  
juegos geopolíticos en que estos personajes cayeron, con olvido  
permanente de los millones de judíos que ellos ya sabían muy  
bien estaban siendo exterminados por el nazismo en toda Europa.  
Para el día 3 de setiembre de 1939, a sólo dos días de la invasión  
alemana, Inglatrerra y Francia se vieron obligadas a declarar for-  
malmente la guerra al Reich. Fue una declaración de “paja”. En  
realidad nunca acudieron a los campos de batalla para ayudar a  
los polacos. Así comenzaron la que algunos analistas han llama-  
do la “extraña guerra”. Una guerra de “ladridos” que no asusta-  
ban ni a los niños mientras continuaban aferrados al pensamien-  
to de que aún se podía concertar algún convenio con Hitler, que  
les permitiera realizar su antiguo sueño: provocar y desencadenar  
la guerra soviético-alemana.

Pero las traiciones se dieron también en casa. En tanto el  
ejército alemán se apoderaba a toda velocidad del territorio de  
 La denuncia — 81

Polonia, sembrado de muerte y desolación, el Gobierno de Var-  
sovia y el mando supremo del ejército polaco abandonaron al  
pueblo y a las tropas a su suerte y huyeron en mal disfrazadas  
“misiones” a países extranjeros llevándose el oro del Banco Na-  
cional. El saqueo de la hacienda pública fue metódico y total.

Hitler, que paseó su victoria altivo y prepotente por diver-  
sas ciudades polacas dominadas por sus fuerzas armadas, comen-  
zó de inmediato la matanza anunciada desde 1933. Poco a poco,  
los tres millones doscientos mil judíos de Polonia, comenzaron a  
ser aniquilados. El reinado nazi en tierras polacas era total. La  
guerra relámpago, la terrible “blitzkrieg” había terminado con un  
país en menos de quince días. Polonia, una vez más, había deja-  
do de ser una nación...

Nosotros pudimos enteramos en Jedwabne de muchos de  
estos detalles. Ya sabíamos que los nazis lo dominaban todo a  
sangre y fuego, y que habiendo constituido un “gobierno general”  
y una serie de mandos paralelos, la tarea prioritaria era concen-  
trar a los enemigos de la raza aria, los “apestosos” judíos en ghet-  
tos donde se le dio mando ejecutivo a los propios judíos, muchos  
de los cuales engolosinados con las circunstancias, se convirtie-  
ron en traidores y verdugos de su propio pueblo.

En este panorama nada cambió hasta el 17 de setiembre de  
ese mismo año de 1939 en que, de manera subrepticia, viniendo  
del este, el ejército rojo penetró en Polonia. El mundo entero fue  
sorprendido. Nosotros tuvimos lo que en Costa Rica se llama un  
“alegrón de burro”. Creimos que los rusos venían a ayudar y a  
echar de suelo polaco a los nazis. Pero por entonces éramos in-  
capaces de sospechar que rusos y alemanes, mediante un pacto  
secreto anterior a 1939, ya se habían comprometido para repartir-  
se el territorio de la desangrada nación actuando en conjunto y  
evitando chocar entre ellos. Los rusos se limitaban a desarmar a  
los polacos donde quiera que fueran entrando. Se vivía en el  
caos. Unidades armadas enteras de polacos guiados por fracasa-  
dos generales, se dirigían hacia Hungría y Rumania. Sólo unos  
pocos de ellos conseguirían huir y son estos pocos, los que años  
más tarde, encontraremos peleando como fieras en la también so-  
juzgada Italia.

Para “dejar todo en claro”, el 22 de setiembre de 1939 en  
la ciudad polaca de Brest Litovsk y ante la presencia del generalalemán Guderian y del general soviético Kriwoschein, se organi-  
zó un imponente desfile bélico germano-soviético al que le siguió  
un banquete de gala, donde se brindó con champaña francesa por  
“la eterna amistad de los dos países”. Los alemanes eran exper-  
tos en montar operetas.

Aceptando esta aplastante derrota, los judíos polacos se-  
guimos creyendo en permanente estado de “inocencia”, que con  
paciencia veríamos desaparecer los “progroms” antisemitas for-  
mados por polacos cristianos, que ya hacían correr ríos de sangre  
en el país. Sin embargo, ya desde entonces, algunos “cerebros  
torcidos” comenzaban a imaginar el proyecto de exterminación y  
rapiña que 21 meses después, el 10 de julio de 1941, se concreta-  
ría contra dos mil trescientos polacos judíos de Jedwabne.

No estando ahora nuestro padre con nosotros, algunas ve-  
ces tenía que romper la rutina en pos del dinero para la manuten-  
ción de mi madre y mi hermano, así como los primos que aún  
quedaban, hijos de Lázaro Hoffman y Esther Raquel, que era  
hermana de mamá. Con una mayor carga de odio antijudío a las  
espaldas, la vida obligaba sólo a una cosa: mantenerla. Uno no  
podía entrar en depresiones, ni decaimientos, ni eso que ahora  
llaman muy gringamente “stress”. Cuando uno tiene que vivir  
en una tierra donde la mitad de los que la habitan te gritan “pe-  
rro judío, vete a Palestina”, te insultan, te retan, quiebran a pe-  
dradas las ventanas y te miran como a una rata, no puedes “es-  
tresarte”. Yo jamás recuerdo a ningún judío “estresado”. Re-  
cuerdo judíos torturados, hambrientos, esqueléticos, fugitivos,  
enfermos, apaleados, sangrantes, asaltados, escupidos, minusvá-  
lidos, embrutecidos de dolor, escarnecidos, agredidos sexual-  
mente, desnudos y convertidos en esclavos, pero ninguno pade-  
ció de “stress”. Para eso no había tiempo. Pero a cambio, ellos  
rezaban día y noche, con esperanza, muchas veces con pedazos  
de chal, restos de filacterios, trozos de una vieja Torah, unos ga-  
rabatos talmúdicos y siempre diciendo: hay que levantarse, hay  
que ponerse de pie, somos el pueblo escogido de Dios, y si Dios  
nos escogió primero para este sufrimiento amargo e insoporta-  
ble, es porque algún día nos dará una felicidad dorada y radian-  
te, como aquellos soles del desierto en Galilea, o los que ponen  
de color naranja las rocas cimeras de Massada, o tiñen de gloria  
las aguas del Lago de Genazaret.

Antes de mediados de junio de 1941, los nazis ordenaron  
recorrer el territorio polaco oriental, a una fuerza de “tareas espe-  
ciales” al mando de un arrogante y brutal general de la 8.8. lla-  
mado Udo Von Woyrsch. Casi todas las primeras salvajadas con-  
tra los judíos que se cometieron en Polonia, se le pueden atribuir  
a este gorila. Una muestra de su “tratamiento civilizado” la die-  
ron en un pueblo cercano al nuestro, Wiszna. Había una reunión  
de seis vecinos judíos en la casa de un cultivador de remolachas  
llamado Franciszec Dabowski. Ellos aparecían en actitud de tra-  
bajo comunitario: amasaban pan. Pero en realidad Dabowski, cu-  
ya familia era originaria de Bialystok, estaba planificando la  
construcción de un “Bunker” o un escondite subterráneo, para  
llamarlo en lenguaje simple, a fin de poder esconder hebreos si  
los nazis desataban una matanza contra judíos en esa zona. Co-  
mo ocurrió millones de veces en Europa, hubo un traidor cuyo  
nombre jamás se supo, que pasó a la Gestapo la información de  
esa actividad clandestina.

En un carro blindado, Udo y sus “especialistas”, cercaron  
el lugar que estaba al fondo de un trigal, y prendieron candela a  
las espigas. Cuando el fuego se levantó crepitante en aquella tar-  
de calurosa, las llamas rodearon la casa de madera de Dabowski.  
Uno a uno los seis confabulados, dos mujeres entre ellos, corrie-  
ron desesperados por el trigal llameante buscando una salida se-  
gura y escapar de las manos de los nazis. Pero era imposible lo-  
grarlo. La patrulla de “especialistas” los fue cazando a tiros, co-  
mo conejos.

Los acontecimientos en Polonia siguieron para peor. La  
nación entera estaba quebrada, despedazada. Alemanes por un  
lado y rusos por el otro. Heydrich había conseguido ya en Ber-  
lín que le aprobaran “un adelanto” de la solución final, que alcan-  
zaría todo su salvajismo en 1942. La aceptación oficial llegó “so-  
to voce” y Heydrich que comenzó a aplicarla en Varsovia, donde  
los últimos valientes apodados las “ratas” de Varsovia que habían  
provocado el levantamiento del ghetto, habían sido fusilados.  
Luego también, calladamente, la experiencia se “exportó” hacia  
el este y norte de Polonia. Había comenzado la era del terror.  
Una enorme masa de polacos cristianos constituidos en “pro-  
groms” y centenares de traidores judíos vendidos al enemigo por  
cochinadas, medraban a la sombra de esta represión inicial. Delos pueblos vecinos comenzó a llegamos la información de que  
muchos judíos se estaban ocultando dominados por el miedo.

De aquí en adelante estoy entrando a descubrir la historia  
de barbarie y cobardía que se dio ese 10 de julio del 41 que he  
llamado el “Jueves Negro” de Jedwabne. Si antes tuve que pe-  
dir compresión de los lectores por las desubicaciones temporales,  
las incoherencias y el mareo, más enfáticamente lo hago ahora.  
Voy a comenzar la narración de una tan enorme cantidad de he-  
chos terribles, que no atino a ponerlos en orden dentro de mi  
mente. Lo que debo contar y revelar, lo contaré y revelaré en for-  
ma atropellada. Muchas veces, superado un cuadro dramático,  
un acontecimiento, volveré atrás para recrear otro que iba que-  
dando olvidado. Todo será como una torturada gimnasia mental  
al final de la cual espero comprendan, claramente y sin titubeos,  
en qué siniestros cuadros y acontecimientos brutales se vio con-  
sumido Samuel Waserstein y por qué he ido caminando por la vi-  
da con tantos altibajos de conducta, laceraciones, deformaciones  
y pesadillas.

Sin embargo, yo no sabía aún lo que era el miedo. No ha-  
bía hecho amistad con el terror. Ya sin nuestro padre al lado, y  
con el hermano Moisés buscando un futuro más dorado y en paz  
en Cuba, mi responsabilidad se vio de pronto agigantada. Era  
ahora el hijo “mayor” en la casa. Tenía que procurar la subsis-  
tencia para Saúl, mi hermano de doce años y los primos que vi-  
vían con nosotros, auxiliando en silencio, dramático y heroico, el  
trabajo de mi madre. Aquel trabajo que comenzaba a las cinco de  
la mañana y terminaba a las dos de la madrugada del otro día. Es-  
fuerzo que le permitía a mamá, sólo tres miserables horas de sue-  
ño cada 24 horas.

Al iniciarse ese mes de julio calcinante, la presencia de  
una creciente marea de odio sobre los judíos se acentuaba. Ya  
no eran los hombres con palos én la mano del pasado, amenazan-  
do a los viandantes para que no entraran a comprar a las tiendas  
de los judíos. Ya no era el drama del chacal asesino que había  
terminado con la vida de la señora Sosnowski de un ladrillazo  
sobre su cabeza. Ya no eran las bandas de pilludos que daban  
palizas a los niños hijos de judíos, usando cualquier pretexto pa-  
ra el ataque cobarde en jauría. Tampoco eran las exigencias de  
hacer genuflexiones, quitarse la gorra y ceder el rincón de lasaceras, a policías del pueblo, corruptos funcionarios o al cura ca-  
tólico ensotanado.

Ahora era otra cosa. Comenzaron bajo las sombras encu-  
bridoras de la noche a moverse grupos que apedreaban las venta-  
nas de las casas de la comunidad judía, gritando “váyanse perros  
judíos a Palestina”. Varios comerciantes fueron apaleados por no  
cerrar sus negocios cuando venía en gana ordenarlo a cualquier  
matón hinchado de licor. La Municipalidad tomó un acuerdo por  
medio del cual tocaba a los judíos mantener limpias las calles del  
pueblo, no importa si eran empedradas, de tierra apisonada o pol-  
vo y barro. A cada familia se le asignaba un sector público para  
limpieza: barrer, recoger desperdicios, llevarse la basura de los de-  
más, limpiar los caños, las aceras y los edificios públicos. Si uno  
llegaba tarde a la tarea, aplicaban multa, y si se negaba a cumplir,  
empujones y cárcel. A veces —muy seguidas, por cierto— hasta  
había vapuleadas con látigos y varas de madera flexible.

Tengo que decir que esta “novedad” de responsabilizar a  
los judíos para barrer las calles, no era “muy nueva”, pero jamás  
llegó a imponerse con tanta impiedad. En el pasado, allá por  
1937, antes de morir, mi padre se negó una vez a semejante es-  
clavismo y lo condenaron a la cárcel. Pero al correr el año 1941  
llegar a la cárcel ya significaba una paliza, huesos rotos, ropa des-  
hilacliada, salivazos, humillaciones, torturas y hasta una probable  
muerte, con el infaltable saqueo de los artículos de valor que lle-  
varan consigo.

Los vagos del pueblo, los delincuentes, los alcohólicos, go-  
zaban días de gloria. Con tal que sus actos antisociales fueran en-  
cauzados contra judíos y no contra polacos cristianos, la más re-  
donda y gorda impunidad los rodeaba. Esta gentuza, este chus-  
merío, alcanzó gracias al antisemitismo, categoría de “Defenso-  
res de la Sociedad”. Dos engendros salidos de esta cofradía de  
facinerosos cobardes, protagonizaron el 2 de julio, lo que históri-  
camente sería el “preludio” inmediato al “Jueves Negro” que no  
puedo borrar de mi memoria.

Por la noche del primero de julio, hubo un par de horas en  
que el calor que nos calcinaba disminuyó. Tal vez sería de madru-  
gada, dos o tres de la mañana, no tengo un recuerdo cronométrico  
sobre eso. Pero lo cierto es que viniendo de la Masuria del norte,  
tierra de lagos y más frío que Jedwabne, soplaba una brisa fresca.La temperatura mejoró, pero era una brisa burlista: llegaba, oxige-  
naba todo, bajaba el calor, pero veinte minutos más tarde ya no es-  
taba; seguía viajando. Al sur, al este, al oeste. ¿Quién sabe adon-  
de? Pero de todos modos, hubo más frío esa noche y en conse-  
cuencia amaneció más fresco, lo que me venía bien porque tenía  
que moverme a las afueras del pueblo, primero con las vacas y  
luego a ver si podía negociar unos cueritos en una aldea cercana.

Fue al despuntar el día 2 de julio que contemplé una horro-  
rosa escena de barbarie y salvajismo puro. Olvidé el escenario  
donde se inició el drama. Puedo recordar que yo estaba ya en la  
calle, camino al campo con rumbo a Lomza, cuando me di cuen-  
ta de un grupo de perdonavidas que andaba merodeando por las  
casas de los judíos, en la parte norte del pueblo. Había un hom-  
bre joven, fuerte, llamado Jureksi, que parecía tener el liderato.  
Era arrogante y brutal. En realidad eran cuatro matones. Otro se  
llamaba Janos Jerzikska y otro Janko Rominsky. El nombre o  
apellido del cuarto hombre era Shwalesza, pero no estoy total-  
mente seguro si son correctos o no los nombres de los otros ase-  
sinos, salvo el caso de Jureksi. Pero recuerdo que este equipo de  
animales salvajes gritaba, insultaba y buscaba camorra. En una  
casa cerca de un prado, que en mayo florecía todo de amarillo  
con “dientes de león’’, vivía un viejo de 70 años llamado Jacobo,  
con su esposa Melka. Se trataba de un artesano especialista en  
fabricar aperos para caballos. No como ahora que frenos, rien-  
das, gruperas y bozales se hacen en máquina. Él trabajaba a ma-  
no, poco a poco. Parecía como si en cada apero que fabricaba  
quisiera traspasar algo de su propio espíritu. Hasta allí llegaron  
los bandidos, aguardentosos.

Tal vez todo esto parezca extraño. ¿Por qué yo mirando es-  
tas cosas sin hacer nada? ¿Por qué yo, testigo único, de hechos  
únicos, en un momento único de la historia, y un escenario único  
de Polonia? Esto me lo he preguntado en mis noches de insom-  
nio. Cientos de veces me he preguntado por qué tanto odio, tan-  
ta sangre, tanta locura, tanta brutalidad y barbarie ante mis ojos.  
Nunca lo sabré. Tal vez el Dios de Israel lo dispuso así. Pero ese  
día 2 de julio la llegada de este “progromo” cuádruple, o esta  
cuarteta maldita, se convirtió en mi obsesión. Los seguí matan-  
za tras matanza. Recuerdo que a Jacobo le insultaron, le empu-  
jaron y le dieron de puñetazos en la boca. El pobre viejo sangra-

ba. No escuché lo que decía, pero tal vez imploraba compasión  
para su mujer, anciana y enferma. Quizá fue eso, pero yo no pu-  
de oír y sólo miraba escondido a unos cincuenta metros. Miré a  
Jureksi dando de puntapiés al anciano, hasta tumbarlo, pero algu-  
na fuerza superior lo animaba. Comenzó a levantarse de nuevo.  
Jerzikska agarró un palo grueso como un brazo y descargó un  
golpe brutal en la cabeza del judío. Tres, cuatro, cinco golpes de  
garrote hasta despedazarle el cráneo y la cara. Los gritos de la  
esposa aterraban. La habían inmovilizado en el piso. La masa  
encefálica del viejecito, que era amigo de mis padres, se despa-  
rramó sobre una baldosa. Tuve que volver el rostro. Lloré y una  
furia sorda me envolvió con un poderoso estremecimiento. A  
punto de perder la razón y lanzarme a despedazar a aquellos mal-  
ditos, me contuve. Otra vez la virtud del autocontrol. ¿Qué sa-  
bía yo de golpear gente? ¿Qué sabía de defensa personal? ¿Con  
qué armas más que mis manos campesinas peladas, contaba?  
¿Cuántos segundos duraría mi ataque suicida, antes que me des-  
pedazaran a mí también? Lo último que vi fue el cadáver del vie-  
jo caballero tirado en la calle, una calleja que rumbaba norte más  
allá de la Plaza Mayor, hacia unas colinas donde salía un camino  
para dirigirse a los otros pueblos norteños vecinos de Jedwabne.  
No supe más. Dos días estuvo ese cuerpo con la cabeza destro-  
zada pudriéndose en la vía. Melka, la esposa, desapareció. No  
digo que se marchara a ninguna parte, digo que desapareció de mi  
vista, y creo también que la mataron de un garrotazo. Si ese fue  
el doloroso fin de la mujer, sin duda quedó dentro de la casa pu-  
driéndose su cuerpo mortal, poco a poco.

Al acabar con Jacobo, los matones siguieron buscando más  
judíos a los que torturar o aniquilar. Jureksi, que debería tener  
unos 27 años, era el líder insaciable, parecía como poseído del  
demonio, gritaba, manoteaba, pegaba puntapiés en las paredes de  
las casas de los judíos, enardecía a los otros. Así llegaron a la ca-  
sa de una familia cuyo apellido tal vez era Soltys. Hay un nom-  
bre como de Bronislawa Soltys, que algunas veces aparece fugaz-  
mente en mi memoria. Nunca he podido fijarlo, detenerlo, ads-  
cribirlo a alguna persona en particular. Recuerdo que en esa ca-  
sa habitaban dos muchachas jóvenes, altas, esbeltas, de una belle-  
za extraña y unos veinticinco a veintisiete años de edad, que es-  
taban recién casadas. Una tenía un bebé de seis meses y, creo quese llamaba Walka; la otra tenía un hijito de ocho meses y andaba  
cojeando, porque padecía una amputación en el pie izquierdo.  
Había quedado como un muñón, pero su cuerpo era hermoso y su  
rostro noble y dulce. A ellas dos las agarraron los infelices pola-  
cos de Jureksi.

Las mujeres intentaron resistirse, pero les quitaron los ni-  
ños y las obligaron a marchar calle abajo. No les importaba que  
los miraran con garrotes en las manos y mujeres adelante. Los  
aldeanos eran cobardes. Miraban las cosas sin mirarlas, oían sin  
oir, quedaban envueltos en la impavidez. Desde que comenzó el  
grupo a bajar una pendiente rumbo al oeste, me di cuenta que las  
llevaban a las afueras del pueblo, a un sitio agreste, un kilómetro  
hacia Lomza, en el que se formaban en tiempo de lluvias cuatro  
lagunetas y había siempre en un altozano un brote de agua. Me  
imagino que ese manantial era de agua que escurría hacia el sur,  
desde una parte alta en las colinas del norte, donde se originaba  
por filtración. En pleno julio, sólo una de las lagunetas o depó-  
sitos de agua contenía algo de líquido, las demás se convertían en  
lodazales o suampos de mucha profundidad, porque la tierra era  
arcillosa y formaba como un gel. En ese lugar había estado yo de  
niño con papá muchas veces, porque las mujeres del pueblo iban  
allí a lavar ropa y los niños podíamos atrapar unos pececillos ne-  
gros resbalosos que abundaban en las pozas.

Llegando al lodazal que estaba más al sur del lugar, Jurek-  
si ordenó a las mujeres, golpeándolas cobardemente, que hun-  
dieran a sus bebitos en el barro. Era macabro. Ellas se negaron  
y entonces los criminales tomaron los niños de mala manera y  
sin miramientos, los “sembraron” de cabeza en el lodo apestoso.  
Agitando sus bracitos y piernas con desesperación, aquellos se-  
res inocentes fueron tragados por la tierra cenagosa en un último  
gorgoteo.

Les tocó el tumo a las mujeres, ya flageladas y enloqueci-  
das. Como eran unas judías jóvenes y espigadas, la limosa gela-  
tina del estanque no las engulló en totalidad. Habían quedado  
afuera sus hombros y sus hermosas cabezas y rostros y sus gritos  
podían haber conmovido el corazón de cualquier ser humano,  
menos el de aquellos brutos. Las hicieron perder el sentido a ga-  
rrotazos. Luego Jerzikska, doblado por el peso, cargó dos enor-  
mes piedras que los cobardes amarraron con cuerdas al cuello delas mozas. Con aquel peso enorme sus cabezas se doblaron co-  
mo juncos, hasta que el barro les inundó la boca, taponó sus fo-  
sas nasales y las cubrió por completo.

Una hora esperaron los monstruos ingiriendo alcohol y mi-  
rando hipnotizados hacia el lodazal. Luego, con gran esfuerzo,  
rescataron los cuatro cuerpos y los transportaron fuera del terre-  
no de la fuente colocándolos uno al lado del otro en un terreno  
despejado orillero a la carretera que lleva a Lomza. Allí estuvie-  
ron esos cuerpos hinchándose al sol durante cuatro días, hasta  
que las aves carroñeras comenzaron a despedazarlos y algún anó-  
nimo e infeliz aldeano, descubriendo aquella escena espeluznan-  
te, logró ayuda para que los restos fueran transportados y sepul-  
tados en una fosa común en el cementerio hebreo.

A partir de ese día, los judíos éramos como sombras fugi-  
tivas en las madrugadas y las noches. Sabíamos ya que en el pue-  
blo funcionaban los “progromos” por diversos lugares. Aunque  
fuera con sordina, las noticias de más asesinatos, robos, violacio-  
nes de mujeres y daños a las propiedades judías, comenzaron a j  
llegar. No sabíamos qué hacer. La ausencia de mi padre se me  
hizo tan dolorosa como la herida abierta en la carne por el filo de  
una cimitarra. Tal vez si él hubiera estado vivo, hubiéramos sa-  
bido qué acciones tomar. Al fin y al cabo él era un hombre de  
clara inteligencia natural, perceptivo y sagaz. Pero eso era una  
suposición, porque a lo mejor las turbas lo hubieran linchado de  
primero debido a su prominencia y a la envidia que algunos po-  
lacos cristianos le tenían, por su casa propia compartida, sus cua-  
tro manzanas de trigo y patatas, sus dos vacas, su hermosa mujer  
costurera, su hijo en Cuba que daban por un hecho “se llenaba de  
oro” y sus ocasionales ventas de cueros en Lomza, con las que lo-  
graba los “slotys” extra para fortalecer el siempre enflaquecido  
presupuesto familiar.

Con el viejo zapatero Sosnowski y su hija Sara y con el car-  
pintero Israk, analizábamos la situación. Esperábamos que todo  
pasara pronto. Los judíos siempre hemos estado llenos de espe-  
ranza. Nos extrañaba, eso sí, que los soldados alemanes de ocu-  
pación no estaban mezclados en estas vilezas. No porque no fue-  
sen viles de formación, sino porque estando dadas ciertas orde-  
nanzas para iniciar en Polonia la aniquilación de los judíos, en-  
contraron un pueblo en que los cobardes nativos se encargaban de

hacer el trabajo sucio. Ni una sola bala había que gastar fusilan-  
do judíos en Jedwabne. Los polacos cristianos se disputaban la  
“insania placentera” de liquidar a garrote a los “asesinos de Jesu-  
cristo”. Curiosa y farisaicamente, se nos volvía a enrostrar “la  
exclusiva” responsabilidad del deicidio, para que los fanáticos re-  
ligiosos y los beatos actuaran contra nosotros.

Llegó el jueves 10 de julio de 1941, como llegan los días  
en el ardiente verano del noreste polaco. Al oriente emergió, en-  
tre enormes bancos de bruma caliente, un sol rojo escaldante. La  
tierra aliviada durante la noche de sus hervores, comenzó de nue-  
vo el suplicio de cocinarse a fuego lento. La fragua cósmica se  
puso otra vez en acción.

Cuando uno ha vivido toda su vida en un lugar como Jed-  
wabne, envuelto en silencio, sin tráfago automotor, sin maquina-  
ria industrial y ni siquiera el rumor del agua de un río vecino ras-  
pando contra las piedras, percibe al instante cualquier alteración  
sonora del medio ambiente. Eso me ocurrió a mí, le ocurrió a mi  
madre, al zapatero Sosnowski y al carpintero Israk. Fue un vo-  
cerío subiendo de tono. Luego, gritos lejanos, carreras, una ex-  
traña vibración en el aire. Mi hermano Saúl asomó fuera de ca-  
sa. En la calle Przytulska, al sur, donde hace crucero con las ave-  
nidas que vienen del templo católico y la Plaza Mayor, grupos de  
polacos armados con palos, cuchillos, sogas, martillos, guadañas  
y unas tablas erizadas de clavos, atacaban a los judíos, golpeaban  
puertas y arrastraban a las mujeres del cabello. Ocurría lo mis-  
mo en la Calle Sadow y los suburbios al oeste de la Plaza Mayor.  
El griterío comenzaba a llegar a nuestra casa ya sin sordina, más  
bien en forma de alarido infrahumano, cuyo poder decibélico la-  
ceraba nuestros oídos.

Eran como las ocho y treinta de la mañana. Ante aquel fe-  
nómeno de un pueblo revuelto, consumido en el caos, la decisión  
lógica y única que pudimos tomar fue permanecer en calma.  
Hasta ese momento sólo sentimos temor, pero cerca de las nueve  
de la mañana, el miedo ya nos estaba batiendo por dentro. Lle-  
garon los vecinos de al lado norte de la casa. Eran unos polacos  
cristianos, que habían vivido siempre a la par nuestra, con cuyos  
hijos jugamos de niños y que en numerosas ocasiones, y por cau-  
sas diferentes, nos habían solicitado favores y se los habíamos  
hecho. Nunca hubo con ellos el más mínimo roce ni la más pe-queña molestia. Era gente que sonreía poco, pero sus semblantes  
jamás cambiaron ante nosotros dándonos a entender algo que no  
fuera la aceptación plena de nuestra vecindad. Sin embargo, en  
ese instante, su voz sonó dura, imperativa, dijeron a mi madre  
que todos los habitantes judíos del pueblo, sin excepción, debía-  
mos estar concentrados en la Plaza Mayor con urgencia. La or-  
den era para acatarla de inmediato, y no había tiempo para fine-  
zas, para delicadezas, como acicalarse un poco, cambiar la ropa  
de noche por la de diario. Vestidos o desvestidos, desayunados o  
en ayunas, aseados o greñudos y lagañosos, los judíos debíamos  
marchar al centro del pueblo o nos llevarían a la fuerza y garro-  
tazo limpio. Eso era lo que ya dominaba en la calle: la brutalidad  
sin trabas, la bestialidad sin límites, la consecuencia lógica de lo  
que ya veníamos viviendo de sojuzgamiento, descalificación so-  
cial y moral. Éramos basura. Desde que los alemanes después  
del veintidós de junio de ese fatal año de 1941 ocuparon el pue-  
blo y llegó la Gestapo, los judeo-polacos de Jedwabne pasamos a  
constituir el ejército de las “almas en pena”. Los nazis no actua-  
ban directamente contra nosotros, pero daban mano libre a los  
otros polacos para “arreglar” las cosas y a la llamada Gendarme-  
ría de actuar con discreción, pero “sin debilidades”.

Antes de desembocar en este momento, del veintidós de ju-  
nio al diez de julio, nuestra vida había sido de tormento y mise-  
ria. Se cerraron los negocios de los judíos. Hubo tres “progro-  
mos” funcionando en el pueblo. Yo no puedo decir que los tres  
mil cristianos eran todos la “esencia” de la maldad. Eso no fue  
estrictamente así. En verdad, las fieras antijudías desatadas que  
recorrían el pueblo noche y día imponiendo el terror, cuando mu-  
cho llegaron a cien. Pero el resto de la población polaca tuvo que  
hacer lo que se le mandaba. Se impuso la ley del más fuerte: o  
estás contra los judíos o estás con los judíos. No había términos  
medios. Supe mucho después que a una señora Librowski y a un  
hacendado Lasek, que intentaron detener a dos rufianes que se  
ensañaban con unos niños judíos de apenas cinco o nueve años,  
a los que alzaban en vilo y los estrellaban contra las piedras, pa-  
teándolos y despedazando sus tiernas caritas a puñetazos, los  
apuñalaron en el acto mismo de protestar contra ese salvajismo.  
Tal vez esta fue la única excepción, porque el resto de los pola-  
cos, aunque no mataban con sus propias manos, señalaban a las

turbas degeneradas las casas de los judíos, les conducían a los  
agujeros en que se habían escondido, robaban lo que podían y  
asistían al espectáculo macabro sin perturbarse. Pero antes de es-  
to, nuestro derecho a andar en la calle se perdió. Por un mes en-  
tero, al judeo-polaco se le racionaron los alimentos. Para noso-  
tros: dos pedazos de pan negro por día, eso era todo. Tanta ma-  
lignidad puede que no llegue a ser creíble, pero así era: dos peda-  
zos de pan al día. Dejaron de comprar a mi madre sus camisas,  
impedían ordeñar las vacas. Las reservas de alimentos desapare-  
cían a una gran velocidad. Una papa era un tesoro y una zanaho-  
ria una rareza. Se acabó el queso y el pan, se terminaron las mer-  
meladas de zarzamora, no había carne. El “Shofer” judío, el ma-  
tarife ritualístico que debía entregamos absolutamente kosher la  
carne, estaba inutilizado por una paliza recibida. La vida se tor-  
nó desesperada.

Sé que estoy usando palabras duras, calificativos desusa-  
dos, tal vez un lenguaje soez, propio de novelas de barrio bajo y  
ladrones y policías, pero alguien tiene que comprender que a la  
barbarie no se la puede maquillar, que al odio visceral no se le  
puede decir enojo, que a la indignidad no se la puede calificar de  
torpeza, ni al desenfreno demencial de los violadores de mujeres  
y niñas, le podemos llamar abuso. No se ha inventado aún el len-  
guaje con el cual podamos hacer justicia a los sucesos de ese  
“Jueves Negro" en mi pueblo natal.

En la historia deben quedar bien escritos, con letras indele-  
bles, los nombres de los monstruos que planificaron y dirigieron  
aquella matanza. Cuatro de ellos son los mismos a que ya hice  
referencia al narrar el asesinato a garrote del talabartero Jacobo y  
su esposa Melka, y los mismos que el 2 de julio ahogaron en el  
lodazal de la que seguiré llamando la “Fuente de la muerte”, a los  
dos bebés judíos: Jureksi, Jerzikska, Rominski y Shwalesza.

Otro masacrador de judíos era Tadeusz Taluska, al que vi  
en la Plaza Mayor con sus manos bañadas en sangre. Estaba tam-  
bién Browlecz, que era panadero y se convirtió en una hiena.  
Shewilek, que fue ayudante del zapatero Sosnowski que vivía  
con nosotros y aprendió con él a hablar en “Yiddish” fue otro de  
los bárbaros. Pero superándolos a todos, estaba Diewicszi, un  
psicópata al que le faltaba una pierna y como en las turbias leyen-  
das de piratas, caminaba con una “pata de palo”. Tenía cincuen-ta años y era un lobo sediento de sangre. Su instrumento de  
muerte era un hacha. Lo vi partir la cabeza a varios jóvenes ju-  
díos, mientras se agitaba en un estertor de ciega furia. Ese día 10  
de julio toda su humanidad chorreaba sangre. Me espanta aún re-  
cordar su figura rabiosa, con los ojos saltados, buscando como  
poseso víctimas a las cuales destrozar con el hacha. Era un car-  
nicero embriagado de sangre judía.

Pues bien, como mi mamá no se daba prisa y buscaba su li-  
bro de oraciones, el vecino Jan Wladislaw a quien comenté le ha-  
cíamos favores obsequiándole los desperdicios de los cocidos de  
papa o las sobras de la cocina para alimentar a sus cerdos, cam-  
bió su contenida actitud, y tomando groseramente de un brazo a  
mi madre, la empujó fuera de la casa gritándole “no juegue con-  
migo, porque se me acaba la paciencia”. Hizo lo mismo con no-  
sotros, ya transformado en chacal.

En la calle corrían sin destino aparente, otros vecinos pola-  
cos con rostros descompuestos y armados de garrotes y rastrillos  
de labranza. Como tratábamos de caminar con dignidad, algunos  
se acercaron para “chuceamos” las espaldas con armas punzocor-  
tantes. Nos metían prisa y vomitaban insultos a placer. “Perros  
judíos” era el más común. Los otros variaban desde “hijos de pu-  
ta especuladores” hasta “malditos asesinos de Cristo”. Mi madre  
soportaba en silencio humillaciones y groserías. En medio de  
aquella masa descompuesta su continente altivo y sereno no de-  
jaba de impresionarme, ni de infundir cierto respeto a los enaje-  
nados aldeanos polacos. Al llegar a la Calle Sadow, topamos con  
una orgía de sangre. Piadosas viejecitas judías de los arrabales,  
con los rostros sangrantes. Niños escolares, con fracturas ex-  
puestas en los brazos, hematomas en el rostro y niños flagelados  
que caían al suelo pisoteados por la multitud. Mujeres desnudas,  
cubriendo sus vergüenzas con trozos de tela y las nalgas navajea-  
das. Un anciano, con una vieja lanza polaca de caballería, ensar-  
tado contra un árbol, y sangre, matones, gritos, maldiciones,  
muerte por todos lados.

En la Plaza Mayor los judíos se asfixiaban en la apretuja-  
zón. Muchos rogaban por un sorbo de agua y recibían látigo.  
Otros trataban de llegar a la fuente pública de la plaza perdiendo  
la vida en el empeño. Me separaron de mi madre. La vi por úl-  
tima vez, rezando en voz alta, mientras sostenía a una jovencitade unos dieciséis años a quien le cercenaron una oreja de un fila-  
zo. Cinco metros a su derecha, unos salvajes habían inmoviliza-  
do a mi hermano Saúl con una soga al cuello. Ya ningún judío  
podía creer en una reunión forzada por la Gestapo nazi, porque  
no había un solo soldado alemán cerca del sitio. Comenzábamos  
a presentir la muerte. Una muerte caprichosa que llegaría en  
cualquier momento activada por los polacos cristianos, porque  
ellos eran los “reyes y señores” del desenfreno criminal. Vuelvo  
a repetir que no había un solo nazi alrededor, ni un solo persona-  
je uniformado. Antes de ser empujado a otro rincón, escuché tres  
campanazos vibrar en la torre del templo católico. En el pórtico  
había media docena de mujeres con toallas negras en la cabeza.  
Luego quedé como entontecido por un rato, desligado de la san-  
grienta realidad, con la mente en blanco...

Ese “Jueves Negro” fue día de gritos espeluznantes. La  
gritería que comenzó desde la mañana seguía dominando todo  
otro ruido posible en Jedwabne. Miré por la acera, en dirección  
a la Municipalidad, el cuartelucho de los seis policías, una pana-  
dería y otros negocios. En esa calle dominaban dos hombres des-  
compuestos por el odio: Janko Rominsky y Jureksi. Habían apu-  
ñalado allí mismo a un viejo judío religioso de barbas largas.  
Tengo la absoluta certeza de que este par de bárbaros, habían ma-  
tado a más de cien judíos entre el dos de julio y este día jueves.  
Jureksi, de vez en cuando, echaba mano a una botella de vodka y  
bebía. Aúna mujer joven, casada con Jaime Hoffman, mi primo,  
la habían herido de un golpe en la cara. Ella tenía un niño en bra-  
zos y en un esfuerzo supremo, llegó hasta la fuente para dar un  
sorbo de agua a la criatura, que con el sol perpendicular de la una  
de la tarde, estaba deshidratado. Abriendo paso con una varilla  
de hierro, uno de aquellos engendros del infierno llegó hasta la  
mujer le arrancó el niño de los brazos, lo estrelló contra el suelo  
y lo mató a varillazos. Cuando la madre, como una fiera herida,  
intentó atacar al asesino, éste la tomó por el cuello y le abrió la  
frente con su arma contundente.

Volví a tomar conciencia de la realidad cuando un hombre  
mayor se desplomó al lado mío ahogándose con un ataque de as-  
ma. No se le pudo auxiliar. Murió asfixiado. Noté que había  
mucha sangre en el suelo. Un excompañero de colegio de apelli-  
do Mushalszko, blandiendo un garrote, llegó junto a mí advier-tiéndeme que era mi custodio, que no estaba para bromas y que  
aunque fuimos juntos al colegio, yo no era más que un “estúpido  
judío” a quien le daría mucho gusto matar a garrotazos con sólo  
que intentara el más mínimo movimiento de fuga.

Cerca de mí, el panadero Browlecz traía a empujones a una  
pareja de mediana edad. Estaba intentando forzarlos a penetrar  
en la masa humana al costado oeste de la plaza, dio una bofetada  
a la mujer para callar su llanto y cuando el marido intentó defen-  
derla, estrelló contra su cara una tabla gruesa cuyo extremo esta-  
ba atravesado por clavos. La piel de aquel rostro cayó en tiras y  
el alarido de dolor superó por un segundo todo llanto y gritos al-  
rededor suyo. Esa pareja quedó muerta allí mismo, casi a mis  
pies. A ratos llegaba un judío maltrecho e informaba lo que su-  
cedía en la calle Sadow. Estaban arrastrando casi desnudas a al-  
gunas jovencitas que habían sido violadas por la turba. A Sara, la  
hija de los Sosnowski que vivían compartiendo parte de nuestra  
casa, la separaron de su hijo y la violaron entre cinco, en un gra-  
nero. Cinco baboseantes homicidas mancillaron su cuerpo blan-  
co y terso. Luego, sabiendo que trabajaba en la sección comer-  
cial de un banco, la torturaron para obligarla a decir dónde tenía  
dinero guardado. Para esta pobre mujer la vida hizo una maca-  
bra pirueta. Su esposo había marchado a Argentina un par de  
años atrás, gozaba de buena posición y había mandado por ella y  
por su hijito. El sábado doce de julio, dos días después de todo  
lo que acontecía en el corazón del pueblo, a la sombra de las dos  
torres de estilo medio orientalizado del templo católico, Sara de-  
bía ir con su pequeño a Varsovia donde, de alguna forma, una or-  
ganización de ayuda a judíos perseguidos, intentaría enviarla a  
Argentina. Tenía sus documentos en regla, pero los chacales de  
Jedwabne truncaron su proyecto, su vida y la de su pequeño hijo.

Debo ser fiel con la verdad, a ningún policía pueblerino ob-  
servé participar en la matanza. Era como si estuvieran de acuer-  
do con los alemanes para dejar a los polacos con mano libre. En  
realidad, Jureksi y Rominsky estaban constituidos en los directo-  
res de la carnicería.

Observé que, poco a poco, llevaban a algunas de las perso-  
nas detenidas en la plaza, hacia el sur, buscando la calle de tierra  
que conducía a unos trigales a ochocientos metros de la iglesia,  
cerca de donde estaba el cementerio de los hebreos, con sus lápi-

das de granito casi ocultas por el charral, pues desde 1940 cuan-  
do el odio antisemita se desembozó en el pueblo, no se permitía  
que la comunidad judía lo cuidara como antes, que había arbole-  
da de mediana altura con jardines. Eran las dos de la tarde y el  
sol en aquella multitud producía graves daños. Los más viejos y  
los niños, se derrumbaban por insolación. Ver morir de sed a un  
ser humano, reseca la boca y con espuma amarillenta en las co-  
misuras de los labios', es un espectáculo empavorecedor.

No sé qué oculta chispa se produjo en mi cerebro, y ni si-  
quiera estoy seguro de haber estado planificando alguna acción  
de fuga en aquel escenario de muerte y odio. Pero recordando  
como avaricioso a mi custodio, Mushalzko, le propuse un pacto.  
Le dije que tenía en mi poder un bulto con tabaco ruso y que si él  
me sacaba de ese remolino de gente, para que no me mataran y  
llevábamos a mi hermanito con nosotros, todo el tabaco sería pa-  
ra él. Fue una conversación entrecortada. Yo trataba de hablarle  
cerca del oído porque los gemidos, llantos y gritos de nuevas víc-  
timas apaleadas, dificultaron hablarle en un tono de voz normal.

Se hizo el desentendido por uno segundos, pero cuando me  
escuchó decirle que “eran varios kilos de tabaco rubio, del que  
fuman los oficiales rusos”, y que lo tenía “casi vendido por 60  
slotys a un comerciante del pueblo de Radsilow”, se le despertó  
la codicia. Me pidió revelar “por adelantado” el escondite y me  
negué. Me dijo tenía miedo de que lo entrampara y lo engañara  
y le respondí que teniéndome como su prisionero, al alcance de  
la mano, sería sencillo matarme si le jugaba tal clase de broma.  
Hizo más preguntas, y le di coloridas respuestas, pese a lo cual  
propuso sacarme de la muchedumbre pero sin llevar a mi herma-  
no que estaba custodiado por gente de un polaco “pata de palo”  
apellidado Diewiszi con quién no se podía arriesgar a nada por-  
que era asesino empedernido.

Mushalszko pasó su garrote por delante de mi garganta y lo  
apretujó con sus fuertes manos colocándose a mi espalda. Recla-  
mé que no podía respirar con esa especie de “candado chino” y  
aflojó un poco la presión. Me dijo que el asunto “iba jugando” y  
comenzó a empellones a sacarme de la plaza hacia el costado sur.  
Intenté por última vez rogarle por mi hermano, pero sus palabras  
fueron brutales: “camina y cállate, porque todos esos judíos van  
a ser asesinados a las cuatro de la tarde”.

Se me arrugó el corazón. ¿Toda esa gente destinada a una  
muerte infame? ¿Mi amada madre, y mi hermano menor, extermi-  
nados como si fueran ratas infectas? En el interior de mi mente  
había un mar de confusión. Imágenes entremezcladas del ayer  
con mi padre y del hoy en aquella matanza que crecía por ratos.  
Se cruzaban mis pensamientos. Pero alguien tenía que quedar vi-  
vo. Yo tenía que quedar vivo. Tal vez el Dios de Israel me ayu-  
dara a encontrar una solución para frenar toda aquella injusticia.  
Busqué a mi madre con la vista. No la vi más. Tampoco vi a  
Saúl. No había ninguna otra salida que la del “pacto " con el pru-  
siano del garrote. Le pedí apresurarse y comenzó a abrir campo  
a gritos y golpes en la multitud. Era un energúmeno. Me lleva-  
ba agarrado del cuello, abriendo campo a gritos y manotazos. Sa-  
limos de la plaza. Quedé horrorizado. La calle Czmetama era  
una pila de cadáveres. El prusiano aflojó la presión y brincamos  
varios charcos de sangre. Dos mujeres jóvenes, con el vientre  
abierto a cuchillo y las visceras de fuera; tres muchachillos de los  
menorcitos de la escuela judía, apuñalados; una niñita, una bella  
niñita, tal vez de seis años, con la cabeza casi desprendida. Le ha-  
bían trozado el cuello con una navaja de barbero. Un cuadro de  
dureza sin igual. Llevo aún en mi mente todo eso. Toda esa san-  
gre coagulada y regada por el suelo. Esos vientres abiertos. Esas  
caras despedazadas. Esos niños ovillados, masacrados vilmente,  
vidas judías que apenas estaban floreciendo. Esas madres con sus  
niños cortados en trozos en sus brazos, con sus cabezas hechas  
una sola masa de carne y hueso. Aquella viejecita piadosa con un  
trozo del libro de oraciones agarrado fuertemente en la rígida ma-  
no derecha, muerta en la acera, despedazado el estómago.

Caminaba como un “zombi”. Fuimos calle Czmetama  
arriba, hacia el norte como cuatrocientos metros, luego doblamos  
al sur por la calle de tierra hacia el cementerio hebreo. Mushalz-  
ko andaba nervioso. Había alguna gente marchando delante de  
nosotros hacia un trigal más al sur, donde los terrenos forman co-  
mo una depresión, cerca de un establo pequeño. A la derecha ha-  
bía otro trigal más grande y un establo de mayor tamaño. Yo lle-  
gué cerca de estos trigales, y detuve la marcha del prusiano. Ape-  
lé a sus buenos sentimientos. Le confesé que lo del tabaco era  
mentira y que fue necesario salir vivo de la plaza porque algún  
testigo debía quedar del genocidio que se iba a cometer. Le re-cordé los tiempos de estudiantes, las atenciones que le brindaron  
mis padres y que algún día recompensaría magnánimamente su  
compresión al dejarme libre para huir del pueblo. Además, juré  
que nadie sabría jamás lo que ahí había ocurrido con su persona  
y terminé una vez más preguntándole: ¿Me has comprendido?

Pero no me comprendió. De arriba abajo a Mushalzko le  
temblaba el cuerpo. Miré sus ojos llenos de odio, como dos car-  
bones encendidos. Me escupió y me insultó al tiempo que, levan-  
tando el garrote, se abalanzó sobre mí para partirme la cabeza. No  
sé qué fintas con el cuerpo me mandó realizar el instinto. Pasó el  
primer garrotazo y de costado agarré aquel brazo que intentaba  
golpear de nuevo. Nos trabamos como dos perros de presa, sabía  
que si soltaba aquella mano mi vida no duraría más allá de unos  
segundos. Seguí presionando el brazo, doblándolo, hasta que vi  
que el rostro del prusiano se congestionaba de dolor, soltó el ga-  
rrote y salió corriendo. Gritaba pidiendo ayuda. Iba de nuevo en  
dirección a la plaza. Observé que venían unos muchachillos con  
cuchillos hacia él. No miré más, y me consumí a gran velocidad  
en los charrales del cementerio hebreo. Mushalzko no tuvo mali-  
cia, siquiera, de volver atrás la vista. Me arrastré como una ser-  
piente. Pasé cerca de la tumba de mi padre y mentalmente pedí su  
ayuda. ¡Dónde quiera que estés, papá, dame valor y enséñame el  
camino de la salvación! Busqué, siempre arrastrándome, un buen  
lugar para esconderme. Vi allá, a unos quince metros de la tumba  
de mi padre, una concavidad abierta en la tierra, que quedaba ca-  
si invisible por el charral. Me zambullí en ella. Puse todas las  
hierbas que pude sobre mi cuerpo y quedé quieto, con el corazón  
pateando duro en mi pecho, en enfurecida taquicardia.

Escuché gente corriendo a la distancia. ¡Tal vez Mushalz-  
ko y algunos refuerzos! Tenía visibilidad al frente, hacia el oeste.  
Eran las cuatro de la tarde y de la Plaza Mayor comenzaban a lle-  
gar grupos. Los polacos armados traían a empujones a los judíos,  
otros a rastras, a muchos amarrados en “pinas” con cuerdas de cá-  
ñamo. Venían con ellos unos músicos. Tengo fijo en la memoria  
a un polaco flaco, que luciendo anchos calzones que más bien pa-  
recían de cosaco, y un extraño sombrero, tocaba un viejo acor-  
deón. ¿Y mi santa madre? ¿Dónde estaba mi madre, por Dios?  
¿Y mi hermanito? Jamás los volví a ver. Pero luego, tan sólo cua-  
tro días después, supe que venían en aquel gentío rumbo al mata-dero. Eran parte de la masa humana que sería victimada por el  
“grave crimen” de ser judíos.

Rominsky y sus compinches comenzaron a poner judíos en  
hileras paralelas, frente al gran establo que había cedido para la  
ocasión el odioso granjero foses Maciejs. De pronto pude ver al  
abominable “Pata de Palo” al borde de una zanja abierta a unos  
diez metros al oeste del establo. Habían puesto a los muchachos  
más fuertes a cavar.

Tan pronto terminaban la porción de zanja que les corres-  
pondía, los auxiliares de aquel monstruo cojo y enajenado, los sa-  
caban de la tierra, los apuñalaban y permitían al hacha de Diewis-  
zi hacer el resto decapitándolos. Abiertas en canales sus cabezas,  
agonizando o muertos al instante, los asesinos los empujaban a la  
zanja que servía de tumba colectiva. Otros demonios traían de  
las hileras de gente formada frente al establo, algunas mujeres,  
viejos o jóvenes, que intentaban fugarse y el cojo del hacha se-  
guía su sanguinaria labor. Aquella hacha chorreando sangre y  
masa encefálica, cayendo y levantándose sobre las cabezas de  
mis hermanos judíos de Jedwabne, es otro de los recuerdos que  
durante más de setenta años de vida ha ensombrecido mi pensa-  
miento. Muchas noches, cuando caigo en un estado de somno-  
lencia, ya que no logro apañar el sueño profundo, atropellan las  
recónditas fibras que almacenan recuerdos en el cerebro, esos  
golpes de hacha, esa carnicería salvaje, esos cuadros de horror y  
esas voces gritando por clemencia. Sangre, huesos, ojos de niños  
saltados, rostros de bellas mujeres desfigurados, cuerpos de vie-  
jecitas enroscados en ríos de sangre coagulada, Rominsky par-  
tiendo cabezas, Jureksi apuñalando mujeres y la demencia infer-  
nal desatada contra los judíos por el simple “pecado” de ser ju-  
díos, son las visiones que me convulsionan, me estremecen, me  
hacen gritar y despertar de cada pesadilla llorando ¡Madre mía,  
mi amada Jaia Sara, ¿qué te hicieron? ¡Todos ustedes, mis ama-  
dos fantasmas judíos de Jedwabne, señálenme el camino! ¿Dón-  
de están todos? ¿Papá, en el lugar donde Dios te tenga, pudiste  
ver la barbarie? ¿Saúl, hermano, puedes hablarme, puedes acer-  
carte a mí? Dios, si me has dejado vivir, ¿qué debo hacer?

Las cinco de la tarde. El sol se convirtió de nuevo en un  
enorme disco rojo. Los trigales se tiñeron color rubí, a tono con  
los cientos de litros de inocente sangre judía derramada en la Pla-

za Mayor. Los Rominsky, los Jureksi, los Jerzikska, el cobarde  
Browlecz panadero, Taluska, Shewilek y el monstruo “Pata de  
Palo” de Diewiszi, se pusieron en actividad. Desde mi escondri-  
jo junto a las tumbas de mis antepasados, en mi escondite en el  
cementerio, vi a esa animalidad polaco cristiana empujando vio-  
lentamente a los judíos formados en hileras hacia el establo. De-  
jaron de últimos a los viejos de más largas barbas y caftanes, a los  
más religiosos, entre ellos a Zelick, un venerable judío piadoso,  
de oración permanente y observancia fanática a la ley judía.

Un chacal flaco, alto, de cabello rojizo, cara de oligofréni-  
co, sacó arrastrándola del cabello a una hermosa judía llamada  
Telca. Era una mujer radiante, con turgentes senos y ojos verdes.  
Llegó con ella casi el borde del cementerio hebreo donde me es-  
condía, la metió al matorral y le dijo que deseaba poseerla. La  
sostenía de la blusa con mano crispada. Desde mi agujero mira-  
ba todo y escuchaba todo lo que se producía en el drama de aque-  
lla mujer y su asqueroso captor. A sus exigencias, ella respondió  
con un no rotundo. Una sola vez le dijo: “Si puedes parar esa ma-  
tanza, seré tuya, de otra manera tendrás que matarme...”

El oligofrénico fue sacudido como por una descarga eléc-  
trica. Con un alarido salvaje golpeó a la muchacha hasta ensan-  
grentarla. Y ya medio muerta a golpes, la tiró al charral espino-  
so y la llevó a rastras hacia el establo, que había sido rociado con  
estañones de gasolina y ya estaba envuelto en llamas. De aque-  
lla boca que en vida pudo hacer soñar a los hombres con todas las  
delicias de los oasis del desierto, no salió ni un solo gemido, no  
hubo un solo grito. El infeliz polaco, junto con dos sanguijuelas  
más, la levantó en el aire, la balancearon y la catapultaron hasta  
el infierno que ya se había desatado.

Otro acto heroico de dignidad lo protagonizó el viejo Ze-  
lick. Surgió de la turba como una aparición bíblica, como una fi-  
gura escapada de los libros de los profetas. Se envolvió en el Ta-  
llit, enrolló a su cuerpo una Torah de quinientos años de antigüe-  
dad, alzó al cielo con su mano derecha el Siddur y, proclamando  
el poder de Dios en lengua hebrea, se metió con paso firme entre  
las llamas. Hubo un momento de silencio. Las mismas bestias  
sedientas de sangre quedaron paralizadas por unos minutos ante  
aquella santa locura, ante aquella autoinmolación reivindicadora  
de la poderosa fe judía. Zelick, su Torah, su libro de oraciones,

su chal de rezos, se transformaron en un millar de chispas rojas  
que volaron hacia el cielo. Luego las llamaradas crecieron. Co-  
menzaron a salir gigantescas lenguas de fuego y un penetrante  
olor a carne quemada se esparció por el lugar. Los gritos que lan-  
zaban aquellas gentes, aquellas mujeres, jóvenes, viejos y niños  
de Jedwabne carbonizándose en la pira demoníaca, eran espanto-  
sos. Yo no puedo describir esos alaridos, ni la forma en que al-  
gunos cuerpos reventaban en la hoguera. Casi no podía ver. Mis  
ojos estaban llenos de lágrimas y mordía un trozo de madera ver-  
de para no gritar. Me faltaba observar más horror todavía. Uno  
a uno los viejos religiosos barbudos que habían separado del res-  
to de la gente, fueron puestos en fila. Desnudaron sus torsos  
arrancando las camisas a tirones. Luego embarraron sus barbas  
de combustible y les aplicaron candela. Aquellos ancianos se  
convirtieron en antorchas humanas y así llameantes, destrozán-  
dose sus rostros en el fuego que subía como espiral de sus barbas  
al cabello, eran lanzados a patadas hacia el infierno del establo  
para que la tortura terminara con más tortura. Conté unos diez  
ancianos de éstos manoteando, desesperados, tratando de extin-  
guir las llamas que convertían en carbón sus nobles rostros.

Era imposible que aquel energúmeno con acordeón y los  
músicos borrachos que merodeaban el lugar, tocando piezas es-  
tridentes, acallaran con los sonidos de sus instrumentos los gritos  
de mis hermanos judíos, que se elevaban desde aquel remolino de  
fuego que iluminaba la noche, hasta alcanzar alturas mayores que  
las nubes del cielo. Nada podía callar esas voces desaforadas pi-  
diendo auxilio. Y no ha habido poder terreno ni divino que haya  
logrado en mi interior, a lo largo de mi peregrinaje por la tierra,  
silenciar el eco de esas mismas voces y gritos desesperados que  
me despiertan de noche, sacudido en convulsiones, ahogado en  
llanto, carcomido por el odio y estremecido de espanto

Hubo una escena que no vi, pero que tiempo después me la  
describió uno de aquellos polacos que, si bien con sus propias  
manos no mató a nadie, fue tan asesino con su silencio y su acti-  
tud pasiva como los peores. La de la muerte de mi hermano.

Creo haber dicho que era un muchacho fuerte de doce años  
de edad, de muy hermosa presencia. A empellones lo trajeron de  
la Plaza Mayor hasta el trigal, donde estaba el establo siniestro,  
temprano en la tarde. Con él, maniatados con cuerdas, se traje-ron también a otros jóvenes fuertes, robustos y rebosantes de  
energía. Los pusieron a cavar zanjas, tumbas colectivas, alrede-  
dor de la construcción de madera. Había una docena de matones

* obligándolos a esto y subido en un montón de tierra el cojo Die-  
  wicszi llenaba de improperios y maldiciones a esos zapadores  
  forzados. Conforme las tumbas de metro y medio de profundi-

r dad por 75 centímetros de ancho iban quedando “adecuadas” a  
criterio de los verdugos, los muchachos eran llevados hasta Die-  
wicszi, quien a golpe de hacha los asesinaba y los lanzaba con su

|! pata de palo a la misma tumba colectiva que habían cavado. A  
mi hermano Saúl, lo dejaron casi de último. Parece que en un  
momento intentó defenderse con la pala que habían puesto en sus  
manos. Entonces cuatro animales enfurecidos le cayeron encima  
con sus garrotes. La paliza era para matar a cualquiera, pero Saúl  
no era cualquiera, cayó ensangrentado y se enderezó, le volvie-  
ron a dar con un leño más grueso en la cabeza y una vez más se >

puso de pie hecho ya un amasijo de sangre y polvo. Lo arrastra-  
ron y lanzaron a los pies de Diewicszi, que le lanzó un hachazo  
bestial. Aún así, Saúl se incorporó. Era como una visión de ul-  
tratumba. Su cabeza estaba casi desprendida del tronco, algo in-  
creíble. Dio unos pasos hacia el carnicero del hacha, pero éste sa-  
có una bayoneta de la Primera Guerra Mundial de las que había  
algunas en uso por aquella región, la hundió en la espalda del mu-  
chacho, una, dos, tres veces hasta que cayó a tierra ya sin vida y

* la pata de palo le hizo rodar hacia la tumba, para sellar así, su es-  
  peluznante trabajo homicida.

A las tres de la mañana, la mayoría de los polacos se había  
, retirado del lugar, pero quedaba una veintena de ellos que, con  
palos largos, removían en las brasas y los carbones lo que queda-  
ba de los cuerpos de los judíos, para que el fuego terminara su  
trabajo de destrucción. Poco a poco la enorme quema se fue ex-  
tinguiendo. La veintena de lobos humanos que “escombraban”  
los cuerpos calcinados para que no quedara carne sobre carne,  
trajeron palas y herramientas de esas como tridentes, pero con  
' mangos largos y cinco puntas que se usan para revolver el trigo  
en los establos, y comenzaron a tirar despojos humanos en las  
tumbas colectivas en forma de zanjones. Esos restos aún humea-  
ban. De vez en cuando, aterrado, veía volar de una palada algu-  
na mano de un niño llameando, describiendo una parábola de fue-

go en el aire. A veces una cabeza, un torso, una pierna. Era tan-  
to mi dolor, tanta mi rabia, tan enorme mi impotencia, que mis  
manos estaban escaldadas y mis dedos desollados de arañar la  
tierra del escondrijo en que me encontraba. El barro y la sangre  
cubrían mi cara y mi pecho casi desnudo. Parecía al llegar la os-  
curidad que el “Jueves Negro” estaba por terminar. Pero no, eso  
no sería tan fácil: aun me faltaban unas cuantas pavorosas esce-  
nas que mirar antes que despuntara la mañana del viernes 11 de  
julio de 1941...

Cuando la noche se hizo más densa, allá en el trigal, el tor-  
bellino de fuego en que se desbarataban ios cuerpos de más de  
dos mil judíos, reventándose sus carnes por el calor infernal y  
convirtiéndose en un polvo gris ceniza sus huesos, era como el  
chorro de lava que escapa de los tubos rocosos de un volcán en  
paroxismo.

Un polaco de estatura mediana, henchido de licor, se abrió  
paso entre un grupo judío que había quedado rezagado, y a punta  
de látigo los obligaba a moverse hacia el establo llameante. Atro-  
pelló a un hombre pisoteándolo en el suelo, apartó de un varilla-  
do a una mujer gruesa que trataba de proteger a una anciana y em-  
bistió contra un grupo de madres que apretaban contra sus pechos  
a sus hijos pequeños. El orangután polaco arrebató primero una  
niña de seis años a una de estas madres, y luego a otra, una segun-  
da como de ocho años. Tomó a las niñas del cabello y las arras-  
tró fuera del grupo en movimiento. Las madres no pudieron ha-  
cer nada, porque los villanos que las custodiaban les impidieron  
seguir a sus hijitas y, punzándolas con unos cuchillos filosos y  
cortando su carne en brazos y piernas, las hicieron seguir hasta  
sumergirlas en las llamas de la pira. El zafio polaco ebrio amarró  
a las niñas de pies y manos, las alzó en vilo, las cargó sobre sus  
hediondas espaldas con las cabecitas hacia abajo, como morrales  
y, carcajeándose como un endemoniado, se acercó con sus tortu-  
rados fardos humanos a la quemazón. Estrelló una niña contra el  
zacate y alzó la otra tomándola de sus pies y haciéndola girar so-  
bre su cabeza como ün remolino hasta que la soltó para que fue-  
ra a caer directo en las llamas. Mareado y bamboleante, con los  
ojos saltados y en total estado de enajenación irracional, hizo lo  
mismo con la otra niña, luego cayó sobre sus fondillos en la lade-  
ra de hierba chamuscada y se puso a reír y beber licor.

Aunque ya no podía ver muy bien porque el humo de la  
quema me asfixiaba y se metía en mis ojos inflamándolos y en-  
rojeciéndolos, pude distinguir cómo otro grupo empujaba a un  
agricultor llamado Karol Méndum —un campesino hebreo que  
cultivaba un pedazo de tierra en las afueras del pueblo apoyado  
por sus hermanas, una de las cuales ayudaba a mi madre a con-  
feccionar ojales y pegar botones a sus camisas— y comenzaba a  
“molerlo” a puntapiés a orilla del camino.

Méndum, un hombre de cuarenta y cinco años de edad,  
fuerte, trabajador, honesto y con un extraño “voto de soltería” for-  
mulado en el pasado, jamás en su vida había hecho daño a nadie.  
Ni ofendido a nadie, ni negado un favor a nadie. Si yo pudiera  
poner otro ejemplo de hombre recto y vertical además de mi pa-  
dre, señalaría a este hebreo que era amigo de todos: polacos ju-  
díos y polacos cristianos. Es muy probable que jamás hubiera  
comprendido en su vida lo que era la maldad, de manera que aún  
no puedo entender por qué se lanzaron contra él aquellos asesi-  
nos. Lo último que aprecié es que a puntapiés, como una pelota  
de fútbol, lo acercaban rodando sobre el pasto hacia la hoguera.  
Cuando estuvo a la orilla, lo agarraron entre cuatro, lo balancea-  
ron en forma horizontal y lo lanzaron como un bólido al incendio.

No pude distinguir otra cosa. Méndum pasó a ser un conv  
bustible más para alimentar el infiemo. Lloré por el amigo cam-  
pesino hebreo. Lloré por todo lo que se consumía y revolcaba de  
dolor entre las llamas. Lloré por tantos horrores, bestialidades y  
acciones maléficas de que estaba siendo testigo, por mi impoten-  
cia, por mi soledad, por mi miedo y por todo el mundo construi-  
do por mis padres a base de tanto sacrificio y tanto sufrimiento,  
que ahora se derrumbaba de golpe.

Cerca de las tres de la mañana el fuego decreció. Ya no ha-  
bía gente cerca del destruido establo. Tal vez dos sombras con  
unos palos largos revolviendo las cenizas era lo único que podía  
quedar. Los últimos vampiros, los demonios del punto final. Se  
terminaron los gritos de las víctimas y las sordas explosiones de  
los cuerpos humanos al reventar por el calor. Desaparecieron los  
músicos borrachos que se empeñaron en vano en acallar los ala-  
ridos de las víctimas de aquella barbarie. Agotado, deshidratado,  
empavorecido, con el cerebro brutalmente embotado, sangrante y  
casi sin fuerzas, quedé medio entontecido. Traté de dormir, di-

ciándome a mí mismo que dormir una hora por lo menos, me pre-  
pararía para lo que viniera. Pero los ojos no se cerraban. A ve-  
ces cabeceaba, me estremecía, me asaltaba una pesadilla fúnebre.  
En medio de la inconsciencia, iba rememorando algo desgarrador  
e incomprensible que ocurrió esa tarde sangrienta del jueves,  
aproximadamente a las doce del día. Repetiré que la Plaza Ma-  
yor de Jedwabne quedaba justo al oeste de la Iglesia Católica. Su  
masa pétrea, con doble torre y campanario, proyectaba sombra  
por las mañanas en el sector oriental del lugar, y algunas veces,  
parecía querer alcanzar la fuente de agua que brotaba de una pi-  
leta metálica de estilo siglo XVII. Ese día la plaza, al caer los ra-  
yos perpendiculares del sol veranero y darse la masiva aglomera-  
ción de los judíos y sus verdugos, literalmente estaba en ebulli-  
ción. Acostumbrado a veranos de altas temperaturas, yo calculo  
que al medio día de ese 10 de julio de 1941, los termómetros po-  
drían haber registrado cincuenta grados centígrados. El calor  
deshacía a los niños, los mataba, y muchos de ellos o sus madres  
murieron flagelados o apuñalados al querer acercarse a la fuente  
para beber un precario sorbo de agua.

Estando el templo católico tan indisolublemente adherido a  
la plaza, hasta el punto de formar con ella una sola unidad arqui-  
tectónica, era esperable que la figura del cura párroco del pueblo  
apareciese en cualquier momento. Uno diría: puede ser la mano  
de Dios que venga a poner freno a tanta canallada, tanta mons-  
truosidad. Uno diría: puede ser el “ángel de misericordia” que bi-  
dón en mano venga a escurrir unas pocas gotas del agua de vida  
en las resecas bocas de los niños condenados a la hoguera por el  
único crimen de ser hijos de padres judíos y llevar en sus venas  
sangre judía. Uno diría: tal vez no pueda evitar la muerte por el  
fuego de dos mil judíos pero por lo menos impedirá que se los  
torture antes de matarlos, que se los desangre, se los escupa, se  
les viole o se los humille hasta la abyección. ¿No es la religión  
cristiana la que habla de un Dios misericordioso? ¿No son los se-  
guidores de Jesús los que proclaman que faltar al hermano es fal-  
tar a Dios y que para merecer la gloria eterna hay que empeñarse  
en construir una civilización del amor, el perdón y la paz en la tie-  
rra? ¿No fue Jesús el de Nazareth el que afirmó que quien falte a  
un niño, una mujer encinta o un anciano le falta a él mismo y, por  
lo tanto, jamás entrará al reino de los cielos? ¿No fue ese mismo

Jesús, hijo del carpintero José a la vez que Dios mismo según  
afirma la Biblia de los católicos, el que mandó a sus discípulos ir  
por el mundo enseñando su palabra, recordando el acatamiento  
ciego del mandamiento de no matar, sanando enfermos y expul-  
sando demonios? ¿Y no era el cura párroco de Jedwabne un dis-  
cípulo consagrado de ese Jesús, el Cristo?

Pues bien, yo vi al cura párroco de los católicos cerca de la  
una de la tarde salir del templo, detenerse en el atrio de la iglesia  
y mirar con impavidez aquella escena apocalíptica de odio y cri-  
men cruzado de brazos. Caminó hacia la calle Sadow, luego a  
Svetama, conversó con una mujer desconocida para mí, dio vuel-  
ta alrededor de la plaza y no hizo nada. Nada de nada: así lo afir-  
mo, así pido que se escriba, así lo atestiguo para la historia. Ese  
que estaba ahí mirando tanto horror sin enfrentarse al horror mis-  
mo, con sotana negra, tonsura en la cabeza y un crucifijo al cue-  
llo, era el hombre que cada domingo en la celebración de la Eu-  
caristía católica, de la misa, pronunciaba homilías hablando que  
Dios es amor, y que para llegar al amor hace falta subir la esca-  
lera comenzando por la penitencia, el perdón, la tolerancia, la so-  
lidaridad y la obediencia a los diez mandamientos. Ese hombre  
inverecundo, impávido, congelado ante el crimen y el dolor hu-  
mano, era el sacerdote que en la misa hablaba a la gente de sal-  
vación, uniendo sus manos, entrelazándolas en actitud de “san-  
to”, y repasaba los pasajes claves de los libros del Nuevo Testa-  
mento, los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, las epís-  
tolas de San Pablo y el Apocalipsis. ¡Y no movió un dedo! ¡Trai-  
cionó con su actitud cobarde al Jesús bíblico al que se pasó una  
vida llamando Maestro! ¡Tiró a la basura la Palabra de Dios! ¡Es-  
cupió a los profetas y a los evangelistas! ¡Abjuró de Dios por  
miedo o por debilidad o complacencia!

Anteriormente afirmé que a mí se me olvidaban los nom-  
bres de los justos, de los buenos, pero se me grababa en la men-  
te como con tinta indeleble los nombres de los perversos, los ase-  
sinos y los traidores. Pero en este momento me doy cuenta de  
que eso no siempre funcionó así. Por más que he intentado, no  
recuerdo el nombre de ese cura. En el año de 1997 una persona  
que ha investigado muchas de las páginas oscuras de mi vida, que  
ha hecho posible que de unas pistas débiles se logren investiga-  
ciones que remataron en clarificaciones importantes, obtuvo en  
 La denuncia — 107

Jedwabne los nombres de dos sacerdotes católicos que “de mane-  
ra itinerante”, es decir, que no fueron permanentes al servicio de  
ese templo, pudieron haber dirigido el catolicismo de aquella al-  
dea entre enero de 1940 y setiembre de 1941: uno conocido co-  
mo Alojzy y uno que venía de un pueblo cerca de las minas de Si-  
lesia, a quien sólo decían Jerzy. Yo no puedo aventurar acusacio-  
nes en el aire contra las personas a las que correspondieron o co-  
rresponden, si es que aún viven, estos nombres. Los hago cons-  
tar porque sin duda alguna ellos sirvieron a la iglesia en Jedwab-  
ne. Pero no quiero decir que el uno o el otro, sean el sacerdote  
de mi relato, el que de brazos cruzados permitió todos aquellos  
horrores cometidos por polacos cristianos contra polacos judíos,  
todos hijos del mismo pueblo, todos alimentados por la misma  
tierra y todos amigos o conocidos o convivientes en la restringi-  
da sociedad rural y aldeana de mi pueblo. Hoy día ya no impor-  
ta quién fue aquel cura. Bastante tendrá que hacer él con dar  
cuenta a Dios de su cómplice pasividad y permisivismo criminal.  
Yo, por mi parte, no caeré en el juego maldito de decir que toda  
la iglesia católica colaboró en el asesinato de seis millones de ju-  
díos en los años de la Segunda Guerra Mundial. Pero este “pa-  
drecito” de mi pueblo, igual a lo que tendré que decir del Papa  
Pío XII más adelante, son figuras destacables de una iglesia que,  
señalando a todos los judíos como “asesinos de Jesucristo”, se  
mantuvo en una condenable parálisis durante el Holocausto, y só-  
lo hasta hace muy poco, gracias a los exámenes científicos, racio-  
nales y de objetividad religiosa que se realizaron durante el Con-  
cilio Vaticano II, hizo madurar en el pensamiento de ese hombre  
extraordinario y carismático que es el Papa actual, Juan Pablo II,  
la necesidad de expresar un “mea culpa” de cara al mundo, absol-  
viendo a los judíos del “deicidio”, y pidiéndoles perdón por las  
debilidades de su Iglesia durante la Segunda Guerra Mundial.

También ese “Jueves Negro” había otro católico de cumpli-  
da misa dominical, rosario diario y “Novena del Santísimo”, par-  
ticipando en la carnicería pueblerina. Era un tipo de apellido Be-  
reins, con fama de rezador y conocedor de la Biblia. Por lo me-  
nos en el templo, se le distinguía en ciertas ocasiones. Dicen que  
sabía de memoria la Primera Epístola de San Juan y gran parte  
del Apocalipsis. Confesaba sus pecados todas las semanas, el díade confesionario público que era viernes, y comulgaba los do-  
mingos en la primera misa matutina.

Bereins era un hombre joven, bien parecido. Cuando Mus-  
halzsko me tenía custodiado en la Plaza Mayor, lo vi de pie en un  
murito cerca de la iglesia. El que era tan de Cristo, según su au-  
toproclamación permanente, fue para muchos, durante varios se-  
gundos, una esperanza. ¿En qué momento intervendría aquel san-  
to varón llamando al orden a los masacradores de judíos? ¿Por  
cuál de los cuatro costados de la plaza actuaría en defensa de sus  
semejantes victimados a mansalva? Pero Bereins estaba clavado  
en el suelo como una estatua. No mataba a nadie, no acusaba a  
nadie, ni descubría el escondite de nadie. Sólo estaba mirando,  
con sus brazos caídos, inmóvil, mirando ancianos religiosos ju-  
díos a quienes les prendían fuego en las barbas, niños masacrados  
a vari Hazos, mujeres garroteadas por pretender acercarse a beber  
agua de la fuente pública, jóvenes apuñalados y hermosas mucha-  
chitas arrastradas de los cabellos para ser violadas salvajemente  
por la horda embrutecida, en los arrabales solitarios cercanos a la  
iglesia. Creo que también hay asesinos contemplativos. Parece  
un disparate. Pero si yo soy testigo de un crimen y no hago nada,  
no muevo un dedo, no elevo mi voz de protesta, sin duda alguna  
soy cómplice, corresponsable del crimen y asesino por más ensa-  
yos para defender este tipo de actitudes cobardes que se intenten.

Líbreme Dios de querer dar a entender que todos los cató-  
licos y cristianos son potenciales asesinos de judíos. Un pensa-  
miento tan monstruoso me emparentaría con los monstruos que  
he ido poco a poco dejando al descubierto. Pero enfatizo en la fi-  
liación religiosa de los que nos masacraron en Jedwabne para que  
todo católico, todo cristiano, trate de entender un poco, —sola-  
mente un poquito— lo que es llevar colgado al cuello el cartel de  
“Asesinos de Jesucristo” que hemos soportado los judíos por dos  
mil años.

En esta historia espeluznante de muerte y venganza o de  
planificada masacre con ulteriores propósitos de beneficio econó-  
mico para algunos polacos, hay algo que me toca hondo el cora-  
zón. Otro crimen, desde luego, cometido por otro “buen católico”  
que alguna vez, de niño, desfiló vestido de ángel en una procesión  
de Jueves Santo. Un acto típico de un psicópata que clavó una da-  
ga mortal en el alma de un amigo muy querido para mi familia.

Janos Jerzikska tal vez viva todavía. Debo recordar que se  
transformó en un animal salvaje durante ese día, con perdón de  
los animales salvajes, que son salvajes porque viven en la selva,  
pero que se distinguen de Jerzikska porque sólo matan cuando  
tienen hambre. Lo que lo confunde a uno es que al final, estos  
animales son más “civilizados” que el hombre “civilizado” que  
mata por el placer de matar. Tenía el delincuente polaco unos  
veintidós años entonces y había participado por lo menos en una  
veintena de asesinatos junto a los Jureksi y los Rominsky. Le  
contemplé, tomando vodka ruso como un cosaco. No tomaba,  
porque tomar significa una acción pausada de beber, él tragaba de  
la botella grandes sorbos. Con caminar mareado se dirigió a una  
casa humilde que estaba cerca de la Plaza Mayor al oeste. Allí  
vivía una familia de pequeños comerciantes judíos de la que for-  
maban parte dos resplandecientes mujeres: Solka y Milka. Eran  
morenas, de ojos grandes, sonrisa enigmática y cuerpos duros y  
bien torneados. Habían quedado escondidas en una buhardilla,  
pero una “buena” vecina que después robó todo lo que había en  
esta casa, las denunció descubriendo su escondite.

Janos derrumbó la puerta de aquel hogar, tumbó muebles,  
destrozó paredes y cuando encontró a las mujeres, las golpeó y  
las maniató con una cuerda de cáñamo. Luego rasgó sus vestidos  
y procedió a violarlas. Sus gritos se escuchaban desde la calle,  
pero aquel era un día de gritos, de alaridos, de llamadas de auxi-  
lio sin contestación posible. Humilladas, envilecidas, martiriza-  
dos sus cuerpos vírgenes por la bestia, todavía este asesino en-  
contró fuerza para arrastrarlas por la calle empedrada, casi un ki-  
lómetro, hasta el establo en que la mitad de los judíos de Jedwab-  
ne se convertían en tizones ardientes.

La psicopatía de ese criminal “asesinó” también a la distan-  
cia, a miles de kilómetros de distancia, a mi amigo Haim Shors-  
ko. Milka, la hebrea morena de cabellera negra y larga, era la no-  
via de Haim. Se habían conocido varios años atrás y sus planes  
eran de matrimonio. Shorsko fue a vivir a Rusia antes de los su-  
cesos pueblerinos y cuando regresó a Jedwabne, la noticia del cri-  
men lo enloqueció.

Estando en fuga de los carniceros polacos que habían jura-  
do no dejar con vida testigo alguno de aquella mortandad, una  
fortuita casualidad hizo que Shorsko topara conmigo. Fue un en-

cuentro con los nervios a flor de piel. Dispuesto yo a no dejarme  
matar aunque tuviera que asesinar para vivir, vi una figura entre  
la hojarasca de un charral que se escabullía silenciosamente y lo  
tomé por un enemigo. A punto de caerle encima y asesinarlo, lo  
reconocí. Nos abrazamos y lloramos en silencio. Haim había si-  
do enterado de lo ocurrido. Sabedor de que ningún extraño po-  
día deambular por el pueblo, buscaba la salida para evitar su cap-  
tura. Actualmente vive en Israel y en junio de 1997 me acompa-  
ñó en la que tal vez haya sido mi última visita a la tierra natal.  
Juntos en los viejos trigales al sur de la Plaza Mayor, frente a una  
piedra “monumento” que el régimen comunista de los años seten-  
ta hizo colocar en el sitio, nos enfrentamos una vez más con los  
horrores de aquellos días. Fue este de 1997 para Haim, un viaje  
lleno de amargura y de maltrato, porque llegados a Moscú para  
una visita fugaz, sufrió de los aduaneros del aeropuerto nuevas  
vejaciones y el descarado robo de $1.000 dólares con que recata-  
damente, cubría ciertos gastos del viaje.

Abrigo la esperanza de no tener que atravesar en vida otro  
infierno semejante. Pido al Dios Todopoderoso que nos guía, que  
jamás mis hijos, ni sus descendientes, se enfrenten a tanta anima-  
lidad humana, a tanta miseria, odio, sangre y demencia colectiva.  
No es fácil aceptar mentalmente cómo, una persona nacida igual  
que yo, que luce como yo, tiene la patria que yo tengo, piensa co-  
mo yo, habla como yo y todos sus mecanismos corporales, psico-  
físicos y espirituales operan como los míos, puede de un instante  
a otro convertirse en una bestia, en un animal exterminador, en un  
depredador de semejantes suyos quedando así fuera de lo huma-  
no, inclusive “matando” a Dios, asesinando su credo religioso y  
perdiendo la razón.

Tal vez dormité un rato, no lo sé muy bien, pero sí recuer-  
do que tuve visible el postrer movimiento de Rominsky ordenan-  
do a algunos matones cubrir con más relleno una de las zanjas  
donde habían sido echados los despojos carbonizados del establo.  
La masa abellacada, ruin, perversa, abribonada e inmanejable en  
sus extravíos psicopáticos, actuaba dócil a la sola voz de Romins-  
ki. A esas horas de la madrugada, ya con la claridad del nuevo  
día tratando de rasgar las nieblas bajas, caliginosas y malolientes  
que cubrían los trigales, el grupo estridente de los polacos, que  
había actuado divorciado de todos sus mecanismos de control,

abreviador de muertes injustificadas y “marabúntico” en sus afa-  
nes destructivos y arrasadores, se fue silenciando y desperdigan-  
do por el pueblo.

La figura del empleado municipal tinto en sangre de ino-  
centes, corrupto, organizador de trampas y adalid del terror de-  
senfrenado, parecía encorvada, agotada, sobrecargada con tanta  
brutalidad. Allá a la distancias sentado sobre un pedrusco graní-  
tico mientras una cuadrilla de bandidos revisaba los amasijos hu-  
meantes del establo, se le hubiera tomado por un hombre de paz.  
Jamás los que hoy vivan a su lado, si es que vive, sus hijos me-  
nores, porque el mayor fue tan asesino como su padre entonces,  
y sus vecinos, sospecharán que tras ese rostro sonriente, simpáti-  
co y alegre, se esconde una fiera, un caníbal, un engendro infra-  
humano de muerte y desolación. Alguna vez se insinuó que él no  
fue el verdadero “cabecilla” de la confabulación de Jedwabne, y  
que hubo otras dos figuras “en las sombras”, insospechables en el  
pueblo y que no participaron a cara descubierta en la masacre. Se  
insinuó que en posesión de comprobantes de algunos “pecados  
administrativos” y desfalcos cometidos por Rominsky en la Mu-  
nicipalidad, los hombres de las sombras le tenían chantajeado y  
que además se le pagó bien para liderar la caterva de enloqueci-  
dos polacos que diezmaron a la comunidad judía. Por lo menos  
en algunos pueblecitos cercanos a nuestra aldea —como Radzi-  
lów, Sóléwo, Jeziorko y Jednaczewo—, se le reconocía como  
casquivano, bronco y cemical, a pesar que tenía bien aprendidas  
algunas páginas de literatura para impresionar, mejorar cosméti-  
camente su imagen de funcionario respetable y “farolear” de  
hombre culto.

El final del relato del “Jueves Negro” fue firmado por las  
mujeres del pueblo y sus hijos pequeños. Todas a una voz, cual  
si se obedeciese a un plan militar, cinco minutos después que la  
hoguera infernal fue encendida en el establo, sincronizaron la  
más escalofriante acción de vandalismo, robo y despojo que re-  
cuerde.' Casa por casa, metódicamente, desvalijaron todo. Mue-  
bles, ropas, joyas, cuadros valiosos, utensilios de cocina, ropa de  
cama, vestidos y alimentos. Algunas se asentaron de inmediato  
en las casas que de seguro sus esposos criminales ya les habían  
asignado. Simplemente sin que terminaran de carbonizarse sus  
verdaderos propietarios, sin que hubiese terminado la quema ma-siva de judíos, y aún cuando la gritería de angustia y dolor domi-  
naba todavía todo otro sonido o ruido en el ambiente, estas mu-  
jeres cómplices colocaron rotulitos que ostentaban los nombres  
de los “nuevos propietarios”. Fue una escena de rapiña y podre-  
dumbre moral. Hombres polacos cristianos matando judíos pola-  
cos, y mujeres y niños polacos cristianos robando las posesiones  
de los victimados, como animales carroñeros. Las que no roba-  
ron lo suficiente, denunciaron años después en mi primera visita  
a Polonia de la postguerra, a los que se excedieron en el robo.  
Fue algo tremendo. De pronto una desconocida se me acercaba  
y me decía: “Shmulke, yo se quién robó las cosas de tu mamá” ¡  
Eso me resultaba más difícil de soportar!

Pero así fué. Aquí no hay telenovelas. Aquí no hay trucu-  
lencias. Todo lo que he narrado ocurrió así, sin exageraciones, ni  
deformaciones. Ño me interesa exagerar ni deformar, porque es  
tan increíble lo que ocurrió, que yo mismo a veces me pregunto  
si no estoy volviendo a recuperar mi consciencia después de un  
escalofriante sueño.

Cuando el viernes 11 de julio de 1941 cristalizó en luz por  
el oriente, me enderecé un poco en mi escondite del panteón he-  
breo. Sacudí las hojas que cubrían mi cuerpo y comencé a pen-  
sar en serio qué camino tomar para salvarme, en qué dirección  
marchar, a qué personas acudir, y si no podía haber ocurrido un  
milagro y estuviera mi madre a salvo en casa con mi hermano  
Saúl esperándome. Volver a casa fue la obsesión de esos instan-  
tes. Necesitaba aseo. Necesitaba ropa limpia. Necesitaba algún  
dinero. Necesitaba algunos alimentos. Necesitaba papeles que  
me identificaran. Necesitaba, en fin, arriesgar la vida tratando de  
llegar a la casa y entrar en ella para garantizarme una fuga más  
abastecida, porque en este momento, primera consciencia lúcida  
de mi estado, todo el bagaje de supervivencia, que tenía, era mi  
cuerpo adolorido, y cansado, mis manos rotas, mi ropa converti-  
da en andrajos, un pañuelo burdo y un cinturón de cuero. Nada  
más. No había en mis bolsillos otra cosa. ¿Pero cómo llegar a  
casa? ¿No era lógico que estuvieran esperando los que escucha-  
ron los gritos de Mushalszco advirtiendo mi fuga por entre triga-  
les, como él debió haber dicho que ocurrió, sin imaginar que me  
había quedado quieto en el cementerio de los hebreos?

Deseché tales cavilaciones, oré y rogué a Dios que me  
acompañara. No tenía otra salida que rumbar al norte del pueblo,  
y no al sur hacia Lomza donde todos imaginaban que caminaría.  
Nada de volver a casa por ahora. Solo escapar. Escapar, escapar,  
escapar...

FUGITIVO DE LOS MONSTRUOS

Amaneció después del espeluznante jueves diez de julio de 1941.  
Desde temprano el sol volvió a intentar el derretimiento de toda  
la obra creada en Polonia. La oleada de calor llegó del norte a  
cuarenta grados. Se calentaron los caminos, se calentaron los tri-  
gales y se calentó el charral del cementerio hebreo en que había  
soportado la terrorífica noche. A la distancia, la pira del establo  
convertida en carbones encendidos, todavía humeaba. No había  
nadie en el lugar. Las zanjas o tumbas colectivas estaban macha-  
conamente cubiertas de tierra y arena. La atmósfera seguía man-  
teniendo un olor a chamusquina, a carne tostada, requemada. Era  
un olor que provocaba náuseas. Tal vez vomité un poco, no lo re-  
cuerdo, pero sí recuerdo la sed furiosa que me atenazaba la gar-  
ganta y la boca. Tenía la lengua pegada al paladar como con mu-  
cílago. La piel del rostro presentaba la apariencia y la consisten-  
cia del pergamino. Los ojos saltones y enrojecidos por el insom-  
nio, el miedo y el humo de la quema. Todo el cuerpo dolorido,  
como si me hubieran intentado triturar.

A veinticuatro horas de inmovilidad, de enroscamiento so-  
bre mí mismo, tratando de pasar inadvertido para que no me lle-  
varan a consumirme en la “gehena” del trigal, me puse de pie  
muy lentamente. Tan pronto emergió mi cabeza por encima del  
escondite mi cuerpo colapso. Caí acuclillado, mordida la carne  
de las piernas por unas agujetas insoportables. Los músculos  
eran un solo nudo gordiano. De tanto encogimiento, retomar la  
línea vertical me resultaba un suplicio. Fui de dolor en dolor le-  
vantándome de nuevo.

Reacostumbrada la masa muscular a mantenerme en pie, di  
un vistazo redondo al contorno para orientar mis pasos y salir del  
escondite. Estaba en esa acción de avizoramiento cuando escu-  
ché ruido. Primero fue de hojarasca, luego como de un cuerpo  
reptando, y de seguido murmullos de voces humanas. Mi cuerpo  
se tensó a la espera de un ataque. Tal vez me habían descubier-  
to. Quizás Mushalszco me espió de madrugada y estaba esperan-  
do la claridad del día para saltarme encima y liquidarme. Men-  
talmente me preparé para vender cara mi vida. No sabía qué ha-  
cer en un caso así. Yo no era peleador, no era guerrero, no sabía  
nada del “arte de matar” o defenderme. Era un joven de paz. Un  
ser humano atormentado por visiones dantescas y sobrecogido  
por el miedo.

Pero “el alma me volvió al cuerpo” cuando atisbé entre las  
ramas espesas de un arbusto a dos jóvenes judíos más asustados  
que yo, greñudos, magullados y presa del pánico. Nos presenta-  
mos velozmente aunque en verdad no éramos del todo extraños  
unos a otros. Habían llegado al cementerio mucho más tarde. No  
me preocupé mucho por indagar cómo habían escapado a la ma-  
tanza. Pero inquirí de inmediato por información. ¿Qué ha pa-  
sado en el pueblo? ¿Hay más sobrevivientes? ¿Los nazis de la  
Gestapo han puesto orden o siguen permitiendo los desmanes y  
saqueos?

Era mucho lo que había por preguntar, y muy poco lo que  
en realidad los jóvenes me podían responder. Los cabecillas po-  
lacos que habían orquestado el aniquilamiento de dos mil tres-  
cientos judíos, estaban armados, patrullando el pueblo muy ner-  
viosos. Hablaban de que un grupo de “vengadores hebreos” se  
había formado en Netta, cerca de la ciudad lacustre de Augustow,  
y arma en mano con judíos de otras comarcas como Grajewo y  
Werszbow avanzaban hacia Jedwabne donde se les unirían “va-  
rios sobrevivientes”. De acuerdo con el rumor que aterraba a los  
asesinos del día anterior, estos judíos matarían a todo el que fue-  
ra señalado como culpable de crímenes, aberraciones y despojos  
y además incendiarían las casas, propiedades y negocios de los  
polacos católicos. Inclusive se decía que un “comando” especial  
tomaría el templo católico y trataría de demolerlo con dinamita o  
incendiarlo. Los fugitivos no hablaban con precisión. Mencio-  
naban que seguía el saqueo casa por casa dirigido por las muje-res polacas. De algunos sectores al noreste desfilaban columnas  
humanas como hormigas arrieras, transportando sobre las cabe-  
zas de las mujeres, envoltorios de ropa, muebles, utensilios de co-  
cina, colchones, artefactos de panificación, recipientes para el  
agua, rollos de cuerda, velas, toneladas de productos alimenti-  
cios, pan y queso, todo el pan y todo el queso que se encontraba  
en las despensas.

Uno de los muchachos se llamaba Berko o Norberko y el  
otro Jacobo. Estábamos los tres quemados por el sol, deshidrata-  
dos y sedientos. Yo sentí, por no sé qué impulso del corazón, que  
la sobrevivencia de esos judíos estaba en mis manos. Ellos tam-  
bién lo sintieron, porque a partir de ese momento solicitaban mi  
parecer para cualquier acción que fueran a realizar.

Lo primero que hicimos fue elaborar un plan de fuga. Or-  
ganizar una huida dentro de la precariedad de la situación, lo más  
racional que fuera posible. Tal vez lo que hacía más difícil enhe-  
brar pensamientos coherentes era la sed. Casi no podíamos ha-  
blar. Las gargantas estaban inflamadas. Deseábamos agua como  
el alcohólico empedernido desea licor. Tomamos la decisión de  
salir del cementerio reptando hasta entrar a unos trigales que da-  
ban a una especie de pequeña depresión en el lado oriental. En ese  
momento el trigo estaba verde, pero era de buen porte, bastante al-  
to para nuestros propósitos de mantenemos marchando escondi-  
dos. Fui yo quien propuso viajar hacia el norte porque recordaba  
en aquella dirección, en las afueras del pueblo, como a dos kiló-  
metros, a algunas gentes que mantenían amistad con mi padre y  
con mi madre. Hago paréntesis para mencionar que a mi madre la  
vi la última vez altiva y en oración en la Plaza Mayor cerca de las  
dos de la tarde. Luego la perdí de vista definitivamente. Un ami-  
go de la familia me contó un día, a pesar de ser polaco cristiano,  
que mi madre estaba en el cuarto grupo judío que metieron por la  
fuerza al establo donde tantos hermanos de raza fueron extermi-  
nados. Sabiendo que era una mujer de probada fuerza moral, su-  
mamente religiosa y con mucha experiencia en enfrentar con va-  
lor situaciones límite, me la imagino tratando de ayudar en aquel  
infierno a todo el que creyó necesitaba ayuda para morir con dig-  
nidad. Me imaginé escuchar sus gritos de dolor. Gritos que eran  
la única posibilidad física de amortiguar aquella lacerante agonía.  
Tengo ese recuerdo clavado muy adentro del corazón y muy fir-

memente adherido a la mente. Siempre pienso que en aquel hu-  
mo y aquellas chispas en remolino que se desprendían de la ho-  
guera criminal su espíritu voló al lado de Dios. ¿A cuál otro lugar  
podía ir una mujer que sin renunciar a su humanidad, el amor y la  
adoración por los hijos, llevó siempre una vida de estricta santi-  
dad? ¿Qué manchas de conciencia o pecados contra la ley podía  
tener aquella judía de adusta figura que pasó toda su existencia en  
la permanente oración del trabajo sin descanso, el servicio a los  
demás, el amor y la entrega por los suyos y el inclaudicable aca-  
tamiento a las normas y preceptos de su religión? ¡Allá arriba, en  
cualquier punto del espacio o del cielo, donde quiera que esté, es  
muy probable que antes de que el año 2000 se haga muy viejo, lle-  
gue yo a visitarla y disfrutar de su amor, como no pude disfrutar-  
lo en esta tierra de penalidades y sacrificios!

Andando casi en cuclillas, aplastados contra el trigal, nos  
movilizamos un par de horas en busca de agua. Los rayos del sol  
seguían despedazando nuestra piel. Era imposible otear el hori-  
zonte para orientamos hacia alguna quebrada providencial o ma-  
nantial milagroso. Jedwabne era pobre en agua en estos tiempos  
de verano furioso. Las fuentes de agua potable estaban hacia el  
este franco, en los bosques del río Biebrza o hacia el sur en el Na-  
réw. Pero ambas direcciones eran terreno peligroso para noso-  
tros, porque los alemanes deambulaban por tales parajes y los po-  
lacos genocidas de Jedwabne tenían grupos buscándonos. Así  
que la marcha al norte se mantuvo. Las hojas de trigo, aunque no  
habían alcanzado la mayor dureza que adquieren cuando el color  
de la planta pasa del verde al pardo, nos herían los brazos. Ya ca-  
si no era sudor sino grasa pura lo que brotaba de nuestra adolori-  
da piel reseca; grasa y sangre.

Norberko conocía a unos alemanes que de muy antigua da-  
ta residían en Polonia y estaban avecindados en el pueblo. Eran  
buena gente. Por lo menos eso creíamos nosotros. Su casa esta-  
ba casi en las barbas mismas de la aldea. Hacia ella fuimos arras-  
trándonos como saurios, porque ya el terreno estaba más descu-  
bierto. Nos atrevimos a dar la cara y les pedimos agua. No ha-  
bía necesidad de explicar nada, absolutamente nada. Ellos cono-  
cían a Norberko y sacaron conclusiones de quién era yo, porque  
ya se oía hablar en el pueblo de mi fuga desde la Plaza Mayor.  
No hubo mucho que conversar con los alemanes residentes y nos  
 118 — La denuncia

dieron toda el agua que pudimos ser capaces de beber. Remoja-  
dos los cabellos y el rostro en el líquido vivificante, y saciada la  
sed, nos pusimos de nuevo en movimiento. Mi obsesión era el  
norte. Como a los diez minutos de marcha se desató una balace-  
ra. Escuchábamos los proyectiles silbar por encima de nuestras  
cabezas. Nos lanzamos a tierra y una vez más comenzamos a  
imitar a los reptiles. Era una reptación “velocista”, porque ese ti-  
roteo podía estar dirigido contra nosotros. ¿Los buenos alemanes  
que permitieron nuestra hidratación tras casi cuarenta horas de no  
probar gota de agua, habrían informado a los nazis? ¿Habrían ido  
los alemanes donde algunos de los grupos constituidos en “pro-  
groms” para decir que escapaban sus presas judías por entre el tri-  
go? Las rodillas se nos desgarraron en la acelerada fuga reptante.  
¿No estaríamos huyendo como ratas asustadas por algún acciden-  
te en que un arma de fuego se disparó y generó nerviosas reac-  
ciones en otra gente armada que escuchó las detonaciones? Eso  
nunca lo sabremos. Será uno de los tantos misterios que lleva-  
mos a cuestas en esta historia en que tantas veces hemos patina-  
do entre la vida y la muerte, aun cuando yo estoy convencido de  
que desde que se nace se comienza a morir, y que en verdad lo  
que llamamos vida, no es otra cosa que estar en irremediable pro-  
ceso de muerte. Recuerdo a mi madre decir que uno viene de la  
muerte a la vida cuando nace, y a partir de ese momento comien-  
za el juego de acercarse otra vez a la muerte para abrir su puerta,  
pasar por ella y volver a la vida, en un ciclo misterioso e inaca-  
bable en el que todos estamos girando. Lo que hicieran los ale-  
manes residentes jamás lo sabremos. Nos importa ahora recordar  
agradecidos que nos dieron agua en abundancia y nos trataron  
con amistad. Si después nos denunciaron, fue la acción primera  
la que queremos validar en el recuerdo.

Las rodillas quedaron en carne viva; los pantalones, rotos.  
Y las horas de búsqueda escondidos en el trigo verde, siguieron  
penosas e inacabables. Cerca de las tres de la tarde la sed volvió  
a consumimos. No podíamos pronunciar palabra. Avizoramos  
más allá del trigal una especie de bosque, ralo, pequeño, al me-  
dio del cual se encontraba una zanja. Invadimos el terreno siem-  
pre gateando por la tierra dura. Había agua empozada en la zan-  
ja. Un agua con lombrices, ranas y lodo. Un agua pestífera, he-  
dionda, babosa.

Pero no teníamos alternativa. La sed nos torturaba de nue-  
vo a tal grado que era casi doloroso soportarla. Nos agachamos  
desesperados y bebimos del lodazal. Ños retiramos después de  
nuevo a los trigales, pero no quisimos movemos de la zona. La  
zanja hedionda con todo y su pestilencia, podía garantizamos la  
vida. Hicimos un escondite como a quinientos metros de ella y  
solo hubo un momento de sobresalto cuando pasó un avión ale-  
mán muy bajito, en vuelo rasante. Sobrevoló un par de veces en  
círculos y creimos que nos habían descubierto, de modo que a pe-  
sar de la fuente lodosa de agua, seguimos huyendo hacia el norte.

El día comenzó a declinar. No éramos seres humanos.  
Éramos, en realidad, como animales escapados de una jaula con  
barrotes. Greñas barrialosas, caras demacradas y quemadas de  
sol, manos y brazos arañados como en pelea con un tigre, ropas  
hechas jirones, la boca agrietada y la lengua inflamada. No te-  
níamos idea de qué cantidad de horas caminamos o nos arrastra-  
mos. Digamos que desde las cinco de la mañana. Era una con-  
tabilidad que nadie estaba interesado en llevar. Nosotros, judíos,  
contabilistas por naturaleza, mandábamos al diablo toda suma o  
toda resta de horas que señalaran nuestra atormentada marcha.  
Casi a las siete de la noche, llegamos a las afueras de una aldea  
llamada Loje - Greszco, cerca de la granja donde vivía una fami-  
lia polaca que nosotros conocíamos.

La señora era una de las clientes1 principales de mi mamá  
en camisería. Tuvimos que dar más vueltas, sorteando encuen-  
tros inconvenientes. La noche inundó todo, el calor creció, la pu-  
trefacción de nuestros cuerpos también.

Más o menos a las cinco de la mañana del sábado —¿cuán-  
tos años llevábamos de peregrinos torturados?—, indiqué a mis  
amigos que teníamos que jugamos el todo por el todo. Silencio-  
sos como fantasmas nos fuimos acercando al patio de la casa. Yo  
suponía que algo habría allí afuera qué comer, algo qué beber. En  
efecto: encontramos una olla herrumbrosa en que cocinaban pa-  
pas de mala calidad para los cerdos, y era tanta la desesperación,  
que yo metí la mano en la espesa masa y salieron de allí volando  
mariposas nocturnas. Gusanos y moscas resbalaron por los la-  
dos. Pero comimos como si el mundo estuviera a punto de ter-  
minar en una cósmica explosión. Jamás podré entender cómo los  
cerdos permitieron semejante despojo. Pero comimos en cucli-

lias, como animales, la masa de papa semipodrida con su adobo  
de gusanos y polillas.

Por un instante perdimos el control y se produjo ruido. Al  
escucharlo se levantaron la señora de la casa, la abuela y una hija.  
Ella se asomó despacio tras la puerta de madera. Luego profirió  
una exclamación: ¡Shmulke, por Dios, creí que habías muerto!

Me contó que la familia había rezado toda la noche para  
que ese festín de Satanás terminara. Desde su finca se habían vis-  
to a la distancia las grandes llamas. Cuando supo lo de mi madre  
y mi hermano, lloró mucho. Realmente quería a mi mamá y tam-  
bién había estimado mucho a mi papá, que murió de cáncer en un  
hospital de Varsovia, cuando apenas comenzaba a barruntarse el  
aniquilamiento masivo de judíos en Polonia. Nos hicieron sentar  
a la sombra, nos sirvieron pan y leche. Pero con toda honestidad  
nos dijo: “Tengo miedo. Si los nazis o los polacos criminales los  
encuentran aquí, nos incendiarán la casa, nos quitarán la finca y  
a lo mejor nos fusilan en forma sumaria”.

Como a pesar del miedo quería ayudarnos, y por ser cató-  
lica portarse consecuente con Jesús, su Señor, comprometerse  
con la ayuda al prójimo y la solidaridad, dispusimos un pequeño  
plan de acción. Retomaríamos al trigal y trataríamos de camuflar  
una guarida dentro de él. A eso de las seis de la tarde la hija de  
la buena señora, llamada Shelka, nos llevaría comida, agua y no-  
ticias frescas. Entonces nos retiramos. Teníamos miedo también  
de que nos fusilaran si nos encontraban o de que por culpa nues-  
tra, fueran a matar brutalmente a quienes nos tendieron su mano  
misericordiosa. Así que nos metimos en el trigal y un par de ki-  
lómetros más allá de la casa construimos un “nido” vegetal y nos  
dispusimos a esperar.

La repetida escena de la oscuridad comiéndose a la luz, de  
la noche copulando con el día y el ocaso con reflejos dorados y  
naranja transmutando en acentuados grises y luego en espesos  
negros, nos sorprendió un poco distendidos, energizados por los  
alimentos e hidratados. La nuestra en este momento era una la-  
bor de atisbamiento. Era poco el viento, y por lo mismo, escaso  
el movimiento del trigal, pero podíamos escudriñar hacia adelan-  
te con bastante facilidad. Así notamos en la claroscuridad un  
punto que se acercaba en dirección a nuestro nido. El punto to-  
mó poco a poco una precisa forma de mujer que se movía despa-ció. Creo que fue Norberko el que cautelosamente caminó al en-  
cuentro de Shelka, para indicarle que habíamos “mudado” el si-  
tío de espera a una maraña detrás de una lomita más al norte. Hi-  
cimos señales a la muchacha y la recibimos mirando más el ca-  
nasto que traía colgado al brazo, que su buena presencia juvenil  
femenina, su acogedora sonrisa, sus ojos llenos de luz y su torso j  
pleno de salud. Yo solo puedo recordar la calidad de aquellos ali-  
mentos, el sabor de aquellas viandas. ¡Dios mío, qué comida!

Era en realidad como una gracia de Dios, un don sobrenatural,  
porque habíamos pasado ya varios días sin comer, noches enteras  
con los estómagos chirriando por dentro en reclamo de algo sóli-  
do qué digerir, algo mejor que agua pestilente de una zanja con  
alimañas o comida para cerdos abastecida de moscas y gusanos.

Como se trataba de polacos muy católicos, pedimos a la  
muchacha solicitar a su madre que el domingo, al asistir a misa,  
tratara de averiguar todo lo posible sobre la situación en Jedwab-  
ne. Seguía martillando en mi mente la idea de visitar la casa fa-  
miliar y recoger lo que fuese de valor para mi vida del futuro si  
es que quedaba en ella, después de la rapiña masiva del “Jueves  
Negro”, algo qué recoger. Nos prometió sus “buenos oficios”  
para indagar también ella sobre la realidad y plácidamente, nu-  
tridos y calmada la sed que parecía no querer abandonamos ni  
de día ni de noche, vimos a Shelka alejarse por el trigal, bajar en  
zigzag la colinita y desaparecer en la oscuridad. No hicimos  
más comentarios. Nos tendimos en la hierba cara al cielo y, por  
primera vez en todo ese tiempo, pudimos contemplar unas estre-  
llas parpadeantes asomando por entre aborregadas capas de nu-  
bes bajas. Todo se fue consumiendo en el silencio, un silencio 1  
que de vez en cuando rompía algún insecto nocturno con sus  
cánticos particulares.

El domingo a las tres de la tarde, el señor Sharalenki, padre  
de Shelka, ciego de un ojo y buena gente, vino de visita al escon-  
dite del trigal. Nos dijo que por lo investigado, no había proble-  
mas en ir al pueblo, que los alemanes de la Wermatch habían ad- {  
vertido a los polacos que no querían más matanzas, y que las hie-  
nas de la Gestapo habían marchado hacia Lomza y Bialystok.  
Estos policías germánicos habían localizado un grupo de dieci-  
séis judíos de los que iban directo al matadero aquel día de cruel-  
dad inaudita, y los escondieron en el sótano de un edificio. Cuan-do los chacales polacos llegaron a reclamarlos, se les dijo que  
esos judíos estaban al servicio de las tropas alemanas, que eran  
necesarios para el Tercer Reich porque tenían que alimentar, ce-  
pillar y atender caballos, limpiar los establos, ordenar las barra-  
cas militares, lustrar las botas de los oficiales, enterrar los desper-  
dicios de la cocina y que nadie podía tocarlos porque ellos se ha-  
bían convertido en sus “esclavos” a cambio de la vida.

Hasta ese mismo momento nosotros creíamos ser los úni-  
cos. tres sobrevivientes de la exterminación pueblerina. Con esta  
noticia, nos invadía la inquietud de saber quiénes eran esos “es-  
clavos” de los nazis, y cuántos judíos más, aparte de ellos mis-  
mos, sobrevivieron a la hoguera, las decapitaciones con hacha,  
los apuñalamientos y la muerte a garrote del diez de julio.

Resulta pertinente, antes de seguir esta marcha relatora de  
los hechos del pasado que se entretejen con el presente, hacer un  
alto. La detención me permitirá clarificar algunos detalles que  
van unidos a la persona que he llamado Shelka, a sus padres, que  
he nombrado Sharalenki, y a la mujer de Jedwabne que hoy se  
llama Stefanía Schmid.

Ocurre a vec.es en Polonia, que el cambio de estado civil,  
origina embrollados cruzamientos de apellidos nativos. En  
verdad, la buena moza Shelka que nos alimentó varios días du-  
rante nuestra fuga, se llama Stefanía Sfaleinska. Su madre era  
Sara y su padre Geluk Sfaleinska, lo que tal vez por razón de  
sonidos al pronunciarse el apellido, se nos antojara a nosotros  
como Sharalenski.

Pues esta Shelka, Stefanía, Sfaleinska y Schmid, sean cua-  
les sean sus giros nominativos al pasar de soltera a casada, divor-  
ciarse o enviudar, es, en mi historia, una figura clave, a quien de-  
bo honra y gratitud eterna. Por eso la aclaración.

Siguiendo con el paréntesis, fue muy bueno volver a verla  
en mayo de 1997 cuando en compañía de mi esposa Raquel, mis  
hijos Isaac y Saúl y mis amigos Haim Shorsko y Yehudi Mones-  
tel, así como la esposa de Saúl y su hija Jaia, recorrimos Polonia  
para enhebrar algunos hilos perdidos en la madeja de este relato  
de supervivencia. Reside en los alrededores de la calle Przytuls-  
ka en que estaba nuestra casa, y la visita tuvo carácter rural, en  
un patio terroso sembrado de flores, con algunos desvencijados  
carretones que aparentemente hace años no tiran caballos, y lo

que presumiblemente fue un establo hoy camino al destartala-  
miento total. Católica ella y católicos sus padres, no fue raro que  
en su emoción de volver a verme como un aparecido saliendo de  
la tumba, precediera, persignándose, al grito corto con que se  
abalanzó hacia mí diciendo “¡Schmulke!”

Al verla castigada físicamente, más que por los años, por  
una dura vida, de sacrificios y trabajos de campo, toscamente  
vestida, con el pelo entrecano y desaparecida del rostro la tersu-  
ra de la joven del trigal, sentí en lo profundo del alma una enor-  
me tristeza. Toda esa gente que nos ayudó, todos esos cristianos  
que hicieron honor a su compromiso religioso y no formaron ma-  
sa con el chusmerío asesino y sanguinario de 1941, deberían es-  
tar sentados en un nivel especial de la vida con mayor bienestar  
y sosiego. Sin embargo, debo preguntarme quiénes, además de  
Stefanía, siguen vivos y en qué desconocidos parajes, tienen su  
residencia ahora. ¿De qué tantas personas, hombres y mujeres,  
que nos dieron una mano para sobrevivir en aquellos tiempos de  
muerte, ya no recuerdo ni los nombres? Mirándola a ella con de-  
lantal rústico, tímida sonrisa y valerosa sinceridad al decir que  
mis hijos Isaac y Saúl, mi esposa Raquel, mi nuera sefardita y mi  
espigada nieta Jaia, eran “un ramo de gente hermosa con ojos que  
miraban sin maldad y Dios tenía que bendecirlos a todos”, recor-  
dé al viejo Sfaleinska el domingo que nos hizo una visita al refu-  
gio del trigal, diciendo que era una pena que los judíos y los cris-  
tianos anduvieran a las greñas y los “revolcones” teológicos. Yo  
sé que jamás nos vamos a poner de acuerdo entre los teólogos del  
judaismo y los del cristianismo para encontrar un camino de con-  
vergencia y tolerancia, pero los que estamos abajo, los del pue-  
blo, tenemos que luchar por eso, afirmaba con vehemencia. Re-  
cuerdo que también apuntó con fuerza que estábamos en presen-  
cia de teologías irreconciliables, intereses políticos contrapuestos  
y desconfianza mutua, lo que acentuaría las diferencias, pero que  
alguien debía pensar que si en los dos lados Dios era el mismo,  
toda discusión sobre Jesucristo como divinidad además de “Me-  
sías”, y del ininteligible misterio con que los católicos se envuel-  
ven en el dogma de la Trinidad (tres personas distintas en un so-  
lo Dios verdadero), debía quedar pospuesta y lanzamos juntos a  
evitar otro holocausto sobre la faz de la Tierra. Es cierto que la  
mayoría de los rabinos judíos no quieren hablar de Jesús —medecía— pero su renuencia es el resultado lamentable de siglos de  
antisemitismo en nombre de ese mismo personaje Bíblico. Pero,  
afirmaba el padre de Stefanía, “no fue Jesús quien emprendió las  
Cruzadas, ni dio origen a la Inquisición; ni hizo estallar la barba-  
rie sin nombre del Holocausto. No fue Jesús, que era judío, prac-  
ticaba la religión judía, cumplía con los rituales de la Sinagoga y  
hablaba del Dios de Israel, quien dijo que los judíos serían culpa-  
bles de su muerte en la cruz, sus torturas y humillaciones, y de-  
bería mirárseles como una raza maldita por el “deicidio”. Jesús  
no blasfemó contra los judíos y usaba como los demás el Tefillin  
o filacteria, el Tallit o chal de oraciones y el Siddur o libro de re-  
zos. Era una imbecilidad colectiva negar esa judaicidad que de-  
bía servir para bien y no para mal, para unir y no para odiar. Ade-  
más, enfatizaba Sfaleinska, no hay que olvidar las palabras del  
propio Jesús quien, en evidente alusión a la Ley de Moisés, pre-  
dicó uno de los principios rectores del cristianismo verdadero:  
“Debes amar al prójimo, como a ti mismo”. Estas palabras has-  
ta se podrían tomar como una acusación contra la cristiandad, cu-  
yas prácticas de todos los tiempos sin duda alguna desvirtúan to-  
talmente lo que Jesús enseñó a sus discípulos, pienso yo.

Volviendo al tiempo de nuestra huida, el lunes 14 de julio  
de 1941 muy de mañana, decidimos marchar a Jedwabne. Eso se  
discutió largo rato, e incluso cuando hubo algún titubeo, yo dije  
a mis casuales compañeros del cementerio que cada quien podría  
hacer con su vida lo que en plena libertad quisiera, pero que yo  
en lo particular no abandonaría ese territorio polaco sin averiguar  
qué habían hecho en mi casa y, de ser posible, quiénes lo habían  
hecho. Encontrando el consenso razonado en que la fuerza de  
uno es menor que la de tres, y que tres son ya un núcleo de me-  
jor valor para defenderse y sobrevivir, comenzamos medio es-  
condidos a penetrar en Jedwabne.

Cuando llegué a mi casa sufrí un nuevo golpe moral. La  
edificación lucía las huellas de la salvajada. Tablones desprendi-  
dos, cristales rotos y restos de antorchas con las cuales intentaron  
pegar fuego a la vivienda, lo que evidentemente alguien impidió.  
Tal vez, uno que ya había señalado con el dedo la casa como su  
“propiedad” en “proceso de legalización”. Tal vez uno que no te-  
nía lavado el seso por el licor. Quizás otro de los que sospecha-  
ban —estúpidamente, digámoslo sin tapujos— que los judíos deJedwabne como mi padre Calel, tenían “bolas de oro escondidas  
bajo el piso”

A pesar de lo que estaba a mi vista, esperaba que alguien  
viviera, que mi madre hubiera escapado de las llamas, que mi  
hermano no hubiera sido inmolado a golpe de hacha. Era una es-  
peranza loca, pero alentaba en mi cerebro. ¿Y si hubieran resu-  
citado? ¿Y si Dios hubiese querido premiar con una nueva por-  
ción de vida terrestre a aquella mujer llena de humanidad pero  
también de cierta inequívoca santidad? Pero no había nadie en  
rincón alguno. No había nadie y mis ojos estaban bañados en lá-  
grimas. ¿Sosnowski el zapatero? No, tampoco había nada suyo.  
Ni siquiera una lezna o martillo tachuelero. ¿El carpintero Israk  
de los muebles rústicos? ¿Las vaquillas de la buena leche? Esfu-  
mado todo en el aire, desaparecido, perdido. La ropa se la habían  
llevado, los muebles de que no gustaron los destrozaron, la me-  
cedora que estaba afuera robada con todo y un almohadón relle-  
no de plumas de ganso. Ni siquiera respetaron unos siembritos  
de mi madre, unas pomas y unas clavelinas.

Jamás anduve aquella casa amada tan milimétricamente  
como entonces. No creo que haya escapado a mi vista inquisido-  
ra un solo centímetro cuadrado de superficie construida o por  
construir. En un cuarto encontré papeles rotos, y las fotografías  
de mi padre y de mi madre tiradas en el suelo. Me apresuré a re-  
cogerlas con veneración.

No diré quién me lo dijo porque no lo recuerdo, y si lo re-  
cordara tampoco lo diría, porque hacerlo supondría la sentencia  
de muerte para cualquiera. Posiblemente mis hijos o mis parien-  
tes, estarán pensando que algo está descontrolado en mi cerebro.  
Y tienen razón. Pero no hay algo descontrolado: hay demasiadas  
cosas afectadas, deterioradas, virtualmente asesinadas. Las vile-  
zas de 1941, los crímenes sin nombre de ese año de guerra y he-  
catombe, están proyectados en el presente. Mucha gente murió  
después de aquello tan solo por ser testigos de alguna pillería, de  
algún asesinato. Lo cierto es que el bellaco que vivía cerca de  
nuestra casa, Rominsky de nombre, funcionario público, asesino  
de magnitud indescriptible, fue parte del registro de mi casa. No  
puedo imaginar qué buscaba. Tal vez las “bolas de oro” de la fá-  
bula antijudía. Tal vez las “riquezas” de los Waserstein, uno de  
los cuales era yo y ya dije antes que mis padres, con dificultad,me dabah dos mudadas de ropa anuales, y dos pares de zapatos y  
un cinturón, y que tres veces al año me regalaban los cinco cén-  
timos necesarios para ir a comprar la tercera parte de una barrita  
de chocolate. Esos bribones oligofrénicos nos decían “millona-  
rios” por una casa compartida, por dos vacas, por un homito pa-  
ra hacer pan, por una prensa manual de madera para quesos. Nos  
decían “Rockefellers” porque mi padre tenía cuatro manzanas de  
tierra para sembrar trigo candeal, patatas, remolachas y zanaho-  
rias “brucker”, en las cuales alcanzaba tierra —cinco metros cua-  
drados— para que el ingenio agricultor de Calel hiciera brotar  
unos guisantes, unos amarillentos petit-pois, y otros productos.

Además de Rominsky, varias mujeres polacas entraron a  
saco en el hogar. La máquina de coser de mamá voló. Se hizo  
humo la plancha de carbón. Lo mismo pasó a los platos y cucha-  
ras y la tetera. Además se apropiaron de todo lo que llamaremos  
pomposamente despensa: panes negros y blancos, quesos, mante-  
quilla, rosquillas, patatas, remolachas, sal y cebollas.

Durante un par de horas como sonámbulo recorrí la casa de  
rincón a rincón. Creo haber presentido que era la última vez que  
podía verla. Trataba de “beberme” con la vista hasta los detalles  
mínimos. Y lloré convulsamente estirando los brazos y tratando  
de alcanzar los fantasmas invisibles y bienamados de mis proge-  
nitores y mi familia. Sombras, recuerdos, sonidos, ecos. Traté de  
grabarlos en el corazón.

Sin saber qué hacer, perdido en la violenta confusión de mi  
mente, caminé hacia la puerta que daba a al calle y me senté en  
la grada. No sé durante cuánto tiempo lloré, pero a tal extremo  
llegaron estas lágrimas, que no creo haber vuelto a llorar de esa  
manera aunque mi vida está zurcida de noches enteras gritando y  
llorando acuciado por las escenas dantescas de aquellos días des-  
garradores y salvajes.

Ni calle abajo, ni calle arriba había nadie. El pueblo ente-  
ro parecía haberse escondido para no verse la cara los unos a los  
otros. ¿Cuántos avergonzados de las atrocidades cometidas ha-  
bría entonces? ¿Cuántas mujeres, hombres, jóvenes e incluso an-  
cianos estarían recibiendo puñaladas mortales en sus conciencias  
o los pedazos que quedaran de ellas? En la abstracción, no me di  
cuenta de que una patrulla de tres soldados alemanes avanzaba  
hacia mí. Caminaban lentamente. Me miraron con sospecha, sedetuvieron y me apuntaron con sus armas. No hice movimiento  
alguno. No estaba en mi ánimo huir otra vez por los trigales ver-  
des. En realidad quería que me mataran. Por primera vez en esos  
días imploraba yo una bala para salir de mis tormentos. Uno de  
ellos bajó el arma, se plantó al frente, y me preguntó por qué llo-  
raba. Es claro que yo no hablo alemán, pero en el sufrimiento los  
cerebros se agilizan. El “yiddish” que junto al hebreo formaban  
nuestras lenguas de raíz ya sin tomar en cuenta el polaco, se pa-  
rece mucho al alemán. Por lo menos yo le entendí al soldado y  
le conté que mataron a mi madre, a mi hermano, a mis primos y  
a casi todos los amigos del pueblo. Me puse de pie. ¡Yo soy ju-  
dío, fusílenme! Pero aquellos tres hombres no eran bestias de la  
Gestapo. Se les veía encolerizados, llenos de ira. Me hablaron  
despacio para que los entendiera bien. “Mira, muchacho,” —di-  
jeron— “nosotros no quemamos a nadie en este pueblo, nosotros  
no hemos fusilado a nadie. Nosotros no asesinamos a nadie: fue-  
ron esos cochinos polacos, esos cerdos polacos cobardes que aho-  
ra se están escondiendo, porque entre unos y otros quieren robar-  
se lo que robaron a ustedes”.

Ese fue mi primer encuentro directo con alemanes en la Se-  
gunda Guerra Mundial. Me pidieron caminar frente a ellos y ad-  
virtieron a los otros amigos, al encontrarlos, que formábamos  
parte de unos pocos sobrevivientes judíos, y se nos daría una ca-  
sa un poco más al norte en el pueblo, para vivir a salvo; Eso sí,  
tendríamos que cumplir un requisito: ir a la Municipalidad donde  
se había ordenado firmaran todos los sobrevivientes un registro.  
Me sobrecogí de miedo y de odio, porque bien sabía que llegar a  
la Municipalidad era llegar a las garras de Rominsky, el cabecilla  
psicópata de todo aquel movimiento de aniquilación y venganza.

De 1941 a 1942, los viajes a Lomza fueron suficientes pa-  
ra enterarme de la marcha de la tragedia judía. Igual al caso Mén-  
dum, otros conocidos eran mis informantes. Tenía sed de saber.  
Necesitaba enterarme de lo que pasó cuando ocurrió la matanza  
en Jedwabne. Estaba dispuesto a relacionar toda información que  
cayera en mis manos, a pensarla, analizarla, consultarla. Pero ja-  
más llegué al estado de sonambulismo, idiotez o cretinismo en  
que cayeron miles de judíos que teniendo el horror bajo sus nari-  
ces, lo negaron. Esos fueron los judíos víctimas de la gigantesca  
campaña de engaño y desinformación montada por Hitler y sus

vampiros. A esta macabra operación ayudaron no solamente po-  
lacos judíos, sino ciudadanos de muchas nacionalidades en Euro-  
pa cuya vida estaba cargada de antisemitismo; y está aún hoy, en  
que también hay millones de judíos que se niegan a ver la verdad.  
La ruin estrategia mostró su mayor perfidia en ghettos “supercon-  
centrados”, como el de Varsovia y el de Lodz. Según historiado-  
res como Lindman, G.K. Anderson, Davis Wyman, D. Irving,  
Yisrael Gutman y Yaffa Eliach, en el año 1941 la exterminación  
de los judíos europeos comenzó a subir de tono y llegó a sus peo-  
res momentos en 1943, cuando estaban operando abiertamente y  
los “ojos del mundo miraban sin ver”, mil seiscientos cuarenta y  
tres campos de concentración y satélites, novecientos campos de  
trabajos forzados y alrededor de trescientas veinticinco “indus-  
trias de guerra” mantenidas por esclavos judíos. Pero Churchill,  
Stalin, Roosevelt y el Papa Pío XII seguían atacados de una mio-  
pía cruzada con astigmatismo e hipermetropía, que les dificulta-  
ba la visión de los acontecimientos relacionados con los judíos.

Para diciembre de 1943 en Auschwitz ya se había aniquila-  
do a dos millones de judíos, un millón trescientos ochenta mil en  
Maidanek, novecientos mil en Treblinka, seiscientos cincuenta  
mil en Balzec, trescientos cuarenta mil en Chelmo y doscientos  
cincuenta mil en Sobibor. Aún así nadie “se enteraba”. Los ale-  
manes habían prohijado la matanza de cinco millones novecien-  
tos treinta y tres mil novecientos judíos de los ocho millones  
ochocientos sesenta y un mil ochocientos que había en la Europa  
directa o indirectamente sometida al nazismo, y para el mundo  
“no estaba pasando nada”. En Polonia, donde había tres millones  
- de judíos, mataron al noventa por ciento y “no se notó”. En Ru-  
sia Blanca, Ucrania, Bélgica, Yugoslavia, Rumania y Noruega  
desapareció el cincuenta por ciento de los hebreos y los “bellos  
durmientes” occidentales que peleaban contra Hitler aliados de  
ingleses y franceses, siguieron dormidos. En los Estados Bálti-  
cos, Alemania y Austria dejó de existir el noventa por ciento de  
los judíos y nadie estornudó por eso. Tampoco fue importante  
que el setenta por ciento de los que habían en el Protectorado de  
Bohemia, Eslovaquia, Grecia y los Países Bajos terminaran en la  
nada. Y uno sabe que el pueblo alemán estaba enterado, lo esta-  
ban Roosevelt y el Papa Pío XII y muchos judíos que miraban la  
conflagración de lejos y a salvo. Todos imitaron a los “tres mo-

nos sabios” para no ver, no oír y no hablar. Dios omnipotente,  
¿cómo asimilar aún ahora a los sesenta años de aquella hecatom-  
be, toda esa criminal pasividad? ¿Cómo perdonar lo que es huma-  
namente imperdonable?

Cuando debo seguir un relato en el que habrá lagunas de  
años —y no de días o de meses— el primer problema por resol-  
ver es la ubicación geográfica de los puntos claves de mi histo-  
ria. No voy a explicar más, a partir de aquí, la razón fundamen-  
tal de las circunstancias geopolíticas y sociológicas de Polonia  
por casi setenta y seis años a partir de mi nacimiento en 1922, y  
de cincuenta y siete años a partir del 10 de julio de 1941 en que  
los macabros sucesos de Jedwabne ocurrieron. Vistas las cosas a  
golpe de ala, a la ligera, estos años parecen poca cosa, una calen-  
dárica miseria para el hombre o la mujer que solamente tienen  
que acomodar celebraciones de cumpleaños, con queques y can-  
delitas, en la vida. Pero para los judíos que salimos de los ghet-  
tos, escapamos de los campos de concentración o nos fugamos de  
verdaderas pandillas de monstruos antisemitas, ese periplo vital  
es toda una inimaginable supercarretera de sucesos y hechos in-  
fernales, cuya’ longitud parece no tener medida.

No creo que la totalidad de la cartografía polaca de 1997,  
padezca de tan graves atrasos que pueblos históricos enteros, al-  
deas con significación en el desarrollo de los hechos de la Segun-  
da Guerra Mundial, hayan desaparecido de ella, o sido elimina-  
dos al influjo de oscuros y misteriosos intereses. Pero hay que  
aceptar que un centenar de lugares importantes para grupos hu-  
manos que sufrieron en ellos iniquidades, exterminios, o depre-  
dación de la peor especie, han sido dejados fuera de los mapas.

Además de esto, creo que los desgastes de mi memoria son  
los culpables de tan tremendas confusiones, y que retenga un re-  
cuerdo de algo al norte que estaba en realidad al sur, o llame a un  
lugar con un nombre que semeja, al que tiene en la realidad, pe-  
ro no le corresponde en la objetiva forma de escribirse o pronun-  
ciarse ese mismo nombre. También puede ser que la mente esté  
jugando malas pasadas y llamemos pueblo de “Mustoiki”, al que  
en verdad se llama “Mustówo”. A pesar de que había vuelto a  
Polonia en 1986 como primera visita desde la Guerra, seguía “tan  
malamente mareado” en cuanto a la ubicación geográfica de Jed-  
wabne, que lo único que en mis desvarios me atrevía a decir es  
 130 — La denuncia

I

que “es un pueblo más allá de Lomza”. En ese predicamento tan  
; vago, un pueblo “más allá de Lomza”, resultó ser para un amigo  
que se interesó en ayudarme a clarificar cosas del pasado, la al-  
dea de “Jedwabno” (Finalizando el nombre en “O” y no en “E”)  
a unos 90 kilómetros al noroeste de Lomza. A pesar de la vecin-  
dad a una zona lacustre, tenía razón en dudar, pues alrededor de  
“Jedwabno” aparecían varias comarcas con nombres que no “so-  
naban” de la manera con que yo los pronuncié algún día, y que  
obviamente no correspondían en mi historia. Los casos más vis-  
tosos eran Dzierski, Lejkowo, Jablonka, Kurki, Marksewo, Jerut-  
ki, y Karwica.

En las grabaciones realizadas para dar forma a este libro,  
i' conversaciones sostenidas por largas horas con quien lo escribe,  
discusiones familiares, y remembranzas con gente de Polonia,  
aparecen señaladas aldeas claves que preciso en este momento  
clarificar. Una lista de nombres, tal como yo los recuerdo que  
í' fueron grabados o anotados, son: Lomza, Bialystock, Lodz, Jed-  
wabne, Yansewcko, Luvol, y Krakoia, Danbszig, Bret Litowsk,  
Sushi, cerca de Grayego, Osienshi, Janczewko, Piel Olask, Mila-  
nówek, Sambruf, Fabines, Radzilow, Suchinos, Vulunor, Kelis,  
Kalinówka, Popowo, etc.

El mejor aliado para clarificar eso, ha sido un Mapa de Po-  
lonia, escala 1:750.000, editado en 1997 por “Opracowanie Daun-  
pol sp.Z.O.O.” (Wydawnictwo Kartograficszne), que fue lo mejor  
que pude conseguir, aunque su función principal es la de identifi-  
car la compleja red de carreteras polonesas. Debe señalarse —no  
vaya a ser que nos olvidemos de ello— que en toda cartografía a  
; esta escala, muchos pueblos no aparecen por su poca importancia.  
Traté de conseguir cartografía, u hojas topográficas a 1:50.000 o  
1:25.000 en diversas librerías de Varsovia, Lodz y Cracovia, y la  
respuesta fue que ese tipo de cartografía se considera aún de uso  
restringido, mayormente “militar”, y no es posible, como sí lo es  
en Costa Rica, adquirir mapas de zonas específicas.

También al principio usé un mapa de 1994, editado por la  
“Polska Agencja Promocji Turystyki” (Agencia Polaca de Pro-  
moción del Turismo), a cargo de Ludwik Przyluski, que da pena.  
Primero, no tiene consignada ninguna escala; segundo, tiene una  
simbología defectuosa; y tercero, en lugar de orientar, desorien-  
ta. Un solo ejemplo basta: en este mapa no aparecen ni “Jedwab-

I

no” ni “Jedwabne” (Con “O” y con “E”) como habíamos señala-  
do, sino que figura una ciudad de “Jedwabna” (ahora con “A”),  
lindamente ubicada al sur del Río Wista (Vístula) entre Wlocla-  
wek y Plock que no sabemos cómo apareció por allí. Esta ciudad  
del mapa turístico, que por más que lo sea, debiera estar “conec-  
tado” con el mapa físico oficial de Polonia, es lógico que en el  
mapa de 1997, no aparezca ni en sueños, de manera que ya se me  
entenderá qué trampas cartográficas tuve que superar.

Para no extender mucho este asunto —en que me detengo,  
porque me obligo a ser un hombre de precisiones y no de impre-  
cisiones o de especulaciones—, lo primero que diré es que tuve  
empeño en deletrear nombres con “Y” cuando en Polonia esta le-  
tra equivale a “J” y que, muy evidentemente, en muchos casos  
trasladé la literalidad de la pronunciación de un nombre determi-  
nado, influido por el español, sin tomar en cuenta la realidad de  
su forma escrita y su pronunciación polaca. Tenemos así que  
*Krakoia* es en realidad *Krakow* ó Cracovia. *Yansewcko* deberá ser  
con seguridad *Jansewko,* o tal vez mejor *“Jednaczewo”,* ya que  
pensar en *Jarsewco* supondría dar un tirón e ir a parar a un pue-  
blo que está al noroeste de Polonia en colindancia con la boca del  
Río Oder, en el Mar Báltico. *Piel Olask* es *Bielsk Podíaski.  
Osienshi* equivale a *Oswiecim; Luvol,* a *Lwow, “Sushi* cerca de  
*Grayego”,* es *Szszczyn* al sur de *Grajewo; Fabines* podría ser *Lu-  
biane* o tal vez *Zabiele;* y *Kelis,* a lo mejor *Kulesze.* Y creo que  
basta con esto. Las precisiones de relojero ya no son posibles cin-  
cuenta y ocho años después con solo dos viajes posteriores a Po-  
lonia para pasar, con temores y casi “por encimita”, por todas esas  
tierras que en verdad uno debió en la postguerra explorar a fondo,  
por lo menos para saber qué “movidas ilegales” regístrales se hi-  
cieron con las propiedades de nuestros antepasados, que hoy val-  
drán millones de dólares, o qué parte de la familia estará por allí  
metida en el gigantismo geográfico de Polonia tal vez en graves  
necesidades, o probablemente sobrados de riqueza, caso el último  
que no me interesa, porque lo que me importa de verdad es el ca-  
mino que tomen mis hijos, sus hijos y los hijos de sus hijos, en ese  
mañana neblinoso e incógnito en que, si mis advertencias ni si-  
quiera se asumen con seriedad, y se les da el tono profetice que  
merecen, podría desembocar cuando menos se piense en otra nue-  
va página oscura de dolor o muerte para el pueblo judío.

En estos breves días en que me quedé viviendo en la casa  
en que los alemanes albergaban a los dieciséis judíos salvados  
por ellos de la pira, y trabajando en lo que se pueda para hacer  
por lo menos una comida diaria, fui enterado por Stefanía Sfa-  
lisnka —la bella “Shelka” de mi historia entre trigales— que hu-  
bo reunión de “complotistas” en una aldea llamada Kalinówka,  
unos quince kilómetros al noreste de Jedwabne, y que en ella se  
había ventilado en “ausencia", mi caso. Con una lógica macarró-  
nica los completados asesinos consideraban que yo era un peli-  
gro para todos, porque siendo el de “mayor avispamiento y cul-  
tura” de los más de veinte sobrevivientes de la matanza popular,  
sería sin duda quien en el futuro reclamaría a las autoridades po-  
lacas la herencia de todos mis compatriotas judíos y me llevaría  
todas sus “riquezas”. Desde esa perspectiva cerrada, había que  
votar qué hacer conmigo. Ni qué decir que votaron a favor de  
matarme. Por unanimidad advirtieron que, eliminado Wasers-  
tein, todos podrían seguir adelante en sus planes de repartir los  
bienes de los judíos y “aquí paz y después gloria,” pues ya no  
quedaría en el mundo testigo alguno que pudiera enrostrarles  
acusaciones peligrosas en los años por venir.

Con “tan buena noticia” afectándome, supe aparte que un  
hombre barbudo, de venerable apariencia, músico de raíz que  
blasonaba de Mozart, Luwidg Van Beethooven, Lizt y Paganini,  
y que vivía más allá de tres casas al Norte de lá nuestra, había si-  
do contagiado por la borrachera asesina del pueblo. Se trataba de  
Kroleki o —como abreviábamos los niños— simplemente “Kro”.  
Mis padres me habían llevado con él una temporada para que  
aprendiera a tocar violín, solfeo y cultura musical. No había mu-  
cho detalle, pero se vio a Kroleki llegando sigiloso el día de la  
matanza a casa de Moller o Meller, otro judío buena gente de as-  
cendencia alemana, al que había dado un golpe, vendado los ojos,  
amarrado y llevado personalmente a la Plaza Mayor donde lo ma-  
taron ensartándolo con una varilla de hierro con punta afilada. El  
“buen” músico, cuyas manos en la comisión directa del hecho no  
se mancharon de sangre, obviamente, retomó a casa de Moller  
para dedicarse sistemáticamente a recoger todas sus pertenencias,  
ropas, alimentos y chucherías e incluso “un dinero” que jamás se  
aclaró a qué monto ascendía.

Ya no diré que me parecía mentira tai cosa. No. En Jed-  
wabne podrían jurarme que bajó un extraterrestre a matar judíos  
y yo lo creería. Fue tanto lo que vi, tanto salvajismo, tanta cobar-  
día, tantos valores éticos y morales pisoteados, tanta amistad de-  
clarada por años convertida en segundos en aversión, tanta viola-  
ción de niñas inocentes por parte de aldeanos que jamás despun-  
taron como degenerados en el pasado, que todo era posible allí si  
se trataba de lo peor que pueda salir de un ser humano converti-  
do en bestia apocalíptica. Pero con todo y este estado de desmo-  
ralización, recelo, incredulidad y cólera ciega en que estaba, no  
podía olvidar el Paganini sobrenatural que “Kro” me mostraba  
biográficamente, pasando con el violinista vestido en hábito frai-  
luno color ladrillo para esconderse de sus admiradores o por una  
rumbosa mitología romántica que creyó que Paganini había he-  
cho un “pacto con el diablo”. Pero esta fascinación sobre Paga-  
nini, sobre el relato y sobre el circunstancial maestro de violín  
“Kro”, se viene abajo por el crimen cometido. Es un nuevo atro-  
pello que sufro, una nueva agresión porque si esa pillería y ese  
crimen los hubiera cometido Kowieska —que era el maleantillo  
del pueblo, el “chapulinero” de Jedwabne— uno sabría de qué es-  
coria humana se hablaba. Pero pensar que en el arte de Kroleki  
había escoria hubiera resultado una herejía, de no haberse com-  
probado su criminal traición.

UN NUEVO CRISTIANO

Ya es hora de ir “aterrizando” con mi relato en el camino de la re-  
surrección. Debo cruzar primero por mi vida en Jednaczewo, la  
sepulcral experiencia de dos años y cuatro meses bajo tierra, mi  
liberación por los rusos en 1945, los riesgos calculados de un ne-  
gocio de hilos que me obligaba a atravesar Polonia, el peregrina-  
je hacia Cuba para encontrar a mi hermano, el capítulo sangrien-  
to de la revolución fidelista y finalmente mi reconstrucción mo-  
ral, social y económica en Costa Rica, donde viviré hasta que “se  
me acabe la cuerda”.

La verdad es que a veces he sentido miedo de no poder ter-  
minar esta labor. Comienzo una grabación sobre un tema, inicio  
todo en orden, y sin darme cuenta, sin percibirlo, cuando retomo  
la lucidez de la mente veo que apuré las cosas, que me salté he-  
chos concretos, que voy desplazándome por otros caminos aleja-  
dos de lo que intentaba pormenorizar. Las grabaciones electróni-  
cas son el mejor testigo de estos saltos acrobáticos de la memo-  
ria. Es como un juego de nunca acabar. Cada vez que escucho  
lo que grabé ocho días antes, o un mes antes porque en esta labor  
lo que me ha faltado es método y disciplina debido a que me nie-  
go a dejar de atender mis negocios, encuentro cosas que faltaron,  
que entonces había olvidado, pero que ahora recuerdo, porque es  
otro día, y otra la condición de la mente. Sé que la tarea gigan-  
tesca del desenredo, le tocará a quien pone en blanco y negro es-  
ta historia de vida y muerte. Mientras no se agote su paciencia,  
mientras no termine su amor por nosotros, mientras no le exija-  
mos ver con claridad lo que ni yo mismo puedo ver, estaré tran-  
quilo. Pero soy consciente que hay en marcha un trabajo tensio-

; .

nal de investigación, reconexión de perdidos pedazos de vida,  
que se me ocurre no es necesariamente la tarea del escritor, sino  
la de un gran detective para tener un paisaje completo de una vi-  
da, un país, unos hechos históricos ya muy distorsionados y que  
tal persona debe pasar días y meses en consultas bibliográficas,  
esclarecimiento de nombres y armando pieza a pieza este gigan-  
tesco rompecabezas. Es esta voluntad, esta energía, la que me  
mueve, la que sigue “ordeñando” mi cerebro aún cuando mis hi-  
jos, que al principio estaban tan dispuestos a cooperar, ya han ol-  
vidado lo que hacemos, tal vez aburridos de mi lentitud.

Después de la matanza del 10 de julio y la huida por el ce-  
menterio hebreo y los trigales al norte de Jedwabne, mi supervi-  
vencia estuvo pegada a los alemanes o gendarmería alemana de  
Jedwabne. Tras el encuentro con la patrulla alemana a las puer-  
tas de lo que quedaba de mi casa, donde les confesé ser judío y  
pedí me fusilaran en el acto para terminar con mis desventuras,  
tracé un programa diario para recorrer Jedwabne tratando de es-  
currir el bulto a los polacos del “progromo” de la Plaza Mayor,  
que aún me buscaban empecinadamente. Gané experiencia tra-  
tando de ser un “hombre invisible”. Logré aprovechar las radia-  
ciones solares, el viento, los claroscuros del día, los muros de pie-  
dra, los trigales y las terroneras de las huertas, para desaparecer  
ante los ojos de mis enemigos como una sombra fugaz imposible  
de identificar. De noche era más fácil. Una mancha negra fugi-  
tiva en la oscuridad de un pueblo sin iluminación exterior, es so-  
lo un fantasma que se mueve. De todas maneras, hubo una cir-  
cunstancia especial que me convirtió en un “muerto vivo”. El he-  
cho ocurrió en el invierno de 1942 y no lo puedo olvidar.

Mencioné anteriormente que Israk, el carpintero que com-  
partía la casa con nosotros y el zapatero Sosnowski, tenía un hi-  
jo llamado Abraham. Eran un padre y un hijo sin historia. Solo  
podíamos testificar que ambos eran gente de probada honorabili-  
dad y práctica fidelísima de la ética y la moral judías.

Tal vez amigo del misterio, el hijo desapareció un buen día  
sin dejar rastro y sin que el padre aclarara el asunto. Se rumoró  
que había marchado a Varsovia o a Cracovia para estudiar teolo-  
gía. Luego se mencionó, haberlo visto en las vecindades de Lom-  
za. Y, finalmente, que había sido enviado con otros prisioneros  
al campo de concentración y exterminio de Treblinka.

Avanzando el invernal enero de 1942, hubo una fuga de  
prisioneros en ese campo. La temperatura andaba por los veinte  
grados bajo cero y prácticamente la mitad del norte polaco esta-  
ba congelada. A nadie sin urgencias reales se le ocurría salir a la  
calle. Por eso corrió como pólvora el rumor de que en una encru-  
cijada de carreteras entre Jedwabne y Jednaczewo había sido en-  
contrado el cuerpo de un hombre congelado, barbado, lleno de  
piojos, que una mujer no identificada había transportado en su tri-  
neo para depositarlo en un camino más cercano al cementerio.  
Algo me impulsó y fui en silencio a mirar al desconocido, que ya  
se chismorreaba había huido de Treblinka, caminando por entre  
bosques y campos los cuarenta y cinco kilómetros que hay hasta  
Jedwabne, sin bebidas, ni alimentos, y había sido reconocido por  
varias personas como “el rebelde Samuel Waserstein”.

Ahora quedaba resuelto el misterio de por qué no habían  
podido agarrar a Samuel cuando sobrevivió a la matanza del 10  
de julio de 1941.

Guardé silencio. Era una muerte que me dolía, pero al mis-  
mo.tiempo me convenía. Sin saberlo, Abraham el de Israk tenía  
un gesto final de amistad para mí. A partir de este momento se  
me facilitaron las cosas, porque a los muertos nadie los persigue.  
Los bandidos de la matanza, los que ya estaban adulterando los  
papeles del Registro Municipal para cambiar las posesiones, fin-  
cas, granjas, casas,'negocios, y cuentas bancarias de ahorros, res-  
piraron aliviados. Shmulke, el “maldito” Shmulke que era el úni-  
co que podía presentarse acusándolos a todos, reclamando los  
bienes de los judíos asesinados y causando un caos en Jedwabne,  
había muerto. El camino hacia la rapiña final estaba despejado.  
Podían cometer en paz los últimos crímenes.

Con los alemanes trabajé en lo que se fue presentando: aten-  
diendo caballerizas, en construcción, limpiando, realizando man-  
dados, botando desperdicios, lo que fuera. Era una especie de pa-  
go por seguir vivo. Tal vez llegaban a mi bolsillo unos “slotys” de  
vez en cuando. Pero garantizada una precaria comida, techo y la  
seguridad de que los polacos de los “progromos” no se acercaban  
a los soldados alemanes por miedo a que los fusilaran, pues habían  
dicho que esos cuarenta y tantos jedwabneses sobrevivientes eran  
esclavos al servicio del Tercer Reich, mi existencia prosiguió en la  
oscuridad, atormentado por preguntas sin respuesta.

¿Podría encontrar las dos vacas de papá? ¿Andaría por ahí  
buscándome alguno de los tíos que vivían en Lomza, algún pri-  
mo, algún pariente Waserstein que nos recordara? ¿Quedaría al-  
gún misterioso judío como yo escondido en algún remoto aguje-  
ro del pueblo esperando ocasión de aliarse con alguien para esca-  
par? Pero nada. El día seguía en blanco y la noche en negro. Na-  
da quedaba. Miraba la casa paterna y ya no quería entrar. Había  
gente disponiendo cosas en ella. No me importaba ya. Y tras ca-  
da caminata, tras cada fisgoneo, retomaba al trabajo con los ale-  
manes, trabajo en que estábamos involucrados varios: un hombre  
mayor al que le quemaron la esposa y los hijos; otro que escapó  
de los bandidos en el preciso momento en que lanzaban a la pira  
del establo, al sur del pueblo, a sus dos hermanas que habían si-  
do violadas; uno más, cuyos padres herreros fueron despedazados  
a garrotazos en Plaza Mayor y tenía a su bella hermana metida  
con nosotros entre los alemanes; finalmente, algunos “rostros fa-  
miliares” recordados de la Sinagoga y un par de jovencillas que  
pudieron salir de mis tiempos en la “heder”, porque me hablaban  
con familiaridad.

Para “organizar” el grupo los alemanes nos invitaron a ele-  
gir un jefe o “presidente” comunal. Había un severo judío, terra-  
teniente, intelectual y de mucha fama y respeto para polacos ju-  
díos y polacos católicos, que resultaba ideal para el cargo. Ha-  
bían quemado a su esposa Rebeca y a una hijá. Una segunda hi-  
ja —llamada Sonya— había logrado burlar la hoguera del establo  
y huyó por entre bosques hasta Lomza donde desapareció con-  
fundida con la multitud que se apretujaba en el ghetto. De modo  
que el cargo se le asignó y el hombre comenzó, a veces sin mu-  
cho éxito, a tratar de coordinar entre los alemanes y nosotros las  
labores con que pagaríamos el “hospedaje" y la extraña condi-  
ción de semiprisioneros con derecho a comida, en que estábamos.

No sumo los días que corrieron en esta nueva etapa de mi  
vida porque jamás llevé cuenta de ellos. Hubo muchos anodinos,  
grises, sin resaltes. Otros, en cambio, tenían intensidad por lo  
que pasaba alrededor o por lo que nos iba ocurriendo a nosotros  
mismos en lo individual. De estos últimos hubo algunos que, por  
los acontecimientos especiales, recuerdo muy bien.

Nos mandaron a trabajar en construcción. Al lado de la ca-  
sa-refugio nazi en que estábamos, alguien había planificado le-

vantar una edificación de tres pisos. Se dijo que era para facili-  
tar con comodidad espacio para las oficinas de los oficiales de  
ocupación, que cargaban con la parte administrativa del ejército,  
e incluso que algunas.de las mejores oficinas diseñadas serían pa-  
ra los jerarcas de la parte militar. Mi trabajo, entonces, era tras-  
ladar tablas a los carpinteros y de vez en cuando ladrillos a los al-  
bañiles.

Me encontraba en “pujos” subiendo una pesada viga, cuan-  
do noté abajo, en la calle, la llegada de un “jeep” cuya capota de  
color verde tenía bien repintada una “svástica” y la identificación  
calaverosa de la Gestapo. Bajaron cuatro militares de piernas tie-  
sas y uno quedó sentado en actitud displicente en el vehículo. Era  
un alemán de pantalones cortos que, a la distancia, solo daba la  
impresión del hombre que trata de robar al sol unos cuantos rayos  
para que sus piernas salgan un poco de su angustiante blancura ha-  
rinosa. De repente este hombre se fijó en mí y con imperioso ade-  
mán me llamó a su lado. Mirándome como alimaña, y con pala-  
bras que salían como escupitajos de su boca, me interrogó:

—¿Cuántos años tienes?

—Solamente dieciséis... ¿Te quitas edad?

—No lo necesito: es la verdadera

Entonces el oficial enmudeció y me sometió a estudio.  
Sentí su mirada penetrante recorriendo de mis zapatos al último  
pelo de mi cabeza (que en ese tiempo aún tenía pelo y no calvi-  
cie, como ahora, en la vejez). Mi presencia no era para entusias-  
mar a nadie. Estaba flaco, greñudo, ojeroso, la piel de la cara  
quemada por el sol, demacrado, sucio, maloliente y con los lacri-  
males prontos al nervioso lagrimeo. De ropaje ni hablar. Vestía  
andrajos. Pasado el prolijo examen el hombretón con cara de tor-  
turador rompió el silencio:

—¿Eres tú un legítimo judío?

—Lo soy. ¿De dónde vienes?

—Aquí vivo, sobreviví a la matanza y la quema de seres  
humanos efectuada por los polacos cristianos del pueblo el 10 de  
julio. ¿Cómo sobreviviste?

—Logré escapar de la Plaza Mayor. ¿Hubo judíos orga-  
nizados salvando gente?

—No, escapé yo solo. Tengo que volver a preguntar:  
¿quién te ayudó?

Repito que nadie, tal vez el Dios de Israel...

Con mi repuesta el rostro del alemán se congestionó. Se  
crisparon sus manos, hizo intento de levantarse del asiento del  
“jeep” pero se contuvo y siguió preguntando:

—¿Tienes relación con gente que clandestinamente prepa-  
ra fugas a Palestina?

—No señor, no conozco a nadie aquí que vaya para Pales-  
tina. Ni siquiera sé qué es Palestina, pero muchos polacos en la  
calle me gritan “perro judío, vete a Palestina”... Un loco asesi-  
no que sirvió en el 38 Batallón de Fusileros Reales de Gran Bre-  
taña llamado Jabotinski, organizó un grupo criminal en Lomza, y  
enviaron para acá como coordinador a Jan Polieski, ¿Lo conoces?

—Jamás he oído hablar de Jabotinski, ni conozco en todo  
el pueblo alguien de apellido Polieszki. Y la “Haganah”, ¿me di-  
rás que tampoco estás en ella?

—Soy campesino, agricultor. Jamás me he movido de Jed-  
wabne y aquí no existe nada que se llame “Haganah”. ¿Pero sí  
sabes pelear, no es así?

—No, nadie me enseñó a pelear, y obedezco la ley judía de  
no matar. ¿Cómo te llamas?

—Shmulke... ¿A cuántos mataste el 10 de julio para sal-  
varte?

—Ya le dije que no sé matar. Se descuidaron y me escapé.  
¿Dijiste que a Jabotinski y Polieszki les ayudó tu papá?

—Mi padre era pacifista por religión y voluntad propia,  
nunca conoció a esas personas. ¿Podemos llamar a tu papá?

—En setiembre de 1938 falleció de cáncer en el hígado en  
Varsovia. ¿Daba alimentos y dinero a los de la “Haganah”?

—Por Dios, a veces no tenía dinero ni para nosotros... ¿Y  
tu mamá, dónde está escondida tu mamá?

—Está muerta, la mataron los polacos junto a mi herpjano  
Saúl. ¿Pero qué cosa era tu mamá?

—Costurera... ¿Dónde está ahora la costurera?

—Ya le dije: muerta, convertida en cenizas, la quemaron  
los polacos.

El nazi seguía a la carga. Me di cuenta que si daba una res-  
puesta con fallos, si me pescaba en una falsedad, me mataría allí  
mismo. Había como un odio frío y glacial en sus ojos que no se  
me quitaban de encima. Tuve miedo, porque ya al insistir sobremi mamá, la última respuesta que di lo hice casi gritando. Pero  
él siguió imperturbable:

—¿Y tus hermanos?

—También se lo dije, tenía uno llamado Saúl, y lo mataron  
con un hacha. Le partieron la cabeza. ¿Por eso mismo vas a pe-  
lear con la gente de Jabotinski? ¿Vas a vengarte?

—Señor, parece que me quiere poner una trampa. Yo no  
conozco a Jabotinski, ni había oído su nombre hasta que usted lo  
mencionó. Yo no sé pelear, nunca he matado a nadie. Estoy aquí  
con los mismos alemanes que impidieron que los polacos cristia-  
nos del pueblo me mataran. Solo quiero vivir, trabajar y tener  
paz. No me interesa el crimen, ni la venganza. Soy judío religio-  
so, creo en Dios y cumplo con las leyes de mi pueblo. Puede ser,  
puede ser, ¿pero dónde está tu papá?

Muerto, muerto, muerto, ya lo oyó usted, está muerto...

Entonces el hombre de la Gestapo se puso de pie. Era  
enorme. Bajó del vehículo. Se agachó y apiló una enorme carga  
de ladrillos que me obligó levantar y llevar a la construcción.  
Otros judíos fueron forzados a también levantar cargas exagera-  
das. El tipo hizo una seña y de la nada, quizás porque estaba es-  
condido detrás del “jeep”, apareció otro matón alemán de unifor-  
me. Agarró una tina de baño enlozada que estaba destinada a la  
construcción y la colocó delante del oficial interrogador. La lle-  
nó de agua y con todo y ropa se metió en ella, acostándose como  
si realizara una gracia teatral. Era algo sorpresivo. Extendió el  
brazo y con voz ronca me llamó para que me colocara a un extre-  
mo de la tina, y de la misma forma altanera llamó a otro mucha-  
cho colocándolo al otro lado. Mirando al que parecía su superior,  
nos gritó a nosotros: ¡Cárguenme!

Intenté levantar el lado que me correspondía. No fue posi-  
ble. Las venas de mis sienes se repintaron rojas por el esfuerzo,  
bufé, me quejé, pero nada, no podía levantar mi lado, ni el otro  
muchacho, que estaba a punto de desmayarse por el esfuerzo, po-  
día levantar el suyo. Quizás la tina y el alemán, con agua y todo,  
pesaban como trescientas cincuenta libras, o más. Era imposible.  
Convulsionado por el esfuerzo, tras cinco minutos de lucha, tomé  
valor y le dije al mastodonte uniformado:

Señor, no se puede. Nosotros dos no podemos con este pe-  
so, hay que llamar a otros más...

No me dejó terminar de hablar. Se levantó de la tina cho-  
rreando agua, y sacando de alguna parte un enorme látigo de  
cuero negro, me lanzó un fustazo por la espalda, otro por las  
piernas y un tercero por el cuello. Sentí como si una serpiente  
se arrollara sobre mi cuerpo y con sus colmillos levantara trozos  
de piel. Fue un dolor lacerante. Al restallar el látigo, la camisa  
y el pantalón se rompieron. Una vez más la lengua de cuero  
trenzado pegó en mi carne e hizo saltar trozos de piel. El dolor  
fue insoportable.

Tal vez sorprendido de que no caía desmayado, su rostro se  
congetinó más. Ordenó al compañero del otro lado de la tina, que  
se había salvado del látigo, acostarse en el suelo. Me ordenó a mí  
lo mismo y llamó a tres judíos más que transportaban ladrillos y  
los dobló a empellones hasta acostarlos junto a nosotros. Luego  
caminó unos pasos chasqueando el látigo. Subió al *jeep* y aplicó  
la llave del encendido. Con furia pisó el acelerador a fondo, lan-  
zando el vehículo contra nosotros para aplastamos. Cerramos los  
ojos y pedimos mentalmente a Dios recibimos a su lado. De4pronto escuché un chirrido insoportable y aspiré el olor del cau-  
cho quemado. El demente alemán aplicó los frenos y el vehícu-  
lo se detuvo a diez centímetros de mi cabeza. Apagó el motor,  
descendió y se marchó escupiendo en el suelo.

Lacerada brutalmente la espalda, golpeados y aterrorizados  
mis amigos, solo quedó tiempo para ponemos de pie antes de que  
otras voces imperiosas nos obligaran a seguir subiendo pilas de  
ladrillos hasta el tercer piso de la nueva construcción.

Ningún alemán se perturbó por lo que había visto. El pri-  
mero que me interrogó desapareció calle abajo. También desapa-  
reció el bruto del látigo. Solo quedaron conmigo, por la tarde y  
la noche, aquellas laceraciones sangrantes, que ardían como si  
me estuvieran aplicando carbones encendidos en la espalda. A  
las cinco otro alemán autoritario vino a ordenamos cesar en las  
labores y nos autorizó salir del lugar. Pueden irse —dijo el na-  
zi—, pero mañana a las ocho en punto los quiero presentes aquí  
mismo trabajando. Les advierto que no toleraré desertores. A los  
que no se presenten, los buscaremos y donde los encontremos,  
los fusilaremos...

Nunca pude saber qué era, realmente, lo que aquellos ale-  
manes que nos salvaron primero de los polacos asesinos, desea-

ban de nosotros. Estoy convencido, eso sí, que por alguna razón,  
la Gestapo sospechaba que yo estaba conectado con una organi-  
zación judía de combate o ayuda a los fugitivos, o que mi padre  
lo estuvo. Fue mucho después que supe quién fue Jabotinski y  
que había muerto en 1940.

En todo esto hay confusión en mi mente. En realidad los  
alemanes que alrededor del 15 de julio de 1941 me habían encon-  
trado en la puerta de mi casa, me brindaron alojamiento en una  
casa deshabitada al norte del pueblo junto a los compañeros con  
que yo corrí la huida por el cementerio. Luego nos enviaban a  
trabajar y diariamente teníamos que firmar por nuestra presencia  
allí. Pero a los otros dieciséis sobrevivientes y a otros más —en-  
tre ellos varias mujeres—, los mantenían en el sótano porque los  
polacos del “progromo” de la Plaza Mayor habían insistido mu-  
cho en reclamarlos para liquidarlos. Esto es lo que me parece,  
pero a lo mejor estoy confundido y todos nos hallábamos juntos.  
Lo extraño es que yo podía moverme con cierta libertad aunque  
con riesgo por el pueblo. Lo hice muchas veces y no sentía que  
era prisionero de nadie. En todo ese tiempo la mayor sensación  
de peligro objetivo que tuve, fue durante el interrogatorio del  
hombre de la Gestapo. Entonces presentí que si hubiera cometi-  
do una sola falta en las respuestas, o hubiera dicho algo contra-  
dictorio, con titubeos o sin la vehemencia en las respuestas que  
da la certeza de decir la verdad, se me hubiera sacrificado al ins-  
tante. Esos días en la martirizada Polonia no eran días de pacien-  
cia. Los invasores mataban por cualquier cosa, hasta por gusto.  
Y con ellos mataban los antisemitas polacos y los judíos traido-  
res que por vileza, en calles y ghettos, funcionaban como esbirros  
de los nazis, informando de cualquier intento de fuga, o rebelión,  
o de simples deseos manifiestos por algún judío o judía, de ser  
ayudados por la “Agencia Judía” o el poco conocido pero exis-  
tente grupo llamado “Angeles de la Guarda” (en el que había un  
costarricense de apellido Laurent), de querer salir clandestina-  
mente de Polonia para dirigirse a Palestina o a algún lugar en el  
planeta Tierra en que no estuvieran asesinando judíos en forma  
tan miserable.

No tengo ninguna posibilidad de afirmar sobre pruebas lo  
que voy a decir, pero sin duda algún influyente polaco del pue-  
blo, miembro del escuadrón ríe asesinos de Rominsky y compa-ñía, pudo haber informado a los alemanes que realmente yo era  
un espía de la “Haganah”. Es tan solo una ocurrencia. Una ocu-  
rrencia caprichosa pero que ahora, en pleno desarrollo de agosto  
de 1998, cuando estoy en la revisión final de los borradores de es-  
ta historia, valoro de modo diferente y me obliga a meditar. Pues  
si Calel, mi padre, en los años de 1935 a 1937 en que murió, es-  
taba de alguna forma ayudando misericordiosamente a enviar ju-  
díos fuera de Polonia, cuando habían sido señalados para la ex-  
terminación, no sería raro que una punta de esa actividad, una mi-  
núscula información escapada del hermético secreto que envolvía  
tales proyectos, hubiera llegado a oídos de algún maldito hijo de  
Jedwabne y más tarde, con toda seguridad adulterada, fuera pues-  
ta en los oídos de la Gestapo. Sea lo que fuere, jamás se me in-  
terrogó de nuevo, ni se me atormentó a latigazos, ni a bofetadas.

En conversaciones con Antosha Barusch —cuando la hago  
venir a mi casa en Costa Rica para que escape al rigor del invier-  
no y el frío en Chicago, Estados Unidos, donde vive con una nie-  
ta— hemos especulado que tal vez los ocupantes alemanes de  
Jedwabne en este año 1941 y los comienzos de 1942, lo que pre-  
tendían, de sutil manera, era forzar al grupo de los sobrevivien-  
tes, que no pasó de los cuarenta, para que en un trabajo exagera-  
do y verdaderamente esclavista, fuesen muriendo “naturalmente”  
uno a uno.

Durante los primeros meses de supervivencia tras la matan-  
za genocida, mucha información y comprobación de la latente  
bestialidad nazista me hizo mirar las cosas de forma diferente.  
Hubo un caso —pocos días después de los latigazos que la Ges-  
tapo me aplicó— que me partió el corazón de dolor y sembró de  
nuevo odio en mi alma. Un compañero nuestro, buen mozo, afa-  
noso y fuerte que jamás escapaba el bulto a la faena, cayó desma-  
yado al poco rato de transportar pilas de ladrillo al edificio en  
construcción. Dejé la labor y me acerqué a él para auxiliarlo.  
Quien estaba ahí desmadejado en el polvo, no era el amigo buen  
mozo, fuerte y afanoso que yo conocía. Era una piltrafa humana.  
Prácticamente lo habían despedazado. Largas y profundas heri-  
das sangrantes de látigo se marcaban a todo lo ancho de su espal-  
da. Tenía el rostro tumefacto, y los hematomas le daban una apa-  
riencia monstruosa. La ropa estaba rota y sus genitales se veían  
inflamados y lacerados. No pude sentarlo porque uno de sus glú-teos estaba lastimado con despellejaduras y quemaduras y su rec-  
to inflamado y sangrante. Le di un sorbo de agua y me balbuceó  
con voz apenas audible, que lo habían “crucificado”, y que había  
escuchado que lo iban a lanzar a la calle a trabajar con nosotros,  
para que su aspecto nos llenara de miedo. Por la noche la solda-  
desca borracha, dentro del edificio, le había sacado arrastrado de  
su cubículo. Lo flagelaron con cinturones de cuero, reglas de ma-  
dera y un látigo. Le desnudaron y le obligaron a golpes a arras-  
trarse por el piso a los pies de los degenerados alemanes. Luego,  
agarrado de brazos y piernas casi hasta descoyuntarlo, lo abusa-  
ron hasta que de dolor, de vergüenza y de rabia, perdió el cono-  
cimiento.

Un soldado alemán llegó y dijo que lo llevaría a curar. Llo-  
rando de impotencia me dije a mí mismo que si ese era nuestro  
destino final con estos degenerados alemanes, era mejor suicidar-  
se. Me lo dije a mí mismo y se lo dije a los demás...

Las escenas de tanta brutalidad, de tanto trato infrahumano,  
se me agolparon en el cerebro. El trabajo continuó y por ese mis-  
mo tiempo nos mandaron poner una cinta negra, ancha, como de  
cinco pulgadas, en que con letras amarillas destacaba la palabra  
“jude”. Además, en la camisa, sobre otro parche de tela en fondo  
negro, la estrella de David en amarillo. Marcados así, la vigilan-  
cia se aflojó y nos dejaron en mayor libertad de trabajar y reco-  
rrer ciertos sectores del pueblo. Siempre escuchábamos noticias  
de hombres flagelados y de mujeres judías violadas. Los aberra-  
dos sexuales andaban sueltos. Yo no vi nunca una cosa así, pero  
no era por nada que se hablaba tanto y todos los días del asunto.  
Convencido de que en Jedwabne ya no había nada para mí, y que  
si me quedaba en el pueblo, aunque se dijera que estaba muerto,  
mi camino no sería otro que encontrar alguna forma ruin e indig-  
na de exterminio, comencé a pensar seriamente en establecer con-  
tacto con una familia polaca católica que fue muy amiga de mis  
padres, y que yo intuía era gente buena de noble corazón, que vi-  
vía en un pueblo a unos seis kilómetros del nuestro, escondido en  
una sinuosidad del terreno cercana a Lomza, que se llamaba Jed-  
naczewo. Sin embargo, tenía que enfrentar una dolorosa expe-  
riencia más antes de decidir el viaje a esas tierras vecinas.

Había hecho cierta amistad con un polaco que pasaba a me-  
nudo en carretón por la construcción. Los alemanes lo dejabandetener su carromato y conversar con nosotros. Este hombre es-  
peró mucho tiempo, pero una tarde me dijo que había escuchado  
en la Municipalidad que por mandato de los alemanes y para evi-  
tar que tuviera que fusilarse a muchos de los que estaban come-  
tiendo crímenes abiertamente en la calle, se debía devolver a los  
sobrevivientes judíos, que eran poquísimos, algunas de las pro-  
piedades y cosas que se les había quitado desde el 10 de julio del  
41. Con buena labia, el viejo me dijo que él estaba dispuesto a  
acompañarme ante el Alcalde, para que por lo menos se me de-  
volviera una de las dos vacas propiedad de mi padre. “Con ese  
animalito” —me decía— “puedes negociar y a lo mejor lograr  
unos cuantos *slotys* para salir de Jedwabne y probar suerte en otro  
pueblo”.

Eso fue para mí estimulante. ¡Al fin un amigo aunque fue-  
ra polaco católico! Y la propuesta daba vueltas en la cabeza aun-  
que ensombrecida por el miedo de enfrentar a un chacal llamado  
Rominsky, que trabajaba en la Municipalidad, al que había visto  
sin piedad asesinando judíos el “Jueves Negro”.

Finalmente acepté. Llegó una tarde con su carretón y me  
dijo sonriente que era “cuestión de un momento” rescatar las va-  
cas. Aunque la distancia era corta hasta la Municipalidad, el via-  
je se me antojó demasiado lento. Llegamos a la comuna y no hu-  
bo esperas. Directo el “amigo” del carretón fue a parar al despa-  
cho del Alcalde. Entramos sin ceremonias y allí estaba Karol Ro-  
minsky. Se me quedó mirando fijo y el amigo carretonero le di-  
jo: “Samuel Waserstein desea formular un pedimento”.

No sé por qué, a pesar de mis experiencias negativas, me  
sentí de pronto amparado en derecho y en justicia y sin hacer las  
reverencias a que me acostumbraron de niño, le dije que reclama-  
ba formalmente en nombre de la extinta familia Waserstein, las  
dos vacas de nuestra pertenencia, presumiblemente ingresadas al  
“Fondo Municipal”.

El hombre se puso de pie. Era más alto y más recio de lo  
que en el pasado había podido apreciar a la distancia. No dijo ni  
una sola palabra. Avanzó hacia mí apartando de un empujón al  
carretonero y abriendo sus brazos velozmente dejó caer sus ma-  
nos con fuerza sobre mis oídos. Fue un golpe brutal y demole-  
dor. Sentí un chuzaso de dolor que abatió hasta las fibras más ín-  
timas de mi cuerpo. Se nubló mi vista y perdido el equilibrio caí

de rodillas frente al nefasto personaje. Comenzaron a sangrar  
mis oídos y, pasado el umbral más alto del dolor, un zumbido per-  
sistente agravó mi aturdimiento: aquel corrupto funcionario había  
roto el tímpano de mis oídos, lo que a tantos años de la agresión  
es la causa de mi sordera.

Me levanté como pude, le miré con odio concentrado a los  
ojos y apunté mi dedo índice a su pecho. No pude articular pala-  
bra pero él me gritó con fiereza: “Váyase, póngase fuera de mi al-  
cance”.

Salí y jamás volví a saber del “amistoso” polaco carretone-  
ro. Comencé a ver los hechos con claridad. El hombre había pro-  
bado a Rominsky que Samuel Waserstein estaba vivo. Jamás ha-  
bía sido encerrado en Treblinka, ni se había fugado de ninguna  
parte, ni era quién murió congelado en el camino a Jednaczewo.  
Si el pago para él eran las dos vacas de mi familia, dudo que se-  
mejante canalla lo cumpliese. Sentí una extraña sensación inte-  
rior: ¡Había enfrentado cara a cara al peor asesino de mi pueblo!  
Ahora me echaría los perros de los “progromos” encima, pero él  
no viviría tranquilo. La posibilidad de que yo fraguara una ven-  
ganza le quitaría el sueño varias noches...

Anduve por la calle como un robot. Soporté el dolor de  
los oídos y creo haber buscado una fuente para beber un sorbo  
de agua y haberme sentado por allí en un rincón cualquiera. No  
sé cuánto tiempo pasó. Pero recuerdo que escuché una voz que  
me llamaba: “¡Shmulke, Shmulke, ven acá!”. Era el señor Via-  
silikowski amigo de mi padre, cuya esposa era a la vez amiga de  
mi madre y se llamaba Antosha. Recordaba haberlo visto ayu-  
dando a papá a arar los terrenos en aquellas cuatro manzanas de  
tierra que en ese momento quién sabe a qué criminal le habrían  
sido conferidas como “regalía” por su participación masiva en el  
genocidio del “Jueves Negro”. “Tú no debes estar aquí, es un  
peligro. Mira cómo estás sangrando. ¿No te das cuenta que has  
burlado demasiadas veces a los asesinos de tu madre y de tu her-  
mano y que eso los tiene enfurecidos?” Casi no escuchaba su  
voz porque había recomenzado el zumbido en mis oídos. ¡Esa  
era la marca de Rominsky! Esa perturbación provocada por los  
tímpanos rotos es la que me acompaña hasta el día de hoy. La  
sordera progresiva sigue avanzando en forma tan acentuada, que  
ya ni con audífonos especiales puedo oir con claridad. Se haperdido mi sentido del equilibrio y estoy a un paso del mundo  
del silencio.

Llegamos anocheciendo a la aldea de Jednaczewo y, des-  
pués, a la granja de estos maravillosos polacos cristianos. Era  
una posesión de alrededor de veinte hectáreas, unos dos kilóme-  
tros hacia el sur del pueblo. Abarcaba tierras cubiertas de pasto,  
trigo, hortalizas y algunos espacios de plantas florales. Era un lu-  
gar hermoso, que los campesinos llamaban “La Colonia”. Vishi-  
likowski me ayudó a descender del carretón y ya adentro, con el  
calorcito reconfortante de la rústica casa, Antosha comenzó a cu-  
rar mis heridas. Una vez más, sentía que estaba a salvo...

Ha llegado el momento de conversar sobre mi vida en Jed-  
naczewo. Primero, debo decir que sigo confundido con el nom-  
bre y con la distancia que lo separaba de Jedwabne. La verdad es •  
que en los mapas de Polonia consultados, y mayormente en los  
que tuve en mano en mayo de 1997, en Varsovia, cercana a mi  
pueblo solo aparece una comunidad que se llama Jednaczewo.  
Es una región con un pueblo pequeño, que aparece aproximada-  
mente a unos seis kilómetros al suroeste de Jedwabne en unas te-  
rrazas de la margen sur del Río Narew. Le rodean otros peque-  
ños conjuntos poblacionales aldeanos como Chuldno, Nowgrod,  
Kisielwica y Piatnica. Supe que en esas tierras habían existido  
varias experiencias agropecuarias llamadas “colonias” y con eso  
pareciera que en verdad este Jednaczewo puede ser el Janckzewo  
del que a través de tantísimos años hemos venido hablando. Ya  
lo dije: a lo largo de la vida y de la desmemoria sufrida, muchos  
nombres aparecieron en mis recuerdos deformados o desubicados  
geográficamente.

“La Colonia” la formaban unas cinco granjas dispersas con  
casas rústicas. La que se convirtió en mi salvación era una casa  
de madera, baja, con techado de tejas, varios cobertizos alrede-  
dor, y un granero cuya estructura superior de ladrillo, con puerta  
de madera y en forma de “cuña”, daba acceso a un compartimen-  
to excavado en la tierra que servía para proteger granos, forraje o  
patatas durante la crudeza de los inviernos. A unos diez metros  
de la casa familiar, cruzando un amplio patio, había construida  
una chanchera y a la par un gallinero. A los cerdos los pasaban  
en invierno o las noches a un cobertizo mayor en que compartían  
espacio con vacas y ovejas. Ese cobertizo multifuncional podíatomarse como establo, aunque estrictamente no era tal. El cam-  
po inmediatamente cercano a la casa estaba sembrado de hortali-  
zas. Había lechuga, arvejas, cebollas, remolachas y zanahorias.  
Luego seguían campos de trigo, papa y cebada. Los pastos natu-  
rales no ocupados en agricultura eran cortos, verdes, amacollados  
y muy suaves. A veces se llenaban de “dientes de león” que en  
floración daban un hermoso color amarillo a los espacios verdes,  
con sus flores multipetálicas y sus globos de semillas que el vien-  
to fuerte hacía volar por todos lados.

A unos quinientos metros de la granja se levantaba otra fin-  
ca más pequeña, con casita de madera, que pertenecía a un her-  
mano de Antosha llamado Antoniwsz. Esa casa fue como una se-  
gunda “guarida” para ponerme a salvo durante las persecuciones  
que tuve que soportar por varios años.

La familia estaba compuesta por Koeshe Wyrzykowski, el  
padre; Antosha Barush, la madre; los padres de Antosha, Francis-  
zek Karwoskin y Josefa Scroki. Además, los niños, Helena y An-  
tonio, que apenas comenzaban a despuntar la vida.

Desde el primer momento de mi llegada el abuelo Francis-  
co se convirtió en una especie de tutor espiritual para mí. Cató-  
lico convencido, pero no fanatizado en beaterías, tenía una men-  
te lúcida y una cultura apreciable para un campesino de noventa  
y cinco años nacido en las que alguna vez fueron desoladas y  
primitivas llanuras. Imposibilitado de actividades de fuerza en  
la granja, siempre se las ingeniaba para estar sirviendo a los de-  
más. Leía constantemente y oraba con mucho más constancia.  
Él fue quien me dijo que “descubriendo la fuerza de la oración  
con fe, se descubre un poder”. Estoy convencido de que eso es  
verdad y que la fórmula es válida tanto para católicos cuanto pa-  
ra judíos. La oración es una fuerza que genera sorpresas. Yo sé  
por qué lo digo.

La casa no era muy grande pero todo estaba dispuesto en  
su interior con mucho amor, mucha delicadeza. Es algo que  
siempre he reconocido en Antosha. Su amor por el detalle, su  
entrega a los demás, su clarísima percepción de los estados de  
ánimo que nos mueven por la eterna cadena de los días cambian-  
do y alterándose según las circunstancias en que nos veamos en-  
vueltos o fabriquemos nosotros mismos. Antosha no sabe nada  
de psicología, pero domina sus mecanismos por intuición. Aún

hoy, cuando llega a mi casa en La Sabana de San José, cambian-  
do el gélido invierno de Chicago por la eterna temperatura de 22  
grados centígrados del Valle Central de Costa Rica, es capaz de  
descubrir si estoy enfermo, abatido, nervioso, malhumorado o  
atenazado por alguna de esas depresiones profundas y dolorosas  
que han sido mis compañeras de toda una vida desde que resu-  
cité a una nueva existencia entre las boñigas y el estiércol de los  
cerdos, allá en el hediondo agujero de una chanchera en que vi-  
ví por dos años cuatro meses para escapar de los genocidas po-  
lacos y alemanes.

Había dos cuartos amplios, uno pequeño y una especie de  
buhardilla. En la habitación más grande dormían Antosha y  
Koeshe. En la mediana, los abuelos Francisco y Josefa y, en la  
tercera, que era más estrecha, los dos niños. Fue en ésta, con los  
niños, que me instalaron a mí en una muestra de confianza que  
jamás podré olvidar. Luego estaba una cocina estrecha, el come-  
dor y una alacena para viandas. Eso era todo.

Dos reglas de hospitalidad me fueron impuestas y las acep-  
té sin rechistar: trabajar con Koeshe en las faenas agrícolas y cui-  
dar los animales. Además, dejarme ver lo menos posible fuera de  
la granja, y meter el hombro en asuntos de “mantenimiento” o  
emergencias que se presentaran en el campo o en la casa. Luego,  
aceptar la guía espiritual del abuelo, quien desde que me conoció  
y alegando se había establecido “química” entre los dos, tenía dos  
preocupaciones profundas dando vueltas en su mente: salvar mi  
vida al mismo tiempo que salvar mi alma, para que, si los nazis  
me mataban, yo no tuviera problemas “para entrar al cielo”, y en-  
señarme lo que pudiera de catecismo, rituales y dogmas de la  
Iglesia Católica para que mi judaismo no se notase en las activi-  
dades religiosas del pueblo, o en los posibles viajes futuros a la  
iglesia de Jedwabne para asistir a misa, y para que, además, Dios  
“derramara copiosas bendiciones sobre mi vida” de fugitivo e in-  
deseable.

No, realmente no había problema con estas condiciones.  
Es más, si hubiesen obligado a la esclavitud, las habría aceptado,  
porque no tenía otra alternativa de supervivencia en todo Polonia.  
Pero me asignaban tareas como miembro de familia, me daban  
amor y confianza de entrada no más, y de agregado se preocupa-  
ban por mis asuntos espirituales para que, según las palabras delabuelo, “pudiera olvidar toda la animalidad soportada; vivida y  
practicada” durante mis azarosas experiencias conectadas con  
aquellas páginas espantosas de la historia del desarrollo de la Se-  
gunda Guerra Mundial.

No hubo choque alguno con mi vida oculta en la granja de  
los Wyrzykowski. En las cosas de la tierra yo estaba graduado  
por mi padre con honores. Sabía de trigo, de patatas, de zanaho-  
rias, remolachas y arvejas. Dominaba los secretos del arado y de  
los ciclos de abonamiento de los terrenos. Manejaba buenos y  
tradicionales conceptos agrícolas para la siembra en cuanto al cli-  
ma, las estaciones del año o los movimientos lunares. Era bueno  
atendiendo vacas, ordeñando, haciendo quesos. Y para enjaezar  
caballos no había quién me ganara. Conocía los pastos y los fo-  
rrajes, podía confeccionar las pacas de heno, manejar artesanal-  
mente los tallos secos del trigo y amasar la harina para el pan. En  
dos platos: era un campesino graduado con honores en la univer-  
sidad de la tierra.

Aparte de eso, la “inserción” con los abuelos y los niños, la  
logré sin que se presentara ninguna quebradura generacional. Es-  
taba acostumbrado a respetar profundamente la sabiduría de los  
mayores y a ganarme el cariño de los pequeñuelos, tal vez por la  
escuela practicada por mi propia madre cuando tuvimos que me-  
ter en nuestra casa a los primos más chiquillos huérfanos de mi  
tía materna Esther Raquel. A esto ayudaban todos los trucos fa-  
miliares aprendidos por voluntad de mis amados padres: sabía  
“manotear” un piano, alguna vez traté de tocar violín con un mú-  
sico que luego resultó en asesino y ladrón, tenía suficiente educa-  
ción, me apegaba a las leyes teológicas, morales y ritualísticas  
del judaismo y alguna que otra vez cantaba con voz baritonal que  
para Antosha “estaba que ni pedida por encargo para el coro ca-  
tólico mariano local”.

Fui olvidando poco a poco la vida atropellada y sin miseri-  
cordia de Jedwabne. Aunque me atacaba, sin razón aparente al-  
guna, un llanto convulsivo en que gritaba con desesperación el  
nombre de mi madre y por la noche me despertaban pesadillas en  
que los gritos de los judíos quemándose, no me dejaban dormir.  
Los primeros días en La Colonia fueron devolviendo poco a po-  
co la energía de mi cuerpo, calmando mis tribulaciones espiritua-  
les y retomando a mi persona su aspecto “civilizado”. Pude re-cortar el cabello, bañarme a placer, vestir ropa limpia, rasurarme,  
comer en horario sustanciosamente y beber agua pura sin gusa-  
nos ni alimañas. Tal vez en lo que más me empeñaba sin lograr  
muchos avances, era suavizar los gestos de mi rostro y mi cuer-  
po. Supongo que eso debe haber afectado a mis hijos, porque  
nunca volví a la suavidad y delicadeza de trato que me distinguió  
hasta los doce años.

Necesito ahora romper la parte lineal del relato, para hacer  
una digresión.

En verdad resulta muy fácil para alguna gente escribir de  
historia sin haber vivido en la historia. Tan fácil que no a un si-  
glo de distancia, ni a dos, ni a tres, sino tan solo a cincuenta o se-  
tenta años de un hecho, es posible decir que el hecho que se to-  
ma como historia no existió y que se trata de una irrealidad pues-  
ta como realidad, o una realidad distorsionada o una novela in-  
ventada para satisfacer escondidos propósitos. Eso no cuesta na-  
da. Decirlo no tiene mérito, es muy sencillo. Pero a estos “his-  
toriadores objetivos” que globalizan las cosas, no se les debe  
atender como a algo serio, porque cuando hablan de invenciones  
como en el caso de la “Solución Final” durante la Segunda Gue-  
rra Mundial, y el Holocausto, son ellos los que están inventando.  
Me he encontrado muchos así a lo largo de la vida: los que dicen  
que los judíos aliados con los comunistas fueron los culpables de  
la Segunda Guerra Mundial; los que dicen que la exterminación  
de judíos ordenada por Hitler no existió porque más bien Hitler  
estaba apoyado por el capitalismo deshumanizado de los millona-  
rios judíos que dominaban el comercio y la banca en Alemania;  
los que aseguran que era química y técnicamente imposible ase-  
sinar a tres millones de judíos en las cámaras de gas de Polonia  
y, finalmente, los que afirman que todos esos cuentos de extermi-  
nio, vileza y sufrimiento narrados por los hebreos, formaron par-  
te de un proyecto de desinformación gigantesco apoyado por  
Churchill, Roosevelt y el Papa Pío XII, para forzar en 1948, en  
las Naciones Unidas, la creación del Estado de Israel.

Que pueblos tan diversos y hombres tan diferentes como  
existen en el mundo quieran tragar esas fábulas no me inquieta.  
Lo que me angustia, en verdad, es haber descubierto en los últi-  
mos años, una juventud judía no solo en Costa Rica, sino desper-  
digada por toda la tierra, que ha comenzado a creer que lo quecontamos sus progenitores, sus ancestros, es pura invención y  
fantasía. Yo puedo preguntarles a todos, desde mis hijos a los hi-  
jos de sus hijos y hasta las generaciones que alcance mi voz gra-  
bada en un puñado de cintas magnetofónicas o eternizada en los  
caracteres impresos de este libro: ¿Será espejismo lo que yo vi-  
ví? ¿Será vil mentira engendrada por una ilusión óptica que vi  
morir a mi madre en la pira infernal activada por un centenar de  
criminales polacos? ¿Habrá sido un sueño el hachazo con el cual  
un sicópata abrió en dos pedazos la cabeza de mi hermano Saúl?  
¿Estaré repitiendo de oídas, sin haber sido testigo de nada, la ex-  
terminación de seis millones de judíos durante el Holocausto?  
¿Seré yo mismo, Samuel Waserstein, un invento?

A veces uno no sabe qué pensar de todo esto, cómo actuar,  
de qué forma revalidar la verdad. Tal vez logremos algo quienes  
no queremos que una monstruosidad semejante se repita en el  
mundo, evitando que se pierdan los recuerdos. Tal vez invitando a  
la juventud judía y no judía del mundo a que hablen con los esca-  
pados del infierno, con los que lograron sobrevivir a Chalmo, So-  
bibor, Auschwitz, Birkenau, Dachau, Mauthausen, Belzek, Maida-  
nek y Treblinka. Aquí estoy yo para aportar pruebas. Llega a mi  
casa Antosha Barusch. Vive en San José, cerca del Cine Univer-  
sal, doña Regina Kukielca que sobrevivió a los horrores y el baño  
de sangre del levantamiento del ghetto de Varsovia. Existen cen-  
tenares de libros, de filmaciones, de testimonios. ¿Esperará la hu-  
manidad hundida en el descreimiento y la duda que una nueva lo-  
cura antisemita nos recuerde el horror del holocausto ya cuando un  
nuevo holocausto convierta a la tierra en un mar de sangre?

Al tiempo que yo sembraba remolachas en Jednaksewo y  
el abuelo Francisco me instruía en doctrina cristiana, aparecieron  
en el Norte de Polonia los “Einsatzgruppen” organizados por Hit-  
tler. Se trataba de una especie de batallones móviles de extermi-  
nación de judíos que llegan a las aldeas, concentraban a la jude-  
ría en campos despoblados y la barrían a metralla. Después de lo  
de Jedwabne, y cuando arrimándonos a la “Solución final” que se  
firmó en noviembre de 1942, los asesinatos masivos eran cosa  
corriente, muchos judíos que aún quedaban vivos en pueblecitos  
o aldehuelas cercanas —como Sulewo, Gugny, Loje-Grezko,  
Supy y Mocarze por el norte y al sur Kwonaty, Jezierko, Sambory  
y Meczkio—, fueron masacrados en esa forma, pero aquí no aca-

bó la inhumanidad. Para que los soldados alemanes no estable-  
cieran nexos de ningún tipo con las víctimas, se ensayaron otras  
maneras de matar “ratas judías”. Se empleó dinamita, horcas co-  
lectivas, trabajos forzados, laboreo en minas de pozos profundos  
en que se provocaban colapsos de túneles, camiones con gases y  
hornos crematorios.

Esos casos eran tan dolorosos, tan estrujantes, que el gran-  
jero Koeshe Wyrzykowski, católico y no fariseo, iba a veces con-  
migo arriesgando la vida a dejar clandestinamente algunos ali-  
mentos a los sobrevivientes de Jedwabne que estaban encerrados  
en el ghetto de Lomza. Salíamos de la finca a hurtadillas, en plan  
de ir a mercadear quesos, o cueros o patatas. Cuando pasábamos  
cerca del límite este del ghetto, que estaba rodeado de una barre-  
ra de alambre de púas, yo me lanzaba del carretón a tierra en un  
sitio en que había descubierto unos alambres flojos por los que  
podía forzar la entrada y, arrastrándome con un saco con víveres  
en la mano, penetraba el espacio getario. En el saco echaba lo  
que podía: un trozo de queso, unas patatas, pedazos de pan y al-  
gunas lonjas de carne, sin importarme si era de vaca, de camero  
o de cerdo, o si estaba "kosher” o no “kosher”. A veces un pote  
con agua, y lo entregaba a mis amigos de Jedwabne para que co-  
mieran, porque allí, dentro del ghetto, había más o menos veinti-  
cinco mil personas de las cuales centenares iban muriendo diaria-  
mente de hambre y de sed.

Mis visitas al ghetto eran un reto y tenía que realizarlas con  
rapidez. Una y otra vez advertí a mis amigos “presos” Norberko  
y Jankel que agilizaran sus mentes y establecieran un pequeño  
servicio de espionaje, porque teníamos testimonios irrefutables  
de que todos los días, en camiones, y después acomodados como  
perros en carros de ganado del ferrocarril, estaban sacando judíos  
—hombres, mujeres y niños— para enviarlos al campo de con-  
centración de Treblinka donde eran exterminados con gases o en  
crematorios. Me empeñaba en decirles con claridad cuál era el  
lugar donde me refugiaba en la actualidad, cómo llegar allí, y de  
qué manera sigilosa, había que preguntar por Antosha, cuyo nom-  
bre era respetado por toda la comunidad y era la esposa del gran-  
jero que me protegía. Yo solo quería ver a ese minúsculo grupo  
libre, porque era lo único que quedaba del pueblo. Era tal mi in-  
consciencia que no estaba pensando en el gravísimo peligro enque pondría a la familia que me hospedaba haciendo llegar más  
judíos fugitivos a su casa. Era como si los estuviera condenando  
a muerte, pero en mis neblinas mentales yo solo pensaba en sal-  
varlos a ellos, ya que lucían famélicos, hediondos, enfermos y de-  
rrotados moralmente.

Otra de las actividades a que me dediqué en algunas oca-  
siones cuando viajaba a Lomza, era la de investigar lo que podía  
sobre el paradero de la familia de mi padre, los Waserstein. Sa-  
bía, porque fue comentario de mi padre allá por 1936, que su fa-  
milia no era muy grande. Sus hermanos eran pocos y estaban  
muy diseminados. Sus padres ya habían muerto muchísimos  
años antes de que yo naciera. Había una hermana llamada Gen-  
ta Gitel Waserstein casada con el comerciante Gitzche Atlotsi-  
wiich o de un nombre que se le parecía, que tenían numerosa fa-  
milia establecida en las afueras de Lomza, tal vez en Gronowo o  
Kupiski o algo que sonaba como tales nombres. De niño escuché  
a mi papá decir que ya su hermana y su esposo eran abuelos y te-  
nían varios nietos.

Vagamente recordaba otro nombre geográfico, tal vez ono-  
matopéyico en su transmisión familiar, porque nunca lo vi escri-  
to, que sonaba como a Pioyitzin. Era un pueblecito pequeño que  
debía encontrarse unos dos kilómetros antes de Lomza viniendo  
de Jedwabne, en que vivían un hermano y dos hermanas más de  
mi padre con sus hijos y esposos. Sabía que uno era Najem  
Erczs, con cinco hijos y las mujeres Dinka y María que entre las  
dos tenían cuatro hijos, una parejita cada una. De Najem sabía  
que eran tres varones y dos mujeres. Tenía la idea que Manolo,  
el hijo de uno de los hermanos, había emigrado a un país ameri-  
cano en el mar Caribe que se llama Cuba y que poco a poco se  
había ido llevando a sus papás y a sus hermanos Sara, Felá y Jai-  
me. Pero nadie aparecía. Era como si a los Waserstein en ese  
momento se los hubiera tragado la tierra. Yo, que también tenía  
un hermano, el hermano mayor, Moisés, que se había ido a Cuba  
antes de la guerra, ni siquiera sabía cómo comunicarme con él,  
porque la que le escribía era mi madre, y muerta ella, todo lazo  
con Moisés había quedado cortado abruptamente. Pero seguía  
buscando. Como también buscaba a los familiares de mi madre  
que antes de morir su hermana Esther Raquel, casada con un  
irresponsable llamado Lázaro Hoffman, estaban trabajando en

Zámbrow, una pequeña ciudad con industrias y artesanías que se  
encontraba a unos veinticinco kilómetros al sureste de Lomza en  
el camino a Varsovia.

De los asesinos de Jedwabne no tuve más noticias. Era ex-  
traño, porque habiendo ocurrido el enfrentamiento con Karol Ro-  
minsky en que él rompió los tímpanos de mis oídos con un golpe  
de karate, daba por lógico que ese líder criminal de mi pueblo  
“echara todos los perros a levantar mi huella”, como se dice en  
cacería. El mito de que era mi cuerpo congelado, lleno de piojos,  
el que apareció en un camino secundario de Jedwabne había ter-  
minado para él. Probablemente lo comunicó a toda su cofradía  
de maleantes. Pero nada perturbaba mi tranquilidad en Jednacze-  
wo. El único sobresalto lo tuve un día que andaba por la aldea,  
porque rezaban unos rosarios a la Virgen María a manera de tra-  
dición festiva. En una hora identifiqué a cuatro polacos que ha-  
bía visto participar activamente en la matanza de la Plaza Mayor  
el “Jueves Negro”, apaleando judíos. No supe sus nombres, pe-  
ro jamás olvidaré sus rostros de hiena. En la aldea andaban con  
escapularios de la Virgen del Carmen al pecho, rezaban con voz  
fuerte las “Ave Marías” y “Padres Nuestros” del rosario y me  
contó Antonio, el hermano de Antosha, que cuando iban a misa  
dominical en Jedwabne, se acercaban al comulgatorio, para reci-  
bir la eucaristía cristiana con las manos entrelazadas y cruzadas  
sobre el pecho, en beatífica forma, tal como los gatos cruzan sus  
acolchadas patas delanteras y contraen sus garras, cuando están  
hartos porque han tragado en paz por lo menos un par de ratones.

Sin duda, su presencia no me infundió miedo. Aunque su-  
pe que habían tratado de investigar si había por allí escondido en  
alguna parte un judío fugitivo de Jedwabne, yo les ganaba por  
“una mano”: ellos no me conocían y yo sí los conocía. Para ellos  
yo era un mentecato campesino más, familia de los Wyrzykows-  
ki, pero para mí ellos eran unos abyectos representantes del “pro-  
gromo” criminal alentado por Karol Rominsky, a los que muy  
bien podía tragar la tierra, cocinar a fuego lento en el infiemo el  
demonio, o quebrantar sus huesos hasta convertirlos en un mise-  
rable amasijo de carne y cal cualquier oso enfurecido que hubie-  
se emigrado a los pantanos de la Mazuria.

Había una situación que comenzaba a hacérseme molesta.  
Supe los detalles informativos por boca de la abuela Josefa, que

en una mecedora tosca de madera de abeto, pasaba las horas te-  
jiendo, sin moverse de su rincón, en un corredorcito de la casa,  
pero aparentemente con sus “antenas” extendidas más allá de la  
granja, La Colonia y la aldea, con gran capacidad de captación de  
informaciones, chismes y cuchicheos. Se trataba de mujeres, co-  
queteos, proyectos casamenteros y eróticos trastabillóos. Voy a  
explicar las cosas:

Llegado a los veintiún años, físicamente aceptable y según  
los lugareños, “con futuro” porque Antosha les hablaba de mí co-  
mo un familiar lleno de virtudes, algunos padres de familia con  
hijas solteras, comenzaron a mirarme como un “partido” nada  
despreciable para el probable matrimonio de sus doncellas. Se  
daba por hecho mi “catolicismo” y mi buen gusto. Y en esta úl-  
tima parte había mucha razón, porque las mozas campesinas de  
la zona eran muy atractivas, y en algunos casos, sorprendente-  
mente bellas. Gente de sanas costumbres, sonrientes, con buena  
estatura, rubias de ojos claros la mayoría, tez blanca y cuerpos  
prietos, espigados, de lindas formas. ¿Qué más podía pedir un  
hombre? ¿Qué mejores oportunidades cuando incluso muchas de  
ellas llevarían de dote buenas tierras y ganados? La cosa es que  
se hablaba a menudo del asunto, y las zagalas, alentadas por la  
simpatía que sus padres me demostraban, andaban intrigantes, si-  
nuosas, pizpiretas, requebrando al cristiano galán.

Pero no encajaba en mi cabeza una alianza de esta clase.  
No era una cuestión de complejos racistas, o de teorías hitleria-  
nas de la conveniencia de la pureza del linaje, ni nada de eso.  
Simplemente, en aquellas circunstancias, la defensa de mi ances-  
tro judío, de su cultura como pueblo, sus tradiciones y costum-  
bres, su religión e historia, eran prioritarios. El matrimonio con  
una polaca católica lo tomaba como traición a mi pueblo disper-  
so, perseguido, odiado y despreciado por todos los caminos del  
mundo. Además, ¿cuántas de aquellas jóvenes provenían de pa-  
dres, hermanos, familiares que habían gozado con el exterminio  
masivo de los judíos? ¿Cuántas de alguna forma o de otra tenían  
ligámenes de sangre con los asesinos de Jedwabne y habían sido  
envenenadas en sus mentes con la ruindad de que los judíos éra-  
mos los asesinos de Jesús, el Cristo, y por lo tanto, pueblo maldi-  
to para siempre jamás?

En todo este tiempo, el abuelo Francisco me explicaba con  
mucha sinceridad y claridad la doctrina cristiana. En realidad,  
solo él, su esposa, Antosha y Koeshe sabían mi secreto de raza,  
procedencia y religión. Para los niños era “tío” y para los luga-  
reños el pariente cercano que había llegado para intensificar más  
las labores agrícolas y pecuarias de la familia. Cuando el rugido  
de la guerra se hizo más intenso y los alemanes seguían exten-  
diendo sus tentáculos invasores por todos los rincones de Polo-  
nia, tomando uno a uno hasta el más pequeño pueblo y asestando  
los últimos golpes a un ejército polaco del que solo quedaban fan-  
tasmas que necesariamente tenían que ser aplastados como cuca-  
rachas, para que los proyectos del Tercer Reich siguieran adelan-  
te, las preocupaciones del abuelo con respecto a mi persona au-  
mentaron.

Un domingo por la mañana me llamó a su habitación y me  
dijo que quería bautizarme bajo el rito católico. Me explicó que  
podía morir de un momento a otro por su edad avanzada y sus  
achaques de salud, y que tanto él como su esposa Josefa, querían  
garantizar mi salvación eterna y darle mayor solidez a mi cubier-  
ta defensiva de cristianismo para evitar que polacos o alemanes  
enemigos irreconciliables de los judíos, insistieran en atentar  
contra mi vida.

Era tanta la bondad de aquella gente, tan transparente el  
amor que me donaban, y tan grande su deseo de ponerme a salvo  
de la oleada de odio antisemita, que no me opuse. Estaban arries-  
gando su vida por mí cada minuto del día y esa tensión heroica  
no la llevaba encima alguien que no tuviera bien templado el co-  
razón y muy firme su fe. Yo estaba vivo porque ellos le habían  
garantizado al Señor Jesús la protección que me darían. Con es-  
ta familia el “amar al prójimo como a uno mismo”, no era vana  
promesa. Su fidelidad en las enseñanzas de Jesucristo, el judío,  
los obligaba a compartir el pan de su mesa con los desvalidos y  
atribulados. Aquello no era pose: aquello era fe pura de cien ki-  
lates. Si en un momento cualquier integrante de los “progromos”  
de asesinos polacos de Jedwabne o la “inteligencia” de la Gesta-  
po, descubría que los Wyrszykowski concedían refugio a un ju-  
dío fugitivo en su casa, la costumbre militar era pasar por las ar-  
mas a todos los integrantes de la familia sin importar tamaño, ni  
edad y destruir sus posesiones. Entonces sus vidas y la mía po-dían darse por perdidas. Yo no he conocido en la vida otros se-  
res humanos tan llenos de bondad y de santidad como los com-  
ponentes de esta familia. Principalmente el abuelo. Él era como  
una pintura de los patriarcas de Israel. Oraba por mi madre y mi  
hermano asesinados todos los días, y oraba por mí. Yo creo que,  
en verdad, Dios lo escuchaba y que había una relación espiritual  
entre este hombre justo y ejemplar y la Divinidad. Así que me di-  
je, ¿qué falta grave puede haber en aceptar un segundo bautismo  
bajo el poder del mismo Dios de los judíos y los cristianos?

Tomó una brochita, la hundió en un pote de agua limpia y  
asperjando el líquido sobre mi cabeza, pronunció las palabras ri-  
tuales: “Yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Es-  
píritu Santo, y te pongo por nombre Stanislaw”. Así, de manera  
tan simple, pero tan llena de amor, “nació” ya con veintiún años  
encima un “nuevo cristiano” en la aldea de Jednaczewo. El no-  
ble viejo agregó un “Padre Nuestro” para valorizar más el acto,  
me ungió con un aceite y luego extendió sus brazos aún fuertes  
para abrazarme también y decirme, muy quedito, junto al oído:  
“Adelante hijo, será doloroso, pero saldrás vivo de Polonia y de-  
berá ser tu devoción, así como mucha buena gente te ayudó aún  
a riesgo de su propia vida, ayudar tú a los necesitados, a los que  
en verdad descubras limpios, capaces de transformar cosas y de  
ayudar a las nuevas generaciones judías para que nunca pasen las  
miserias, peligros y agresiones que tú has estado afrontando.  
Que Dios te bendiga...”

Debo decir para clarificar todo esto que el bautizo del no-  
ble viejo lo acepté porque en primer lugar deseaba de corazón  
darle esa felicidad al abuelo; en segundo, porque dudaba de su va-  
lidez ritual; y en tercero porque, conocido ya en la comarca como  
Estanislao, el sabérseme bautizado y católico devoto ayudaba ma-  
yormente a garantizar mi supervivencia en Jednaczewo. Lejos de  
mi ánimo y conciencia estaba el querer cambiar de credo religio-  
so o renegar del legado de cuatro mil años de historia judía y la fe  
de mis padres; lejos de mí, una traición contra la fuerza espiritual  
que aún me mantenía con vida y dignidad ante aquella creciente  
avalancha de odio y exterminio antisemita. El adquirido cristia-  
nismo momentáneo no me dañaba por múltiples razones. Prime-  
ro, porque el Dios de los cristianos es el mismo único y todopo-  
deroso Dios de los judíos. Segundo, porque aceptar a Jesús como

un gran profeta , tal vez un mensajero de Dios, un hombre con po-  
deres especiales que enseñó una doctrina de amor y la salvación  
extraída de las raíces mismas del judaismo monoteísta, aunque no  
pudiera verlo como Hijo de Dios, y por lo tanto, Dios mismo, no  
era, en forma alguna, una abominación. Tercero, porque aunque  
de Jesús se derivó una nueva iglesia, para siempre llamada judeo-  
cristiana, no hubo antes, ni después, ni habrá en el futuro, quien  
se atreva a negar a Jesús como judío. De esa totalidad judía de  
Jesús, el Cristo, y su doctrina de amor, nada malo puedo absorber  
yo, aunque nunca he aceptado su “divinidad” ni el dogma que lo  
inserta en el “misterio de la trinidad” y que habla de un Dios Pa-  
dre, un Dios Hijo y un Dios Espíritu Santo que siendo tres perso-  
nas distintas, son “un sólo Dios verdadero”.

Expresados de manera ramplona, campesina, estos pensa-  
mientos deben tomarse no como justificaciones *a posteriori* de  
un acto que pueda estarme lastimando la conciencia, sino como  
expresiones de una verdad histórica que señala el cómo y el por  
qué, en momentos tan cruciales de mi existencia, devine “cristia-  
no” de judío, para retomar finalmente lo judío sin despreciar lo  
cristiano. Debe saberse también cuando hablo así, que al afirmar  
que no desprecio lo cristiano, estoy pensando en la doctrina tal  
cual se desprende de los Evangelios, y no en los “misterios” pre-  
dicados como dogmas y hechos ley para aceptar por la fuerza,  
creer o reventar, que la Iglesia Católica ha fabricado, así como es-  
toy pensando en centenares de hombres sabios y santos como es-  
tos amigos de Jednaczewo que siguen a Jesús el Cristo con fide-  
lidad inquebrantable, y no en los millones de fariseos del cristia-  
nismo que, a pesar de sus signos exteriores de religiosos bien na-  
cidos, de sus representaciones escénicas, públicas para que se se-  
ñale su “santidad”, puedo garantizar que no conocen nada de Je-  
sús de Nazareth, han ido enterrando cada vez más profundamen-  
te a Cristo, y con solemne desparpajo al acercamos a las puertas  
del año 2000, de la era cristiana, prescindiendo de Dios.

La noticias del terror desatado seguían llegando. El mismo  
pueblo polaco que en algún momento se sintió “vacunado” con-  
tra la furia exterminadora nazista, suponiendo que la invasión a  
Polonia solo obedecía a un inconfeso deseo de aniquilar su pobla-  
ción de tres millones de judíos, dejando en santa paz a todos los  
otros millones de polacos no judíos, vivía ahora la pesadilla de lapersecución, el peso del yugo esclavista y el dolor profundo, tal  
vez demasiado tarde descubierto, de ver cómo, poco a poco, se  
quedaban sin Patria, sin derechos y en la más galopante miseria.

Pero antes de recordar otros hechos dolorosos, advertiré  
que mi tarea prioritaria de supervivencia fue aprender de Jesús.  
Para barnizarme bien de católico y arriesgar más salidas y parti-  
cipar en algunas actividades del pueblo, era necesario conocer las  
bases de la doctrina cristiana y al personaje excepcional que la  
había inspirado, aunque no la había codificado: Jesús de Naza-  
reth, hijo del carpintero judío José y de la joven judía María. Me  
admiraba el sorprenderme cada día con la sabiduría que ostenta-  
ba aquella gente campesina, de tan rudos oficios. Yo diría hoy, a  
casi sesenta años de la hecatombe bélica más pavorosa que se re-  
cuerda (y cuando leo los periódicos y me percato de los esfuer-  
zos de un ecumenismo alentado por el Papa Juan Pablo II buscan-  
do encuentros, y no desencuentros entre nuestras religiones, pun-  
tos de coincidencia y no remarcadas diferencias, respeto mutuo,  
estudios teológicos compartidos, reconocimiento de que tanto el  
judaismo como el cristianismo son caminos de salvación, que hay  
que encerrar entre paréntesis la intención del uno por “convertir  
“ al otro o viceversa, y que solo juntos cristianos y judíos —y tal  
vez otros que se nos acerquen— podemos constituir la fuerza que  
evite la caída de la humanidad en otra locura bélica, genocida y  
repetidora del Holocausto) que aquella gente estaba “iluminada”.

Sinceramente, el abuelo Francisco, su esposa Josefa, Koes-  
he y Antosha eran gente sencilla que exhibía ciertos rasgos de  
inocencia ante la vida. Pero mi veneración por ellos, mi amor y  
mi respeto, no es solo por considerarlos mis verdaderos ángeles  
de la guarda y salvadores, sino una gente de las tierras polacas del  
norte, que animó sus palabras con un cierto profetismo del que  
me admiro todavía. Ese fue el profetismo que me vio avanzando  
vivo hacia el final del siglo XX con mis manos limpias de sangre  
y tal vez convertido en el hombre del “último grito”, el que cru-  
zado en su camino por unos seres providenciales, deba iniciar una  
campaña heroica para advertir a las generaciones judías y cristia-  
nas de este fin de siglo, que estamos en “alerta roja” y la estrate-  
gia nazista de desaparecer, después de la derrota del Tercer Reich  
y sus aliados ante las fuerzas de occidente en 1945, no tenía otra  
intención que cubrir apariencias, ir sentando nuevas alianzas con

los fanáticos antisemitas del Oriente cercano, con los ultranacio-  
nalistas fascistoides de América, para activar una nueva resurrec-  
ción del proyecto antijudío. Ese fue el profetismo —repito— que  
mantiene en la presencia bendita y viva de Antosha, cuando visi-  
ta mi casa en Costa Rica, la certeza de que debo cumplir una mi-  
sión sagrada que aún no aclaro en toda su dimensión, pero que  
me obliga con urgencia a encontrar aliados que solamente mi in-  
teligencia, probablemente iluminada por el espíritu de Dios, per-  
mitirá calificarlos de entre la actual turbamulta de vividores, co-  
rruptos, seres de doble cara, lobos con piel de oveja, fariseos pro-  
fesionales, *Heydrichs, Himmlers, Eichamans, Hosses, Stálines,  
Franks, Goerings y Chúrchiles,* que poco a poco, han estado sa-  
liendo “reencarnados” de sus tumbas, para intentar una nueva es-  
trategia de “dominación mundial” y la que ya ha comenzado a ser  
llamada “la definitiva limpieza del peligro judío en el mundo”.

Tengo la esperanza de que cuando de este libro salga algu-  
na luz, deberá ser una luz para aprovechar; una luz para investi-  
gar de forma permanente; una luz que no debe ligarse a los apa-  
ratos burocráticos del Estado de Israel, ni de ningún otro Estado.  
Porque ya probamos desde 1938, hasta la creación de Estado de  
Israel en 1948, que donde entran a validarse los juegos geopolíti-  
cos de los gobiernos, la empresa privada, los pobladores desliga-  
dos de ella, y los judíos de toda posición económica, figuración  
y cl^se, todo se pierde. ¿Será necesario recordar que junto a  
Churchill, Roosevelt, Degaulle, Weisman, 8en Gurion y otras fi-  
guras que ya fraguaban la estructuración del Estado de Israel, no  
hubo una sola cabeza pensante que tratara de crear una estrategia  
mundial para salvar a los seis millones de judíos que fueron ex-  
terminados durante el Holocausto?

No quedemos ciegos una vez más. Somos judíos involu-  
crados en bancos, negocios, industrias, juegos de bolsa, centros  
de enseñanza, gigantescas actividades productivas. Nuestras ca-  
bezas funcionan maravillosamente en esas direcciones. ¿Enton-  
ces, qué hacer? Yo lanzo una idea: Busquemos a un hombre ca-  
paz de investigar, que no sea figura de relumbrón, para que pue-  
da pasar por todas partes casi sin ser notado y cubierto con un  
buen camuflaje y con plena confianza y financiamiento, pongá-  
moslo tras la pista de los nuevos exterminadores de judíos que es-  
tán engordando escondidos y se aprestan a dar un zarpazo terri-ble. Así, de mi relato, y desde mi propia familia, tal vez, pueda  
adelantarse este proyecto cuyo manejo será en total secreto. Pi-  
do a Dios, que mis palabras sean tomadas a mandato y que así co-  
mo Isaac, mi hijo mayor, animó este esfuerzo de varios años, po-  
dría animar lo que propongo, tal vez con la delegación de su hijo  
mayor, de ser preparado en estas artes, para que con el hombre es-  
cogido formen la “estación de alerta roja”.

Yo creo que Franciszek, el viejecito santo y bueno, vivió y  
murió pensando racionalmente, porque nunca actuó, ni pensó en  
forma irracional, que a lo mejor en su vida había cumplido una  
misión impuesta por Dios, y que aunque Estanislao no llegara ja-  
más a ser un cristiano verdadero, a lo mejor en lo profundo de su  
corazón había prendido una llamita de conversión. Sea lo que  
fuere y para salir de estas recordaciones con las que trato de ha-  
cer justicia a los que sin temor he llegado a llamar “los mejores  
seres humanos que he conocido”, debo pensar en la última vez  
que me hizo sentar cerca suyo, una tarde, al caer el sol, para de-  
cirme que leyendo por aquí y por allá en una vieja Biblia, y pen-  
sando y pensando mucho tiempo, quería revelarme por qué yo te-  
nía que amar y respetar a Jesucristo. Como sus palabras nunca  
ofendían, como jamás miró a judío alguno como “maldito”, o le  
endilgó la acusación del deicidio, sus conversaciones, lejos de re-  
sultar una imposición o un reiterado atropello a mi judaicidad,  
eran sabiduría, fuerza y esperanza para mí.

Esa vez me contó que los judíos debíamos estar orgullosos  
de Jesús, porque Jesús fue un judío fiel a su religión, pero distin-  
to a los otros que estaban investidos como sacerdotes en el San-  
hedrin de Jerusalén'. Me dijo que Jesús gozaba del poder de Dios  
porque reafirmaba con gestos y signos sus palabras, a fin que le  
creyesen. Había sanado a los leprosos, devuelto la vista a los cie-  
gos, puesto a escuchar de nuevo a los sordos, hecho caminar a los  
paralíticos y resucitado a los muertos como en el caso de Lázaro.  
Se apasionaba señalándome que Jesús había sido un hombre fuer-  
te, delgado, de muy hermoso continente, con grandes ojos de mi-  
rada profunda e hipnótica y una voz poderosa y magnética que la  
multitud podía escuchar con claridad tanto si estaba predicando a  
la orilla del Mar de Galilea, cuanto si estaba hablando en lo alto  
de una montaña, o en el más caldeado rincón del desierto. La  
verdad es que nada se sabe del Jesús físico, argumentaba, porque

los evangelistas Mateo, Lucas, Marcos y Juan, absortos en captar  
sus palabras, olvidaron describirlo físicamente. Pero yo lo he  
visto en sueños, aclaraba, y tengo idea de que él me advirtió que  
era necesario aclararle a la humanidad que por su pasión y muer-  
te, obedeciendo el mandato de Dios, no se debía culpar a los ju-  
díos como pueblo hace 2000 años, ni se podía culpar a sus des-  
cendientes dispersos por todo el mundo en la época actual, por-  
que eran los romanos quienes en realidad lo habían crucificado y  
solo unos pocos judíos dirigentes del Sanhedrin aplaudieron su  
ejecución.

Por dos horas conversamos del asunto y muchas de sus pa-  
labras se han perdido en mi memoria, pero retengo unas que con-  
sidero esenciales, y sobre las que me complace volver en mis re-  
cuerdos. Me aseguró ese día que por algo todavía no esclareci-  
do, pero que alguna vez en el futuro comprenderemos, Dios hizo  
-Hacer a Jesús en tierra judía, de una joven virgen judía y dándole  
un padre terrenal judío y con familia enteramente judía. Debes  
respetar a Jesús en cuyo nombre te bauticé porque hablaba he-  
breo como tú, rezaba en las Sinagogas, fue circuncidado por el  
“Mohet” de Nazareth, fue llamado "rabí", atendía el sonido del  
“Shofar” usado en la liturgia judía, acudió puntual a su “Bar-  
mitzvah” ante la comunidad, usaba el “Tallit” o chal de oracio-  
nes, los “Tefillin” o filacterias atadas en cajitas de cuero a su bra-  
zo o a su frente en las plegarias, estudió la “Torah” que no es otra  
cosa que el Pentateuco que también encontramos los cristianos en  
el Antiguo Testamento, guardaba el “Sabbath” desde el anoche-  
cer del viernes hasta el anochecer del sábado y siempre habló re-  
verente del “Dios de Israel”, como su propio Dios y Padre. Sigo  
creyendo que en la reafirmación de Jesús como judío, son tantas  
estas cosas sorprendentes, para mí por entonces, que se me iba  
aclarando la totalidad judía de Jesucristo. El viejo polaco inten-  
taba darme a entender, que teniendo un solo Dios y recibiendo el  
aliento de un Dios único para ambas religiones, judíos y cristia-  
nos, no teníamos por qué “matamos” miserablemente los unos a  
los otros, en vez de amamos y ayudamos en solidaridad y afecto.  
También es probable que sin dejar su óptica católica, con sus  
dogmatismos impuestos a golpe de martillo, quisiera recomponer  
mi dignidad de judío enseñándome de una manera cautelosa a  
desterrar el complejo de culpa que en aquellas execrables matan-zas genocidas, algunos judíos comenzaban a sentir como una  
maldición eterna que nos llegaba por alguna razón justificada.  
¡Dios bendiga a ese hombre!

A manera de anécdota, diré que de mis pláticas con el abue-  
lo tuve la capacidad de aprenderme todo lo concerniente a la mi-  
sa católica en latín. No tengo seguridad total de que, efectiva-  
mente, en los rosarios vespertinos del pueblo —sobre todo en  
mayo, que era el mes floral de María— se cantaran todas las le-  
tanías en latín, pero segurísimo estoy de que yo era la “primera”  
voz y que era en latín como comenzaba mi canto “letánico”:

*"Kyrie, eléison*

*Christe, eléison.*

*Kyrie, eléison.*

*Christe, audi nos.*

*Christe, exáudi nos.*

*Pater de caelis, Deus, miserére nobis.*

*Fili, Redémptor mundi, Deus, miserére nobis.*

*Sancta Trínitas, unus Deus... ”*

Y así toda la retahila hasta llegar —mientras las mozas ca-  
samenteras me miraban con cara de arrobamiento— a los finales  
del *Agnus Dei, qui tollis pecáta mundi miserére nobis y* al sacra-  
tísimo *Pater Noster.*

Así como gozaba con los rosarios, que eran actos comuni-  
tarios fuera del templo, manifestaciones de una fe sencilla, alegre  
y en cierto modo informales, me retorcía todo por dentro cuando  
me tocó presenciar o estar inserto en la rigidez litúrgica de la mi-  
sa católica. Allí, mirando los asesinos de mi pueblo arrodillados  
ante el Altar Mayor del templo, cruzadas las manos, golpeándose  
el pecho al recitar el “Señor Mío, Jesucristo”, haciendo genufle-  
xiones al pasar frente al “sagrario” y caminar en actitud de enva-  
rada beatitud, con los ojos entornados, mirando hacia el cielo, a  
la hora de recibir la comunión o eucaristía, me sacudía una santa  
furia de ver aquella hipocresía, desbordada y repugnante.

Yo le preguntaba al Dios de Israel, alzando los puños: ¿Có-  
mo permites, Dios mío, que estos asquerosos asesinos estén aquí  
alabando tu nombre? ¿Por qué no alcanza tu enojo a este sacer-  
dote oficiante que miró la masacre del Jueves Negro cruzado de

brazos, sin impedir siquiera que cerca de él un maldito polaco  
partiera el cráneo de una debita rubia de cuatro meses de un solo  
garrotazo? ¿Dónde estás Dios de Israel y Dios de los cristianos  
que un rayo enviado por tu cólera Divina no fulmina aquí mismo  
a estos degenerados que no perdonaron y se atreven a rezar el Pa-  
dre Nuestro que habla de perdón? ¿Dónde te escondes, Yahvé,  
que a los hombres y mujeres que se burlaron del “no matarás” de  
la ley, no los envuelves en una llamarada que los calcine lenta-  
mente? Por eso, ir a misa era una tortura, y era enfermarme, y era  
reavivar el odio que yo sé, me estaba dañando, y era sentirme con  
ganas de asesinar...

Avanzando ya 1942, probablemente en los inicios del in-  
vierno, porque ya comenzaba el frío a hacemos tiritar, los prime-  
ros vientos con turbulencias de agua nieve a congelar los triga-  
les y las temperaturas nocturnas a obligamos a la recogida hoga-  
reña tempranera y buscar el amor de los abrigos, pedí colabora-  
ción al señor Wyrzykowski para retomar a Lomza. No había  
vuelto por aquellos lados y me incomodaba no saber nada de mis  
amigos en el ghetto. Además había una inquietud que iba más  
allá de todo esto, algo así como un presentimiento, una sensa-  
ción de encontradas emociones que me escalofriaba y me gol-  
peaba constantemente el cerebro. De manera que me satisfizo la  
autorización de Koeshe para el viaje y me reconfortó me entre-  
gara un saco vacío y señalara la cocina para que embolsara las  
viandas que hubiera a mano, para llevar un poco de consuelo a  
aquella gente que estaba muriendo de hambre. Pero ahí no ter-  
minó el gesto magnánimo del granjero, sino que me dijo, “voy  
contigo”, lo que entonces equivalía a afirmar que estaba dispues-  
to a jugarse la vida conmigo.

Salimos de madrugada, dándonos prisa por enganchar los  
caballos de tiro al carretón. Estaba nevando ligeramente y en la  
oscuridad nos ayudaba a difumiñamos una neblina baja y densa.  
Habíamos pensado que en tan espesas sombras era más fácil arri-  
mar el carromato a mi entrada secreta de la alambrada este del  
ghetto y escurrirme a su interior para buscar a mis amigos, que  
como muchos judíos, tenían más o menos un rincón fijo donde  
permanecer, con la esperanza ciega del que espera algo, sin po-  
der llegar a saber en la realidad qué cosa se espera, de quién se  
espera y por cuánto tiempo angustioso se extenderá la espera.

Los encontré donde había supuesto y me miraron con ale-  
gría. Entregué los alimentos y les volví a repetir la invitación de  
escapar del ghetto e ir a buscarme a Jednaczewo, para intentar to-  
dos juntos hilvanar un proyecto de salvación definitiva. Su esta-  
do físico era cada vez más deprimente. Habían soportado enfer-  
medades gripales con altas fiebres y malestares diarreicos, que en  
las circunstancias sanitarias precarias en que se encontraban, su-  
ponían siempre la posibilidad de males mayores, gravedades y  
muerte. Fue una visita corta. La ligera nevada había cesado y la  
opaca luz del amanecer, aún filtrada por nieblas bajas, comenza-  
ba a permitir de nuevo la visión de todas las cosas. Los abracé  
en silencio con mis bendiciones y comencé a escabullirme hacia  
las alambradas.

Próximo a los alambres flojos, me detuvo una voz gutural,  
espectral, que salía como desde el fondo de una alcantarilla: —  
¡Shmulke, espera, déjame verte!— No reconocí esa voz entre las  
sombras, pero me fui volviendo lentamente hacia atrás, girando  
el.cuerpo sin moveme de un solo lugar, hasta enfocar la forma hu-  
mana desconocida que me llamaba, y se acercaba hacia mí co-  
jeando, trastabillando; dando la impresión de caerse a cada paso.  
Abrí los ojos con espanto. En aquel ser humano andrajoso, es-  
quelético, con los ojos hundidos en sus cuencas, el rostro horri-  
blemente quemado con cicatrices que terminaban en un remedo  
de boca, retorcida y desdentada, reconocí finalmente a Méndum,  
el buen judío de las afueras de mi pueblo, amigo de mis padres,  
cuya hermana ayudaba a mi madre Jaia a fabricar ojales en sus  
camisas y pegar botones, soltero empedernido de cuarenta y cin-  
co años de edad que el “Jueves Negro” al anochecer, después de  
una paliza salvaje, había sido lanzado a las llamas de la pira in-  
fernal donde se calcinaban dos mil trescientos judíos.

Méndum se me antojó un fantasma salido de los más oscu-  
ros rincones del más allá. Pero igual cosa le ocurrió a él conmi-  
go. Yo también era un “aparecido” para Méndum, una especie de  
cadáver ambulante, algo así como un zombie porque él estaba  
bien seguro de que el 10 de julio de 1941 yo había sido asesina-  
do y en este mundo no quedaba nadie de Jedwabne. Estando es-  
clavizados en el mismo ghetto de Lomza, jamás había topado con  
Norberko y los otros sobrevivientes. Se lo dije y se emocionó  
más aún. En pocos segundos me contó su historia. Una más deesas cosas increíbles pero ciertas de que estoy alimentando este  
libro autobiográfico.

Un polaco terrateniente, Josef Maciejs, padre de un único  
hijo que resultó un asesino despiadado en la matanza de la Plaza  
Mayor—y que había extendido una amplia autorización para que  
los conjurados antisemitas usaran el enorme establo que había en  
su granja al sur del pueblo, para quemar a los judíos— fue en  
apariencia el que señaló a los cabecillas del “progromo”, que en  
la granja de Méndum, un poco al norte de la aldea, se estaban es-  
condiendo varios judíos y que “no debía olvidarse” el lugar. Pro-  
bablemente al echar las turbas enloquecidas para liquidar a Mén-  
dum, el pensamiento lleno de malignidad de Maciejs ya había  
“digerido” alguna criminal ecuación cuyo resultado visible a po-  
co tiempo podría ser la apropiación de las tierras del judío para  
agregarlas a las suyas propias que ya eran demasiadas.

A Méndum lo sacaron de la granja amarrado con un meca-  
te y a sus dos hermanas, que apenas habían tenido tiempo de es-  
conderse en el granero, las arrastraron desfallecidas luego de gol-  
pearlas y violarlas con verdadera saña. El pobre hombre jamás  
supo qué pasó con sus hermanas, y suponía que las habían lanza-  
do a la hoguera con los demás. A él lo golpearon y torturaron sin  
piedad con el propósito de que señalara el hipotético lugar secre-  
to en que, según los homicidas, tenía escondido oro, brillantes y  
joyas preciosas que “había heredado de sus ricos padres”. Como  
el hombre, ya medio muerto, no podía decir que existía lo queja-  
más existió, porque vivió siempre con dignidad pero no tenía ri-  
quezas, lo agarraron entre varios, lo balancearon en el aire y lo  
lanzaron a la hoguera.

Cayó sobre una pila de cuerpos carbonizados, en la que  
probablemente por falta de materia combustible, las llamas eran  
menores. Seminconsciente, se puso de rodillas entre los carbo-  
nes encendidos que quemaban sus piernas, y por un acto instinti-  
vo de sobrevivencia, tomó un trozo de tela arrancado del ropaje  
de una de las víctimas, lo remojó en la sangre que salía de un par  
de cuerpos vecinos, y cubriéndose con el trapo sangriento la ca-  
ra, se arrastró por la hoguera hasta llegar al lado trasero del esta-  
blo que comenzaba a derrumbarse en ese momento. Medio dese-  
chos los pies, encendidos los cabellos y con fuego en las ropas,  
saltó fuera de las llamaradas y comenzó a dar vueltas sobre sí

mismo por el pasto en declive del campo hasta que se extinguió  
el fuego que cubría su cuerpo. Nadie se dio cuenta de que un  
hombre en llamas escapaba del infiemo. Se desmayó y no re-  
cuerda cuánto tiempo tomó recuperar la consciencia. A partir de  
ese instante comenzó el martirio. Se arrastró buscando rumbo  
noroeste y encontró una zanja que conservaba un poco de agua y  
lodo. Metió su cuerpo ardido en el lodazal y encontró algún ali-  
vio instantáneo a las quemaduras de primero, segundo y tercer  
grado que despedazaban su cuerpo. No tenía cabello en la cabe-  
za ni vello púbico, y los pies se habían convertido en dos muño-  
nes sanguinolentos. Luego no supo más. Dijo haberse endereza-  
do los ratos que pudo para orientarse y evitar que algún polaco lo  
llegara a ver, y seguía la marcha sobrecogido de dolor. Recorda-  
ba como en un sueño que se había hecho el propósito de no gri-  
tar cuando el dolor llegaba a su más alto umbral, y que “después  
de un siglo” despertó del centesimo desmayo cuando lo estaban  
atendiendo dos personas de quienes olvidó los rostros. Solamen-  
te les escuchó decir que era un polaco católico que se salvó de un  
incendio en su casa, y que un mes después le daban la salida en  
el Hospital de Lomza.

Aunque las quemaduras deformaron su rostro y su cuerpo  
a tal grado que parecía un monstruo salido de alguna película de  
terror, reveló que se metió en silencio al ghetto judío, porque ya  
no podía caminar, al faltarle casi por completo los pies. Allí al-  
gunas almas generosas le dieron atención, agua y alimento, has-  
ta el día en que me reconoció a mí saliendo del ghetto y yo lo  
reconocí a él después de mucho esfuerzo para lograr su identi-  
ficación total.

—Todo lo hizo Dios—, me dijo aquel martirizado judío—,  
fue Su poder el que me sacó del fuego y Su poder el que me mo-  
vió dieciocho kilómetros desde Jedwabne hasta Lomza. Es posi-  
ble que tú estés conectado con los planes de Dios y el hecho de  
que te encuentres vivo cuando te creía muerto, sea parte de ellos.  
Tienes el deber de seguir vivo para que puedas contar al mundo  
lo que ocurrió en Jedwabne y lo que está ocurriendo aquí. Ya yo  
no puedo más. La mitad de ¡a gente del ghetto está engañada por  
los “judenrates”, traidores judíos que son los que escogen la gen-  
te que llevan a Treblinka, para matarla. Han aplastado, antes de  
nacer, dos levantamientos. En este lugar también hay “judenra-tes”. Debes salir de aquí tan pronto como puedas y no volver ja-  
más. Sé que mi muerte está cerca. Mañana seleccionarán un gru-  
po de discapacitados como yo para embarcarlos en un tren que di-  
cen nos lleva a un hospital de Varsovia, pero va directo a Treblin-  
ka. Nos engañan. Todavía hay gente crédula que acepta eso. Pe-  
ro yo sé para donde voy: hay cámaras de gas y hornos cremato-  
rios. Bueno, creo que estoy preparado. Algún día tendrás que  
prepararte tú también para morir. Entonces, pasa lista, para que  
hagas justicia a los que verdaderamente te ayudaron sin interés.  
Y nombra a uno que grite tu denuncia. Dale sostenimiento, por-  
que cuando tú también partas, él será la voz de los que ya no te-  
nemos voz...

DOS AÑOS BAJO TIERRA

El encuentro con Karol Méndum en el ghetto de Lomza marcó un  
brusco cambio en el ritmo con que se desarrollaban los aconteci-  
mientos. Lo que venía dándose en un tiempo bien marcado, ine-  
xorable, pero sin estampida, se disparó. Diez minutos después  
que dejé sentado en el suelo ghetario al valeroso judío, la última  
escena de agresión, indignidad y violación de derechos humanos  
que presencié en este lugar se produjo.

Un tal Heinz, sesentón y de torvo rostro, me cerró el paso  
cuando abandoné el ghetto. Creí que mi atrevimiento por dejar  
el lugar cruzando la puerta y no arrastrándome debajo de la alam-  
brada, me iba a costar caro. Pensé que, pese a la cruz metálica  
cristiana colgando del cuello, algo deberíamos tener los judíos  
“pintado en el rostro” para que los enemigos nos identificasen co-  
mo tales sin más ni más. Pero me equivoqué. El calaveroso sol-  
dado masculló, en una mezcla de polaco montaraz y alemán de  
taberna berlinesa, una invitación a presenciar un “show de sexo  
en vivo”.

Me importaba poco en ese momento tal espectáculo y lo  
mismo hubiese dicho si se tratara de un concierto sinfónico de  
Brahms, una obra teatral de Víctor Hugo o una opereta vienesa de  
Straus. No estaba yo para mojigangas, al salir del espacio confi-  
nado donde alrededor de veinticinco mil judíos de Lomza estaban  
muriendo de hambre, y doscientos seres humanos al día, hacina-  
dos en los vagones de ganado del ferrocarril, eran despachados  
para su física eliminación en los hornos crematorios de Treblin-  
ka. Sin embargo, tuve que fingir entusiasmo ante aquel enfermo  
mental enfundado en uniforme nazi.

Una pareja de judíos mercaderes fue detenida por los guar-  
das. Los arrastraron hasta debajo del arco del portalón, les arran-  
caron brutalmente sus letreros identificadores con la palabra “ju-  
de” y la Estrella de David en amarillo y, tras despojarlos de sus  
ropas a pesar de que nevaba, los obligaron a golpes a realizar el  
acto sexual en el pavimento gélido de la calleja.

Mientras aquellos hermanos judíos avergonzados, tortu-  
rados, desnudos y sin capacidad de resistencia lloraban reali-  
zando una cópula brutal, tos baboseantes soldados de segunda,  
escoria de la retaguardia del Ejército Alemán, reían excitados  
por la escena.

Cuando tuve el paso libre a la calle, había lágrimas de fu-  
ria e impotencia resbalando por mis mejillas. La nevada arrecia-  
ba y, poco a poco, el área residencial frontal al ghetto iba envol-  
viéndose en una manta bordada con cachumbos blancos de hielo  
formado por cristales hexagonales. Tuve que correr para entrar  
en calor, sacudir la cólera que me infundió el vejamen de aque-  
llos hermanos desconocidos y alcanzar el carretón del señor  
Wyrzykowski, que enfilaba ochocientos metros más abajo de la  
empedrada vía, rumbo a Jednakzsewo. Monté de un salto al ca-  
rromato. El buen polaco de la Colonia se excusó por no esperar-  
me mucho más tiempo, pues ya los guardas alemanes del ghetto  
estaban mirando con sospecha sus movimientos.

No hay nada más que decir del ghetto de Lomza donde se  
quedaban los compañeros de fuga del “Jueves Negro”, el necro-  
sado Méndum, la degenerada soldadesca, y las pestíferas bodegas  
en que se almacenaban miles de perros callejeros descabezados y  
descuartizados, con los que eran servidos, una vez por semana,  
los hambrientos y famélicos judíos ghetarios a quienes tai vez les  
resultase delicioso el tasajo canino, cual fajas de lomito de res  
con procesamiento “Kosher”.

Cuando estas cosas ocurrieron, habíamos sobrepasado el  
mes de febrero. Aunque la fatídica “solución final” para el pro-  
blema judío fue decretada por los nazis en setiembre de 1942, se  
barruntaba ya en el horizonte, la preparación de algún proyecto  
antisemita del que sospechaba jamás saldríamos bien parados los  
millones de judíos polacos que, aun cuando excluidos de la vida  
normal de Polonia, perseguidos por los “progromos”, esquilma-

dos y fugitivos, formábamos una importante masa poblacional en  
proceso diario de desesperada supervivencia.

En términos reales, para el resto del mundo Polonia era, en  
pleno año 1942, una tierra olvidada. Hoy día sobran razones y  
documentos históricos para entender por qué, en la estrategia del  
Tercer Reich, nuestro país —aún me cuesta mucho decir “nuestro  
país”— tenía que ser convertido en la tierra de todas las animali-  
dades, aberraciones criminales, horrendas prácticas, desconocidas  
vilezas, traiciones, perversiones, despojos, torturas y cobardías.

Puedo afirmar que los seis millones de judíos extermina-  
dos en Europa no murieron todos en Polonia. ¡Claro que no! Mi-  
les murieron en Alemania, Italia, Francia, Hungría, Holanda,  
Bélgica y Luxemburgo. Pero la mitad de ese gran total —oigan  
bien: la mitad—, tres millones de seres humanos, fueron masa-  
crados en Polonia. Ahora se puede acceder sin dificultades a las  
actas levantadas durante el Juicio de Nuremberg, y encontrarse  
con las palabras del propio Rudolf Hoess (el brutal jefe de cam-  
po de concentración de Auschwitz desde 1940 a 1945) confesan-  
do ante el tribunal poco antes de ser condenado a muerte y eje-  
cutado, que “desde 1933 en que los nazis llegaron al poder en  
Alemania acaudillados por Adolfo Hitler, se venía hablando de  
una solución final al problema judío y de convertir Polonia en la  
carnicería de Europa”.

Según Hoess, las razones de Hitler para privilegiar en Po-  
lonia este horrendo aparato exterminador, eran de pura lógica es-  
colar: no había en el mundo de la década de los cuarenta, un país  
que arrastrara un antisemitismo más fanatizado y arraigado que  
Polonia. Era un antisemitismo visceral, epidémico, con más de  
cien años de desarrollo al que solo hizo falta abrir las “compuer-  
tas” que lo contenían, para que se derramara en forma de avalan-  
cha, arrasándolo todo.

Muchos lobos con piel de oveja y demonios glorificados  
como “santos” durante la Segunda Guerra Mundial y después,  
han tratado de justificar la indiferencia mundial ante el Holocaus-  
to judío, jurando que se ignoraba que tan inimaginable matanza  
estuviera ocurriendo en Europa. ¡Mentira! ¡Yo quiero gritar al  
mundo que eso es mentira! Los más altos dirigentes de las poten-  
cias aliadas que luchaban contra los ejércitos de Hitler, sabían,

desde principios de 1942, del exterminio. Es más: estaban ente-  
rados de ello desde octubre de 1941.

Mientras yo me encontraba protegido como “cristiano”  
bautizado por los benditos polacos católicos propietarios de la  
granja de “La Colonia” en Jednaczewo, un hombre llamado Mor-  
dekai Zsborsky —verdadera leyenda en la resistencia polaca con-  
tra los nazis, y más tarde activista en los cuadros de rescate de los  
judíos sentenciados a muerte en los campos de exterminio— lo-  
gró salir de Polonia en forma clandestina y llegó a Washington el  
11 de marzo de 1942, para mostrar al Gobierno de los Estados  
Unidos las pruebas de aniquilación masiva de judíos que se esta-  
ba dando en todo lugar donde la bota hitleriana se hubiese asen-  
tado. Zsborsky —de quien se dice sobrevivió hasta 1991 con  
nombre y apellidos y “personalidad cambiada” por el Mossad de  
Israel que lo había utilizado en labores de inteligencia— mostró  
fotografías, mapas, documentos y cartas auténticas de figuras he-  
breas eliminadas en Auschwitz, Birkenau y Treblinka, a un secre-  
tario del propio Presidente Franklin Délano Roosevelt, oficiales  
del Pentágono y jefes del Servicio de Inteligencia de la CIA. Con  
nombres, grados, niveles de jefatura y ubicaciones, Zsborsky ad-  
virtió a los norteamericanos la urgencia de “hacer algo” para evi-  
tar el asesinato en masa de judíos a manos de esos criminales.  
Llegó a más. Probó con recortes de la prensa alemana que desde  
el 14 de noviembre de 1933, cuando ya Adolfo Hitler era el due-  
ño indiscutible del poder germánico, había establecido una orga-  
nización secreta de eficiencia máxima en labores de espionaje, te-  
rror y represión a la que el propio Führer confió el anteproyecto  
de la “solución final” para el problema judío. Certificó, con un  
documento autógrafo de un oficial llamado Rolff Wavel —ajus-  
ticiado en Ticosin, Polonia—, que ese aparato de exterminación  
estaba funcionando cuatro años antes de la invasión alemana a  
Polonia en setiembre de 1939, y que algunas de sus escuadras ac-  
tuaron como “motivadoras” de la sangrienta represión antijudía  
que se dio durante lo que la historia ha llamado “La Noche de los  
Cristales Rotos”.

Los informes de Zsborsky eran precisos, puntuales, concre-  
tos. Se le escuchó con atención, aun cuando contradijo a algunos  
que dudaban fuese Hitler el responsable de esas matanzas e insis-  
tían en cargar sobre los hombros de Adolf Eichman y Reinhard  
 174 — La denuncia

Heydrich —que fue asesinado en Praga en 1942— la paternidad  
de las operaciones de exterminio. Ninguna cosa en relación con  
la “Geheime Staastspolizei”, policía secreta del estado o “Gesta-  
po” a secas, pareció interesar a aquellos esi achas. Tampoco lo-  
gró interesar a la organización hebrea que promovía desde Nue-  
va York la movilización de los judíos europeos hacia Palestina, la  
“necesidad” de ejecutar acciones punitiva? contra las “células” de  
traidores judíos que colaboraban con los lugartenientes de Hey-  
drich en Cracovia, Varsovia, Lodz y Bialystock, donde, en una  
lista de veinte, se destacaban cuatro nombres: Fiskin, Grauer,  
Soifer y Goldmanstein.

Así es que, a finales de abril, Zsborski estaba de nuevo en  
Polonia actuando en la clandestinidad. Para Roosevelt, sus apara-  
tos de inteligencia, sus jefes militares y los aliados que solo veían  
el mundo a través de sus ojos, “no se podía frenar un exterminio  
masivo de judíos en Europa del que no existían pruebas ciertas”.

Los siguientes días en Jednacsewo, desde mi regreso de  
Lomza, fueron absolutamente fieles a la rutina invernal. Día y  
noche, nieve y frío. El trabajo se limitaba a remover, secar y rea-  
comodar las papas, zanahorias, remolachas y otros productos co-  
mo el trigo, almacenados en los sótanos y graneros para que las  
bajas temperaturas no los dañaran. Además, había que palear en  
la nieve a la entrada de la granja, deshacer las acumulaciones ex-  
cesivas en los techos de las instalaciones y establos, mantener  
despejado un camino de quince metros de longitud hasta el galli-  
nero, y verificar que hubiese suficiente pasto para los vacunos en  
los establos, desperdicios de papa para los cerdos y forraje para  
las ovejas y los dos padrotes cameros.

“La Colonia” era como una enorme refrigeradora rural. Lo  
primero —mañana, tarde y noche— era protegerse del frío de  
quince grados bajo cero. Lo segundo, apurar toda la bebida ca-  
liente que se ofreciera en la casa, y lo tercero, aprestarse a las  
conversaciones con el abuelo Francisco al morir el día. Habré de  
decir que aquel hombre noventón no solamente era uno de los  
más bondadosos y extraordinarios seres humanos que he conoci-  
do a través de mi vida, sino también un enciclopedista campesi-  
no de lectura bíblica y científica obsesiva. Solía llamarme a vo-  
ces hasta su “observatorio” en una mecedora de madera en el co-  
rredor, alguna que otra tarde, cuando la opalescencia ambientalera rota p¿r algún cachito de sol, que donde fuera a impactar, do-  
raba los millones de cristales moleculares hexagonales de la nie-  
ve. Entonces, sin fallar, improvisaba alguna pequeña oración pa-  
ra dar gracias a Dios por el milagro de la luz.

Algunas veces el abuelo se aventuraba a dar un paseo por  
los alrededores y me solicitaba, acompañarlo. Sentía fascinación  
por una serie de colindas redondeadas, como “tortas” cubiertas  
de vegetación enana, que llamaba “drumlings” y son de origen  
glacial. Yo jamás entendí cosa alguna de geología, que se me an-  
tojaba tan complicada como las “ciencias ocultas”. Pero para  
Franciszek las cosas eran simples: la tierra está formada por mi-  
llones de toneladas de roca con un núcleo de fuego en su interior  
que hace nacer los volcanes. Todo lo que pasa por la tierra deja  
un rastro. Allí donde hubo mar cerca de los mil lagos al norte de  
Jedwabne, quedan capas de sedimentos endurecidos con fósiles  
de pececillos, dientes de tiburón, conchas y caparazones de ani-  
males marinos prehistóricos. Allí por donde cruzó la tierra un  
glaciar hace un millón de años, éste ha dejado un camino de ro-  
cas alisadas, aborregadas, estriadas, y barreras de detritus arran-  
cados y moldeados por el hielo y llenas de guijarros pulidos. Más  
allá, en los bosques tupidos de Biebrszanska habitados por ani-  
males como el oso, se formaron capas de carbón donde quedan  
petrificados troncos de árboles, improntas de ramas y de hojas, y  
minerales valiosos bajo los granitos, pizarras y gneis. Durante el  
invierno en Jednaczewo, con estas narraciones se agilizaba la  
mente. Por instantes me olvidaba de que estábamos viviendo en  
el infierno. Pero tan pronto la voz del abuelo callaba, se silencia-  
ba la escandalera de las ponedoras en el gallinero, se cenaba y re-  
zaba el “Rosario”. El camino de la cama tiraba de mí. Puesta la  
cabeza en la almohada, volvían las pesadillas: mi madre consu-  
mida por el fuego, mi hermano decapitado, niños asesinados a  
varillazos, gritos infrahumanos, mujeres agredidas y violadas y  
alaridos de judíos buenos y religiosos cuyos cuerpos se retorcían  
en macabras maromas mientras los devoraban las llamas...

Al promediar marzo de 1942, mi supervivencia entre Jed-  
wabne y Jednacsewo alcanzó los ocho meses. En todo este tiem-  
po, a excepción de lo que he venido narrando, no hubo muchos  
cambios notables en mi vida de fugitivo. Por el contrario, los es-  
cenarios de la Segunda Guerra Mundial en Europa, Africa, Asia

y el Medio Oriente, mostraban tan aceleradas variaciones que era  
imposible seguir el hilo de los acontecimientos, mayormente pa-  
ra gente como nosotros, que aun viviendo en el ojo del huracán,  
quedábamos desconectados de la información y de la acción, por  
residir en una aldea estratégicamente insignificante para los pro-  
yectos hegemónicos, de expansión territorial y dominación mun-  
dial de las desquiciadas naciones en lucha.

A menudo la calma campesina se alteraba por el rugido de  
los cañones, el estallido de las bombas y las maniobras en picado  
de los “Stukas” nazis que hacían sonar sus sirenas aterrorizado-  
ras. Solamente de oídas nos había asombrado el conocimiento de  
un pacto germano-soviético, a raíz del cual los rusos fueron ani-  
mados por los nazis a invadir la parte oriental de Polonia y a re-  
tirarse después a una línea demarcatoria previamente acordada en  
Berlín y Moscú. Normalmente, en estos trances Antosha me bus-  
caba, marcada la angustia en su rostro, para preguntarme: ¿Sabes  
lo que significan esos cañonazos que se escuchan al suroeste, más  
o menos por Bialystock? ¿Será que los ingleses han venido a  
cumplir su palabra empeñada de proteger a Polonia y atacan a los  
alemanes? ¿Crees posible que haya sido rearmado el ejército po-  
laco y entró en combate con los nazis?

Pero nada de eso estaba ocurriendo. El fragor de la bata-  
lla, escuchado de lejos, marcaba el final de la “luna de miel” en-  
tre rusos y alemanes compartiendo la “cama” de Polonia, que se  
había iniciado el 17 de setiembre de 1939.

Casi desde esa misma fecha, Hitler y su Estado Mayor ha-  
bían comenzado a dar forma a la “Operación Barbarroja”, que  
consistía en comenzar la aniquilación de los ejércitos soviéticos  
desde Polonia misma, antes de lanzar la más gigantesca opera-  
ción militar que el ser humano hubiese presenciado jamás, para  
conquistar el imperio rojo que Stalin manejaba desde una dorada  
oficina zarista en el corazón del Kremlin.

El plan de Hitler comenzó a ejecutarse mucho antes del 22  
de junio de 1941. Una gigantesca concentración de hombres,  
aviones, tanques, vehículos diversos, armas, pertrechos, alimen-  
tos y animales, fue movida a lugares claves para dar soporte a la  
“Operación Barbarroja”. Nosotros en “La Colonia” sabíamos  
que de nuevo se combatía en Polonia, pero jamás llegamos a ima-  
ginar que Hitler había movido diecinueve mil trenes, setecientosmil vehículos de todas clases, seiscientos veinticinco mil caballos  
y más de dos mil ciento veinte aviones para situar en sus posicio-  
nes de ataque a los tres millones de soldados que el victorioso  
Tercer Reich iba a lanzar contra las tierras soviéticas, desde Po-  
lonia por el sur hasta Ucrania, por el este hasta Bielorrusia, por el  
norte a Lituania y por el Mar Báltico atravesando Finlandia, has-  
ta Stalingrado.

El golpe asestado a los rusos fue brutal. Los blindados pe-  
netraron por millares, atropellándolo todo en tierras soviéticas,  
mientras los “Stukas” machacaban ciudades, puertos, carreteras,  
vías férreas y emplazamientos militares rusos, lanzando sus bom-  
bas de quinientos kilogramos con precisión matemática.

En el sector “Mittel” (central), las fuerzas mandadas por el  
mariscal von Bock se clavaron a fondo en los dispositivos de de-  
fensa soviéticos. Desde el sector oriental de Polonia, el “Panzer-  
gruppe Dos” de Hein Guderian rodeó la posición fortificada de  
Brest-Litovsk y se metió a velocidad y con una potencia de fue-  
go portentosa en Slonim. En la ciudad de Brest-Litovsk, los ru-  
sos se defendieron con fiereza, pero miles de ellos murieron que-  
mados por los lanza llamas germanos. Apenas un centenar pudo  
rendirse.

Al norte, el cuarto ejército de von Kluge se dividió en dos,  
abriéndose en forma de pinzas: una entró a sangre y fuego en bus-  
ca del IX Ejército Ruso y puso sitio a la región de Bialystock, don-  
de se quedaron entrampadas seis divisiones rusas. La otra rama  
de von Kluge embistió hacia el norte y el este, dominando Vol-  
kovysk, donde otras ocho divisiones rusas quedaron encerradas.

Mucho más al norte, avanzando desde la Prusia Oriental, el  
tercer “Panzergruppe”, comandado por el general Hoth, destruyó  
las posiciones soviéticas de Niemen y tomó Vilna el 24 de junio,  
con lo que ocasionó una terrible destrucción.

El 29 de junio, apenas a siete días de lanzada la “Operación  
Barbarroja”, los alemanes, con sus vanguardias blindadas de  
“Panzers”, avasallaban la región oeste de Minsk y dejaban situa-  
das, en la zona de Novogrudock, quince divisiones de combatien-  
tes rusos. Como ilustración de lo que venía pasando desde 1941  
entre rusos y alemanes, con estos recuerdos basta. No voy a em-  
peñarme en la cronología de la “Operación Barbarroja”, porque  
eso ha sido sobado y resobado en muchos y antagónicos libros de

historia sobre la Segunda Guerra Mundial. Tal vez coincida con  
los hechos que afectaron la vida de mi familia y los pobladores  
judíos de Jedwabne, en el “Jueves Negro” del 10 de julio de  
1941, el anotL^n reporte recibido por el “Oberkommando des  
Heres” (Estado Mayor Conjunto) de Hitler, el 9 de julio de 1941  
—24 horas antes de la masacre de mi pueblo natal—, en que se  
da cuenta de que los alemanes han destruido a ios rusos veinti-  
cuatro divisiones de infantería, tres divisiones de caballería, siete  
divisiones de tanques y seis brigadas motorizadas; han capturado  
además, en Polonia y las tierras soviéticas, trescientos mil solda-  
dos rusos, dos mil quinientos tanques, mil cuatrocientos cañones,  
quince mil vehículos de todo tipo, doscientos cincuenta aviones  
y ciento veinticinco mil ametralladoras o armas “pesadas”.

Durante el invierno de 1942, las cosas para Hitler en Rusia  
comenzaron a ponerse oscuras. La “Wehrmacht”, que ya había  
tomado tres millones de prisioneros a los rusos, y que le había  
quitado las minas de aluminio, hierro, manganeso, carbón, oro y  
plata a la Unión Soviética —e incluso la mitad de sus reservas de  
petróleo— comenzó a debilitarse. En Polonia el dominio alemán  
se mantenía, pero al norte, sur, este y oeste, los rusos seguían  
combatiendo sin dejar el campo libre.

Con las cosas comenzando a salirle al revés; el ingreso de  
los Estados Unidos y Gran Bretaña a la guerra; la decisión toma-  
da por Roosevelt y Churchill de ayudar a Stalin, y el crecimiento  
excesivo de grupos de resistencia antinazi en toda Europa —in-  
cluso en la misma Polonia—, lo que había sido proyectado desde  
1933 llegó a su clímax. Mediante diversos canales de comunica-  
ción, las fuerzas militares del Tercer Reich —y en especial la  
Gestapo— fueron advertidas, a comienzos de setiembre de 1942,  
de que había “luz verde” para intensificar la “solución final” al  
problema judío. La eliminación de judíos se hizo demasiado vi-  
sible. Los soldados alemanes, que hasta el momento dejaban en  
manos de los propios polacos resolver los problemas entre ellos  
mismos, cambiaron de actitud y, cual jauría de perros de presa,  
pusieron en primer lugar de su agenda bélica la captura, el inter-  
namiento de los judíos en campos de concentración y su extermi-  
nio. En Jedwabne, los criminales del “progromo” del 10 de julio  
de 1941 habían sido frenados por los alemanes, pero al observar  
a los grupos especiales de acción antisemita operando por todaspartes, volvieron a reunirse para iniciar una búsqueda intensa de  
la veintena de sobrevivientes del “Jueves Negro” con la orden de  
liquidarlos donde fuesen encontrados. Al mismo tiempo, gentes  
como Rominsky y sus allegados, montaron una operación refina-  
da para reabrir las acciones que culminarían en el “equitativo re-  
parto” de los bienes judíos entre los que fuesen considerados ver-  
daderos cabecillas, operadores y animadores de la matanza de es-  
tas personas indeseables. Para ello, se valieron de falsificaciones,  
quema de archivos y registros de propiedad, revisión de cuentas  
bancarias e inventario de los bienes muebles e inmuebles de los  
judíos de los que algunos se habían apropiado ya de hecho, pero  
no de derecho.

Una vez más prosiguió mi vida en un diario sobresalto.  
Koeshe y Antosha sufrieron presiones sin cuento. Muchos inten-  
taron sacarles, con amenazas, todo lo que sabían sobre el parade-  
ro “de los perros judíos sobrevivientes de Jedwabne”.

Llegando octubre irrumpió de nuevo el reino del frío. Ya  
para los mediados de mes las nevadas eran más frecuentes. Al sa-  
ber que rusos dispersos combatían a los alemanes en Bialystock,  
Ticosin, Grajewo, Ostroleka, Bields-Podlaski, Brest y los alrede-  
dores de Siedce, Koeshe no quiso correr riesgos innecesarios  
aventurándose en sus viajes a Lomza, donde era voz pública, en  
todas las comarcas vecinas, que los alemanes estaban sacando un  
promedio de quinientos judíos por día desde el ghetto, para en-  
viarlos al campo de exterminio de Treblinka. El terror reinaba  
por todas partes. Recibimos noticias confidenciales que de los  
veinticinco mil judíos ghetarios de Lomza, solo quedaban con-  
centrados en el lugar nueve mil quinientos.

Muchas veces hube de esconderme en graneros, sótanos y  
matorrales cuando polacos de Jedwabne rondaban, armados, “La  
Colonia”, con el propósito de constatar si Samuel Waserstein, “el  
cabecilla dé los fugitivos judíos”, estaba vivo escondido por los  
Wyrzykowski y cuál era su relación con el pariente campesino  
“rezador de rosarios” a quien la familia llamaba Stalisnaw. Por  
fortuna en tales ocasiones, adquirí el don de la invisibilidad y se  
agigantó mi experiencia en el camuflaje. No estaban dotados de  
tanta imaginación para buscar mis escondrijos, como la tenía yo  
para fabricarlos.

De mis amigos del ghetto de Lomza, ni una palabra. Na-  
die iba para allá, ni de allá venía nadie para acá. En eso radica-  
ba el problema de no saber si aún estaban vivos o ya habían sido  
eliminados en los hornos crematorios de Treblinka. De noche,  
cuando los recuerdos atormentados de la pira de Jedwabne me  
destrozaban moralmente y mis ojos se negaban a cerrarse para  
dar paso al sueño reparador, el pensar en ellos agravaba mi sufri-  
miento y el llanto.

Alrededor del 6 de octubre de 1942, el invierno llegó a la  
región de manera violenta. Pocas horas habían bastado para de-  
jar potreros, trigales, huertas y aldeas blanqueadas y aplastadas  
por la anormal precipitación de nieve. En la mañana del día 7, la  
nevada proseguía y el viento gélido procedente del norte aumen-  
taba la sensación de frío que en los termómetros lugareños mar-  
caba 20 grados bajo cero. Hubo que despejar los trillos de acce-  
so a establos y gallineros, pero al limpiarse la nieve recién caída,  
quedaba al descubierto una serie de segmentos helados. El crís-  
crás de la nieve al precipitarse sobre la granja, había cambiado a  
un verdadero tamborileo que provocaban los copos densos del  
helado elemento al caer con mayor velocidad, tamaño y fuerza de  
impacto sobre el techo de la casa, el maderámen de los establos  
y los cobertizos de los utensilios de labranza. Los cerdos gruñían  
ateridos; las ovejas balaban al ovillarse para ganar calor; las va-  
cas .mugían mientras de sus ubres mamaban algunas semi conge-  
ladas crías' De las gallinas, a las cinco de la tarde encontramos  
una clueca con seis pollitos totalmente “petrificada” en el hielo.  
Fue esa una de las más recias noches invernales de Polonia que  
recuerdo.

Al amanecer del día 8 de octubre, Koeshe entró al cuarto  
que yo compartía con sus niños, muy agitado. Una vez que salté  
de la cama y me lancé un poco de agua fría sobre la cara, le pre-  
gunté la razón del sobresalto. Solo atinó a indicarme que lo si-  
guiera. Ya en el patio, por sobre el trillo que conducía al galline-  
ro y los establos, me señaló, bien impresas en la nieve dura, va-  
rias huellas de pisadas humanas. Eran impresiones del calzado  
de más de tres personas. Recomendé armamos con un tridente y  
un largo chuzo metálico, y buscar con cuidado en la granja.

Con cautela seguimos las pisadas congeladas. Llevaban a  
la puerta del establo donde desaparecían hacia el interior. Conextrema precaución fui abriendo la puerta. Los animales estaban  
tranquilos, pero noté formas humanas consumidas en el heno se-  
co. Terminé de abrir de golpe y la claridad del día inundó el in-  
terior. Debo de haber dicho, colérico, algo así como “de pie o lo  
traspaso con el chuzo”, pensando en un extraño ladrón, pero la  
sorpresa fue grande: del pajonal, con apariencia miserable, su-  
cios y temblorosos, fueron emergiendo los cuerpos castigados de  
seis judíos: Jenkel, Derek y Srolke, que eran mis conocidos, y  
luego los que con una quebrada voz se fueron presentando: Moi-  
sés, Elka y Leika. El mismo grupito que había tomado posesión  
“territorial” de un estratégico rincón en el ghetto de Lomza; los  
mismos a quienes algunas veces llevé alimentos y agua en el pa-  
sado, reptando por debajo de los alambres de púas e invitándo-  
los a escaparse para tratar de refugiarlos en la granja de Koeshe  
y Antosha.

Yashev (Jenkel) Shiesz parecía un fantasma. Era tal su pa-  
lidez, que estaba casi translúcido. Me abrazó llorando y sólo ati-  
nó a decir: “Te tomé la palabra”. Después, balbuceando algunas  
sílabas, me abrazaron los demás. Finalmente me contarían los  
pormenores de una feliz salida del ghetto, la noche en que una  
cuadrilla de obreros encañonados por los soldados alemanes, cam-  
bió la alambrada de púas en un sector donde algunos desespera-  
dos la habían debilitado tratando de abrir paso al exterior. Esa fue  
la noche de la nevada furiosa del días seis. Era tan grande la pre-  
cipitación en Lomza y tan violento el descenso de la temperatura,  
que guardas y obreros buscaron protección para no congelarse y  
dejaron el sitio sin vigilancia. Jenkel tomó la iniciativa. Medio  
paralizados por el frío se arrastraron a la calle empedrada del este  
y a media noche tomaron el rumbo de Jedwabne, desviándose lue-  
go a Jednaczewo por senderos que Jenkel conocía.

Al clarear el día 7 de octubre, el esquelético grupo se ocul-  
tó en un bosque donde pasaron sin comer y sin beber hasta que  
oscureció de nuevo. Amparados por la noche, llegaron a “La Co-  
lonia” y se ocultaron en el heno del establo.

Suerte, bendita y grandísima suerte, que en esa granja no  
había perros y que los distantes vecinos madrugadores, polacos,  
cristianos, agricultores y lecheros en pequeño, como todos en la  
comunidad, ante tanto hielo y tanto frío roncaban a pierna suelta  
cuando ellos invadieron “La Colonia”.

Era de rigor preguntar por Méndum. Era de rigor también  
que Jenkel tomara la palabra: hasta ese momento, era el líder del  
grupo. Luego las cosas cambiaron. Por las razones que sean —  
tal vez por la experiencia de la fuga en Jedwabne a partir del ce-  
menterio hebreo—, el liderazgo cayó en mis manos. Méndum  
había sido enviado quince días atrás, con un grupo de trescientos  
cincuenta minusválidos, a Treblinka. Al grupo se le dijo que mar-  
chaban en tren a Varsovia, donde serían atendidos por especialis-  
tas en ortopedia, oftalmología, neurología y medicina interna.  
Ninguno de los enlistados creyó en esa historia, salvo una vieje-  
cita de noventa y un años que, por sorda y ciega, no pudo ente-  
rarse, de palabra o gestos, de la realidad de su destino inmediato.  
Contó Jenkel que un viejo rabino barbilargo, poseedor de deste-  
ñido caftán, los unió a todos en una plegaria a Dios. Ninguno fla-  
queó al acercarse a la muerte. Era tan terrible su vida, tan dolo-  
rosos sus padecimientos y tan enloquecedora su hambre y su sed,  
que la muerte no solamente por fe los conduciría a un mundo fe-  
liz y sin miserias, sino que era el único remedio deseado para la  
curación de todos sus males.

Koeshe, ante aquellas apariciones surgiendo del heno, que-  
dó aterrado. Si ya con mi persona —por más conversión a Sta-  
nislaw el católico que me hubiese dado—, su vida, la de su espo-  
sa, los abuelos y los dos hijos estaban permanentemente amena-  
zadas de muerte, ¿cuánto tardarían en llegar el juicio sumario y  
el fusilamiento a campo raso en manos de la Gestapo, cuando  
aquella “muchedumbre” fuera avistada por algún espía de profe-  
sión o de ocasión? ¿Cuántas horas harían falta, a partir de las  
ocho de esta mañana del día ocho, para que la granja, con todo lo  
que albergaba, fuera pasto de las llamas de un incendio venga-  
dor? Sin embargo, aquel hombre admirable y valeroso ocultó su  
pavor a los recién llegados, los abrazó, marchó a la casa y contó  
a la esposa lo que ocurría. Junta y cariñosa, la pareja, media ho-  
ra después, llegó al establo. Ocultaban en una cesta alimentos y  
agua para los desesperados judíos. Pan, verduras y queso eran  
para ellos viandas celestiales de las cuales habían olvidado las  
delicias. También el agua —limpia, helada, por baldes, no solo  
para beber hasta inflar los estómagos, sino para limpiar la mugre  
de sus rostros y humedecer los cabellos— era una bendición. Co-  
mieron llorando. Para cualquiera parece broma. Pero no para mí.Yo sé lo que es haber pasado grandes períodos de tiempo sin pan  
y sin agua, comiendo desperdicios agusanados. El día que vuel-  
ve uno a tomar en sus manos y llevar a la boca un trozo de que-  
so, un pedazo de pan o alguna fruta, llora en presencia del ali-  
mento. Es la vida que vuelve al cuerpo. Es la bendición de Dios  
que, al calmar el rugido de nuestros estómagos atormentados, nos  
transforma de nuevo de animales irracionales capaces de comer  
carroña, en seres humanos con espíritu, dignidad y esperanza.

Por lo pronto, Koeshe pidió al grupo no asomar las narices  
fuera del establo ni por despiste. Más tarde, en los claroscuros de  
una nueva noche en “La Colonia”, Koeshe volvió al lugar cargan-  
do frazadas y cobertores para espantar un poco el frío de los ghe-  
tarios. Yo presentía, desde temprano, la hora en que el buen “sa-  
maritano” me llamaría aparte para decidir la suerte de los últimos  
sobrevivientes judíos de Jedwabne, habida cuenta de que los  
otros veinte de mi relato anterior de una forzada convivencia con  
soldados alemanes en Jedwabne, habían sido fusilados.

Realmente los Wyrzykowski no tenían necesidad de expli-  
carme cosa alguna. Mi experiencia era suficiente para saber que  
si los “progromos” polacos o la Gestapo descubrían al grupo, na-  
die se salvaría esta vez. Ni los judíos fugitivos de la “solución fi-  
nal”, ni los cristianos católicos que nos ocultaban de las fieras.  
En ese momento histórico en Polonia, encontrar un judío era un  
riesgo que solo se eliminaba matándolo en el acto; o entregándo-  
lo a los nazis, o dejándolo en manos de los fanáticos ucranianos  
que desempeñaban el bestial oficio de despojar de sus prendas de  
vestido, pertenencias valiosas, vergüenza y resistencia, a los ju-  
díos que llegaban en los atestados trenes de la muerte a la esta-  
ción de Treblinka.

Supe de varios casos en Radzilow —un pueblo vecino a  
Jedwabne-— en que familias enteras cristianas en cuyas tierras se  
ocultaron judíos fugitivos sin estar ellos enterados, fueron fusila-  
das en masa, e incendiadas hasta la carbonización sus casas y fin-  
cas, sin que la justificación de ignorar la presencia de los judíos  
fuese escuchada o atendida por los verdugos. ¡Claro que yo sabía  
al peligro letal a que yo mismo había expuesto a mis salvadores!  
Lo sabía tan crudamente ahora, que me recriminaba y arañaba in-  
teriormente por el estado de “inconsciencia criminal” en que de-  
bí haber estado al invitar, en el ghetto de Lomza, a estos herma-

nos, para buscar protección en el mismo lugar donde con tanto  
riesgo se me procuraba a mí. Pero como las mentes de los hom-  
bres atenazadas por la confusión, el miedo o la sorpresa no reac-  
cionan con sosiego y racionalidad, convinimos en dejar la bús-  
queda de una salida para el día 9 de octubre. Fui al establo para  
cerciorarme de las condiciones de prudencia del grupo, y los en-  
contré dormidos, salvo Moisés. Le dije con naturalidad que por  
la mañana había que tomar una decisión; que si la familia polaca  
nos negaba refugio en razón de nuestro número.y del peligro de  
perder la vida a que quedaban expuestos por nuestra causa, tenía-  
mos que agradecer lo que hasta el momento habían hecho por no-  
sotros y, sin odiarlos, buscar como equipo la salvación de cual-  
quier otra manera. Le pedí comentar esto de mañana con el gru-  
po. Llevado por un impulso interior que supuso poner la firma en  
un compromiso de vida y muerte, le garanticé que, a partir de ese  
momento, renunciaba a la protección individual que se me había  
concedido. Así, la suerte y el destino de mis hermanos judíos lle-  
gados del ghetto serían iguales para mí. Eso fue todo esa noche.  
Moisés enmudeció, se puso de pie y me abrazó. Las cosas que-  
daban comprendidas. Ño hubo necesidad de más palabras...

Regresé a la casa bajo la nieve que seguía precipitando en  
abundancia. Tomé un té de hierbas y me horizontalicé en la ca-  
ma. No dormí. Al miedo de los recuerdos macabros que me ate-  
rrorizaban cada noche, uní el saber que esta podría ser mi última  
noche con aquella familia polaca que yo amaba y bendecía, des-  
cansando en una cama, mirando los niños dormir plácidamente  
ajenos a todo el terror que inundaba Polonia. Aproveché la vigi-  
lia para buscar en la mente alguna ruta confiable de salvación con  
mis compañeros. No cabían apuestas sobre algunos otros pola-  
cos que quisieran arriesgarlo todo para aseguramos escondite y  
alimentos. Esta puerta solo se hubiera abierto para nosotros si  
nos acompañase el oro judío de que tanto se hablaba estábamos  
cubiertos todos los descendientes de Abraham. Yo llegué a saber,  
alguna vez, de familias judías avecindadas en las cercanías de  
Varsovia, Lodz o Cracovia, que habían pagado caro por su salva-  
ción. ¿Pero a cuál dinero podríamos echar mano nosotros? ¿Qué  
montón de oro, cuentas bancarias, cajas de seguridad con joyas y  
cascadas de diamantes tenían mis padres para heredarme? No,  
por esa ruta no había salvación para nosotros. Tampoco la habíasi tratábamos de salir de Polonia hacia cualquier otro destino,  
porque todas las vecindades geopolíticas del país estaban en ma-  
nos alemanas o de sus serviles aliados: los italianos, los húnga-  
ros, los ucranianos y los rumanos. Así que lo único que podía  
pensar era en una marcha por etapas, posteriores a algunas cuida-  
dosas investigaciones, en busca de los pequeños enclaves orien-  
tales polacos que podrían aún estar en manos de los rusos.

Estrujé mi cerebro para dar con alguna pista sobre los ru-  
sos que se mantuviera dormida en mi subconsciente. Por deduc-  
ción lógica obtenida al escuchar el fragor de los combates de ar-  
tillería cercanos a Bialystok, y saber esta ciudad en poder germá-  
nico, imaginé que si Koeshe y Antosha nos pedían abandonar su  
finca, podría intentar alcanzar con el grupo los contrafuertes de  
Grodno, marchando al Noroeste de Jedwabne, cruzando la zona  
pantanosa del Río Neman en territorio bielorruso, y todo esto  
muy poco seguro de que los rusos mantenían aun su dominio en  
esas regiones. Decir “esto puedo hacer” es fácil, pero hacerlo es  
otra cosa. Si esa era la alternativa, habría que emprender una  
marcha ocultándonos de día donde se pudiera y caminando solo  
de noche, quizás por unos diez a quince días. ¿Cómo alimentar-  
nos entonces?

Alguna vez escuché una conversación en casa de Antonio,  
el hermano de Antosha, en la que se hablaba de una unidad de  
tanques soviéticos estacionada en la pequeña ciudad de Vau-  
kavysk, que quizás en caminatas nocturnas de seis horas mar-  
chando por el norte de Bialystok, y vadeando el Río Suprassi, po-  
dríamos encarar en unos cinco días, con la ventaja de que en ese  
territorio era famoso el cultivo de zanahorias, remolachas y cítri-  
cos que podríamos robar a los agricultores y comer crudos para  
espantar el hambre. Finalmente dibujé una ruta de salvación por  
entreverados caminos secundarios, que nos pondría bajo la pro-  
tección de los ejércitos soviéticos aún no diezmados por los ale-  
manes en Korianka, una pequeña aldea fronteriza cercana a la zo-  
na lacustre de Angustowska. Pero en verdad, que los rusos estu-  
vieran o no en estos lugares era tan hipotético como que a mí me  
salieran alas para volar. En medio del desvelo y la marejada de  
proyectos de fuga de la nada hacia la nada, tuve un momento de  
sensatez para decirme que solo Dios, con toda certeza, sabría la  
estrategia que iba a usar para salvamos, si esa era su voluntad.

No lo pensé mucho. Me lancé de la cama sintonizando con  
el Dios de Israel. “Señor, estoy en tus manos. Haz lo que tengas  
que hacer conmigo. Dispongas lo que dispongas, que tu amor cu-  
bra a mis compañeros de infortunio e ilumine el cerebro de Koes-  
he para que aquí, en esta mañana fría, no se marque la punta de  
un nuevo drama de injusticia y de muerte...”

Había un gran silencio en el ambiente. Los abuelos, Koes-  
he y los niños esperaban por mí para desayunar. Un chocolate  
hirviente, pan y mermelada cubren mis necesidades de alimenta-  
ción y energización. Casi no hemos hablado palabra. Los niños  
me besan y me dicen: —¿Verdad que no es hoy que vas a un nue-  
vo viaje, tío Stanislaw?— Antosha los abraza y en el cabello de  
la pequeña Helena aprovecha para enjugar una lágrima furtiva.  
Me abrigo y voy al establo. Koeshe me sigue.

Apuñados en el heno, sin abandonar sus frazadas, están mis  
seis compañeros. Del pajar nos miran unos ojos atemorizados,  
hundidos en sus cuencas, con hipnótica fijación a todos nuestros  
gestos y palabras. Koeshe les sirve bebida caliente y pan negro  
con mantequilla y mermelada. Beben un sorbo de chocolate y  
quedan rígidos de nuevo, mirándonos. La voz del granjero llega  
suave, misericordiosa, pero sin perder la autoridad:

—Docenas de veces viajé con Stanislaw a dejar víveres al  
ghetto de Lomza. Les llevamos agua, medicamentos y los invi-  
tamos a tener valor, paciencia, fe en Dios y pensamientos claros  
sobre el futuro. Stanislaw les ofreció protección en esta granja  
donde ha vivido estos pocos días y yo se la he dado hasta hoy  
arriesgando a mi familia. No puedo, como cristiano, mandarlos  
a la muerte. Pero tampoco puedo, como cristiano, mandar a la  
muerte a mi familia por ustedes. Vine dispuesto a decirles, ago-  
biado por el dolor, que debían marchar de mis tierras. Pero Dios  
me ha señalado otra manera más justa de hacer las cosas. Hoy iré  
al bazar de Jedwabne a vender los productos de la granja. Esta-  
ré fuera de “La Colonia” casi seis horas y les voy a proponer un  
trato. Hablo contigo, Samuel-Stanislaw. Tú sabes que memori-  
zo mis propiedades milímetro a milímetro. No hay escondrijo en  
ellas, inventado o por inventar, que yo no conozca. Mis ojos des-  
cubren el cambio de color en la más pequeña flor, y el movimien-  
to, en la más pequeña tabla. No hay aquí cuevas ni entrepisos, ni  
túneles, ni campos rocosos donde puedan esconderse sin que yolos encuentre. Teóricamente, quién se esconda entre mi casa y el  
campo y del campo a graneros, establos, gallineros y chancheras,  
será descubierto por Antosha o por mí en el curso del día. Pues  
bien, Samuel: si al regresar de Jedwabne a las seis de esta tarde  
tú has logrado encontrar un escondite que yo no encuentre, y sin  
abandonar el lugar desaparecen a mi mirada escrutadora, me  
comprometo a darles protección y alimento hasta el día y la hora  
que mande la voluntad de Dios. Esta es una promesa firme. Pe-  
ro si, por el contrario, me resulta fácil descubrir su guarida en mi  
granja, será esta la última noche que pasarán aquí; les daré ali-  
mentos para cuatro días, alguna ropa de abrigo, un pequeño cu-  
chillo de caza, un bidón de agua y pediré las bendiciones de Dios  
para que puedan marchar de madrugada. Schmulke, ¿está clara  
mi decisión?

Le contesté sin titubeos.

—Sí, amigo Koeshe, y no queda en nosotros más que acep-  
tarla. Gracias por lo que has hecho por mí durante tantos meses,  
y gracias por lo que has hecho por ellos durante estos días. Si no  
puedo esconderlos conmigo de tal suerte que jamás nos encuen-  
tres en tu propia tierra, nos habremos marchado cuando tú llegues  
de regreso. Pide a Dios por nosotros. Yo iré con ellos y que Dios  
bendiga a tu familia.

Mis compañeros del ghetto temblaban. Aquel pacto era di-  
fícil de cumplir. Estrecharon la mano franca del granjero católi-  
co conmovidos. Era la mano de un gran hombre. Sí después la  
vida lo maltrató y su carácter —abrumado por los horrores de la  
guerra—se debilitó, su grandeza espiritual y su valentía no sufrió  
mengua ante nuestros ojos ni hubo juicio que nos atreviéramos a  
realizar sobre sus transformaciones. Koeshe Wyrzykowski en mi  
vida particular, con su esposa Antosha, los abuelos y los niños son  
todos héroes como salidos del Antiguo Testamento. Mi deuda de  
gratitud para con ellos jamás podré pagarla. Quiero que mis hi-  
jos y los hijos de mis hijos sigan reverentes, por los siglos de los  
siglos, ayudando a los Wyrzykowski donde quiera que ellos estén,  
o se los encuentre aún en la descendencia de sus hijos.

Cuando el granjero marchó al norte con su carromato re-  
pleto de productos agrícolas y llevando a su esposa de compañe-  
ra, activé con voz imperiosa a los seis sobrevivientes judíos. Les  
advertí que con mi persona éramos siete vidas humanas: cinco

hombres y dos mujeres. Estaba seguro de que entre las mujeres  
Elka y Leika y dos de mis compañeros había romance. Aún no  
hice preguntas. Pero mi percepción sobre esa relación era clara.  
Los distribuí a todos por el terreno y les dije: —Vayan a rastras,  
abran los ojos, estudien todo accidente del terreno, tablazón, gra-  
nero en uso o desuso, zanja o charral que nos sirva para construir  
un refugio invisible a los ojos de Koeshe. Jenkel se queda con-  
migo en el establo para visualizar otras posibilidades.

Todos a un tiempo salieron a campo raso. La nieve era be-  
névola. Ese, por primera vez en diez días, caía suavemente y se  
volvía a escuchar su criscrás característico. Bastante sol se filtra-  
ba por la cerrazón de las nubes bajas y la mañana era luminosa y  
cálida. Yo tomé el cambio ambiental como un buen augurio.

El establo era de regulares dimensiones, pero muy bien dis-  
tribuido. La parte sur daba a la casa, de la que la separaban cin-  
cuenta metros. Había una doble puerta de madera con goznes de  
bronce muy bien aceitados, y una barra para cierre. La parte nor-  
te tenía una portezuela de 1.85 metros de alto y 0.60 centímetros  
de ancho que conectaba con el único espacio rectangular de la es-  
tructura. Este rectángulo con piso de piedra y un tabanco eleva-  
do medio metro sobre el suelo, tenía 3.5 metros de ancho y 3.65  
de alto y 10.2 metros de largo. Ocupaba espacio de oeste a este,  
con la portezuela al norte, una batea de madera para forraje de  
unos dos y medio metros de largo por 0.35 centímetros de ancho  
y 25 centímetros de profundidad. Al lado había un estañón de  
hierro galvanizado para agua. Era lo tradicional en la vida real.  
Las novelas y el incipiente cinematógrafo de la época enfocan fu-  
gitivos que optan por esconderse zambullidos en la paja que se  
acomodaba en pacas rectangulares en la tablazón del tabanco.  
Aparte esa paja, como el edificio no tenía “cielo raso”, las opcio-  
nes de esconderse no existían.

Nos fijamos en el compartimento inmediatamente contiguo  
al sur. Era solo un espacio cuadrado, delimitado por trozas de  
madera clavadas en el suelo rocoso, para mantener a los temeros  
fuera del alcance de las ubres llenas de leche de sus madres. Un  
poco de pasto regado por el suelo y otra batea para los alimentos  
concentrados que se fabricaban con melaza y soya. Nada que ver.  
No podíamos perforar un túnel en aquellas láminas de granito,  
que servían de pavimento. Pasamos a otro compartimento eleva-  
 La okmaci \ — I8U

do y era lo mismo. Allí había tridentes, palas, picos, azadones,  
un arado, repuestos, herraduras, cuerdas y los aperos de los caba-  
llos que estaban guarecidos a cinco metros del lugar en una case-  
ta semiabierta. Desechamos también, por no ofrecer nada en qué  
guarecemos, otra zona empedrada con una paltaforma a 75 cen-  
tímetros de alto en que se guardaba más pasto para los animales,  
unos tarros para leche, una prensa para queso. Nos quedaba por  
inspeccionar la parte del este donde había, cercados con madera  
y alambre sin púas, dos espacios. Uno para ovejas y cerdos  
“adultos” y otro para los lechones. Este último se aprovechaba  
para acumular una montañita de abono fabricado con boñiga, pa-  
ja, defecaciones cerdosas y cal. Dos canoas de madera, una al sur  
y otra al oeste, componían el resto del decorado. El piso era de  
piedra pequeña, cantos rodados de río y arcilla roja que eterna-  
mente estaba cubierta y empapada de orines de chancho y barro  
mezclado con excretas porcinas semilíquidas.

No sé lo que pasaba con los otros “exploradores” campo  
afuera. Había transcurrido una hora desde la salida de los Wyrzy-  
kowski y aún no teníamos ni siquiera un remedo de escondite.  
Cansado de buscar posibilidades, me senté en el filo de una de las  
canoas, con tan mala fortuna que se movió, resbalando sobre la  
boñiga diarreica, hacia un costado. Caí aparatosamente de fondi-  
11o sobre el estiércol de los cerdos y me enfurecí. Yo buscaba un  
escondite, pero no un baño de porquería. Jenkel se rió y, aún co-  
lérico, me levanté y di puntapiés a la miserable y enmierdada tie-  
rra. Y como los caminos de Dios son misteriosos y arrevesados,  
fue al lanzar el último puntapié contra el suelo, que se hizo la luz.  
*¡Fiat!* Lo que despegó la puntera de mi zapato fue un trozo de ba-  
rro rojizo, pegajoso. Quedé quieto y luego me agaché, limpié ex-  
cremento porcino con la mano y escarbé con una palita de jardi-  
nero que providencialmente tenía Antosha para arreglar sus flo-  
res metida en un balde de riego. ¡Dios de Israel, en ese barro es-  
taba la solución al problema del escondrijo!

Llamé a Jenkel y le conté lo que imaginaba: quitando el  
abono chorreante de boñiga y paja y limpiando un espacio de un  
metro cuadrado, podíamos excavar un pozo de por lo menos 1.50  
metros de profundidad. Si no topábamos piedra y se mantenía la  
arcilla plástica, al llegar a esa profundidad podríamos hacer una  
galería inclinada de metro y medio, siempre que no se descendie-ra por esa hipotética rampa a más de 35 centímetros de profundi-  
dad, y luego cavar un agujero cuadrado de 2 por 2 que nos que-  
daría en este caso —dada la inclinación de la rampa que comuni-  
caba el primer pozo con la que llamaremos pomposamente “recá-  
mara” de supervivencia— a un metro bajo la superficie de la  
chanchera. Tomando en cuenta que en el encierro superior sola-  
mente había abono procesado y siete lechoncitos —cerditos bu-  
lliciosos de ño, ñó, ñó permanente, pero no pesados—, entonces  
fabricaríamos una lámina de cobertura hecha con tablas de made-  
ra alisadas y no con troncos, a las que cubriríamos de abono cor-  
tado en cuadros y rellenado con boñiga a manera de “cemento”  
sellador para que, con heno seco y porquerías cerdosas, quedara  
debidamente camuflado. Por lo demás, como la puerta de entra-  
da y salida al “refugio” no debía ser vista , propusimos que con  
un par de ramas alargadas, de unos cuatro metros de longitud, que  
teníamos que ver dónde las apañábamos, bastaría para asegurar  
bajo la canoa de los cerditos una línea corrediza para moverla a  
un lado y otro. Las ramas serían también emboñigadas para que  
no se notara su presencia, y finalmente con una cuerdecita adicio-  
nal —corrida sobre los troncos boñigosos la canoa—, podíamos  
también tirar para deslizaría y abrir la tapa cíe madera. Los ma-  
teriales de construcción serían pasto seco, abono y repello de ex-  
crementos animales frescos. Simplemente me dije, ¡Zás cuás!  
¡Manos a la obra!

Llamamos a los demás ya cuando eran casi las 10:35 de la  
mañana. Reunidos bebiendo un sorbo de agua, les expliqué el  
plan. Somos siete personas para vivir en un espacio de dos metros  
cuadrados. La vida será fétida y respiraremos el acre olor de los  
excrementos de los animales y la orina de las ovejas que es de fuer-  
te aroma, mientras vivamos en esta “casa”. Si Koeshe no nos en-  
cuantra hoy, ni nos localiza mañana, saldremos, lo enfrentaremos  
con la verdad y le exigiremos cumplir con la palabra empeñada.  
Después, ya con la paciencia que ha de guardar todo el que por te-  
ner prisa debe ir despacio en la carrera de su fuga, haremos un se-  
gundo agujero de metro y medio de lado al mismo nivel de profun-  
didad que el primero, conectado por éste con otra pequeña rampa  
inclinada o un par de simples gradas. ¿Todos estamos de acuerdo?

Y como la respuesta fue casi un grito de alegría, puse mi  
mano tapando por tumo la boca de cada uno y dije: —De ahora

en adelante , que no salgan de tu boca más que palabras esencia-  
les para la sobrevivencia. Lo que pase a uno de nosotros, afecta-  
rá la vida de los demás, y lo que hagan los demás, me afecta a mi,  
de tal forma que va nuestra propia seguridad en ser disciplinados,  
solidarios, astutos y pacientes. Agradezcamos a Dios que mandó  
iluminación a nuestras mentes para visualizar este escondrijo y  
pongamos manos a la obra. Jenkel, tú excavarás conmigo. Srol-  
ke, tú amasarás el abono y le darás consistencia de tableta con pa-  
ja seca y boñiga. Moisés, tú te encargarás de buscar tablas de ma-  
dera livianas y delgadas y unas cuerdas. Elka y Leika buscarán  
paja seca para el fondo de la “tumba”, unos potes de desecho pa-  
ra depositar agua y todo cuchillo viejo, tarro, brocha, cordino, ta-  
bla, alambre o mecate que sirva a nuestros propósitos de cons-  
tructores.

Con la palita de jardinería y una barra de hierro iniciamos  
la excavación. Moisés y Srolke,.usando un viejo balde de ordeño  
que apareció en un rincón, comenzaron a transportar el lodo y bo-  
ñiga que íbamos excavando en la chanchera, para sacarlo fuera  
del establo y desperdigarlo por el trigal, de tal suerte que no se hi-  
cieran acumulamientos que dieran sospecha a quien los observa-  
ra. Fue una labor de hormigas. Pero los siete sabíamos que en es-  
ta actividad iban nuestras vidas y que aquel era tiempo de drama,  
tiempo de odio y de sangre y de muerte y que no se podía jugar  
con la vida de un grupo por peleas de liderazgo o indisciplina.

A las cinco de la tarde todo estaba hecho en el refugio. Las  
mujeres judías tuvieron suerte al encontrar “preciosos” objetos  
para acondicionar el interior de la catacumba. Dos trozos de car-  
tón, cuatro potes de hojalata, una botella de vino vacía con tapón  
de corcho, un cordino de cuatro metros de largo de cáñamo fili-  
pino que quién sabe por qué misteriosos cambalaches comercia-  
les llegó hasta esa granja, siete tablas de madera en buen estado  
de un antiguo cielorraso, dos botones blancos de camisa, cuatro  
pacas de paja seca, medio saco de plumas de gallina, una lámpa-  
ra vieja de kerosene, un azadón de mano, un trozo de manguera  
y una carrucha de hilo rosada número 10 fabricado en Lodz que,  
sin a^uja, no sabíamos aún para qué nos podía servir.

' Todos esos tesoros fueron “para abajo”. A las 5:15 di la  
orden de que toda pista exterior fuese borrada y nos metiésemos  
al agujero. Sentimos por primera vez la sensación de ser realesgusanos de tierra. Nos colocamos la tapa y corrimos sobre sus  
“railes” de palo la canoa de los cerditos, que en todo este proce-  
so de excavación mantuvieron un comportamiento ejemplar tan  
sólo alterado por los espacios de tiempo en que su ñó,ñó,ñó se  
intensificaba.

A las siete treinta de la noche escuchamos a Koeshe y An-  
tosha buscando y rebuscando por todos lados. Habían comenza-  
do en la casa, por desconfiar en que un exceso de amor hacia Sta-  
nislaw hubiese conducido a los viejos Franciszek y Josefa, a es-  
condemos en algún rincón . El sótano, bajo las camas, en la ta-  
blazón del piso, tras armarios, en una despensita, el baño, el ino-  
doro de hueco a cinco metros de la vivienda, la chimenea, el te-  
cho y tras de todo cuadro, mueble, mesa o silla buscaron con afán  
los buenos polacos . Hicieron lo mismo en el gallinero, los dos  
graneros, el campo de trigo, el papal, la huerta, la zona de remo-  
lachas y el raquítico bosquecillo de charral que por un instinto de  
conservacionismo cimarrón, alentaban a dejar en franco proceso  
de regeneración. Fueron incluso a la casa de Antonio para no de-  
jar lugar a dudas. Finalmente llegaron a lo que para ellos era el  
lugar donde por la “fuerza de las fuerzas” teníamos que estar es-  
condidos. Abrieron las puertas del sur y del norte, miraron en el  
tabanco, registraron una por una las pacas de heno, vaciaron el  
depósito de útiles de labranza hasta ver que todo estaba limpio,  
tocaron la tablazón de las paredes, removieron el forraje, sacudie-  
ron un poco de lana recién trasquilada a cuatro ovejas que murie-  
ron de frío. Al no hallar nada en ningún lugar, hablaron en pola-  
co. Conmovidos y sollozando, cayeron de rodillas y pidieron  
perdón a Dios de que por su culpa aquellos desgraciados judíos,  
al no encontrar lugar alguno donde esconderse por ser un grupo  
tan grande de siete gentes, irían ya por azarosos caminos nevados  
en busca de la frontera con Bielorrusia para tratar de obtener ayu-  
da y protección de los soldados rusos que aún mantenían posicio-  
nes en esa zona del oriente polaco.

Descubrir de tal manera ese amor, esa bondad y tan puros  
sentimientos, nos hizo llorar a todos. Por eso en este relato, en es-  
ta conversación, al llanto lo sublimizo y le asigno constituirse mu-  
chas veces no en una sola expresión del dolor, el miedo o la tris-  
teza, sino en el mecanismo vivificador de algunas expresiones es-  
pirituales donde la lágrima cristalina se me ocurre que puede con-

vertirse en desahogo, creación, parte visible de fuertes emociones,  
y molecular elemento acuoso salino de gratitud y de afecto.

No quise romper ese momento en que los mecanismos de  
la conciencia católica de los esposos se turbaban. Hice una seña  
a mis compañeros y sin pronunciar palabras entendieron que só-  
lo hasta la mañana próxima los fantasmas de los siete judíos su-  
pervivientes de la matanza de Jedwabne, podrían aparecer una  
vez más en el mundo frígido y nevado de aquella granja salvado-  
ra de Jednaczewo.

Necesito relatar puntualmente algunos otros detalles. El 9  
de octubre de 1942, se cumplió nuestro primer día de "enterra-  
miento" voluntario para sobrevivir a la gigantesca matanza de-  
cretada contra los judíos. No fue nada fácil pasar la noche en el  
agujero bajo la chanchera. La hediondez de las deposiciones de  
vacunos, ovejas y cerdos no puede ser descrita. Es algo fétido,  
amoniacal, miasmático. Huelen ácidos los orines de los anima-  
les, y sulfurosas las excretas de los cerdos y las ovejas combina-  
das. La descomposición del abono, proceso natural en que una  
serie de sustancias de desecho se convierten en sustancias nu-  
trientes para fortalecer la tarea germinadora de la tierra, es otro  
olor acre agregado a los que ya nos taponaban la nariz. Abajo, en  
la “estancia” de dos por dos, la arcilla roja, probablemente laten-  
tica. resuma humedad y podredumbre. Hubo gritos histéricos de  
Elka cuando descubrió, retorciéndose cerca del paredón en que  
apoyó la cabeza, unas lombrices moradas, gordas, babosas, de  
unos cinco centímetros de largo. Y bascas y vómitos cuando a  
Srolke, que había podido entrar al sueño y roncar, le cayó un gu-  
sano gordo, de los llamados “queseros” por su color blanco y ca-  
beza color café, en plena boca. Fue una experiencia espantosa y  
enajenante. Nos atacaron los vómitos. De la gusanera que nos  
atisbaba cavando tunelitos en las paredes de nuestro “nicho eco-  
lógico”, no intentamos libramos, porque al primer bicho que  
aplastamos se le fermentó el cuerpecillo y dejó al descubierto una  
masa gelatinosa de sangre negra nausebunda.

Nos dimos cuenta de trabajos urgentes por hacer: fabricar  
un ducto de aire fresco para combatir la fetidez, procuramos dos  
piezas para sentamos, abrir una segunda cueva para acomodamos  
mejor los siete del amasijo humano sobreviviente. Además, esta-  
blecer obligaciones y responsabilidades para cada quien, una fis-  
 194 — La denuncia

calización totalitaria de la disciplina, un sistema de vigilancia,  
procedimientos de higiene personal, una jefatura de mando indis-  
cutible y, tal vez, algunas velas para lograr una precaria ilumina-  
ción interior.

La historia de mi vida bajo tierra en Polonia va desde el 9  
de octubre de 1942 hasta el 5 de enero de 1945, día en que se pro-  
dujo muestra “liberación”. Se trataba de un viaje de dos años y  
cuatro meses a través de las sombras. Un largo periplo en que,  
de alguna manera, los hombres barro judíos “murieron” en ese  
mismo barro laterítico contaminado y maloliente, para emerger  
de la catacumba y gozar nuevamente del sol germinador y vivifi-  
cante que deshizo la nieve blanda recién caída de aquel día en que  
enero andaba por nuestra sangre cosquillándonos con el presenti-  
miento de la resurrección.

• Lo que pasó en todo ese tiempo catacúmbico es de tan  
aplastante rutina, asfixia y monotonía, que sería empeño vano  
forzar un relato sobre ello. Quiero contar únicamente lo que rom-  
pió esa rutina larga, negra, hedionda y trágica, a través de inter-  
minables veintiocho meses de encierro mientras duraron los cua-  
les el mundo, la humanidad entera, dio vuelta al revés y jamás  
volvió a ser lo que era.

A las ocho de la mañana, haciendo un poco de teatro, me  
presenté a la casa de los Wyrzykowski. Toqué la puerta con los  
nudillos. Traté de dar a cada golpe un eco fúnebre. Abrió Hele-  
na y su alegre grito de “¿Tío, donde andabas?” alborotó el panal  
hogareño. Antosha apareció con los ojos abiertos por la sorpre-  
sa. Luego Koeshe, que me estrechó la mano, se quedo envarado,  
y no dijo nada. Y después los abuelos que me llevaron de la ma-  
no hasta la mesa para servirme té caliente y unas galletas de ave-  
llana, hechura de la vieja Josefa. Pasado el frugal desayuno, hi-  
ce una seña a Koeshe y nos retiramos a un rincón para las expli-  
caciones que se esperaban.

Le conté haber fabricado un escondite a prueba de “progro-  
mos” y “gestapos” y le dije esperar que él cumpliera el pacto se-  
llado el día que salió de comercio hacia Jedwabne. Tuvo apuros  
en tirarme de la lengua para salir de sus dudas, pero le di largas  
para no adelantarle nada e invitarla a seguirme. Cuando llegamos  
al establo, simplemente le señalé al interior. Movió la cabeza con  
aire de duda o como diciendo “este judío ya perdió el juicio”.Entramos. Volvió a mirar por los pajares y rincones y se plantó  
en la puerta, como preguntando qué broma pesada le estaba ju-  
gando. Entonces lo conduje a la cerquita de madera que rodeaba  
la chanchera de los lechones, le señalé el montón de abono apes-  
toso, la canoa con desperdicios. Como seguía sin entender, lan-  
cé un silbido y, ante su mirada llena de asombro, la canoa se co-  
rrió hacia la derecha, la tapa cuadrada de madera camuflada con  
abono y estiércol se levantó como en un juego de misterio, y que-  
dó a la vista el agujero maloliente del cual salieron, serias y asus-  
tadas, las caras de mis otros cuatro compañeros varones y dos  
mujeres.

—¿Y ahora?— pregunté.

Respondió ronco de emoción:

—Es tan increíble lo que han hecho que cumpliré mi pala-  
bra. Jamás hubiera imaginado lo que veo. Haré un proyecto con  
Antosha sobre cómo alimentarlos. Se hará una sola comida fuer-  
te al día, tendrán agua potable suficiente, jamás saldrán del agu-  
jero, pondrán un vigilante de guardia día y noche que fisgonee  
hacia la calle por la rendija del lado norte de esa pared, y solo en  
momentos de calma extraordinaria y de dos en dos y no más, po-  
drán abandonar el agujero y caminar y ejercitarse dentro del es-  
tablo, pero sin jamás salir de él.

—En casos de emergencia —prosiguió-—, solo Samuel  
queda autorizado para ir hasta la casa. Pase lo que pase, lo hará  
sólo de noche. Deberá asegurarse de golpear tres veces con un  
solo golpe espaciado y moderado la ventana de mi cuarto. No se  
arrimará a la puerta ni penetrará a la casa. Hemos decidido que  
el secreto de su permanencia solo lo poseeremos mi esposa y yo.  
Samuel debe despedirse, con el pretexto de un viaje a lugares le-  
janos, tanto de los niños como de los abuelos. La ropa que hay  
en la casa la trasladarás al agujero de la chanchera. Instalaré un  
estañón de veinte galones de capacidad para que haya agua para  
el aseo personal dos veces por semana. Les daré algunos analgé-  
sicos de Bayer, mercuriocromo, algodón y gasa, que es todo lo  
que de medicamentos tenemos en la casa. También algunas ve-  
las que no deberán ser encendidas en tanto no se haga una prue-  
ba de que su luz no se filtra hasta la superficie. Para cubrir las  
necesidades fisiológicas, echaremos polvo de cal y abono en una  
lata vacía de manteca, que según lo dispongan ustedes será vacia-

da cada noche e higienizada, en el agujero que hemos excavado  
al oeste de la casa para quemar las basuras hogareñas. Hay una  
ropa de abrigo vieja y algunas prendas interiores de la abuela y  
mi esposa, que les daremos a las dos mujeres para suplir sus ne-  
cesidades de vestido. También Antosha hablará con ellas para es-  
tudiar lo que se puede hacer o ayudar cuando las mujeres entren  
en período menstrual. Que Dios los bendiga y mantenga en sere-  
nidad y racionalidad sus mentes, porque desde este momento en  
adelante sus vidas dependen de nosotros y, las nuestras dependen  
de ustedes. Supongo que Samuel será el vocero del grupo. Sólo  
con él atenderé los asuntos que les competan o nos competan a  
nosotros en esta granja. Mañana será un día especial. Con todas  
las precauciones necesarias, les ayudaremos lavando toda la ropa  
que traen puesta. Además, cuerpos y cabelleras que cortaremos  
al máximo, despiojaremos y peinaremos un poco. También cor-  
taremos las uñas de los pies y de las manos en que ya noto creci-  
mientos anormales. Les recomiendo inventar alguna clave de se-  
ñales. Hay un arrugado librito del “Antiguo Testamento” que el  
abuelo quería regalar a Samuel, porque afirma es uno de los li-  
bros que entra en la Biblia Judía. Lo traeré más tarde, porque la  
oración les dará la fuerza necesaria para soportar este encierro  
que se sabe cuándo comienza, pero no se puede saber cuándo ter-  
minará. Pidamos a Dios Todopoderoso que nos proteja y nos en-  
vuelva en su misericordia, porque -como les dije antes y les repi-  
to ahora- si ustedes viven vivimos todos nosotros en la familia. Y  
si ustedes mueren también moriremos nosotros.

Nadie se atrevió a interrumpir la perorata de Koeshe. La  
sensatez y el amor al prójimo brotaron de sus palabras. Era tan-  
to lo que nos daba en aquel momento crucial de nuestras vidas,  
que tal vez lleguemos a la muerte sin que nadie nos haya dado  
más de lo que nos entregaron Koeshe y Antosha.

Pasamos el resto del día en labores de reacondicionar lo he-  
cho y cavar la nueva cámara lateral. Al llegar las sombras de la  
noche, miramos por última vez el cielo, dondequiera se abriese  
en las nubes o. calmase la nevada, y nos metimos “para siempre”  
a nuestro escondite salvador.

Los primeros días en el agujero fueron terribles. Es difícil  
comprender lo que cuesta acostumbrarse al hedor de la boñigas y  
las deposiciones de los cerdos, sus orines, y la descomposición de

esas materias fecales con el abono “maduro”. Más difícil resulta  
aún aprender a dormir y convivir con las lombrices de los pare-  
dones, los gusanos, cucarachas y alimañas que proliferaban en el  
hábitat del estiércol. La humedad y el frío en aquella época in-  
vernal no ayudaban a levantar el ánimo. Muchas veces nos pre-  
guntamos si no sería parecida la vida dentro de una cámara de  
congelación. Pero los que afirman que el hombre llega a ser par-  
te del medio ambiente que lo rodea, como el medio ambiente lle-  
ga a ser parte del hombre, tienen razón. Sufrimos mucho, vomi-  
tamos mucho, hicimos miles de muecas de asco ante los bichos,  
repudiamos los orines animales, despotricamos contra aquella  
manera cavernícola de fabricar abono y hasta dimos de puñetazos  
a la arcilla rojiza de las paredes de nuestra “tumba”. Pero poco a  
poco, sin damos cuenta, de manera natural, automática, nos fui-  
mos armonizando con el ambiente.

Para cuando ya habían transcurrido los primeros quince  
días sin un solo incidente, la interrelación con el hedor, los gusa-  
nos, la humedad, los orines, el estiércol de los cerdos y las lom-  
brices “maromeras”, eran un proyecto logrado. Los movimientos  
para garantizar nuestra supervivencia, comenzaban a producirse  
de manera ritual e inconsciente. Hombre o mujer, uno cada no-  
che, subía a la superficie del establo para vigilar. Al principio por  
una sola rendija, luego por otras horadaciones y agrietamientos  
que presentaba la madera en diferentes puntos. Acostumbrar la  
retina dé los ojos a sintonizar con la oscuridad para ver, solo nos  
llevó ocho días. Es extraordinaria la forma en que el organismo  
humano se adapta al medio en que vive. Podíamos movemos en  
la oscuridad como criaturas de la noche. Donde normalmente na-  
die percibiría cosa alguna, nosotros veíamos sin dificultad. Tam-  
bién se nos aguzó el sentido del olfato. Pero esto cuesta más en-  
tenderlo: ¿Cómo, viviendo en un permanente campo de repug-  
nantes olores y pestíferos miasmas, podría afinarse nuestro olfa-  
to? Yo no lo sé. No tengo una respuesta para ello. Pero en ver-  
dad, aun desde el fondo del agujero, nuestras narices eran capa-  
ces de captar olores ajenos al estercolero y a la putrefacción del  
lugar. Me asombré cuando, finalizando el primer mes de encie-  
rro, una noche en que me tocó la vigilancia, percibí el olor del  
pan recién horneado que provenía de la casa. Teóricamente, se-  
mejante refinamiento olfativo no podía ser, pero era. Ya conté enotra parte de mi relato que la casa estaba a unos cincuenta metros  
del establo. Pero esa noche, sin duda, Antosha estaba horneando  
sus pesadas bolas de pan. Al día siguiente, cuando nos trajeron  
el almuerzo, una hermosa bola de pan blanco, dorado, pesado y  
amoroso, sirvió de refuerzo a los alimentos. También otra noche  
Elka habló de haber percibido el aroma de un potaje de judías con  
verduras y zanahorias que era plato típico de las tierras orientales  
de Polonia.

Dos meses después comenzaron a funcionar en nosotros di-  
versos mecanismos e impulsos atávicos. La herencia genética no  
engaña, podría decir algún científico principiante el día de hoy.  
Pero entonces no se hablaba de genes. Sin embargo, lo único que  
podía razonar es que en el hombre están potencialmente dormi-  
dos muchos de los instintos primarios, puramente animales, a los  
que sin duda obedecimos para la supervivencia de los primeros  
tiempos, cuando emparejábamos con el “astralopitecus” o de-  
sembocamos en la carrera evolutiva al estadio del “homo sa-  
piens” de primera hornada, que aún vivía en cavernas, cazaba con  
instrumentos fabricados de pedernal o de basalto, comía crudos  
un noventa por ciento de sus alimentos, empezaba —tras descu-  
brirlo— el “manejo” del fuego, andaba erecto y normaba un len-  
guaje primario con el cual fue conociendo el proceso de las co-  
municaciones. ,

Tengo que ir contando todo esto para que más tarde se en-  
tienda que los hombres y mujeres que salvamos la vida del exter-  
minio antisemita, no éramos los mismos de octubre de 1942,  
cuando “nos tragó la tierra”, que los que emergieron a la vida de  
superficie cuando los rusos nos liberaron del yugo alemán en los  
primeros días de enero de 1945. Nosotros mismos nos llamába-  
mos los unos a los otros los “mecanohombres” y las “mecanomu-  
jeres”, y eso no era para bromear, sino por apegamos a la verdad.  
Cuando el frío polar de diciembre nos agarró por el cuello en Jed-  
naczewo, nuestra “mecanohombridad” funcionaba ya como vir-  
tud instintiva. Por la mañana al despertar, cuatro toques a la ta-  
blazón de la tapa del agujero, y esperábamos que desde fuera la  
señal fuese respondida por quien estaba vigilando. Cumplido el  
ritual, el que estaba de guardia descendía al agujero para comer y  
beber algo y reponer sueño, y los que estábamos dentro salíamos  
de uno en uno, con quince minutos de tiempo para cada quien, a

respirar un poco de aire puro, satisfacer necesidades fisiológicas,  
lavar lo que se pudiera de nuestro cuerpo con el agua helada del  
estañón, mirar la claridad del día por las rendijas, hacer ejercicios  
o practicar trote estacionario para reavivar las encarrujadas extre-  
midades. Luego, una vez más al hueco, para que otro saliera y  
cumpliera su rutina “despertadora”. Todo lucía, de esta manera,  
absolutamente mecánico. No había que pensar qué hacer, sino  
hacer para posibilitar después, el pensamiento.

Invariablemente, de madrugada, por mucho que apretara el  
frío invernal, Antosha llegaba al establo con un pote de té hir-  
viendo, endulzado con azúcar de remolacha y pan con mantequi-  
lla o mermelada de zarzamora. El de guardia, o la de guardia, re-  
cibía la donación. Si de abajo no había la cuádruple señal en la  
tablazón para la salida, era él quien la apuraba, no golpeando la  
tapa de la entrada, sino simplemente levantándola y reclamando:  
¡Afuera, que el desayuno se enfría! La comida casi siempre “se  
servía” en el establo a las dos de la tarde. La misma Antosha lle-  
gaba primero con una olla enorme de desperdicios para los cer-  
dos, normalmente un espeluznante puré de patatas con sobros de  
todo lo que a uno pueda ocurrírsele, y luego con otra olla y una  
cesta en que se hallaba nuestro potaje, a veces de verduras, otras  
de arroz con espinacas y huevos, y de vez en cuando, con repollo  
agrio a la usanza alemana.

Si nadie se lo ha preguntado debe ser por despiste: ¿Sabía-  
mos nosotros que nuestra permanencia bajo tierra totalizaría dos  
años y cuatro meses con algunas cuantas horas agregadas? ¡No,  
y ni siquiera lo sospechábamos! Algunas veces hablábamos que  
“dentro de unos tres meses, cuando esto acabe”, íbamos a hacer  
tal o cual cosa por aquí o por allá, unos quedando en Polonia pa-  
ra tratar de recuperar los bienes obtenidos en toda una vida de es-  
fuerzo, y otros escapando lo más lejos que se pudiera de aquella  
tierra, patria nuestra, que nos amamantó con amor un día, para  
después pateamos con odio a mitad de la vida. Imposible vislum-  
brar alguna cosa oliendo a libertad más allá de pocos días o unos  
cuantos meses. Yá de julio de 1941 a diciembre de 1942 nos ha-  
bía molido, quebrantado y despedazado la eternidad. Todo había  
sido odio, muerte, tortura, dolor, traición, hambre, persecución,  
cárcel, miedo y tinieblas. Tenía que llegar el “otro tiempo”, que  
no sabíamos cómo sería, pero que solamente entendíamos comoel de la muerte que pondría fin a tanta miseria y llanto; o el de  
una milagrosa resurrección en libertad, cuando todos los imbéci-  
les y estúpidos hombres y mujeres de la tierra que hacían la gue-  
rra, se hubiesen matado entre sí.

Soportados más de seis meses de agujero, ya con el año  
1943 avanzando, la espera comenzaba a desesperamos. Tenía  
que ocurrir eso. Uno apaña una idea e imagina que el sacrificio  
por las razones que se “muelen” en la idea misma, está a punto  
de terminar. Pero la realidad que correspondía a tal cuadro no se  
da, no se concreta. Había que hacer un gran esfuerzo de volun-  
tad para no enloquecer.

Era notable la forma cómo distribuíamos el miedo y la an-  
gustia entre otros componentes del grupo y lo que eso nos alivia-  
ba. En realidad, de manera lenta pero reconocible, era mucho lo  
que cada uno de nosotros fue perdiendo de singularidad para ce-  
derlo a la pluralidad enterrada viva. Por largo tiempo dejamos de  
ser Jankel Shiesz, Srolke Rowdoski, Moisés, Elka, Dereck, Lei-  
ka y Samuel Waserstein, para ser solamente “Los hermanos de la  
chanchería”, únicos supervivientes del genocidio de Jedwabne.  
Cinco hombres y dos mujeres que dejaron de tener privacidad,  
autonomía, libertad personal, pudor y acción propia, en cesión in-  
discutible de todos esos derechos a la armonía del grupo, a la ac-  
tuación del equipo, donde el “uno para todos y todos para uno”  
heredado como bandera de las obras de mosqueteros del visiona-  
rio Alejandro Dumas, tenía.plena vigencia.

Eramos así, en 1943, un solo cuerpo, una sola alma y un so-  
lo cerebro entre la suciedad, los hongos, gusanos, lombrices, ara-  
ñas y cucarachas de nuestro nicho. Una especie de multicelular  
“monstruo subterráneo” alimentado con solo un pensamiento, pe-  
ro dueño de siete cabezas, catorce orejas, catorce orificios nasa-  
les y brazos, catorce manos, siete bocas, catorce ojos, siete anos,  
cinco penes, dos vaginas y una sola necesidad: ¡Sobrevivir!

Apartada nuestra dependencia informativa, alimentaria, de  
agua y de vestido que teníamos de Koeshe y Antosha, en todo lo  
demás debíamos valemos por nosotros mismos. Yo ejercía un  
extraño liderazgo sin hacerlo notoriamente. Jamás, salvo en los  
momentos de tomar serias decisiones, mi “gobematura” o mi  
mandato sobre los demás se ejerció totalitariamente. Por el con-  
trario, la manera normal de sobrepasar las barreras del tedio, la

rutina, el miedo y la desesperación, era cuestión de entregamos  
los unos a los otros en afecto, cuidados y atención, renunciando  
a la propia personalidad en todo lo que se pudiera renunciar, y ha-  
ciendo religioso el deber de compartirlo todo. Todo menos las  
mujeres. En esto no había concesión. Elka y Leika amaban a dos  
caballeros del grupo fugitivo cuyos nombres es mejor no esclare-  
cer, por lo duro y dramático de lo que debo contar, pasó más ade-,  
lante. Y aunque los otros tres hombres sentíamos la necesidad de  
la gratificación física, la llamada del sexo a veces casi dolorosa,  
la urgencia de compañía femenina que en la pareja bien avenida  
es un florecer de deleites, tenemos que agradecer a Dios la volun-  
tad de hierro que nos dio para dominar y controlar los apetitos de  
la carne y poner, por encima de ellos, la responsabilidad de pro-  
teger al grupo, alimentar en él la esperanza y fortalecer la dispo-  
sición a la lucha por la vida y la libertad. No sé por qué razones,  
o intuiciones, pero lo sabía. Me imagino que a eso se le llama fe.  
Una actitud permanente y diaria en que uno se entretiene en orar,  
evita el gravísimo problema de la locura.

Yo estoy contando estas cosas que caminaban por mi men-.  
te y mis pensamientos porque esta es una conversación familiar.  
Una conversación que tal vez escapando del entorno de los Wa-  
serstein-Goldwasser —estricto y cerrado— tenga suficientes ele-  
mentos interesantes, enseñanzas y mensajes, para sobrepasar ese  
íntimo reducto y llegar a las mentes y los corazones de toda la hu-  
manidad.

Para febrero de 1943, el ambiente se puso tenso. Tras mu-  
chos meses con una cierta despreocupación de vida, volvieron a  
escucharse tiroteos, aislados cañonazos y vuelo de aviones sobre  
Jednaczewo. Antosha me comunicó una tarde, cuando trajo un  
saco de papas para que las peláramos, que los alemanes estaban  
en Jednaczewo. Su hermano Antonio regresaba de Lomza y le  
señaló que había mucho movimiento de tropas porque se preten-  
día lanzar una “barrida” contra ciertos reductos de los soviéticos  
en la frontera con Bielorrusia. Habían levantado un gran campa-  
mento y eran unos mil quinientos soldados. Pero lo grave de la  
situación era que cuatrocientos soldados de un comando con “pe-  
rros”, varios vehículos y una escuadra de aprovisionamiento, es-  
taban por llegar a la zona de “La Colonia”. Y más grave que eso,  
era la idea de los alemanes —alentada por destacadas “persona-lidades” de Jednaczewo y Radzilow— de formar un ejército po-  
laco auxiliar para participar en la guerra contra los rusos. A  
Koeshe lo tenían en la lista. Al conocer la noticia, había marcha-  
do a unos bosques fuera del pueblo, cerca de la cabaña de unos  
amigos tramperos, para esconderse y evitar convertirse en un  
“forzado voluntario” de este grupo de polacos pronazis.

Más o menos en la tarde del 27 de febrero, los nazis llega-  
ron a la granja. Levantaron una carpa, estacionaron dos camio-  
nes, una improvisada cocina bajo toldos, y por grupos buscaron  
la manera de alojarse con comodidad. Ocuparon el establo pe-  
queño, un cobertizo cerca del gallinero, y los que tenían los pe-  
rros se alojaron en el establo donde estaba la chanchera. Supe,  
muchos años después, el miedo que consumió a Antosha al no  
contar con su esposo, que estaba escondido. Cuando le pidieron  
el establo para los perros, ella descubrió la falla que tenía nuestro  
escondite: ¿cómo alimentamos, si los alemanes se quedaban ahí?;  
¿cómo evitar que aquellos perros entrenados para levantar la hue-  
lla de los fugitivos judíos, no descubrieran con su afinado olfato  
la presencia de nuestro grupo bajo la chanchera?

La mente de la buena polaca actuó rápido. Preguntó a los  
alemanes si el establo lo iban a ocupar día y noche para acondi-  
cionarlo, o si solo de noche para dormir, a fin de recoger más he-  
no seco de las reservas de los sótanos y colocarlo en el tabanco  
de la sección más amplia del norte.

Como le garantizaron que con los perros tenían que reali-  
zar patrullajes de día, el alma le volvió al cuerpo a nuestra santa  
protectora. ¡Ya no había problema con la comida! Pero quedaba  
aún el peligro de que los perros olfatearan nuestra guarida y fué-  
semos descubiertos. Aquí es donde sigo admirando la capacidad  
de reacción rápida que tenía aquella mujer pequeñita, de dulce y  
bello rostro y ojos azules.

Convenció a los alemanes de que esperasen mientras acon-  
dicionaba el lugar, corrió a la casa y de un depósito que jamás su-  
pe para qué existía, sacó un enorme bidón de petróleo o gasolina  
y lo trajo al establo. Procedió luego a rociar la sustancia hidro-  
carburada, alrededor del compartimento de los cerdos, en la base  
de la pila del abono, y encima de la canoa y tapa camuflada que  
ocultaba nuestro agujero bajo tierra.

Una vez más, con esta acción, Antosha nos salvó la vida.  
Y diré que también salvó la de su familia, pero en verdad ella me  
confesó más adelante que solo pensó en nosotros. No recordaba  
dónde o quién le había explicado que la gasolina y otras sustan-  
cias hidrocarburadas —como kerosene, asfalto líquido o benci-  
na— embotaban el olfato de los perros policías y los neutraliza-  
ba por varias horas. De manera que cuando los alemanes llega-  
ban al establo a las seis de la tarde de cada día con sus perros, es-  
tábamos fuera de peligro. Los animales olfateaban por todos la-  
dos, pero al llegar a la chanchera, “estornudaban” y se retiraban  
torciendo sus narices.

La permanencia de las tropas alemanas en la granja nos  
obligó a muchos meses de encierro permanente. Pasábamos casi  
todo el tiempo acostados. Cuando llegaban los alimentos, tenía-  
mos que bajar una de las dos ollas de hierro negro ventrudas —la  
más grande contenía los desperdicios de los cerdos—, a nuestro  
agujero y comer a velocidad. De febrero hasta mayo los alema-  
nes estuvieron ahí. La comida en este tiempo fue casi siempre un  
potaje hecho de papas al que Antosha le agregaba lo que tuviera  
a mano. A veces pan, zanahorias, tasajo, arroz: lo que hubiera.

Promediado mayo de 1943, la vida en el agujero se trastor-  
nó. Una de las mujeres jedwabnesas emparejada con los amigos  
escapados del ghetto de Lomza, estaba embarazada y su tiempo  
de parto se presentó de improviso. De pronto no sabíamos qué  
hacer. Una mañana en que solo quedaban en la granja los alema-  
nes cocineros que ahumaban carnes para mandar al resto de la  
tropa en el pueblo, me arriesgué y, acercándome a la casa —tal  
cual habíamos convenido—, di unos golpes con una piedra en la  
ventana del cuarto de los esposos Wyrzykowski, y llamé a Antos-  
ha. Le expliqué la situación. Pedí su consejo y ayuda.

Esa misma tarde, con disimulo, bajo un cesto de papas, la  
mujer nos proveyó de una sábana blanca, unas tijeras, un trozo de  
cáñamo, un pote de sulfas y dos onzas de alcohol que era todo lo  
que poseía. Nos recomendó bajar una lata con agua pura al agu-  
jero y nos explicó algo sobre el proceso de parto, la ruptura de la  
bolsa con líquido amniótico, las contracciones, la manera de co-  
locar a la mujer, la necesidad de enseñarla a respirar, jadear y em-  
pujar. Y luego cómo debíamos actuar con la dilatación, la salida  
de la criatura, la expulsión de la placenta y lo demás.

Diez minutos después de que esta clase de obstetricia nos  
fue dictada, llegaron los alemanes con sus perros. Escuchamos  
sus voces demasiado chillonas y sus carcajadas demasiado estri-  
dentes. Concluimos que en alguna parte del camino de regreso  
habían ingerido suficiente licor como para perder el tino y des-  
compasar su comportamiento. Lejos de aumentar el peligro, esa  
situación nos ayudó, porque al poco rato de entrar se acurrucaron  
en el heno y armaron una destemplada serenata de ronquidos.

Más o menos a las once de la noche nuestra compañera en-  
tró en labor. Consciente de lo que significaba dejar escapar un gri-  
to, pidió a su compañero un trozo de tela y lo metió a su boca apre-  
tándolo con los dientes. Las contracciones aumentaron y el rostro  
de la judía se desencajó de dolor. Llamé al compañero y, al oído,  
le pedí reflexionar sobre lo que significaba la llegada de un bebé  
en aquellas condiciones precarias bajo tierra y con parte del ejer-  
cito alemán encima de nosotros. Leí en sus ojos azorados la pre-  
gunta dramática:”¿Y qué podemos hacer?” Entonces le dije que,  
tomando en cuenta lo que ocurriría con nuestras vidas y las de la  
familia que nos protegía si los alemanes nos descubrían, dejaba a  
su conciencia y la de la mujer optar por la decisión correcta.

Un rato después les miré hablando bajito, contraído el ros-  
tro de la mujer por la pena, y desencajado el del hombre. Co-  
menzó a llegar la hora final. El dolor destrozaba a aquella ma-  
dre subterránea. Para no gritar mordía con tal fuerza el pedazo  
de trapo almohadillado que de su boca surgía un hilo de sangre.  
El bebé comenzó a emerger resbaloso y con trozos de placenta  
pegados a su cuerpo. Cuando su cabedla quedó fuera, su padre  
puso la mano con fuerza sobre la boquita para que no llorara. Fi-  
nalmente la expulsión se completó y el padre siguió tapando la  
boca de la criatura que pateaba frenética y comenzaba a tomar  
color morado. La madre con la mandíbula casi dislocada de  
morder el amasijo de trapos para no gritar, quedó en estado de  
inconsciencia. El bebé, con la mano de su padre aún sin aflojar  
la bárbara presión sobre su boca, tuvo un último movimiento  
convulso y quedó quieto.

Ese drama nos marcó a todos para siempre. Quince minu-  
tos después del parto el padre, cuyo nombre callo igual que el de  
la madre por razones obvias, seguía apretando la boquita y la na-  
riz del bebé con su mano.

Se atendió a la pareja lo mejor que se pudo: se cortó el cor-  
dón umbilical y se lavó a la madre con agua fría. Cuando reco-  
bró el conocimiento, dijo algunas calladas oraciones en hebreo,  
bebió un poco de líquido, acarició la cabecita de su hijo muerto,  
y llorando se quedó dormida. El padre tomó al bebé cuyo sexo  
jamás nos importó averiguar, lo besó en la frente y comenzó a cu-  
brirlo con paja, arcilla y abono, hasta que solo fue visible una es-  
pecie de bola estercolosa. A la mañana siguiente, tan pronto los  
alemanes de los perros se levantaron y fueron a reclamar la comi-  
da al cocinero que ahumaba las carnes, nuestro compañero corrió  
la canoa de la chanchera, levantó la tapa de entrada al agujero y  
salió con el cadáver del bebé para esconderlo. Días después con-  
tó que lo había sumido en una parte blanda de la pila de abono,  
sobre el cual con sus propias manos regó más estiércol fresco de  
los cerditos, boñiga, arcilla y heno. Este hecho doloroso y trau-  
mático forma parte de los cuadros fantasmales que aún aparecen  
en mis noches de pesadillas y tormentos. Esas noches en blanco  
en las cuales todos los recuerdos de toda la animalidad, odio y  
sangre que soporté en Polonia aparecen marcados con vivos co-  
lores y crepitantes llamas, haciéndome caer de nuevo en espacios  
de tiempo demenciales.

Cuando la primavera inundó de luz toda Polonia, los ale-  
manes que tomaron “La Colonia” se marcharon. Fue como una  
mágica desaparición. Una mañana llegó Antosha con alimentos  
y, sin advertencias, corrió la canoa y levantó la tapa de nuestro es-  
condrijo bajo tierra:

—¡Hola! ¡No sé cómo ni a qué hora, pero se marcharon los  
alemanes! La finca está libre —nos dijo—. Creo que por media  
hora, sin moverse del establo, pueden subir a la superficie. Espe-  
ro que no se les haya olvidado caminar ni tomar la posición ver-  
tical. Les traje pan fresco, leche, chocolate, mantequilla, queso,  
unas naranjas y un poco de miel para celebrar. Koeshe llegó ano-  
che y está bien. Yo, por lo pronto, descansaré todo el día, porque  
sólo ayer terminé de arar el campo para sembrar las patatas y za-  
nahorias. Espero que puedan bendecir estos momentos con gra-  
titud hacia Dios.

Yo sé que cuesta creer lo que estoy contando. ¿Cuántos  
meses y días bajo tierra acostados o semiinclinados, sin poder  
movemos, y con los soldados alemanes y sus perros encima denosotros? ¿Cuántos meses y días agregando, a la hediondez de  
nuestro agujero que filtraba estiércol fresco de cerdos y orines de  
ovejas, el olor tóxico de la gasolina y el petróleo que regaba An-  
tosha para impedir que los perros olfatearan nuestros cuerpos?  
¿Cuánto tiempo sin vemos las caras a la luz, con el recuerdo del  
bebé sacrificado para salvar nuestras vidas? Parecía como si me-  
dia vida nuestra hubiera transcurrido en la catacumba. Así que  
por vez primera, en tan largo tiempo, desobedecimos. Con uno  
u otro vigilando por las rendijas, permanecimos en grupo más de  
cuatro horas caminando y brincando dentro del establo. Desnu-  
dos sobre el pajar nos aseamos con el agua del estañón. Con la  
tijera que nos brindó para cortar el cordón umbilical al bebé sa-  
crificado —su vida por la nuestra—, recortamos un poco nues-  
tros cabellos, y los enormes pelos negros que nos salían de la na-  
riz y las orejas. Sacamos la tierra de las uñas y las recortamos,  
porque ya tenían más de una pulgada y medio de largo. Lava-  
mos un poco la ropa mugrienta y absorbimos toda la luz y el ca-  
lor solar que pudimos.

Después de estos sucesos, Koeshe reapareció en la granja.  
Corrigió un poco la versión que manejábamos sobre su huida y  
nos aclaró que en la sangrienta payasada de los alemanes de ins-  
taurar un “Generalgovemement” que proclamaban como el pri-  
mer paso de “buena voluntad” para el autogobierno del país, se  
había puesto en vigencia un nuevo servicio militar obligatorio al  
que quedaban sujetos todos los polacos, sin excepción. Cuando  
él leyó la lista de conscriptos que debían presentarse a filas en el  
área de Lomza, Jednaczewo, Radzilow y Augustow, y encontró su  
nombre, decidió salir del pueblo y esconderse tanto tiempo como  
fuera necesario para escapar a ese forzado “voluntariado”, en cu-  
yo mecanismo miles de polacos habían ido a parar a la propia Ale-  
mania para reforzar el cada vez más disminuido personal obrero  
en las fábricas de pertrechos de guerra, tanques, aviones, proyec-  
tiles y acerías en las cuales se afinaban partes esenciales para las  
bombas voladoras que más tarde se hicieron caer sobre Inglaterra.

No hay muchas cosas más a partir de este tiempo que pue-  
da recordar. Esa desmemoria o amnesia está justificada en la ru-  
tina. Dos años y cuatro meses atrapado como rata en un orificio  
terroso de dos por dos metros ochenta de profundidad bajo una  
chanchera polaca, no permite pintar un cuadro con relieves, cam-biantes colores, pinceladas interesantes o variaciones dramáticas.  
Lo más saliente que había que decir, ya está dicho. Tal vez falte  
reseñar lo ocurrido a partir del mes de agosto de 1944, cuando  
una vez más la comarca se llenó de alemanes.

Si los primeros llegaron a la granja con un par de vehícu-  
los Wolksvagen y una brigada de perros, y se dedicaron a “vege-  
tar” y ahumar carnes para la despensa de los oficiales germánicos  
de alto rango, los de ahora llegaban en mayor número, muy ner-  
viosos, con mayor cantidad de armamento y vehículos blindados  
y medio centenar de caballos que pusieron a pastar sin respetar  
las hortalizas de los polacos.

Nos llamó la atención la enorme cantidad de aparatos de ra-  
dio comunicación que transportaban y la serie de antenas que ins-  
talaron en las partes altas de “La Colonia”. Imaginamos que algo  
“gordo” estaba por pasar y qué toda esta tropa debía servir en co-  
municaciones. Una vez más estábamos condenados a la vida sub-  
terránea, con mayor inmovilidad ahora que antes, pues parte de  
los caballos militares fue guarecida en el establo y ahí mismo se  
los alimentaba y cepillaba. Llegábamos a diciembre de 1944 con  
el invierno otra vez a toda máquina, y los caballos jamás abando-  
naron el establo. Suerte que el espacio de los cerditos estaba cer-  
cado de madera bien afincada en el suelo, porque de otra forma el  
peso de los equinos hubiera hecho colapsar el endeble agujero en  
que habíamos pasado casi dos años de nuestras vidas.

Fue mucho más difícil entonces para Antosha alimentar-  
nos. Pasamos tiempos en que por semanas solo nos sostenía el  
agua y alguno que otro pedazo de pan. Llegó la época de Navi-  
dad y a lo lejos escuchábamos los villancicos que los grupos po-  
lacos católicos practicaban con sus hijos, al son de los panderos  
y de las sonajeras. Aun sin tener para nosotros los judíos el sig-  
nificado que la Navidad tiene para los cristianos, había sobradas  
razones para entristecer, tener los semblantes mustios y apenado  
el corazón.

El estribillo “noche de paz, noche de amor”, que los niños  
coreaban, se nos convertía en una terrible ofensa. ¿Cómo hablar  
de paz y de amor en aquellas condiciones de guerra, de aniquila-  
ción masiva de judíos y de barbarie? ¿Es que el pueblo polaco po-  
día cantar, bailar, pensar en aguinaldos, misas de gallo, cenas de  
medianoche y árboles llenos de luces, mientras en Awschwitz,

Birkenau, Sorbibor y Terblinka seguían siendo exterminados en  
los “Krematorium” millares de hombres, mujeres y niños judíos?

El primero de enero de 1945, los alemanes acantonados en  
Jednaczewo comenzaron a enloquecer. Koeshe divisó tropas  
cargando centenares de heridos. Se escuchaban disparos y caño-  
nazos. Koeshe pudo decirme a grandes penas, que los rusos ha-  
bían tomado de nuevo Bialystok y que tres ejércitos soviéticos  
estaban luchando en los barrios orientales de Varsovia. Los sol-  
dados germanos que se encontraban en la finca comenzaron a  
desmontar los aparatos de comunicación. Los caballos fueron  
sacados del establo y a todas horas el galope de las bestias con  
sus jinetes se escuchaba rumbo al norte. Finalmente partieron  
los vehículos y la granja aparentemente quedó sin tropas. Sin  
embargo, Koeshe y Antosha nos pidieron seguir bajo tierra. Ha-  
bía esporádicas oleadas de alemanes transportando heridos y  
muertos que pasaban rumbo al norte, y se escuchaba más cerca-  
no al ruido del combate.

Incapaz de contenerme por más tiempo, el día 4 de enero  
ordené a los compañeros judíos mantenerse en el agujero mien-  
tras yo realizaba una investigación a través de los “miradores”  
del establo. Una vez fuera del nicho contemplé un espectáculo  
aterrador. Por todas partes, enfundados en trajes blancos inver-  
nales, los alemanes huían en grupos o a solas, unos en buenas  
condiciones y otros heridos y arrastrándose. Uno que montaba a  
caballo partiendo en veloz carrera, sosteniendo como podía una  
pesada ametralladora, de pronto dio una voltereta en el aire y sa-  
lió despedido de la bestia, alcanzado por un obús soviético. Al-  
rededor de la granja había muchos cuerpos tirados. Sin embargo  
regresé al refugio pensando que si la vanguardia rusa llegaba has-  
ta “La Colonia”, aparecer nosotros de pronto, barbudos, greñudos  
y casi de la nada, solo iba a servir para que se nos confundiera  
con nazis “disfrazados” de civiles y se nos disparase en el acto.

Esa fue nuestra última noche bajo tierra. A la mañana si-  
guiente lo rusos llegaron a la granja. Koeshe y Antosha hablaron  
con algunos de ellos y explicaron nuestra presencia en el agujero  
de la chanchera. Fue difícil para los rusos entender, pero final-  
mente seis de ellos, ametralladora en mano, avanzaron hacia el  
establo donde yo había ordenado a los demás salir, sentarse jun-  
to a los cerdos, y esperar sin hacer un solo movimiento. Cuando  
 La denuncia — 209

los soldados entraron, uno de ellos se acercó a nosotros y nos hi-  
zo poner en pie para registramos. ¿Papeles? ¡No, no teníamos  
papeles! ¿Entendíamos alemán? ¡No, ni una sola palabra! Enton-  
ces nos dijeron: —¿Hebreos?— y yo respondí que sí. Todos se  
acercaron. Querían oímos hablar. Nos tocaban. Eran los prime-  
ros hebreos que encontraban en su vida. Nos sonrieron y nos per-  
mitieron salir al patio, pero sin dejar de apuntamos con sus ar-  
mas. ¡Tras dos años y cuatro meses bajo tierra, nos conmovimos  
y lloramos al ver un trozo de cielo azul! ... ¡ Habíamos dejado de  
ser topos!

CAMINO DE RESURRECCION

He llegado al punto donde los acontecimientos comienzan a pre-  
cipitarse de una manera veloz. Con la liberación provocada por  
los rusos al expulsar al Ejército Alemán de Jednacszewo, y reto-  
mar a cañonazos el dominio territorial de una extensa área geo-  
gráfica donde surgían como puntos claves Jedwabne, Nowógrod,  
Lomza, Stawiski, Tykocin, Bialystok y la extensa llanura del Río  
Biebrsza, nuestra vida se aceleró al máximo. Esos dos años y  
cuatro meses transcurridos en inmovilidad bajo tierra, en nuestro  
refugio fétido bajo la chanchera de los Wyrzykowski, pasaron a  
formar parte de un recuerdo que se hizo lejano a solo veinticua-  
tro horas de haber emergido de él. Nuestra necesidad vital ya no  
era tanto el sol, la luz, el alimento y la libertad, sino el movimien-  
to. Caminar, danzar, correr, brincar, estiramos y alzar los brazos  
al cielo era lo impostergable, lo inmediato, lo prioritario. El rit-  
mo de la vida nos marcó con una imprescindible acción velocis-  
ta. Esta es la razón por la cual mi relato, a partir de este momen-  
to, toma el camino de la carrera y el apuro. Carrera hacia la re-  
construcción de una vida paralizada desde el 10 de julio de 1941  
hasta el 5 de enero de 1945. Apuro en reparar injusticias, ajustar  
cuentas y retribuir en algo los peligros y sacrificios que realiza-  
ron quienes durante casi cinco años se jugaron sus vidas, por sal-  
var las nuestras: los esposos Antosha y Koeshe Wyrzykowski, el  
viejo Franciszek Karwoskin y su esposa Josefa Szcrocki, los ni-  
ños Antonio y Helena Wyrzykowski y los Sfalinska que nos insu-  
flaron el primer aire de resurrección, cuando huíamos acosados  
como ratas por los trigales verdes al norte de Jedwabne, después  
del genocidio del 10 de julio de 1941.

Lo primero que ocurrió cuando los rusos tomaron las tie-  
rras adyacentes a “La Colonia” de Jednacszewo y nos vimos las  
caras, fue algo así como un espectáculo de circo en el cual los sie-  
te “resucitados” nos convertimos en los actores principales. Pa-  
rece mentira lo que voy a decir, pero estos soldados rojos, de tos-  
ca presencia y permanente aliento a “Vodka”, jamás habían visto  
un hebreo. Durante toda su carrera militar habían sido indoctri-  
nados que los nazifascistas de Hitler, en su delirio de establecer  
una raza aria pura y dueña del mundo, estaban preparados para la  
exterminación total de los “subhumanos” judíos, los negros y la  
mezcolanza genética de los soviéticos, en que más de treinta y  
cinco razas diferentes se combinaban para producir un peligroso  
“cóctel” social.

Enterados de la masiva aniquilación de tres millones de ju-  
díos en Polonia durante los años de guerra, los soldados se gri-  
taban, unos a otros, que había “hebreos” en la granja. Llegaban  
a miramos, nos abrazaban, brindaban con vodka y seguían co-  
rriendo la voz: ¡Aquí hay hebreos! ¡Vengan! ¡Es un milagro!  
¡Están vivos!

Un oficial se acercó a nosotros y, tomándose la cabeza en-  
tre las manos, en cómico gesto de incredulidad, exclamó que éra-  
mos los primeros hebreos que veía en su vida. Sonreía tranquili-  
zadoramente. Luego llegó otro oficial de más alto rango al que  
se le abrió paso con marcial deferencia. Nos hizo preguntas. Pi-  
dió ver el agujero de supervivencia en la chanchera. Indagó so-  
bre nuestra historia en Jedwabne, el tiempo de permanencia es-  
condidos, cómo hacíamos para proveemos de comida, qué pasó  
con los alemanes que jamás nos descubrieron, y cosas por el es-  
tilo. Finalmente nos invitó a seguirlo hasta una casa de la aldea  
donde se habían reunido los más altos oficiales de aquel ejército.  
Nos sometieron a más interrogatorios, pero el trato fue amable.  
El alto oficial que nos condujo a presencia de ese “Estado Ma-  
yor”, para sorpresa nuestra, resultó ser hebreo. Un descendiente  
directo de hebreos que vivían en las afueras de Moscú. No le es-  
cuchamos hablar nuestra lengua, pero obviamente comprendía  
todo lo que decíamos y lo traducía a sus compañeros de oficiali-  
dad. Nos dio a entender que estábamos libres y que si era deseo  
nuestro ir a Jedwabne, nos presentáramos ante el comandante ru-  
so, porque el pueblo también había sido dominado por ellos.

Juntos los siete sobrevivientes, todavía actuando como una  
sola mente y un solo cuerpo, dedicamos tiempo a inspeccionar  
los alrededores del lugar donde se levantaba la granja de nuestros  
salvadores cristianos, y las casas de los otros campesinos agricul-  
tores polacos. El espectáculo era estremecedor. Toda la aldea es-  
taba “sembrada” de cadáveres alemanes. Tengo miedo a las exa-  
geraciones, pero no puedo decir otra cosa: campos, caminos y ve-  
redas estaban rojos de sangre. En algunos sectores la nieve pare-  
cía pintada a capricho, con manchones de color carmesí. Los po-  
lacos de la aldea merodeaban entre los cuerpos caídos para des-  
pojarlos de los objetos personales de valor. Aquello me parecía  
horrible, pero miré a mis compañeros y me miré a mí mismo.  
¿Qué cosa éramos, además de empalidecidos y famélicos fantas-  
mas salidos de un agujero húmedo y hediondo? Personalmente,  
mi presencia era totalmente miserable: el cabello largo y sucio,  
barba, una camisa de franela hecha andrajos, la ropa interior des-  
hecha en el cuerpo, un pantalón en hilachas, y unos zapatos ama-  
rrados con cuerdas para que su suela de piel de ternero no se des-  
pegara. Así que, de pronto, me sentí con derecho a buscar mejo-  
res cosas para vestir entre lo que, para esos desgraciados nazis, ya  
no servía de nada. Me agaché junto a un alemán que había muer-  
to recostado a un árbol, y tomé su gorra de piel con orejeras. Te-  
nía un pequeño agujero con sangre en la parte frontal. Sin duda  
una bala entró “limpia” hasta el interior del cerebro. Con nieve  
lavé la gorra y me la puse: eliminé así los punzazos del frío que  
helaban mis oídos. Luego llegó un soldado y me entregó un par  
de botas militares con forro interior anticongelante y unos panta-  
lones, que el oficial ruso había hecho quitar a uno de los prisio-  
neros alemanes, para mejorar mi facha y asegurarme mayor pro-  
tección contra las bajas temperaturas. Finalmente aparecieron  
unos guantes de cuero y lana y un abrigo militar para invierno.

Todavía, como grupo, seguíamos unidos y no habíamos he-  
cho planes para el futuro. Gozar de la libertad de movimientos,  
la vida al aire libre, buena comida y la ausencia del miedo que  
por años nos carcomió por dentro, tenían la prioridad. Más o me-  
nos cerca del 11 de enero, Rondowski, el mayor de los miembros  
del grupo sobreviviente que ya andaba por los cincuenta y cinco  
años de edad, me llamó aparte para proponerme viajar con él al  
pueblo de Szczytno, unos treinta kilómetros al norte, cerca de loslagos que dan nacimiento al Río Omulew, en el cual nació y cre-  
ció la que fue su esposa, también asesinada el 10 de julio de 1941.  
Me contó la historia de sus suegros, gente con mucho dinero, y  
mencionó un escondrijo en su casa en la cual, cuando comenza-  
ron las persecuciones contra los judíos, habían ocultado joyas, di-  
nero en efectivo, documentos sobre sus propiedades y algunas  
delgadas barras de oro que el viejo Mitcha había mandado fundir.  
Terminó con mis titubeos, al asegurarme que su esposa, antes de  
trasladarse a Jedwabne, le había mostrado el sitio y advertido  
que, si algo llegaba a pasar a ella o sus padres, fuese, por favor, a  
recoger esos bienes.

Creo que al hacer caso de ese cuento “dorado” fui bastante  
estúpido. Pero Romdowsky era el mayor del grupo, un hombre  
serio, reposado y valiente, y nada podía perder con acompañarlo  
en esos momentos en que el mundo, para mí, era una esfera va-  
cía, sin familia, sin bienes materiales y sin proyectos ni a corto,  
mediano o largo plazo.

Tomamos la decisión de no marchar por la carretera, sino a  
través de un laberinto de caminos secundarios que nos harían cru-  
zar las afueras de tres o cuatro aldeas, antes de llegar en un par  
de días a Szczytno. Pero no habíamos recorrido ni siete kilóme-  
tros, cuando un oficial ruso, montado en un brioso caballo, nos  
detuvo. Era jefe de una patrulla que buscaba algunos traidores  
soviéticos que habían desertado en pleno combate contra los na-  
zis. Pasado el interrogatorio de rigor, nos invitó a seguirle.

—Pueden sentirse “felices”, porque hoy vamos a fusilar a  
quince alemanes que tenemos prisioneros. Por todo el sufrimien-  
to y las bestialidades que han causado a los judíos, con “seguri-  
dad” se sentirán “complacidos” al verlos caer llenos de balas—.  
Nos dijo, con voz tan compungida, tan convencido de que ese fu-  
silamiento repararía en algo nuestro dolor y angustia, que auto-  
máticamente fuimos tras él hasta la aldea de Myszyniec.

Nos pasaron a una casa donde estaban los quince prisione-  
ros nazis y después de ofrecemos algo de comer, nos alojaron en  
el mismo cuarto con los detenidos. Se anunció que el fusilamien-  
to se haría a las siete de la mañana del día siguiente.

Jamás he podido comprender qué pretendía el oficial ruso  
al dejamos a solas con los alemanes, que estaban atados de pies  
y manos. ¿Estaría pensando que era una buena ocasión para quenos vengáramos de ellos torturándolos? No lo supe jamás, pero  
como a las doce de la noche llegaron dos fusileros rusos bajitos,  
notablemente embriagados. Preguntaron a un custodio dónde es-  
taban los hebreos y, al localizamos, uno de ellos se dirigió direc-  
tamente hacia mí y, sin una sola palabra, descargó una bofetada  
salvaje sobre mi cara. A Romdowsky, el otro ruso le propinó un  
par de golpes, pero luego lo dejó en paz. En cambio, el energú-  
meno que estaba sobre mí, me lanzó puntapiés, golpes y puñeta-  
zos hasta que los ojos comenzaron a inflamarse, se abrió una pe-  
queña herida en el pómulo derecho y brotó un chorro de sangre  
de la nariz. Luego me quitó las botas militares y el abrigo. Me-  
dio desnudo, me empujó contra la pared, arrastró a Romdowsky  
a mi lado y dijo que nos iba a fusilar en el acto, porque éramos  
unos traidores: habíamos causado daño a Rusia y muchos sovié-  
ticos murieron por nuestra culpa. Yo le explicaba mi historia, que  
era invitado de un alto oficial de su ejército para ver el fusila-  
miento de los alemanes, y que no había traicionado a nadie, pero  
no entendía razones y me seguía pegando con saña. La golpiza  
terminó como a las seis de la mañana.

A las ocho, unos soldados llegaron para conducimos a la  
comandancia del ejército. Ahí estaba el oficial del caballo y tres  
oficiales más, cuyo uniforme lucía nuevo, con pantalones con  
una raya roja al lado. Se veía que eran de alto rango. El hombre  
del caballo me señaló a uno de los tres y dijo que era hebreo.  
¡Otro alto oficial hebreo! Luego se dio cuenta de mi rostro tume-  
facto y sangrante y preguntó qué había pasado. Le conté los su-  
cesos de la noche y no podía creerlo.

—¿Dice usted que fueron dos soldados rusos quienes le  
agredieron? ¿Además le robaron las botas, el abrigo y los guan-  
tes? ¿Puede reconocerlos?

Respondí que no estaba seguro, porque fue tan sorpresiva  
su entrada y tan rápido su ataque, que únicamente podía garanti-  
zarle que eran rusos, de uniforme, estaban borrachos y eran de  
baja estatura. Otro de los oficiales, indignado, lanzó una palabro-  
ta y masculló que esos no podían ser soldados del Ejército de las  
Repúblicas Socialistas Soviéticas, y que si los reconocíamos, se-  
rían tratados como vulgares delincuentes callejeros. Ordenó que  
fuesen traídos a la sala los custodios y todo el personal militar  
que estuvo de guardia durante la noche.

A los quince minutos, desarmados y esposados, colocaron  
delante de nosotros a los dos soldados borrachos que nos agredie-  
ron. No sé cómo los encontraron. Pero ahí estaban, temblando.  
Uno de ellos traía puestas las botas que me quitó durante la no-  
che y el abrigo.

—¿Son éstos los sujetos?— preguntó el oficial. Y cuando  
asentí, ordenó en juicio sumario, que los llevaran al patio y ahí  
mismo los fusilaran en nuestra presencia. Los granujas se pusie-  
ron a llorar. Cayeron de rodillas en el suelo pidiendo clemencia.  
Agarraban las botas del oficial y las besaban. Demostraban su  
cobardía y su miedo de la manera más abyecta. Llegaron dos sol-  
dados, los levantaron y los empujaron contra una pared. Se  
aprestaron a disparar. Pero en ese momento el jefe dijo: “No, un  
momento: fusilarlos es un premio para ellos. He cambiado de  
idea. Junto a otros delincuentes, marcharán en este mismo mo-  
mento, desarmados, delante de la patrulla que abrirá paso por el  
campo minado que dejaron los nazis a la salida del pueblo.” Les  
quitaron botas y abrigos y me devolvieron mis pertenencias.  
Luego se les hizo marchar delante de los soldados “caza-minas”,  
a campo traviesa. A los diez minutos comenzamos a escuchar las  
explosiones. No me hizo falta mirar. Doy por hecho que los dos  
agresores, empujados por los especialistas en el campo minado,  
volaron por los aires hechos pedazos al pisar algún artefacto ex-  
plosivo oculto en la nieve.

Los oficiales ordenaron preparar un trineo con víveres y  
abrigo y engancharlo a un buen caballo de tiro. Asignaron la res-  
ponsabilidad, a soldados armados con ametralladoras, de condu-  
cimos de nuevo a la aldea de Jednacszewo, “sanos y salvos”.

Aproximadamente el 18 de enero, en el carretón de Koes-  
che, fui por última vez en este período a mi pueblo natal de Jed-  
wabne. Por ser la casa de los Wyrzykowski pequeña e incómo-  
da, levantada con mucha pobreza, se me ocurrió que tenía todo el  
derecho moral y legal de llegar a mi pueblo, escoger alguna de las  
cómodas casas de los judíos de más holgada posición económica  
que existieran, y trasladarla a Jednaczewo para obsequiarla a la  
pareja de campesinos cristianos que salvaron mi vida. Había una  
de madera, muy bonita, cerca de la que fue nuestra casa. Estaba  
ocupada por un polaco desconocido. Bajé del carretón y brusca-  
mente le dije que abandonara la casa, porque era mía e iba a de-samarla para trasladarla a otro sitio. El hombre quiso oponer re-  
sistencia, pero el hecho casual de que dos camiones con soldados  
rusos pasaran en ese momento, y que saludé al oficial de mando  
intentando pedir ayuda, le acobardó y emprendió carrera por el  
patio trasero. En pocas horas desarmamos la casa. Puesto el ma-  
deramen en el carretón de Koeshe, la llevamos a Jednaczewo pa-  
ra rearmarla al día siguiente.

Ese fue un proyecto que no se cumplió. Esa noche, al lle-  
gar a “La Colonia”, un hermano de Antosha llamado Antonio que  
vivía a unos doscientos metros hacia el sur, nos avisó, muy asus-  
tado, que había estado en Jedwabne en la tarde y escuchó, cerca  
de la Municipalidad, la conversación de un grupo de seis polacos  
que planeaban llegar esa misma noche a casa de los Wyrzykows-  
ki, asaltarla y matarme. Habían dicho que los otros judíos no te-  
nían “importancia”, y que la idea era asesinarme a mí y a Koes-  
he, como responsable del ocultamiento en su finca.

Advertí a los demás de la amenaza. Pedí a Koeshe buscar  
refugio escondiéndose en la granjita de su cuñado. Creí que, por  
ser mujer, cristiana devota y muy querida de todos, no le harían  
daño a Antosha, aunque podían obligarla a decir algo sobre mi es-  
condite. Me trasladé a la finca de un polaco llamado Kaliev, dis-  
tante un kilómetro de “La Colonia”. Llegué a ella en la oscuri-  
dad y me oculté, luego de forzar la puertecita, en un granero del  
patio que estaba medio enterrado en la nieve y guardaba un car-  
gamento de papas. Pasé la noche a salvo y a la mañana siguien-  
te, sin que Kaliev se hubiese dado cuenta de la “invasión” a su  
propiedad, regresé a casa de Antosha.

Una vez más la vida se me descomponía y el odio comen- .  
zó de nuevo a navegar por mi sangre. Durante la medianoche pa-  
sada, llegaron los seis cobardes del “progromo” de Jedwabne a la  
casa. Como no nos encontraron, propinaron unos cuantos golpes  
al anciano Francisco para que revelara nuestro paradero. A An-  
tosha la agredieron duramente, la lanzaron al suelo, le dieron  
puntapiés y puñetazos, hasta que se convencieron de que ella de-  
cía la verdad y no sabía dónde estábamos. Entonces comenzaron  
a robar todo lo que les agradó y con amenazas, y a pesar del es-  
tado de laceración en que se encontraba, obligaron a la valerosa  
mujer a enganchar los caballos a un carretón, eirá dejarlos a Jed-  
wabne con todo el fruto de su descarada rapiña. Ella cumplió con

esa tarea, previo pacto de que dejaran en paz a su padre y los ni-  
ños. Cuando regresó era de madrugada. Al bajarse de la carreta,  
se desmayó. Tenía la cara amoratada, una pierna en mal estado y  
flagelaciones en la espalda. Los abuelos y los niños habían pre-  
senciado horrorizados la brutal escena.

A partir de ese día decidimos abandonar la granja. Los ase-  
sinos habían amenazado con volver y los rusos en Jednaczewo  
eran muy pocos, porque el grueso de la tropa siguió hacia el nor-  
te, y la seguridad que nos podían ofrecer era casi nula. De los sie-  
te sobrevivientes, sólo quedábamos dos: Rondowski y yo. Jan-  
kel, Leika, Moisés, Elka y Berko habían comenzado a moverse  
hacia Lomza para ganarse la vida con diversos trabajos y viaja-  
ron también a otros pueblos como Ostroleka, Pultusk y Kobylka,  
este último casi en “las barbas” de Varsovia. Elka y Leika eran  
las dos mujeres que pasaron esos años bajo tierra con nosotros, y  
las únicas personas de sexo femenino sobrevivientes de la matan-  
za de Jedwabne.

Recordando a los hermanos de mi padre, que vivían cerca  
de Lomza, y conociendo Koeshe a algunas personas en esa ciu-  
dad, decidimos ponemos a salvo en ella del “progromo” de Jed-  
wabne. Nos dirigimos hacia allá. Antosha y Koeshe tomaron to-  
do lo que era posible vender de su casa y de la granja, hicieron  
algunos tratos con los vecinos, negociaron unos pocos animales  
y, con ese “capital”, nos refugiamos en las afueras del casco ur-  
bano de Lomza. Algunos caballos, vacas y cabras quedaron  
abandonados.

Muy rápidamente entramos en razón: Lomza no ofrecía na-  
da para nosotros, de momento. La búsqueda de los hermanos y  
hermanas de mi padre resultó negativa. Los Waserstein habían  
desaparecido. Algunas personas informaron que centenares de  
judíos de los pueblos cercanos habían sido obligados, a finales de  
1944, a internarse en el “ghqtto” de la ciudad y luego los envia-  
ron a Treblinka, el abominable campo de muerte que los nazis  
construyeron en una zona boscosa, al este de Wyszków, en terre-  
nos regados al norte por el Río Bug y al sur por el Río Liwiec.  
Sin duda, el destino de la mayoría de los Waserstein llegó a un  
punto final en este reducto infernal. Estos hechos nos obligaron,  
en pocas semanas, a dirigimos a Bialystok, una gran ciudad ubi-  
cada en la margen norte del Río Narew.

En Bialystok las reservas monetarias se agotaron. Como la.  
mente humana, ante las dificultades y las crisis, desarrolla un ma-  
yor caudal de ingenio, recordé haber escuchado de no sé quién en  
no sé qué parte, ni en qué tiempo, el consejo de comerciar con hi-  
los y telas de Lodz —una lejana ciudad al sur de Varsovia—, que  
tenían fama en todo Polonia —e incluso en Europa— de ser los  
de mejor calidad y diversidad. Según lo que estaba alojado en la  
memoria, algunos polacos de Lomza y Tykocín se habían enri-  
quecido con esta actividad.

Ahora no recuerdo cómo lo hice, pero lo hice. Investigué  
los itinerarios de ferrocarriles de Bialystok a Varsovia y de Var-  
sovia a Lodz. Hice cálculos. Tenía los “slotys” justos para pagar  
el tren de ida y vuelta, comprar un par de docenas de carruchas  
de hilo, y me sobraba medio “sloty” para comer algo. En reali-  
dad iba a emprender una aventura peligrosa. Fuera de Lomza, y  
ahora Bialystok, yo no conocía el resto de Polonia. Jamás había  
estado en Varsovia, donde murió mi padre en 1937, aniquilado  
por un cáncer, y de Lodz solo sabía que fabricaban hilos de cali-  
dad. Además, un funcionario de los ferrocarriles que parecía no  
tener odio a los judíos, me habló de tres o cuatro lugares, a lo lar-  
go de la vía férrea, en que fanáticos polacos pronazis, y bandas  
sueltas de ucranianos que habían trabajado como guardas en los  
campos de concentración, paraban los trenes, registraban carro  
por carro, y a judío que identificaran, lo bajaban de los vagones  
y lo mataban a tiros entre los matorrales a orillas de la vía. Pero  
mi deber era buscar una manera efectiva de obtener dinero para  
pagar algún rincón donde dormir y comprar los alimentos nece-  
sarios para mi existencia y la de los Wyzyrkowski, que por sal-  
varme la vida, habían perdido sus veinte hectáreas de terreno, su  
casa y todo cuanto tenían. Con riesgo o sin él, yo no podía dejar  
sin ayuda a esta buena gente, a ese santo viejo de Francisco, la  
abuela y los dos niños.

El primer viaje fue de impacto. Un día entero y una sola  
noche para ir y volver. Varsovia era una ciudad en ruinas. Más  
del sesenta por ciento de la vieja ciudad quedó convertido en es-  
combros por los bombardeos de la aviación alemana. No había  
judíos por ninguna parte. La eliminación masiva, a raíz del le-  
vantamiento del “ghetto” varsoviano, había sido indescriptible.  
Cuando llegué a Lodz, también el panorama era de arrasamiento.Al revés de Varsovia, aquí el “centrum” histórico de la ciudad se  
salvó. En el sector de Podcerczawa estaba la “calle de los hilos”,  
empedrada, con mucha actividad de los hilanderos. Preguntando  
y regateando, recorrí todo el sector. Luego me extravié entre Za-  
choonia, Adama Prochnicka y Herbowa, al volver para tomar el  
más inmediato tren hacia Varsovia y Bialystock. Como en esa  
misma ocasión, las bandas antisemitas habían matado a más de  
cien judíos bajándolos del tren, mi estrategia consistía, al llegar a  
las estaciones consideradas peligrosas, descender del tren, escon-  
derme en los matorrales a orillas de la vía férrea, y volver a subir  
“al vuelo”, cuando ya el convoy se había puesto nuevamente en  
marcha. Este primer viaje, y todos los demás que hice durante  
muchos meses, le destruían a uno el sistema nervioso. En algu-  
nos sectores de la vía se escuchaban tiroteos, ráfagas de ametra-  
lladora y morterazos. La vida resultaba como una broma maca-  
bra: la guerra había terminado oficialmente, pero no para miles  
de soldados rezagados y fanáticos racistas, que poseían arma-  
mento y vivían del asesinato y el pillaje.

La ruta del ferrocarril de los años cuarenta y cuarenta y cin-  
co ha cambiado. Pero en mis recuerdos, su recorrido se iniciaba en  
Varsovia con ligera dirección al suroeste, atravesando los territo-  
rios aldeanos de Pruzkow, Blonie, Zochaczew, Skiemiewice, Ra-  
wa, Koluszki y Zcier, entrando a Lodz por el norte, cerca del Río  
Bzura. Ese era el llamado “tren de la muerte”. Un convoy mayor-  
mente peligroso entre Bialystok y Varsovia. Pero yo logré evitar  
caer en manos de los facinerosos antijudíos y, con mi negocio de  
hilos, pude suplir mis necesidades y las de los Wyrzykowski.

Muy avanzado el año cuarenta y cinco, llegaron a Bialys-  
tok unos periodistas de los Estados Unidos. Recorrían Polonia e  
iban escribiendo sobre los campos de concentración y exterminio  
de judíos, los “ghettos” y la destrucción que la aviación del Ter-  
cer Reich había causado. Eran de una agencia internacional de  
noticias y de un periódico que se publicaba en Nueva York que se  
llamaba algo así como “Adelante”, pero no en español, sino con  
un nombre hebreo parecido a *Forbes.* Era distribuido a toda la  
América Latina. Alguien habló a los periodistas de mi historia de  
supervivencia, y me localizaron para entrevistarme. Fue una lar-  
ga conversación. Les conté todo lo que había pasado en mi vida,  
desde la matanza del 10 de julio de 1941 en Jedwabne. Yo no po-día saber si ese relato iba a ser publicado o no, pero muchos años  
más tarde mi hermano Moisés que estaba en Cuba desde 1937,  
me contó que, por tener él la suscripción del periódico, leyó con  
asombro la historia y comenzó a rastrearme. Como no se daba la  
dirección donde localizarme, Moisés envió varias cartas a la mis-  
ma dirección postal en Jedwabne a la que escribía a mi madre.  
Desde luego, todas desaparecieron.

Por una casualidad, un mes antes de que los periodistas vi-  
sitaran Bialystok, me enteré, cuando regresaba en tren desde  
Lodz a Varsovia, que en esta ciudad se había abierto un centro  
de atención a sobrevivientes hebreos donde se colocaba, en car-  
teles públicos, los nombres del interesado y sus familiares. Es-  
tas listas ayudaban a muchos a encontrar parientes perdidos en  
Polonia, pero también en el exterior, al que eran enviadas copias  
de la lista para los centros israelitas de ayuda a los judíos perse-  
guidos. Recordando que en las cartas enviadas a mi mamá apa-  
recía el nombre de Matanzas, y que también en La Habana ha-  
bía un primo que tenía un negocio en una calle llamada Villegas,  
pedí me regalaran un sobre y un papel y escribí una carta a mi  
hermano en Cuba. Como dirección puse: Moisés Waserstein,  
Calle Villegas, Matanzas, Cuba. Entregué el sobre a los volun-  
tarios del centro. Yo no sabía si la dirección que anoté corres-  
pondía a la realidad, o no, pero era el único dato que recordaba.  
En lo que sí me esmeré fue en anotar mi dirección en Bialystock  
con toda minuciosidad. Así fue como mi carta fue entregada al  
Centro Israelita de Cuba, donde conocían a todos los primos Wa-  
serstein que residían en La Habana. Uno de ellos se apresuró a  
llamar a Moisés, que vivía en Matanzas, y le dijo que dirigida a  
él había llegado una misiva desde Polonia. Mi hermano se vino  
para La Habana y, con la carta en la mano, allí mismo, se pre-  
sentó a una oficina hebrea en la cual se pedían visas, agilizaban  
pasaportes y se entraba en conexión con el Gobierno de Grau  
San Martín. De inmediato me dieron una visa para Cuba. Moi-  
sés envió un telegrama a Bialystok en el que decía: “Shmulke,  
no te muevas del lugar en que estás. Espera una carta”. A los  
pocos días la carta llegó a mis manos. De inmediato le contesté  
y le conté cómo sobreviví y lo que debía a los polacos cristianos  
Wyrzykowski, que estaban conmigo porque todo lo que tenían lo  
habían perdido por mi causa.

Fui prolijo al contar a mi hermano el negocio de los hilos  
con el cual me estaba manteniendo con la familia polaca para no  
morir de hambre. Le expliqué que yo no tenía un céntimo al ini-  
ciar esa aventura, pero que los primeros “slotys” para comprar hi-  
lo en Lodz me los había dado Antosha. Ésta, cuando regresaba  
una noche hasta Jednaczewo, en una durísima marcha a pie, ha-  
bía logrado rescatar una de las vacas de su granja —que ya esta-  
ba invadida por otras gentes— y la vendió de camino para entre-  
garme el dinero que me permitiera pagar el viaje en tren y com-  
prar el hilo. Con ese hilo me ubiqué en las calles principales de  
Bialystok y lo vendí con ganancia. El comercio callejero fue cre-  
ciendo. Más tarde adquirí también cueros curtidos, listos para la  
confección de calzado, bolsos y fajas, los que negociaba por me-  
tros con los zapateros y artesanos. Pude alquilar un pequeño  
apartamento en las afueras de la ciudad. Era muy pequeño y por  
las noches dormíamos “apretados”. Pero ya teníamos techo y co-  
mida segura. Antosha cocinaba, lavaba la ropa, atendía los niños  
y el aseo del apartamento. El viejo Francisco se encargaba de  
limpiar el polvo y los insectos y de seguir orando noche y día, Bi-  
blia en mano. Josefa colaboraba con Antosha. Koeshe desespe-  
raba por algo qué hacer en la calle.

Proseguí con mis viajes en tren a Lodz, y seguí recibiendo  
las cartas de mi hermano. En la última me ordenó preparar todo  
en Polonia, porque pronto mandaría por mí para viajar a Cuba.  
En una de estas misivas me anunció que desde el año 1937 en  
que salió de Jedwabne, había guardado cierta cantidad en dóla-  
res cada día, tan pronto comenzó a ganar dinero, para formar un  
fondo con qué poder llevar a papá, mamá, Saúl yo hacia aquel  
país donde pensaba garantizamos una vida con mayor dignidad.  
Ese fondo era ahora para mí y podía contar desde ya con cinco  
mil dólares para ayudar a los Wyrzykowski. La noticia me llenó  
de alegría.

Mi primer problema por resolver era el de documentarme,  
porque yo no tenía pasaporte. Comenzó un “calvario” burocráti-  
co en Varsovia. Primero tuve que enterarme sobre los pasos lega-  
les necesarios para obtener el pasaporte. Después vino la lucha  
para vencer la sempiterna entrabazón oficinesca en los aparatos  
de migración. Me advirtieron que en esos mismos días tocaba ha-  
cer “servicio militar obligatorio” a todos los que habíamos naci-

do en 1922. Eso casi me saca de quicio. Me aconsejaron acudir  
a los jefes de ese “ejército polaco”, en cierto modo ligado a los ru-  
sos, para que certificaran que yo no tenía problemas con la justi-  
cia y que por ser reclamado por parientes que vivían en el extran-  
jero, el ejército me liberaba de mi obligación y podía viajar sin  
trabas. Entonces tuve que ir al Ministerio de Asuntos Exteriores.  
La figura importante era el General Joselewitz. Tras buscar y re-  
buscar entre las ruinas de la destruida Varsovia, muchas de ellas  
aún conservando el hedor de la muerte, llegué a la famosa ofici-  
na y pedí ver al General. Tuve que esperar un largo rato a que mi  
petición circulara de los guardas armados a las secretarias, pero al  
fin me dejaron pasar. Cuando estuve frente al General, asumí una  
actitud de exigente dignidad y le expliqué mi caso:

—Me llamo Samuel Waserstein, he sobrevivido a la guerra,  
tengo un hermano mayor en Cuba que es la única familia que me  
queda. Quiero ir a Cuba y obtener rápido un pasaporte y una li-  
beración oficial de mi compromiso con el nuevo ejército, porque  
para un hebreo como yo, que sobrevivió oculto bajo tierra dos  
años y cuatro meses, entrar a ese cuerpo militar significa meter-  
se a un “ghetto”, del cual no se está seguro de salir vivo.

El General trató de convencerme de que todo era distinto  
en Polonia, y que me quedara haciendo los dos años de servicio,  
para luego marchar al exterior.

—Tú sabes —me dijo— que todos los polacos tenemos  
obligación de reconstruir el país que la guerra ha dejado en rui-  
nas”.

Pero yo le insistí con vehemencia. Me urgía ese pasapor-  
te. Ya en la Embajada de Suecia tenían mi caso para otorgarme  
una visa con la que podría llegar a Estocolmo, desde donde los  
detalles finales de mi viaje a Cuba serían proyectados. Le dije al  
General:

—Comprenda señor General, mi situación: me da usted el  
pasaporte sin regateos y me levanta la obligación de prestar ser-  
vicio en el Ejército, o me manda fusilar aquí mismo, porque yo  
no voy a entrar a ningún ejército polaco jamás.

Todavía el hombre preguntó por qué tal actitud, y tuve que  
decirle la verdad:

—Porque los polacos cristianos de Jedwabne mataron a mi  
madre y a mi hermano en una hoguera, y porque mataron a losdos mil y resto de hermanos de la comunidad judía del pueblo.  
¿Cómo es posible que alguien me pida servir en un ejército pola-  
co, estando esta tierra donde nacimos tan llena de odio hacia no-  
sotros los judíos, y con la sangre de tres millones de hermanos  
manchando toda la geografía de la nación? Por lo tanto, usted de-  
cida, General: o me da el pasaporte, o me manda fusilar.

El hombre se quedó callado. Me miró fijamente, sin quitar-  
me la vista de los ojos, por más de diez minutos, en silencio. En-  
tonces, de pronto, tomó papel oficial de su escritorio y rás, rás, ras,  
lo llenó y firmó, estampó un sello y me lo entregó. El papel decía  
que yo estaba libre de prestar servicio militar. Con eso pasé a otra  
oficina del Ministerio. Entregué el papel a una secretaria y pre-  
gunté cuándo debía volver por el pasaporte. Ella me dijo, en tono  
frío, que eso tenía que esperar tal vez dos, o tres meses. Entonces  
alcé la voz, aunque la oficina estaba llena de gente:

—¿Esperar yo, señorita, que perdí toda mi familia quema-  
da por un “progromo” de polacos? ¿Esperar yo, detrás de quién  
anda la muerte porque soy testigo de hechos funestos?

Entonces ella dijo “un momentito”, y fue a otra oficina a  
hablar con no sé quién. Al rato regresó y me hizo pasar ante un  
funcionario de cara dura. Las oficinas estaban aún medio destrui-  
das. Todo era escombros. Me preguntó cuál era mi problema y  
yo volví a alzar la voz.

—Mi problema es muy grande, es enorme —le dije—, y no  
es como los pequeños problemas que usted puede tener. He per-  
dido a manos de los polacos todo lo que un hombre puede tener.  
No tengo familia, ni dinero, ni casa, ni propiedades. Todo me lo  
quitaron, y a mi pueblo entero de dos mil judíos lo quemaron.  
Solo tengo las cenizas de esos hermanos regadas en un trigal.  
Usted debe entender que Polonia ha quedado con la tierra reblan-  
decida y esponjosa de tanta sangre judía derramada. ¿Desea us-  
ted que yo también muera asesinado?

No sé de dónde brotaban esas palabras. Las dije en forma  
dura, pero manteniendo aún cierto respeto. Jamás había hablado  
en forma tan vehemente. Volví a repetirle que él solo tenía dos  
caminos para solucionar mi caso: mandarme a fusilar o darme el  
pasaporte para abandonar Polonia y nunca jamás volver. Me di-  
jo que todo saldría bien.

—Venga usted pasado mañana por el documento.

Pero le insistí que yo vivía en Bialystok y que cada vez que  
subía al tren arriesgaba la vida, porque había redadas de judíos  
realizadas por bandas del “Army Kraiola”, que a los judíos que  
encontraban los bajaban del tren y los fusilaban en el acto.

—Usted lo sabe muy bien—, le argumenté. En Polonia no  
se desea quede vivo un solo testigo de las atrocidades que los po-  
lacos antisemitas y pronazistas realizaron contra los judíos”.

El hombre estaba congestionado de cólera.

—Creo todo lo que me está contando —señaló—, pero  
esos son polacos fascistas, y no todos somos fascistas en Polonia.  
Voy a ver qué hago por usted. Déme los documentos y las fotos  
y espere afuera, por favor.

Y así ocurrió. Salí de la oficina, me senté en una banca y,  
torturado por la impaciencia, esperé durante una hora y media, al  
cabo de la cual escuché que me llamaban por mi nombre. Me  
arrimé a una ventanilla y un segundo después tenía el pasaporte  
en la mano. ¡Era como un milagro! Ya con el pasaporte fui a la  
Embajada de Suecia, donde la orden de visado para mí estaba da-  
da. No demoré ni diez minutos. Me indicaron que al día siguien-  
te comenzaban unos vuelos nuevos de Varsovia a Estocolmo.  
Habían conseguido unos aviones viejos “Fokers”, de fabricación  
alemana, y los estaban alistando. Me ofrecieron ser pasajero en  
el segundo vuelo del día siguiente. Pero yo les pedí enviarme en  
un vuelo tres día después, porque no quería irme sin dejar las co-  
sas de los Wyrzykowski arregladas.

Regresé a Bialystok y conté mis peripecias a los Wyrzy-  
kowski. Antosha lloró y Koeshe la siguió en el llanto, sobre to-  
do porque ya él estaba neurotizado. Al verse sin propiedades, im-  
pedido de volver a Jednaczewo, sin dinero, pasando graves nece-  
sidades y sin encontrar trabajo, se desequilibró y comenzó a to-  
mar licor. Tomaba de día y de noche, todo el tiempo que podía.  
Tomaba y vivía lleno de miedo, con la obsesión de que los com-  
pletados de Jedwabne podrían descubrirlo en Bialystok y asesi-  
narlo. La verdad es que la delincuencia estaba creciendo violen-  
tamente en la ciudad. Había robos, asesinatos y asaltos a casas  
de habitación cada hora. Yo tuve que cambiarle unas botellas de  
vodka a un soldado ruso, por una pistola y suficientes municio-  
nes. Un día en que preparaba unos cortes de cuero en el aparta-  
mento, para atender los pedidos de unos clientes, tocaron dura-

mente a la puerta. Tomé el arma, me acerqué a la puerta y, apun-  
tando al frente, abrí de un tirón. Había una mujer de serio conti-  
nente, parada allí, mirándome con miedo, y me habló en hebreo.  
Era una mujer hebrea. Terminé de abrir la puerta y le pedí pasar.

La visitante había oído hablar de mí en un centro de refu-  
giados judíos, y en la zona del mercado de Bialystok. Supo que  
preparaba viaje a Cuba, donde vivía una hermana a quien nece-  
sitaba enviarle una carta. Me contó que había sobrevivido la  
guerra escondiéndose en pueblos pequeños a orillas del Río  
Bug y pagando protección a unos polacos cristianos, y que todo  
lo que quedaba en el mundo de su familia era esa hermana en  
Cuba, su esposo y una niñita. Por ahora estaban viviendo al sur  
de Bialystok, en Bielsk Podlaski. Su tierra de origen era el pue-  
blo de Drohiczyn, a orillas del Río Bug y muy cerca de la fron-  
tera de Polonia con Bielorrusia, en la parte oriental del país.  
Los nazis habían arrebatado a los judíos sus bienes y fortunas y  
los obligaron a concentrarse en un “ghetto”. Por ser ellos gen-  
te bien acomodada, con algún dinero, habían tenido la previsión  
de esconder joyas y dinero efectivo, lo que les permitió, des-  
pués de 1944, año en que los rusos tomaron parte del pueblo y  
las liberaron, mantenerse escondidas en la finca de unos pola-  
cos que les cobraban cierta suma mensual. Ellos pagaban con  
una moneda antigua rusa de oro macizo, diez rublos mensuales,  
a los protectores polacos.

La conversación resultó providencial. Al oír ella que yo  
trataba de comprar una finquita para los Wyrzykowski, que du-  
rante tantos años me brindaron refugio y atención, relató que ha-  
bían llegado a su vecindario unos judíos que los rusos habían lle-  
vado a Siberia, y como eran gente rica, tenían una finca muy her-  
mosa en Bielsk Podlaski que deseaban vender para irse a Israel.  
Le propuse a cambio de llevar la carta para su hermana en Cuba,  
una visita a su casa al día siguiente, para que me conectara con la  
gente que vendía la finca. Me dio su dirección y quedamos en  
amistosa relación.

Al día siguiente tomé el primer tren que iba de Bialystok a  
Bielsk Podlaski, distante unos sesenta kilómetros. Era un trayec-  
to peligroso en que los nazifascistas polacos, que todavía anda-  
ban “con sangre en el ojo”, realizaban registros de trenes y ma-  
tanzas de judíos. Pero nada malo ocurrió y llegué al pueblo pa-sado el mediodía. Deambulé un rato por la ciudad hasta encon-  
trar el mercado, que era “la pista” que la señora me había dado.  
Una vez en el sitio comencé la búsqueda. Tenía miedo de pre-  
guntar por la familia Goldwasser y llegué a la “segunda pista”,  
que era un zapatero, también hebreo, que estaba preparando via-  
je para Israel.

—¿Por los Goldwasser pregunta usted? Bien, bien, suba al  
piso de arriba y los encontrará.

Así lo hice. Subí, toqué dos veces la puerta con los nudi-  
llos de la mano, y al final fue entreabierta. Apareció allí, mirán-  
dome con ojos claros y fulgurantes, una bellísima niña, de cuyo  
rostro radiante quedé prendado en el acto. No era, en realidad,  
una niña, sino una señorita espigada, hermosa, de atractivas for-  
mas, que tenía trece años de edad. Como sus padres habían sali-  
do a comprar víveres, me rogó esperar. Me invitó a entrar. Plá-  
cidamente sentado en un sillón, mientras la rubia joven seguía  
con sus quehaceres de limpieza, la sometí a examen. Su cuerpo  
bien formado se movía con una soltura casi de danzarina. Sus  
gestos eran suaves, cadenciosos, y su voz muy dulce. Fija la mi-  
rada en aquella belleza, ignoré la entrada de sus padres hasta que  
me saludaron y me sobresalté. Rápidamente me comunicaron  
con el hombre que vendía la finca. Quería seis mil dólares por  
ella. Era un campo labrantío con pastizales ondulados de veinti-  
cinco manzanas. Había una fuente con agua fresca, árboles, y  
una pequeña cabaña de muy buen ver. En realidad la finca esta-  
ba en el corazón del pueblo. El desarrollo urbano antes de la gue-  
rra había levantado un cerco por tres de sus cuatro lados, y su ver-  
de paisaje surgía como un oasis entre las casas y edificios de pie-  
dra y cemento. No lo pensé mucho e hice el trato. Mi hermano  
me había enviado dinero desde Cuba y podía enfrentar el gasto.  
La condición impuesta fue la de remitir los seis mil dólares a una  
dirección en Israel que me fue dada. Cuando los dólares se reci-  
bieron en Jerusalén, los familiares de la pareja acusaron recibo, y  
entonces se procedió legalmente a hacer el traspaso y registro de  
la propiedad a nombre de los Wyrzykowski. Pedía que se hicie-  
ra un deslinde: de esta forma doce y media manzanas quedaron a  
nombre de Antosha y las otras restantes, a nombre de Koeshe.  
Además, les compré un caballo, una yegua que tenía un par de  
potrillos, dos vacas, una radio y algunos muebles rústicos para lacabaña. ¡Mi conciencia estaba tranquila! ¡Al fin podía devolver  
en algo los favores recibidos de tan nobles polacos y me era po-  
sible marcharme en paz a Cuba!

Comencé de inmediato a agilizar la partida. Viajé a Lom-  
za para localizar a Srolke Rondowski y despedirme, pero no lo  
encontré. Había marchado a Jedwabne con la decisión de recu-  
perar su casa, y seguir su vida en el pueblo trabajando en agricul-  
tura. Fingió desde el principio ser “católico devoto” y se identi-  
ficaba con una cruz de madera colgando sobre el pecho. Por ser  
ya persona mayor, lo dejaron en paz y nadie se metió con él. An-  
dando el tiempo, años más adelante, Rondowski se convirtió con  
plena conciencia de lo que hacía, al cristianismo, donde llegó a  
ser un hombre muy piadoso, de rosario diario y misa dominical,  
hasta su muerte en el año 1962. De los otros compañeros no me  
despedí. Sin poder superar el miedo a los polacos, contactaron  
con la Agencia Judía que estaba enganchando gente para enviar-  
la a Palestina —en 1948, el Estado de Israel— y cuando las “cuo-  
tas” se cerraban, a otros países tomados como plataformas de es-  
pera. Por ferrocarril remitieron hacia Austria a Jankel y Leika.  
Poco más tarde, con el mismo destino, a Moisés y Elka. Final-  
mente, a Berko, cuyo nombre por imperativo de diversas circuns-  
tancias de supervivencia, cambió por un tiempo a Dereck cuando  
logró salir de Austria a Estados Unidos, y años más tarde, asen-  
tado en Argentina, a Jakobo.

Como la situación del transporte por barco a Israel se puso  
tan difícil, al grado que muchas naves fueron cañoneadas y hun-  
didas por los propios ingleses, mis compañeros de aventura se  
dispersaron por diferentes caminos. Moisés y Elka junto con  
Berko localizaron a parientes lejanos en Argentina que los ayuda-  
ron a viajar hasta Sur América. Jankel Kuyansky, que más tarde  
se llamó Jack, partió con Leika a los Estados Unidos y se estable-  
ció en Connecticut. Ella comenzó a llamarse Lea.

El año de 1946 pasó velozmente. Abandoné Bialystok y  
viajé a Varsovia para tratar de encontrar cupo en algún vuelo ha-  
cia Estocolmo, Suecia. Tras una espera de tres días, y como ya  
se me había pagado el boleto desde Cuba, logré asiento en una  
aeronave. Por primera vez en mi vida me encontraba en un  
avión, y me asaltaban toda clase de emociones y de angustia. Sin  
embargo, al verme flotando sobre las nubes en aquella máquina

voladora, dejando atrás la tierra polaca, me volvió el alma al  
cuerpo y di gracias a Dios por la bendición que me prodigaba.  
Hubo un poco de turbulencia, porque aún en esos años los avio-  
nes no podían sobrepasar ciertos límites de altitud y volar por de-  
bajo de doce mil pies equivale siempre a mantenerse en los aires  
tormentosos. Cerré los ojos y dormité...

El proyecto hacia una nueva vida, estaba en marcha. Sue-  
cia, con 449.964 kilómetros cuadrados de superficie, sería mi  
nueva y transitoria residencia. Volando sobre el Mar Báltico, en-  
tre las islas de Oland y Gotland, tuve que pellizcar mi brazo iz-  
quierdo para cerciorarme de no estar soñando. Ya en tierra me  
embargó la turbación de un niño escolar. El Reino de Suecia  
(Konungariket Sverige) fue el primer país del mundo ajeno a Po-  
lonia que visité. Desde luego, no sabía para dónde enrumbar mis  
pasos. Tampoco entendía nada del idioma local. Estaba conver-  
tido en estatua, comido por los nervios, entontecido y sin un cén-  
timo en el bolsillo. Me sacó de la parálisis un hombre que llegó  
directo a preguntar: “¿Es usted Waserstein?”

Contesté sí en hebreo y el hombre respondió en la misma  
lengua. Me informó que él representaba a una institución banca-  
ría donde había depositados a mi nombre tres mil dólares, y que  
con instrucciones de mi hermano de La Habana, para cualquier  
cosa que necesitara solo tenía que llamar al teléfono anotado en  
la tarjeta que me entregó. Agregó que me llevaría a un hotel y  
que no debía preocuparme de nada, porque todos mis gastos se-  
rían cubiertos por su institución. Pasamos los controles oficiales  
y, sentado en un hermoso automóvil, observé con los ojos casi sa-  
liéndoseme de las órbitas, todas las novedades que se exhibían en  
maravillosos locales comerciales con amplias vitrinas de cristal.  
¡Bananos, naranjas, manzanas, enormes pasteles, jamones! ¡Dios  
de Israel, no había visto tanta comida en mi vida, ni tan bella ro-  
pa, ni mujeres tan elegantes! Definitivamente, para Suecia con-  
servar la neutralidad durante el conflicto bélico significó una vi-  
da sin agitaciones y con riqueza. El funcionario bancario me dio  
una buena cantidad de dinero en coronas suecas (kronor) y me re-  
gistró en el hotel, donde se quedaron extrañados del bártulo que  
por toda valija llevaba conmigo. Era una especie de saco militar  
sin nada adentro más que un pantalón, una camisa vieja, unos cal-  
zoncillos y un cepillo de dientes. Lo demás eran algunas fotogra-fías que había logrado recuperar en la casa paterna de Jedwabne  
y un peine.

La habitación, debido a mis toscas experiencias campesi-  
nas, era algo que se me antojaba tan supremamente hermoso, que  
sentí la necesidad de tocarlo todo, en especial la blanda cama con  
enormes frazadas y sábanas de lino. La cómoda con folletos de  
los servicios turísticos, papel de cartas, sobres y lápices, era fabu-  
losa. Había una alfombra y un sillón cerca de una mesita con un  
aparato de radio. Pero el cuarto de baño me anonadó. No impor-  
ta ahora las burlas que pueda generar mi infantil narración, pero  
digo la verdad: jamás en toda mi vida había visto una cosa así:  
una ancha tina, con grifos bajos de bronce dorado y regadera. Y  
el servicio sanitario en loza blanca, con tapas, y tanque de “cade-  
na”. Al contemplarlo, me pregunté cómo funcionaba todo aque-  
llo. Era razonable lo que me estaba ocurriendo. Nunca había es-  
tado en un sanitario como éste. En Jedwabne ciertas necesidades  
biológicas teníamos que “certificarlas” en rústicas letrinas exca-  
vadas en la tierra. Desde luego que no había lavamanos, ni espe-  
jo para poder contemplar el rostro y rasurarse sin partirse la piel  
a navajazos. Eso expresa todo lo que hay que decir. Cuando lle-  
gó la noche, de tantas emociones estaba agotado. Caí en un sue-  
ño profundo que por primera vez en muchos años no fue altera-  
do con pesadillas macabras.

No viene al caso narrar el resto de tonterías de colegial que  
hice por las calles de Estocolmo. donde todo lo que miraba era  
sorpresa. Me compré un traje entero que vi en una tienda por cin-  
cuenta dólares, y camisas nuevas y ropa interior suave y bien  
confeccionada. De la institución bancaria me trajeron doscientos  
dólares en efectivo. Con ellos en bolsa, yo me creía el Rey Mi-  
das. Encontré un centro de judíos que habían llegado dos años  
antes. Unos eran de Hungría, otros de Alemania y dos de la re-  
gión checa. Comencé a hacer amigos hebreos. Fui invitado a una  
comida en el mismo restaurante donde gustaba asistir el Rey  
Gustavo. Sentado ante aquella mesa, puesta con etiqueta, mante-  
les y servilletas de finísima tela, vajilla de plata, vasos fabricados  
con cristal de Bohemia y saloneros sirviéndonos aperitivos, en-  
tradas, platos fuertes de carne deliciosa, postres y cremas y cog-  
nac de salida, todo rociado con vino tinto de primera y café, ol-  
vidé por unas horas que yo era un fugitivo de la muerte, un topo

que acababa de salir de una cueva bajo tierra, donde vivió almo-  
hadillado en excremento de cerdo, y me sentí príncipe de algún  
reino perdido.

Pasaron los días. Ignoraba cuándo ni por qué medio debía  
seguir viaje hacia América. Entretanto, una hermosa hebrea de  
fresca sonrisa juvenil se enamoró de mí. Yo no podía olvidar el  
cuerpo juncal y el rostro lleno de belleza de Raquel, la jovenci-  
ta de trece años que me abrió la puerta en un apartamento de  
Bialystok para que esperara a sus padres. En el fondo estaba  
enamorado. Pero como la vida me empujaba hacia un destino  
diferente y no tenía idea de cómo comunicarme con ella, a aquel  
amor que brotó espontáneo en la muchacha hebrea, le correspon-  
dí más que con calor, con gratitud. Era tanta la soledad que ha-  
bía en mi vida, tanta la falta de halagos y mimos, de sentirme  
querido y necesario para alguien, que esos días de paseos por las  
calles de Estocolmo, buenas comidas y buenos amigos, jamás  
puedo olvidarlos.

Finalmente la responsabilidad se impuso al embrujo de la  
vida muelle. Pedí a los funcionarios de la institución que me am-  
paraba acelerar las cosas con el barco que habría de llevarme des-  
de Suecia hasta la isla de Aruba. Pero no había barcos disponi-  
bles todavía. La guerra dejaba sentir sus efectos malignos en to-  
do. Cuando salí de Varsovia, se estaba iniciando agosto de 1945  
y me “garantizaron” un barco para los primeros cuatro días de se-  
tiembre. Las cosas no ocurrieron de esta forma. No fue sino has-  
ta los tres últimos días del mes, cuando me pidieron armar mi ma-  
leta y viajar en el tren rápido de Estocolmo al puerto de Goteborg.  
Me asignaron un coche dormitorio, pues era un recorrido de toda  
la noche. Fue la “endemoniada” velocidad del expreso la que hi-  
zo que olvidara a la novia judía sueca. Mi pensamiento volvía  
una y otra vez a la niña de Polonia: la rubiecita Raquel, con quien  
ya estaba soñando casarme, tan pronto en Cuba entregara la car-  
ta que enviaba su madre a los parientes de La Habana, e indaga-  
ra con ellos su paradero, que solo recordaba podía ser París.

Al día siguiente subí al barco qué me llevaría al encuentro  
con mi hermano. Estaban a bordo un señor y una señora solos,  
judíos polacos, que también habían sobrevivido a la guerra y te-  
nían parientes en Cuba. Eso hizo que me pareciera menos temi-  
ble aquella travesía por el océano inmenso. Y durante veinticin-co largos días y noches, navegamos. El cabeceo de la nave, la  
inacabable extensión de las aguas, los vientos que levantaban  
olas grandes por entre las cuales se abría paso como un cuchillo  
la proa del navio, apocaron mi ánimo. Arriba de la cubierta ex-  
terior, lloré muchas veces. En una ocasión atinó a verme el Ca-  
pitán. Se acercó y me dijo, en alemán, que si seguía con la llora-  
dera me tiraría de cabeza al mar. Luego mandó a un marinero que  
me trajera una botella de Coca-Cola helada. Aquella bebida me  
pareció lo más grande que había inventado el hombre para calmar  
los ardores de garganta de los sedientos. Era la primera vez —  
otra primera vez— que tomaba esa bebida. Me pareció tan estu-  
penda, que teniendo ya dinero en el bolsillo, comencé a pedirla  
con asiduidad. Poco a poco, cuando me di cuenta, estaba consu-  
miendo quince botellas diarias.

Al cabo de los veinticinco días llegamos a Aruba y me to-  
pé con el primer ser humano de raza negra. Me asombré, pero no  
miré a los negros con desprecio. En el muelle había gente con ro-  
tulitos en inglés, polaco, yidish, hebreo y español. Todos decían  
lo mismo: “Si en este barco hay hebreos, por favor fórmense cer-  
ca de nosotros”. Eran judíos de la pequeña colonia de Aruba.  
Bajamos unos seis hebreos y a todos nos llevaron a un hotel, nos  
ofrecieron una cena y no nos dejaron pagar. Me di cuenta de que  
eran paisanos ricos, con muchos años de haber levantado fortuna  
en esa isla. Pero en ninguna forma este pedazo de tierra calcárea  
metido en el mar, a veinticinco kilómetros de la costa guayanesa  
de Venezuela, podía sorprenderme como lo hizo Estocolmo.

En Aruba tuve que esperar alrededor de un mes para que en  
un pequeño avión de la compañía holandesa KLM, hubiese cupo  
para La Habana. Fueron días aburridos, porque Aruba tiene una  
superficie de apenas ciento noventa y tres kilómetros cuadrados.  
En aquellos años, toda su población con dificultad llegaba a los  
cuarenta mil habitantes. De esa suma, la mitad vivía en Oranjes-  
tad, la capital. Territorio autónomo dentro del Reino de los Paí-  
ses Bajos, lo único destacable en él era la zona de San Nicolás, al  
sur de la isla, en que la Standard Oil construyó, desde 1929, una  
de las mayores refinerías de petróleo existentes en el mundo has-  
ta el momento. También constituía un hecho novedoso para mí .  
el contraste que formaban la tierra caliza y las playas de arenablanquísima, con los bien torneados cuerpos de las negritas que  
disfrutaban del agua del mar, como brillantes sirenas de ébano.

El 15 de noviembre de 1946 se marcó el punto final de mi  
estancia en Aruba. En un pequeño avión de la KLM despegamos  
de Oranjestad. Volando a diez mil pies de altitud, atravesamos  
una porción apreciable del Mar Caribe de color verde esmeralda.  
A las tres de la tarde aterrizamos en un aeropuerto internacional  
que funcionaba en Camagüey. Superado el trámite de aduana y  
migración, me encontré solo una vez más. ¿Y mi hermano? ¿Qué  
cara tendría ahora Moisés? ¿Podría reconocerme? La verdad es  
que a la última pregunta vino después la contestación: Moisés es-  
taba esperando en el salón de pasajeros, pero no pudo reconocer-  
me. Tampoco yo pude reconocerlo a él. Decidí aplicar una “fór-  
mula mágica” y dije en alta voz: “¡Yo soy Samuel Waserstein!”  
De inmediato me sentí en los brazos del hermano mayor, a quien  
no veía desde 1937. Se aflojó convulso mi cuerpo y brotó incon-  
tenible el llanto. Aquel hombre de casi cuarenta y nueve años era  
toda la “familia” que me quedaba en el mundo. Tal vez nos di-  
mos cien abrazos. No podíamos hablar. Todo lo que dijo en los  
primeros diez minutos fue “Shmulke”., Yo tampoco dije nada,  
porque de todos modos, agregado a la emoción, tenía un enredo  
idiomático en la cabeza. Finalmente musité palabras en polaco,  
hebreo, yidish. Un enredo de lenguas y una lengua enredada. Di-  
mos una vuelta por la ciudad para tranquilizamos. Pero no lo  
conseguimos, porque Moisés conducía el automóvil nerviosa-  
mente, así que preferimos entrar al Hotel Plaza, donde pasaría-  
mos esa noche antes de seguir otro día para Matanzas, la ciudad  
de residencia de Moisés y su esposa.

El viaje de Camagüey a Matanzas se hizo despacio al día  
siguiente. Por los cañaverales se movían centenares de campesi-  
nos machete en mano. El paisaje tropical insular de Cuba, la más  
grande de las islas de Las Antillas, se fue metiendo dulcemente  
en mi sangre. Aquí empezaba yo, escapado del infierno, la nue-  
va vida. Estaba en América, tierra de la esperanza. Lejos queda-  
ban los ecos de los cañones y las voces del odio. Lejos, perdidos  
en la enorme llanura del Noreste de Polonia. Y mientras hilvana-  
ba pensamientos de progreso en libertad, me atrapaba de nuevo  
el recuerdo de aquella joven hebrea de Bielsk Podlaski sin la cual  
no concebía yo un futuro feliz.

La casa de mi hermano estaba en un sitio alto y era amplia  
y cómoda, como amplio, en su manifestación de afecto y ternura,  
fue el recibimiento de mi cuñada, que se esmeraba con una opí-  
para cena antecedida por un generoso trago de ron, para celebrar  
el acontecimiento.

Pasaron los días. Percibí en la insistencia de Moisés por  
hacer aterrizar todas las conversaciones en Jedwabne, nuestros  
padres, nuestra casa y mil detalles de gentes vecinas, familiares,  
paisajes y devotos judíos de asistencia puntual a los sabaths de la  
Sinagoga, la presencia quemante de la duda. ¡Mi hermano no es-  
taba seguro de que yo era yo! Eso me obligó a enfrentar la duda  
sin reclamar ni darme por enterado. Comencé desde entonces a  
hablar hasta por los codos. Le recordaba las cosas más insólitas  
del pueblo y sus habitantes. Recreaba el rostro grave de mi pa-  
dre y los detalles salientes en la personalidad llena de amor de mi  
madre. “¿Recuerdas, Moisés, de la vaquilla aquella negra con la  
cara pintiblanca que producía más leche que la parda?” Y fui des-  
granando así muchos recuerdos, sobre las camisas que confeccio-  
naba Jaia-Sara, el zapatero Sosnowski, el carpintero Israk, la dis-  
posición de los aposentos de la casa, las cuatro manzanas de tri-  
go y patatas de papá, el color de los pantalones cortos que me he-  
redó cuando abandonó Polonia para dirigirse a Cuba, las camas  
de madera de nuestra habitación, los primos hijos de la hermana  
de mi madre, los muebles, la plancha de carbón, la vecina herma-  
na de Méndum que ayudaba a pegar botones, Moller el alemán  
que vivía en la misma calle, el potecito donde mamá guardaba  
monedas y el ladrillo que faltaba al pequeño homo donde fabri-  
cábamos el pan. No dejé nada por fuera. Desde la calidad de ma-  
dera con que fue construida la casa, hasta el tipo de ladrillo, la  
brea usada en el techo, y quién roncaba o quién no roncaba entre  
nosotros. Además le fui mostrando las fotos que yo había reco-  
gido y que hasta ese momento mantenía como mi “posesión se-  
creta” más venerada y amada. A partir de entonces él cambió. Ya  
no tenía dudas. Yo era yo, otra vez, para él.

No hubo tiempo que perder. Moisés me dijo que todo el di-  
nero que había guardado esos años como ahorro para el día en  
que pudiera traer la familia a Cuba, sumaba unos veinte mil dó-  
lares. Ya se habían gastado los seis mil que mandó a Byalistok  
para que comprara la finca a los Wyrzykowski, dos mil que fue-

ron depositados en Estocolmo para el resto del viaje, y más o me-  
nos otros dos mil que cubrieron gastos de visa, pasaje en avión  
Varsovia-Suecia, barco Suecia-Aruba y avión Aruba-Cuba. Así  
que en ese momento quería entregarme diez mil dólares para que  
yo comenzara a hacer negocios en Cuba.

Tuve que razonar con él. Decirle que todo así, de golpe, no  
funcionaría. Yo no conocía a nadie, ni el país, ni sus comercian-  
tes. Y lo peor: no hablaba una sola palabra de español. Por eso  
lo mejor era hacer un trato diferente, algo así como una sociedad  
de corte especial. Le pregunté a cuánto ascendía su ganancia ne-  
ta del último año, sacados los gastos de operación de sus nego-  
cios. Me contestó que a ocho mil dólares. Entonces le dije yo  
que tomaría esos ocho mil dólares como capital de trabajo y que  
seguirían siendo de su propiedad. Mantendría ese “piso” de se-  
guridad para operar y todo lo que fuera ganado por encima de los  
ocho mil dólares, me correspondería en propiedad para iniciar mi  
vida en ese país. Si al final del año las ganancias superaban el  
“piso” de seguridad, entonces yo lo devolvería a él, y seguiría por  
mi cuenta, salvo que las cosas fueran demasiado bien, en cuyo ca-  
so podríamos pensar en una nueva sociedad. Y así fue. A las tres  
semanas de haber llegado, mi hermano contrató un maestro de es-  
pañol y comencé lecciones intensivas. También me puse a estu-  
diar mapas de Cuba, zonas comerciales, lugares con colonias he-  
breas importantes. Y como por las noches las pesadillas maca-  
bras del “Jueves Negro” me asaltaban, y volvía a ver rostros ama-  
dos retorciéndose en el fuego y a escuchar espeluznantes gritos  
de dolor, me hice lector fanático. Todo cuanto libro de historia  
judía, literatura, novelas y arte en general caía en mis manos, lo  
devoraba por las noches. Cuando el español llegó a un aceptable  
nivel de comprensibilidad, también comencé a leer como obse-  
sionado literatura cubana, y a escuchar por la radio música cuba-  
na, y hablar con los campesinos de los alrededores de Matanzas.  
Así profundicé en los cuatro mil años de historia judía, en las Sa-  
gradas Escrituras, el éxodo por el desierto del pueblo de Israel  
abandonando el yugo de los egipcios, la relación de Moisés con  
Dios, y después, la historia de Abraham y Sara. Y así amisté con  
los poemas y los ensayos de José Martí; la trayectoria de la ex-  
celsa balletista Alicia Alonso; las páginas literarias de Julián del  
Casal, precursor del modernismo en Cuba; las novelas de Gertru-dis Gómez de Avellaneda; el maravilloso poema “Himno del  
Desterrado”, de José María de Heredia, que por mi condición me  
llegaba muy hondo en el corazón, y la música sublime de Ernes-  
to Lecuona, fundador de la Orquesta Sinfónica de La Habana, cu-  
yas zarzuelas “María de la O”, “Rosa la China”, “El Cafetal” y  
“Lola Cruz” con su lirismo tropical y su telón de fondo de bon-  
góes y tambores caribeños, se escuchaban en todo el mundo.

La paz de Cuba me envolvió. Me dediqué al trabajo con  
verdadera furia. Comencé a viajar y a jugármela en los negocios.  
Lo primero que me surtió mi hermano para vender fueron seis do-  
cenas de fajas de cuero para pantalones de caballero, y está vivo  
en mí el recuerdo de esa “gestión comercial”. Agarré una “gua-  
gua" de pasajeros que iba para Cienfuegos y allá fui a parar. Tie-  
rra desconocida, calor apabullante y mis escarceos de español  
que agotaban mi memoria buscando la palabras adecuadas apren-  
didas del maestro de Matanzas. A la media hora de recorrido me  
encontraba en la Calle del Castillo, entrando a la tienda de un po-  
laco judío que había llegado a Cuba hacía más de quince años, y  
era de apellido Yulkewish. El establecimiento tenía el bélico  
nombre de “El Cañón Cubano”. El paisano me recibió atenta-  
mente y terminamos hablando de la historia de mi sobrevivencia  
durante la guerra y la matanza de Jedwabne. Creo que el relato  
lo entristeció. Al final, tal vez por pena, me compró tres docenas  
de fajas, la mitad de mi mercadería. Luego me dio la dirección  
de otros ocho comerciantes hebreos. En cada caso tuve que re-  
petir los relatos macabros de Polonia, y en cada caso me compra-  
ron fajas, y en todos los casos, me hicieron pedidos de zapatos y  
carteras d¿ cuero para el futuro. Así comencé. Tal vez haya po-  
cos cubanos —y digo cubanos y no extranjeros— que hayan re-  
corrido Cuba como yo la recorrí. Fui peregrino por todas las ca-  
rreteras, caminos, veredas, calles y avenidas de cuanta ciudad o  
pueblo exista en el territorio insular. Me fui volviendo figura co-  
nocida en la efervescencia de La Habana, cuyas noches se con-  
vertían en luz, música, canto, baile, atrapando turistas en la calle  
del cabaret “Tropicana”, o en los románticos parajes cercanos al  
Castillo del Morro, o La Cabaña, el Paseo del Prado y la calzada  
del Malecón donde las parejas de enamorados eran refrescadas  
por la espuma saltarina de las olas. Pero yo vendía. De noche y  
de día vendía fajas y zapatos por todas partes.

Puedo afirmar que a finales de 1947, la geografía de Cuba  
no tenía secretos para mí. Mi propio hermano se asombraba de  
mis periplos. No sé de dónde me venían las fuerzas. Pero no pa-  
raba jamás. Los hebreos que ya me conocían en Matanzas, me  
preguntaban en qué tiempo dormía para reparar fuerzas. Con mi  
cargamento de zapatos al hombro viajé por las principales pro-  
vincias de Cuba: Santiago, Camagüey, Holguín, Guantánamo,  
Santa Clara, Bayamo, Cienfuegos, Pinar del Río, Victoria de las  
Tunas y Matanzas. No digo que gasté la suela de mi calzado tra-  
zando rutas inéditas en los ciento diez mil novecientos veintidós  
kilómetros cuadrados de superficie que tiene Cuba, pero casi, ca-  
si. Y también casi, casi, puedo hablar de haber recorrido todas las  
aldeas perdidas que surgen en los tres mil setecientos treinta y  
cinco kilómetros de extensión que tienen las costas cubanas, y los  
pueblos de los llanos centrales y de las zonas montañosas pobla-  
das de valientes guajiros. Lugareños como Barbacoa, Cama-  
güán, Nuevitas, El Cobre, Florida, Vertientes, La Mina, Colón,  
Páramo, Cotorro, San José, Matrú, Palma Soriano, Pedrero de  
Camaygüá, Candelaria, Ciego de Avila, Marianao, Sancti Spiritus  
y Nueva Gerona formaban parte de mi “mercado” de zapatos.  
Alguna vez le dije a mi hermano que, en términos de la geogra-  
fía insular, bien se me podría decir “el judío errante”. Tal vez a  
eso se deba que al finalizar 1947, la sociedad que puse con mi  
hermano, ya había ganado veinticinco mil dólares. Le devolví  
completos los ocho mil dólares del “capital de apoyo” que él me  
había entregado, y los diecisiete mil dólares restantes los dividí  
en dos partes de ocho mil quinientos dólares cada una. Pese al  
enojo de Moisés, le entregué su ganancia y comencé, con mis  
ocho mil quinientos dólares, mi camino propio y sin deudas. Me  
sentía feliz, pero durante las noches en que me sacudían las pesa-  
dillas de la guerra, y paraba de leer o escuchar música, la presen-  
cia de Raquel Goldwasser llenaba toda mi mente.

Un buen contacto le dio impulso a mis actividades en Ma-  
tanzas. Durante una visita a una fábrica de zapatos de tenis, za-  
patillas de béisbol y botas para nieve que se exportaban en tota-  
lidad a los Estados Unidos, hice buena “química” con su propie-  
tario, un judío ucraniano que llegó a Cuba y amasó una inmensa  
fortuna con sus actividades comerciales. Esa fortuna creció  
cuando hizo un contrato con el ejército estadounidense para sur-

tirio de unas tenis especiales, color verde oliva, con estructura  
muy fuerte, que se daban como segundo par de calzado a las tro-  
pas en el teatro de guerra en el Pacífico. A tanto llegaron las ven-  
tas de esta “Industria Yamuri”, que cuando terminó la guerra, en  
1945, quedaban en Cuba dos millones quinientos mil pares que  
eran el pendiente del último pedido militar. El Ejército Nortea-  
mericano dio fiel cumplimiento a su obligación y le entregó una  
compensación al fabricante, que con ella infló más su fortuna.

El día de mi visita a “Yamuri” comenzó aburrido, porque el  
judío ucraniano, antes que hablar de negocios, lo que hizo fue pe-  
dirme el relato de mis aventuras en Polonia. Jamás he visto una  
persona más cautivada y afectada por esa historia. Cuando llegó  
la noche me compró, sin pensarlo, una buena cantidad de merca-  
dería. Me dijo que como yo era buen vendedor, y las tenis mili-  
tares eran de números grandes, muy atractivas visualmente, fuer-  
tes y no vistas aún en los mercados privados, podía sacar la gigan-  
tesca cantidad que le sobró, a crédito a “largo plazo”, y venderlas  
en Cuba o fuera del país. Me las puso a noventa centavos de dó-  
lar, para que yo las colocara a un dólar veinte. Así nació el nego-  
cio que me dio más estatura económica en Cuba. Con esas tenis  
verde oliva, fajas y zapatos de diferentes tipos para hombre y mu-  
jer, trabajando sin parar, sin día de descanso y a veces otorgando  
créditos a muy corto plazo, las cosas fueron para arriba. De nue-  
vo obtuvimos ganancias sobre treinta y cinco mil dólares en ocho  
meses. Mi hermano estaba feliz con mi sociedad ocasional —  
porque solo nos asociábamos en presencia de buenos negocios—  
y al fin le hice frente a algo de envergadura. Había un español  
que vendía un almacén en muy buen punto, y lo compramos con  
todo y terreno para formar una tienda especializada en calzado de  
mucha calidad. Así trabajamos hasta el año 1950 y algunas otras  
propiedades e inversiones movieron nuestros negocios.

Si bien todo marchaba, con buen aire, estaba muy lejos de  
ser un hombre con dinero suficiente. Lo que puedo recordar es  
que vivía economizando mucho y reinvirtiendo. Un hecho espe-  
cial —ocurrido a principios de 1948— había servido para dar a  
mi vida un nuevo aliento de progreso y esperanza. Más o menos  
a principios del año, realicé una de mis acostumbradas, giras de  
comercio y alcancé la distante localidad de Victoria de las Tunas,  
a unos seiscientos kilómetros de Matanzas. Quería conquistaresa plaza, y como ya me atrevía más con el idioma español, lle-  
vé suficiente mercadería conmigo. El primer trato lo cerré con un  
armenio que me hizo un pedido grande, superior a quinientos dó-  
lares. Luego visité al propietario de un almacén de materiales pa-  
ra zapateros que vendía clavos, tachuelas, martillos, pegamentos  
para suela y tacones, cueros, tintas y cáñamos para cosido de cal-  
zado fino. El propietario, llamado Jasiko, resultó otro judío po-  
laco con muchos años de vivir en Cuba. Ni qué decir, porque ya  
es tedioso, que como un disco rayado en una vitrola de cuerda de  
la “Víctor”, volví a repasar los sucesos de Polonia de 1939 a  
1945. Después de cerrar un pedido por setecientos dólares, caí-  
mos en la cuenta de que no nos habíamos presentado. Él me pre-  
guntó de qué apellido polaco era mi familia y yo le dije que Wa-  
serstein. Al escucharlo, se puso de pie como impelido por un re-  
sorte y vino a darme un abrazo.

—Gracias, Samuel —me dijo—, por habernos enviado los  
ciento cincuenta dólares y la carta que desde Bialystok mandó la  
señora Goldwasser a mi esposa, Riska, que también es apellido  
Goldwasser—. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Le conté que  
la carta y los dólares yo no los había enviado directamente, sino  
que los entregué a mi hermano Moisés en Matanzas, para que él  
comprobara la dirección y se encargara de una remisión segura.  
De inmediato el comerciante hizo llamar a un hijo suyo y lo des-  
pachó al hotel donde me había hospedado, con la orden de can-  
celar la reservación, recoger mi equipaje y traerlo a casa. Me  
aclaró que, a partir de ese momento, yo era su invitado y que po-  
día dormir en su hogar, donde por la noche conocí a la señora  
Goldwasser y su familia cubana. Cenamos sabrosamente y les  
conté todo lo que yo sabía de estas personas en Polonia, su esca-  
pe de las manos de ios nazis en la población de Drohiczyn, en la  
margen sureste del histórico Río Bug casi en la frontera con Bie-  
lorrusia, y las peripecias que habían tenido que pasar escondién-  
dose en poblados como Siamiatycze, Czeremcha y Orla antes de  
ir a parar a Bielsk Podlaski, donde los conocí. Todas estas infor-  
maciones las completé relatándoles que ellos me sirvieron de in-  
termediarios para cerrar la compra de una propiedad agrícola des-  
tinada a los polacos cristianos que habían salvado mi vida. Les  
dije que había conocido a la hija de ellos, Raquel, una joven be-  
lla, de expresivos ojos y cuerpo esbelto, de la que estaba perdida-mente enamorado. Todo eso lo expresé con gran sinceridad.  
Además les confesé que había perdido la dirección de la joven,  
de quien me había enterado, en nuestra brevísima conversación,  
que estaba disponiéndose con sus padres para escapar de Polonia  
a Francia, donde había unos familiares establecidos en París.

La señora Riska Goldwasser, esposa de Jasiko el comer-  
ciante, tomó con buena cara mi relato y me dijo que habían ter-  
minado mis preocupaciones. Raquel ya no estaba en París. Una  
organización internacional judía de protección a jóvenes de am-  
bos sexos que habían sobrevivido la exterminación en Polonia,  
la había becado para continuar estudios superiores e idiomas en  
Nueva York. Allá se encontraba ahora Raquel. La señora fina-  
lizó su relato y me anotó la dirección en un papel que para mí era  
como si me entregara un cheque por diez millones de dólares.  
Me sentía como un niño agarrado en falta. Hablaba acelerada-  
mente, tomé dos copas de ron, sentía una extraña inquietud, y  
llegó un momento en que mis emociones fueron tan obvias —  
además de que ya eran las tres de la madrugada—, que los espo-  
sos cortaron la conversación y me dejaron ir a dormir, cosa que  
no pude hacer, no por las pesadillas, sino porque solo atinaba a  
pensar en Raquel. Era un dulce pensamiento. Pero me quema-  
ba y me torturaba, porque lo único que deseaba con toda el alma  
era volver a verla. Así que esa misma noche me puse a escribir-  
le cosas en un papel que puse en el correo apenas llegué a Ma-  
tanzas. A poco tiempo estábamos escribiéndonos como dos co-  
legiales tarambanas.

Mi hermano no fue muy feliz con mi arrebatada explica-  
ción de haber encontrado la pista de la desaparecida Raquel, en  
Victoria de las Tunas. No, de ninguna manera le hizo gracia lo  
que escuchó. Y es que él andaba de “casamentero”, silenciosa-  
mente y a espaldas mías, investigando qué “buen partido” matri-  
monial para mí habría entre las hermosas jóvenes hebreas solte-  
ras, hijas de judíos que habían hecho su vida y capitales en Cuba,  
y que no solamente podían constituirse en venturosa unión amo-  
rosa conmigo, sino también llegar con cierta “dote” para afirmar  
sólidamente mis actividades empresariales.

Me habló después con absoluta sinceridad. Me dijo que  
pensar en Raquel podía ser un sueño hermoso, pero que en la vi-  
da de un sobreviviente era necesario actuar de forma pragmática.

Yo necesitaba un terreno, casa, esposa e hijos. Para ello, lo más  
lógico era el matrimonio con alguna hebrea cubana, bien afinca-  
da en esa tierra de Las Antillas, bella, inteligente y con capital.  
Me informó de varios nombres de empresarios judíos amigos su-  
yos en La Habana y Matanzas, que con prudencia le habían insi-  
nuado arreglar presentaciones del “hermano menor” Shmulke,  
con sus “apetecidas” hijas. Yo dejé que su discurso se repitiera  
machaconamente por varios días, pero hubo uno en que ya no  
puede soportar más y lo enfrenté, por primera vez desde que lle-  
gué a Cuba, con una tesis diferente a la suya.

Simplemente le dije: —"Papá y mamá murieron. Tú eres  
mi hermano mayor y te debo respeto, pero no estoy de acuerdo  
contigo. Te voy a pedir un favor: métete en el primer avión que  
salga para Nueva York, busca a Raquel, trátala por un rato, y si te  
cae bien y de algún modo percibes sus virtudes, entonces me ca-  
so con ella con tu aprobación. Si, por el contrario, te parece una  
persona con debilidades y graves defectos, dejaré las cosas como  
están y poco a poco buscaré esposa en Cuba”.

Narro estos momentos porque son de gran importancia pa-  
ra conocer cuándo, en qué tierra y de qué forma, senté los basa-  
mentos de la que hoy es mi familia: los Waserstein Goldwasser,  
que desde el año 1963 han ido creciendo, desarrollándose y ma-  
durando en Costa Rica. Confieso que lo que dije a mi hermano  
fue impremeditado. Jamás había pensado en jugarme el cariño de  
Raquel en un reto como ese, pero Moisés lo aceptó sin titubear.  
Solamente me dijo que estaba bien y que iba para Nueva York de  
inmediato. Y así fue...

' Dos días después, Moisés llegaba a Nueva York y se aloja- .  
ba en el viejo Hotel Taft. Ya yo había advertido por teléfono a  
Raquel de lo que pasaba y le pedí llamarlo tan pronto le anuncia-  
ra que estaba en camino. Raquel hizo la llamada y mi hermano  
mayor la invitó a cenar.

Se realizó la cita tan pronto la Universidad en que estudia-  
ba le concedió permiso para ausentarse un día. Y ellos se encon-  
traron, hablaron, comentaron cosas de las respectivas familias, de  
la guerra, el holocausto, los proyectos del futuro, la religión y la  
cultura judía. La voz dulce de la joven, su gestualidad comedida,  
su agradable presencia física y su cultura, conquistaron a mi her-  
mano. Esa misma noche y antes de terminar la cena, Moisés lepidió a Raquel que alistara sus valijas y se viniera con él de inme-  
diato para Cuba. Claro que ella no podía dejar su vida en Estados  
Unidos y la universidad tirada. Tenía que revisar su pasaporte,  
obtener papeles, hacer contacto con sus padres y algunas cosas  
más, pero le dijo que lo haría en pocos días, y que se comunica-  
ría con nosotros por medio de sus tíos, en Victoria de las Tunas.  
Casi de madrugada me llamó por teléfono y me contó la experien-  
cia con mi hermano. Yo creí volverme loco. Salté y bailé sobre  
la cama, grité e hice toda clase de chiquilladas. Esta fue una de  
esas raras y perdidas veces en que mi semblante, comportamien-  
to y perfil de hombre severo y mal encarado, se descascaró.

El regreso de Moisés a Cuba ocurrió tan sorpresivamente  
como su marcha. Lo fui a esperar al aeropuerto y apenas verme  
me dijo que todo estaba bien, me dio un abrazo, y me recomen-  
dó sacar “la cabeza” de los negocios por algunos momentos para  
pensar qué haría con la joven judía de Drohiczyn, dónde la lleva-  
ría a vivir, qué clase de confort le iba a ofrecer y un montón de  
detalles más.

Un par de semanas después Moisés ya había obtenido la vi-  
sa cubana para ella. Se les informó de todos los planes a los tíos  
de Las Tunas y, llegada la hora, fuimos todos a recibirla al aero-  
puerto internacional de Rancho Boyeros, en La Habana. Cuando  
descendió del avión, mi corazón latió muy fuerte y me pareció es-  
tar flotando en el aire...

No perdí mucho tiempo. Multipliqué mi esfuerzo en el tra-  
bajo a tal extremo que pasaron semanas en que apenas pude dor-  
mir dos horas por noche. Busqué una casa, la amueblé, le puse  
cortinas bonitas, baño bueno, cocina con todas las comodidades  
posibles, abanicos refrescantes y macetas con flores y begonias.  
Además, compré ropa nueva para mí y para ella. A la semana  
exacta de su llegada, celebramos en Las Tunas el matrimonio ci-  
vil necesario para asentar nuestra unión legalmente en el Registro  
Civil de Cuba. Luego regresé a Matanzas, porque de acuerdo con  
nuestras costumbres y religión, la pareja no podía estar a solas  
hasta que se efectuara la ceremonia religiosa. Como decían jaca-  
randosamente los cubanos: “Había que aprender a tragar ansias”.

Para Raquel tampoco la vida en Polonia fue fácil. Aunque  
sus padres. Moisés Goldwasser y Jaia Tumowska eran de una  
posición económica más solvente, con ahorros y bienes muebles

e inmuebles logrados a base de muchos años de trabajo en la zo-  
na fronteriza con Bielorrusia de Drohiczym, cuando fueron libe-  
rados por las tropas rusas, en 1944 —un año antes de mi libera-  
ción—, todo lo que poseyeron se había perdido. Fueron aquí los  
nazis los autores directos del pillaje y el robo, la persecución, la  
tortura y la muerte. Cuando los Goldwasser comenzaron su fuga  
escapando del “ghetto” que los alemanes ordenaron en el pueblo,  
Raquel apenas tenía ocho años de edad. Tuvieron que huir por  
entre los bosques de Siedlce, que ocultarse en unos pantanos en  
Paprotwia, en un establo en Repki y, finalmente, hacer un pacto  
con una familia polaca en Bielsk Podlaski, cerca de Bialystock,  
para que a cambio de un fuerte pago semanal en “doblones de  
oro” —de los únicos que Moisés había podido meter en una mo-  
chila— los escondieran en un oscuro sótano con una exigua pro-  
visión de patatas, agua, pan y queso.

En Drohiczym, teóricamente la familia de Raquel fue “bo-  
rrada del mapa”. A su hermana Vela la atraparon los nazis y des-  
pués de sufrir enormes penalidades, la mataron en el campo de  
exterminio de Treblinka. Otra hermana sobrevivió y fue a vivir  
a Francia, y la otra, Riska, es la que estaba en Cuba, casada con  
el comerciante al que yo había visitado.

Durante el año 1997, en Drohiczym, anduvimos buscando  
la casa nativa de Raquel, algún perdido pariente o algo de aque-  
llos años. Pero todos había desaparecido como por arte de ma-  
gia. El campo de nueve hectáreas lleno de casas donde los nazis  
cercaron para formar el “ghetto”, es hoy un terreno yermo y de-  
sarbolado. De aquel tiempo sólo queda una casa en la esquina  
oeste del terreno. Está ubicada en Ruskiewicz, UL. KS. WT.,  
Jedruzca No. 19. Es de madera, con un soporte de ladrillo rojo  
en el norte. La puerta da al sur y tiene un angosto jardín de se-  
tenta y cinco centímetros de ancho y cuatro metros de largo. El  
techo es a dos aguas, con maderamen cubierto de alquitrán. La  
habita una vieja llamada Jadwisia, que solo preguntó asomándo-  
se por una rendija: “¿Vienen a echarme de la casa?” Después Ra-  
quel, en el centro del pueblo, solo reconoció la iglesia, el resto de  
una fuente de agua de hierro que había en un parquecito, y el ca-  
mino que baja a un playón del Río Bug pasando cerca de los res-  
tos de un “bunker” de los nazis. Al otro lado del río las tropas ru-  
sas se mantuvieron mucho tiempo, hasta que por la invasión de

Alemania a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, em-  
prendieron la guerra formal contra los hitlerianos. Desde la fuen-  
te del parque, Raquel recuerda que llegaba a ULZamkow, donde  
estaba la vivienda de sus abuelos, y que probablemente de la ca-  
sa vieja de Jadwisia, unos metros más allá —eran sesenta casas y  
nueve negocios— podría haber estado ubicada su propia casa.  
Todo lo demás son recuerdos perdidos en el tiempo, hasta que yo  
la conocí en Bields Podlaski y allí comenzó a gestarse la historia  
de la familia Waserstein Golwasser.

El día 5 de setiembre de 1948, en La Habana se efectuó  
nuestro matrimonio de acuerdo con los cánones de la religión ju-  
día. Fuimos desde entonces un solo corazón y un solo cuerpo.  
Seguí trabajando duramente. Cuando llegaba a casa agotado, el  
afecto y la paz que me regalaba mi esposa eran el tónico con que  
recargaba las “baterías” para seguir en la lucha. Así los negocios  
mejoraron. Monté una fábrica de zapatos de tenis en un pueblo  
cercano a La Habana, llamado San José. Ahorrábamos cuanto  
centavo podíamos y comenzaron a ser solicitados, esperados y re-  
cibidos con amor, nuestros hijos. Isaac nació el 2 de febrero de  
1950, Saúl en 1955 y Gerardo en 1957. De última, en 1961, lle-  
gó la niña, la mujercita, Rebeca, y nuestra felicidad fue comple-  
ta. Con esa responsabilidad seguí trabajando día y noche sin ren-  
dirme. Nuestro amor por esos hijos “judeocubanos” era tan enor-  
me como nuestros deseos de protegerlos de toda asechanza y  
ruindad humana como la que nos tocó vivir a nosotros, sus pa-  
dres, en las agobiadas llanuras de Polonia. Y fue por amor a es-  
tos hijos del alma que más tarde, en 1962, tuve que tomar la de-  
cisión de destruir todo el andamiaje económico que había cons-  
truido con tanto desvelo para ellos en Cuba. La historia reciente  
del siglo veinte hizo otra pirueta, otra extraña jugarreta política,  
y una vez más fuimos sometidos Raquel y yo a la crisis y la de-  
sesperación.

Aunque no quiero tocar la historia de Cuba de los años  
1953 a 1963, por las complejidades que se dan de ella, no puedo  
evitar sustraerme a algunas pinceladas que permitan, por lo me-  
nos, atisbar un poco los motivos que tuve para abandonar la Isla  
un día de tantos, de nuevo “con una mano atrás y una adelante”,  
para salvar a mis hijos y esposa de una situación que los hubiera  
afectado, marcado horriblemente, desintegrado como familia y  
 244 — La denuncia

dejado en la miseria, pues a pesar de que yo no era un capitalista,  
por lo menos podía mover de cuarenta a cincuenta mil dólares por  
año y tenía una reserva como de treinta mil para “contingencias”.

Cuba venía teniendo problemas. Había corrupción en el  
Gobierno y, a pesar de la inyección económica del turismo, la ex-  
portación de caña, tabacos, productos farmacéuticos, ron y ciertos  
minerales, la miseria se iba acentuando en las masas campesinas.  
Algunas cosas buenas que había comenzado a realizar, en tiempos  
de mi llegada a Cuba, el presiente Grau San Martín, las borraron  
de un solo papirotazo a partir del 10 de marzo de 1952, cuando se  
produjo un golpe incruento dirigido por Fulgencio Batista, quien  
con un movimiento armado asumió poderes dictatoriales y quedó  
como “dueño y señor” de Cuba. Sus esbirros mataban por gusto  
y mucha gente sufrió agresiones y encarcelamiento por naderías.  
Nuestros negocios iban bien, pero la política interna se enredaba  
y los vejámenes contra los ciudadanos eran tan brutales, que yo  
mismo intervine con riesgo, alguna vez, para evitar que mataran  
a palos en una calle a un anciano inocente.

Pronto apareció en el paisaje político cubano Fidel Castro,  
que el día 26 de julio de 1953, organizó y llevó a cabo el ataque  
al Cuartel Moneada, movimiento que no prosperó. Tuvo Castro  
que asilarse en México, desde donde siguió planeando una revo-  
lución en Cuba bajo el sistema de “guerra de guerrillas”. En Mé-  
xico el general español Alberto Bayo, con su típica barbita de chi-  
vo, comenzó a entrenar a los milicianos que se unían a Fidel.' El  
25 de noviembre de 1956, salió del puerto mexicano de Tuxpan  
el barco “Granma”, cargado de revolucionarios. Desembarcaron  
en la Playa de Coloradas y, tras penosa marcha atacados por la  
aviación de Batista, fueron a parar a Alegría del Pío, un lugar en  
la Provincia de Oriente, municipio de Niquero, cerca de Cabo  
Cruz, donde los sobrevivientes fueron sorprendidos por las tropas  
de la dictadura. Con Fidel Castro ya estaban el Che Guevara y  
otras figuras que yo mismo había conocido en mis viajes de co-  
merciante por Cuba, como Ramiro Almeida, Camilo Cienfuegos  
y Guillermo García. Supe que había sido atacado un pequeño  
cuartel que existía en la desembocadura del Río La Plata, en la  
Sierra Maestra, lo que tuvo mucha repercusión. Batista se puso  
duro. La represión callejera era notable. Ya eso no me gustaba.  
Era como cuando comenzaron las cosas en Jedwabne. Hubo otrocombate en Arroyo del Infierno, cerca de Palma Mocha. En el  
Lomón, Loma de Burro, el Capiro y una montañita que habían  
bautizado Peña Caracas, la aviación batistiana produjo los prime-  
ros bombardeos y ametrallamientos con armas de calibre 50 con-  
tra los rebeldes fidelista. A la vista de las injusticias que los mi-  
litares de Batista estaban causando, muchos comerciantes judíos  
como yo, comenzamos cautelosamente a remitir ayuda a los re-  
volucionarios. Hubo más combates en Pino de Agua y nuevos re-  
beldes se unieron a la gente de Fidel. El problema mayor era  
conseguir alimentos. Así que yo me las agencié para comenzar a  
enviar alimentos a un lugar secreto en Cabaiguán, que era un pue-  
blo clave en la Carretera Central de la Isla. Un par de veces fui  
personalmente. Por todas partes había aviones lanzando bombas  
y soldados batistianos causando represión. Los rebeldes pegaban  
golpes en las Villas, Cabaiguán —donde tomaron el pueblo por  
bastante tiempo—, Guayos, Santa Clara, Placetas y Caibarién.  
Con las victorias en el oriente se abrió un segundo frente fidelis-  
ta en El Escambray, controlado por Camilo Cienfuegos. Se sitia-  
ron, con el Che Guevara, muchos rincones estratégicos aldeanos  
en Santa Clara. Hicieron una fortificación en las Lomas de Cá-  
piro. En noviembre y diciembre de 1958 bloquearon las carrete-  
ras de Trinidad a Sancti Spiritus. Se dañó el puente sobre el Río  
Tuinicú en la carretera central y el ferrocarril central fue atacado  
y segmentado en varios puntos, a tal grado que ya no se atrevían  
a manejarlo. Santa Clara estaba en poder de los rebeldes y de un  
famoso “tren blindado”, y unos tanques se apoderaron las fuerzas  
de Cienfuegos. También el llamado “Pelotón Suicida” estaba  
atacando a sangre y fuego Las Villas. Cayó la estación de poli-  
cía y se entregaron los tanques que la defendían. En rápida suce-  
sión se rindió el cuartel No. 31, la cárcel, la Audiencia, el Pala-  
cio de Gobierno Provincial y el Gran Hotel, donde solo quedaron  
unos suicidas francotiradores, disparando casi hasta el final de la  
lucha. Poco después la mayor fortaleza el centro de la isla, el  
Cuartel Leoncio Vidal, cayó en manos rebeldes con gran cantidad  
de armamento moderno, abastos y municiones. Ya para el día 1  
de enero de 1959, había síntomas de debilitamiento en el régimen  
de Batista. Muchos altos jefes huyeron y se llevaron —robándo-  
lo— el dinero de los bancos de La Habana. Al día siguiente es-  
capó Batista con su corte de turiferarios, que se fueron con unoscincuenta millones de dólares. Un tal General Cantillo ocupó la  
jefatura del ejército y dijo que iba a pactar con los rebeldes para  
evitar una matazón en La Habana, pero se prestó a ayudar para  
que todos los funcionarios de “alto vuelo” batistianos huyeran del  
país cargados de riquezas.

Castro se negó a reconocer la autoridad de Cantillo. Dio  
orden de marchar sobre la ciudad de Habana con bazucas, tan-  
ques, algunos aviones y cientos de vehículos automotores que ha-  
bía ido capturando audazmente. Camilo Cienfuegos tomó la ciu-  
dad militar de Columbia, donde había un campo de aterrizaje en  
que un segundo avión con armas había llegado de Costa Rica, ya  
que el primero lo había hecho aterrizar y despedazado, en un po-  
trero en Matanzas, Hubert Matos. El Che Guevara tomó la For-  
taleza de la Cabaña. Por todo Matanzas, Las Villas, La Habana,  
Santiago, Camagüey y Santa Clara se peleaba a brazo partido.  
Puse a mi familia a buen recaudo y nos preparamos, con alimen-  
tos y agua fresca, para soportar horas negras. Los negocios se pa-  
ralizaron. Contaba con una reserva de treinta y siete mil dólares,  
y eso me tranquilizaba, porque suponía que pasada la guerra y  
vuelta la normalidad, varios negocios pendientes podía seguir  
realizándolos. Fidel Castro fue declarado Primer Ministro del  
Gobierno Provisional y se puso a un tal señor Urrutia de Presi-  
dente simbólico. Por las calles de la Habana solamente quedaban  
combatiendo —reconozco el valor temerario de estos hombres—  
unas fuerzas especiales o comandos que habían operado en Cuba  
y que se hacían llamar “Los Tigres de Masferrer”. Este era un  
oficial militar que había advertido que no se rendiría jamás y que  
mataría a todo rebelde fidelista que se le pusiera por delante.  
Masferrer lanzaba incursiones suicidas y muchas veces se escon-  
dió en los vericuetos del Jardín Zoológico de La Habana, o en las  
ruinas del viejo Palacio de Deportes que estaba en el Malecón,  
cerca de un lindo hotel con casino llamado “Riviera”, cuyo nom-  
bre fue cambiado después. Fidel puso en marcha la reforma agra-  
ria, previa advertencia de que las tierras ociosas de los ricos se las  
dejaría el Estado para repartirlas a los pobres. Comenzó a quitar  
los palacetes y casas de la gente de dinero, a los que se señalaba  
como amigos de Batista. Entre octubre de 1962 y enero de 1963,  
la crisis de los misiles soviéticos que se instalaron en Cuba ame-  
nazando directamente a los Estados Unidos endureció las cosas.

Muchos paisanos judíos temieron una guerra de cohetes y co-  
menzaron en silencio a vender propiedades y negocios, sacar su  
dinero del país y marcharse a Miami. Pero ya desde antes, desde  
1961, Castro puso a temblar a todos en la Isla. Nacionalizó los  
hoteles e inversiones extranjeras en turismo. Expropió las casas  
de los grandes jefes militares, ministros, funcionarios de postín y  
gente adinerada con solo que fuera motejada como “viejos ami-  
gos de Batista”. Nacionalizó la banca y puso el Banco Central en  
manos del Che Guevara, que vivía como un monje en La Caba-  
ña. Congeló los depósitos en dólares y restringió el mercado de  
divisas internacionales. Comenzó a expropiar a todos los que te-  
níamos terrenos sin uso aparente, aunque fueran adquiridos para  
levantar construcciones que la misma guerra había paralizado.  
Hubo escasez de alimentos, faltó el agua, la energía eléctrica se  
racionó, no se conseguían medicamentos y se comenzó a reclutar  
a niños y jóvenes para adoctrinarlos en la escuelas revoluciona-  
rias. En 1961, Castro, que primero gustaba de aparecer como  
“demócrata revolucionario”, después como “socialista demócra-  
ta” y, por último, como “reformador social”, se declaró abierta-  
mente comunista ante el mundo, en una muy bien montada con-  
ferencia de prensa, y dispuesto a expandir la lucha revoluciona-  
ria “antiimperialista” por toda América Latina. Anunció que ya  
había luchas en Venezuela y Guatemala. Con esa declaración,  
Castro sorprendió a los mismos dirigentes soviéticos de Moscú y  
a los estrategas amarillos del régimen de Mao, en la China Co-  
munista. Su declaración posibilitó que Fidel apareciera como el  
“jefe supremo” de todo movimiento comunista o de la izquierda  
en América Latina. En Moscú y Pekín eso no gustó mucho.

Nuestros capitales de trabajo fueron investigados y parali-  
zados. Las casas y negocios de muchos paisanos pasaron a ma-  
nos estatales. De manera paulatina Castro comenzó a afectar el  
“nervio” desarrollista y económico de la clase media que domi-  
naba Cuba, cortándole las alas a la inversión privada. La estati-  
zación de electricidad, banca, servicios públicos, refinación de  
combustibles, líneas aéreas, navieras, control de divisas y la ins-  
tauración de la ley del paredón, con tribunales revolucionarios  
funcionando sumariamente y fusilamientos en masa y juicios cir-  
censes que se desarrollaban en el Palacio de los Deportes —co-  
mo el del Coronel Jorge Sossa Blanco, a quien se acusaba de ge-nocidio y con cuyo juzgamiento se orquestó todo un show inter-  
nacional— se impusieron y la situación se tomó crítica en Cuba.

Cuando vi las “colas” que se formaban para adquirir carne,  
que no había leche, que también había “colas” para enterrar a la  
gente y que la crisis de los misiles soviéticos estaba a punto de  
desencadenar una guerra en que si los Estados Unidos se decidía  
atacar, la isla entera de Cuba iba a desaparecer del mapa con una  
bomba atómica, cogí miedo y comencé a buscar la manera de sa-  
lir a toda prisa. Tenía miedo de perder a mis niños, porque si en-  
fermaban no había antibióticos, ni medicinas, ni alimentos fres-  
cos a mano. Lloré por mis desgracias. Raquel no entendía por  
qué yo concluí que debíamos irnos. Lo primero que obtuve es  
que una organización humanitaria para refugiados cubanos me  
sacara a Isaac, el mayor, y lo condujera a Filadelfia, Estados Uni-  
dos, para evitar que le lavaran el cerebro y pudiera seguir estu-  
diando sin las amenazas de recibir instrucción militar y todas esas  
zarandajas. Mi esposa lloraba día y noche.

—¿Por qué nos vamos, Samuel, por qué, si aquí hemos vi-  
vido bien? ¿No ves que todo esto pasará?

Pero cada día eran más duras las cosas. Me anunciaron que  
el Estado necesitaba algunas de mis propiedades, pero me dijeron  
que no me preocupara, porque me darían una pensión de seiscien-  
tos dólares al mes a cambio de ellas. La suma la recibiría yo en  
vida, pero no era hereditaria. Si yo moría, cesaba el pago a la fa-  
milia. Así estaba todo. La revolución prepararía educativamen-  
te a mi esposa e hijos a bastarse por sí mismos y los haría enro-  
larse en los procesos de economía comunista.

Cuba, mi linda Cuba, pueblo de gente alegre, buena gente,  
con deseos de progresar, buenos amigos, mi fábrica de tenis en  
San José, los parientes de mi esposa en Las Tunas, mi hermano  
que poco después, lamentablemente, falleció en Miami, donde yo  
me sentía bien, alentado por los cafecitos que obsequiaban mis  
amigos, donde estaba viviendo tranquilo, muy libre, ya era tierra  
peligrosa para mis hijos del alma. Pese a la oposición de la seño-  
ra, ya no pude más. Se me indicó un contacto confidencial a tra-  
vés del cual envié a Estados Unidos veinticinco mil dólares. Era  
todo lo que había logrado escamotear a los controles del Gobier-  
no. Pero había problemas para salir. Muchos problemas. Tuve  
que ir a inscribirme y los soldados llegaron a mi casa a realizarun inventario de mis bienes. Cuando se obtuvo el permiso, hubo  
que entregar al Estado todos esos bienes. Muebles, vajillas, cua-  
dros, el carro “Buick” recién comprado. Encontraron las libretas  
de depósito bancario y dijeron que solo podían darme para salir  
dos mil dólares.

—Todo queda aquí, a su nombre, para cuando se decida a  
volver, no se preocupe.

Eran amables, pero me estaban quitando todo. Fui a una  
oficina en la Calle Compostela. En lugar de damos papeles para  
salir, se pusieron a detener gente. Tuve que escapar y esconder-  
me. Me metí a una sinagoga. Pero llegaron los soldados. Les di-  
je que era judío, que venía todos los días a orar, y se lo pregunta-  
ron al encargado, quien les dijo que así era.

—El señor Waserstein cumple sus obligaciones religiosas  
diariamente.

En realidad el cuento de mi devoción era falso. Pero el  
custodio sinagogal me salvó. NJe apuró a salir por una puerta tra-  
sera. Y cuando llegué a la casa, ya había podido atender la indi-  
cación de un especialista en “salidas de emergencia” que me ayu-  
dó a envolver en un sobre, poniendo una dirección del Senado de  
ios Estados Unidos en Washington, los veinticinco mil dólares  
que había podido salvar.

Al día siguiente llegó un telegrama. Había que apurarse.  
En un barco que llegó a dejar medicinas teníamos que salir. Ya  
una red de auxilio a refugiados cubanos nos esperaba en Estados  
Unidos. Llegó la presidente de “la cuadra” en la que vivíamos.  
Túve que enseñarle los recibos de todo lo que fue inventariado.  
Debí entregar el carro, los teléfonos, la radio, pagar la cuenta te-  
lefónica y la de energía eléctrica. Tuve que correr y ella se que-  
dó, “privadamente”, con algunos bienes. Finalmente me dijo que  
todo estaba correcto y firmó.

Llegamos al muelle con mi mujer llorando y los niños —  
menos Isaac, que ya estaba en Filadelfia— asustados, sobre todo  
Rebequita, la niña. Nos dejaron llevar lo que traíamos puesto y  
una valija con ropa. Los dos mil dólares en bolsa quedaron con-  
vertidos en mil quinientos dólares. Tuvimos que caminar con las  
valijas cargándolas cuatro kilómetros hasta donde se hallaba un  
autobús que luego nos llevó al barco. De nuevo nos hicieron pre-  
sentar lo que llevábamos y no hubo papel que valiera un comino.

Nos dijeron que de Cuba no se sacaba nada. Me quedé con lo  
puesto, ni una sola camisa más. Mi mujer con un solo vestido. Y  
la niña, con solamente un par de pañales. Sentí que todo había  
sido un sueño y que todavía estaba en las manos ruines de los po-  
lacos cristianos fascistas que habían armado “progromos” exter-  
minadores en Polonia. Me hicieron quitar los zapatos, por si lle-  
vaba oro oculto. No me quedó ni un céntimo de los dólares que  
llevaba. Todo tenía que “quedarse en Cuba”. Cuando zarpó el  
barco, la cosa fue peor: no había comida a bordo. No había leche  
para Rebeca. Navegamos toda la noche y, ya clareando el nuevo  
día, llegaron unos barquitos de Estados Unidos que empezaron a  
pasamos por la borda “sandwiches”, Coca Colas, leche y frutas.  
Así llegamos a La Florida, pero no teníamos ropa. Allá vivían  
unos parientes lejanos míos, que se dieron cuenta de nuestra lle-  
gada y nos trajeron ropa. Pero qué clase de ropa. ¡ Qué barbari-  
dad! Medias rotas, todo en pésimo estado. Mi esposa no dejaba  
de llorar. Las autoriades de migración nos pusieron en un cam-  
pamento militar. Allí permanecimos dos semanas, muy bien tra-  
tados. Me atendieron mejor que mis parientes. El Gobierno me  
extendió papeles oficiales como refugiado y me entregaron cien-  
to diez dólares para que pudiera comenzar algo.

—Bueno —nos dijeron—, que Dios los bendiga y haga ca-  
da uno lo que pueda: esta es una nación libre.

Fui a cambiar el cheque de ciento diez dólares a un nego-  
cio en una esquina. El tipo me dijo que lo cambiaba, pero él se  
quedaba con unos dólares por los “gastos” de cambio. Los de  
ayuda a judíos nos dieron un apartamentito pequeño en la zona de  
la “Pequeña Habana”. Pasamos varios días hasta que un agente  
de la organización judía nos ordenó marchar a Filadelfia, donde  
estaba Isaac. Allá fuimos a parar. Nos daban la comida y luego  
un apartamento de dos piezas en Schnider Avenue. Teníamos que  
pagar cincuenta dólares al mes. Estuvimos semanas largas y te-  
diosas. Raquel se deprimió y no hacía más que llorar. Los niños  
comenzaron a enfermarse. Pasamos hambre de nuevo. Cuando  
llegaba Isaac, a quien tenían aún en otra zona estudiando, le dá-  
bamos de comer lo que yo podía “pescar” afuera. Cierto día me  
dijeron que ahora me darían ciento sesenta dólares. Pero por te-  
jemanejes del “tesorero", las cosas me quedaron en ochenta dó-  
lares. Comenzó a alentar en mi cabeza la idea de salir a buscar

vida en otro país. Recorrí todo Filadelfia, pero no había trabajo  
para judíos cuarentones.

Por casualidad cayó en mis manos un periódico viejo, de  
una semana antes, en que un periodista narraba un recorrido he-  
cho por varios países latinoamericanos para investigar cómo vi-  
ven en ellos las colonias de hebreos. Comenzaba con Panamá,  
hablando del Canal, la alegría de la gente, el tamborito y las dis-  
putas con los gringos por la posesión del Canal. Luego comen-  
taba su llegada a Costa Rica al día siguiente de un carnaval en Pa-  
namá, donde le robaron muchas cosas. Y hablaba maravillas de  
Costa Rica. En ese país no había ejércitos, los cuarteles fueron  
convertidos en escuelas y colegios, la colonia judía era numero-  
sa y muy rica, dominaba la clase media, se vivía en democracia,  
la policía se llamaba “guardia civil”, las mujeres eran bellas y la  
gente noble y amistosa. Existía un volcán muy alto, de más de  
tres mil cuatrocientos metros, que despuntaba en la Cordillera  
Central. Agregaba que al pie del volcán estaba la antigua capital  
del país, una ciudad muy linda, que fue fundada por los españo-  
les en 1564 y que en Cartago habló con un paisano polaco, Simón  
Rosenstock, que luego murió, pero quedaron sus hijos, de unos  
cuarenta años. Y en el periódico este Rosenstock hablaba tanto,  
y tan bonito, de esa democracia en que la Constitución prohibía  
el ejército, las escuelas eran libres y gratuitas, y el Presidente an-  
daba a pie por las calles, que yo no podía creerlo. ¿Un país sin  
ejército? ¿Un país con un Presidente andando a pie por las ciuda-  
des? ¿Un país donde se puede dormir una siesta diaria de la una  
a las dos de la tarde? Regresé a la casa y le dije a Raquel que Dios  
estaba de nuestra parte, y le enseñé el periódico. Pero hubo un  
pequeño estallido femenino: “—¿Qué, tú estás loco? ¿Cómo po-  
demos salir sin dinero? ¿No ves que nos van a cortar la ayuda?”  
Pero ya yo había tomado la decisión de viajar a Costa Rica. Lo  
haría solo, y ella con los niños esperaría mis instrucciones. En  
eso llegó a Filadelfia una hermana de Raquel que vivía en Nueva  
York. Se llamaba Lily y era una gran señora, que en paz descan-  
se. Tenía un hijo que es un gran farmacéutico. En fin, ellos eran  
muy pobres, pero al enterarse de que mi futuro podría estar en  
Costa Rica, cogió una casita humilde que tenía, la empeñó y me  
trajo una carta con un crédito de mil quinientos dólares. Y no lo  
dudé. No sé cómo hice las cosas, pero fui a buscar alguna ofici-na de Costa Rica y me encontré con un Cónsul que era de ascen-  
dencia judía. Me habló lleno de entusiasmo de su país: que era  
muy bonito, lleno de paisajes, con costas en el mar Pacífico y en  
el Caribe, volcanes muy altos, algunos de los cuales echaban hu-  
mo; dos puertos, siete provincias llenas de agricultura del café,  
banano, frutas y arroz; que la comida era muy barata y que bla,  
bla, bla. La cosa es que, como si fuéramos grandes amigos, to-  
mó el sello y pías, pías, lo estampó en el pasaporte mío y en el de  
mi esposa y los hijos, para que ya quedaran listos, por si todo iba  
bien. Llegué a casa feliz. Les conté que incluso me había encon-  
trado diez centavos en la calle, y que íbamos a vender los mue-  
bles para comprar los pasajes. Hice con ellos dos mil quinientos  
dólares, pero todavía me hacía falta más. A un sotyino, hijo de  
mi hermano Moisés que se llamaba Calel, como mi padre, le so-  
licité crédito por cien dólares. Me costó mucho que el pariente  
me ayudara con ese dinero. ¡Era increíble!

Luego me gasté un dólar en un paraguas. El Cónsul me ha-  
bía dicho que en Costa Rica llovía mucho y yo quería llegar con  
paraguas. Viajé de un solo tirón de Filadelfia a! Aeropuerto de  
Miami.

Debo devolverme un poco en el relato. Cuando llegué a Fi-  
ladelfia tuve problemas. Yo no sabía una palabra de inglés y na-  
die parecía saber español, hebreo o yidish por allí. Había un frío  
congelante y era pleno mes de enero. Los niños se enfermaron.  
Cogieron fiebre alta. Estaba desesperado. Antes de salir de Cu-  
ba, por medio de una red de ayuda a refugiados cubanos que ope-  
raba en forma clandestina, había mandado veinticinco mil dóla-  
res a los Estados Unidos. Era todo el capital a mano que tenía.  
Lo demás no lo pude tocar. Mi almacén de tenis, y las propieda-  
des pequeñas que ya tenía, pasaron a manos del Estado. Así que  
me di prisa en buscar ese dinero que me certificaron se había de-  
positado en las manos de un senador que “ayudaba” a los que ve-  
nían de Cuba con problemas. Pero el senador me contó la histo-  
ria de que los dólares habían resultado falsos.

—Por suerte —me dijo—, no se enteró la policía, porque si  
no ya estaríamos en problemas por introducir billetes falsos.

No sé expresar lo que sentí de frustración y anonadamien-  
to en ese. momento. El senador ni siquiera quiso ayudarme. To-  
davía estoy preguntándome sobre el fenómeno de los “dólares

falsos”, y hay algo que no me encaja en la mente. ¿Pero qué iba  
yo a hacer entonces? ¿Denunciar a un senador?

Bueno, retomo el hilo. La despedida fue dramática. Cuan-  
do el taxi arrancó, Raquel se abrazaba a mí llorando, y Saulito  
asomó por un balcón pequeño que tenía la casita, llorando tam-  
bién y me gritó lleno de miedo y dolor: “—¿Papi, Papi, por qué  
te vas tan lejos? ¿Es que ya nos estás dejando para siempre?” Y  
las palabras del niño se clavaron en mi corazón como puñales.  
¿Yo abandonar a mis hijos amados? ¿Olvidarme de los niños y de  
mi esposa? ¡Dios de Israel! Semejante crimen jamás podría co-  
meterlo, porque los amo. Y lo único que me quedó fue orar con  
desesperación pidiendo a Dios su asistencia para que en Costa  
Rica, por fin, cesaran mis padecimientos y persecuciones y pu-  
diera vivir en paz amando a mi esposa y a mis hijos y trabajando  
para darles a todos ellos una vida con mayor dignidad y sosiego.

Me tocó un avión de Panamerican que al levantarse en rau-  
do vuelo sobre el Caribe, se metió en una turbulencia a quince  
mil pies que no fue una broma. En dos ocasiones la aeronave tra-  
queteó, se bamboleó de lado a lado, y descendió como un bólido  
centenares de pies. El corazón se nos subió a la garganta y las se-  
ñoras de a bordo gritaron histéricamente. Olvidé con el susto los  
problemas que tuve para salir de Miami, porque Migración decía  
que mi pasaporte y la visa no “encajaban” y que yo no podía lle-  
gar a Costa Rica. Pero bendito sea Dios, que por estar un jefe su-  
perior en el aeropuerto, borracho y medio dormido en la oficina,  
le dijo al oficial que “dejara de joder” y que con pasaporte pola-  
co o cubano, me mandara para Costa Rica y él respondía por to-  
do. Así que por eso volábamos en aquella bailadera aérea que no  
terminó sino hasta que pasamos raspando la Isla de Cuba por el  
lado sur. La vi desde el aire. Allá, La Habana. Acá, Matanzas.  
Por otro lado, Victoria de las Tunas. Agaché la cabeza para no  
ver más y no llorar más. Oré y oré y oré...

Al fin Costa Rica. Selva verde por todas partes. Altas  
montañas azules, pueblitos campesinos perdidos en la costa y las  
montañas. Luego la mole del Volcán Irazú que tanto tiene que  
ver en mi historia, porque estábamos en 13 de marzo de 1963, y  
no bien habíamos pasado delante de esa fragua platónica, estalla-  
ron sus calderas subterráneas de lava y comenzaron a bañar el  
país con ceniza ardiente. Ya lo dije en la introducción de este re-lato. El Irazú es como hermano mío, y da la casualidad de que  
esa misma mañana, mientras todavía veníamos volando, el Presi-  
dente don Francisco Orlich le daba la bienvenida oficial al Presi-  
dente John F. Kennedy, que en el Aeropuerto Internacional de El  
Coco —así se llamaba entonces—, comenzaba a preocuparse con  
la caída del polvo y los gases volcánicos sulfurosos que estaban  
envolviendo a San José en un gigantesco sudario negro. A Ken-  
nedy lo sacaron velozmente del aeropuerto y nuestro flamante  
avión aterrizó a las dos de la tarde. Volé junto a un amigo negro  
de Siquirres que venía a mi lado en el avión. Le conté un. poco  
mi situación y me dijo que no se me ocurriera irme a quedar en  
el Hotel Costa Rica, frente al Teatro Nacional o en el Europa.

—Como viene sin dinero, agarre por el Mercado y en el  
Hotel Moderno usted se puede quedar por cinco colones.

Yo no entendía esa suma y él me dijo que eran como  
ochenta centavos de dólar, porque el cambio estaba entonces a  
seis sesenta y cinco por un dólar.

Llegué a Migración y las “discordancias” de mi pasaporte  
saltaron a la vista.

—Mi amigo, en estos papeles hay algo malo —me dijo el  
oficial— y la visa, que es de turismo, apenas llega a quince días.

No supe qué hacer. Me confundí. Le supliqué que no me  
devolviera, ni me detuviera. Le conté mi historia de la guerra y  
la situación que viví en Cuba y la miseria en que estaban mis chi-  
quitos en Estados Unidos.

—Mire —me dijo—, en este país no echamos a nadie, ni  
matamos a nadie, ni metemos a los extranjeros a la cárcel. Vere-  
mos qué hacer.

Y por otro golpe de suerte, el mismo Jefe de Migración en  
persona apareció en ese instante. Era un hombre de mediana es-  
tatura, de cara sonriente, bigote bien recortado, que había sido  
muy buen jugador de fútbol. Se llamaba Solano. Le decían “Pe-  
lota” Solano, así, de cariño. Y tomando mi pasaporte me dijo,  
imponiéndole un sello y arreglando lo escrito de puño y letra, pa-  
ra que dijera visa por seis meses:

—Tenga, vaya sin miedo. Una vez dentro el país, la ley lo  
protege y no se le podrá echar, salvo que cometa delito. Pónga-  
se a trabajar sin miedo. Yo arreglo las cosas con los inspectores  
de extranjería y Dios quiera le vaya bien.

¿Cómo podía salir de mi asombro? ¿Yo que fui tratado a las  
patadas en todas partes, reprimido, seguido por la policía, deteni-  
do, estafado, despojado de mi dinero, obligado a dar cuotas ile-  
gales, era considerado en este pequeño país un hombre digno,  
una persona confiable, un ser humano de respeto y no un “perro”  
judío? Me costó asimilar eso, pero el oficial, mientras me hacía  
pasar para el registro de aduana con su brazo puesto amistosa-  
mente en mi hombro, me infundió confianza y amor instantáneo  
por este país de tan limpios procedimientos. Ni siquiera me  
abrieron las valijas. Y con el negrito tomamos un bus, y llegué a  
San José y me encontré en el Hotel Moderno, que recuerdo esta-  
ba en la calle ocho, entre el Borbón y el Mercado Central, en el  
puro medio, y más correctamente en calle ocho y avenidas uno y  
tres, y me metí a guardar mi valija, lavarme la cara, peinarme un  
poco y alistarme para ir a la calle, porque mis planes eran los de  
no perder tiempo en nada ni por nada.

A las tres de la tarde me lancé a la calle. A ver cosas, gen-  
te sonriendo, gente con buenos vestidos, muy aseados y limpios,  
todos en paz, y vi dos policías, delgadillos, que andaban con “ba-  
tón” de hule, uno con pistola y el otro sin nada, con uniformes  
que no hacían juego y nada marciales, para decir la verdad. Eso  
me alegró más. Ellos parecían más bien tímidos, y no matones  
listos a saltar sobre las personas. Ya comenzaban a golpearme los  
contrastes. Por el Mercado había una tienda y me metí en ella.  
Era de Shushinski. El polaco me pareció buena persona. Me tra-  
tó de paisano y me preguntó de dónde venía. Le conté un poco  
de Polonia. Pensó unos segundos y me recomendó irme a buscar  
el Centro Israelita, que está donde siempre ha estado, solo que an-  
tes era viejo y de madera. Con el paraguas en la mano empecé a  
preguntar por el Centro y poco a poco estuve en calle veinte, lue-  
go en la veintidós y, detrás de la Escuela Juan Rafael Mora, lo en-  
contré. Entré y había varios paisanos jugando dominó. Uno me  
saludó y me preguntó por mi procedencia. Le dije Polonia y se  
animó a más preguntas. Era dueño de un almacén de electrodo-  
mésticos llamado “La Samaritana”. Después llegó el Presidente  
el Centro, Moisés Kader. Tras un rato de plática, me preguntó  
qué me hacía falta y le respondí que trabajo.

—Yo he venido aquí a trabajar, y no recibo donaciones.  
Tengo que afianzarme rápido para traer a mi esposa y cuatro hi-  
jos de los Estados Unidos, donde están en la pobreza.

Finalmente le solicité el teléfono para hacer una llamada a  
Raquel y me dijo que fuera a su negocio, en la Mil Colores de la  
Avenida Central, y lo pidiera sin pena. Llamé por la noche y le  
dije a Raquel que había llegado a un país que era una belleza, que  
se lo dijera a los niños. Le conté más cosas. Gente buena, pai-  
sajes hermosos, centros comerciales en San José con mucha acti-  
vidad día y noche. Y agregué que de aquí yo no me iba: quería  
echar anclas, porque era buena tierra, sin ejército, sin tanques, ni  
ametralladoras.

—Puedes estar tranquila. Me siento bien y tengo varias  
ideas. Por favor, espera mis instrucciones en una semana...

Era domingo. Me acosté y no pude dormir. Pesadillas y  
proyectos, todo dando vueltas en la cabeza en conjunto. A las tres  
de la mañana me abrigué un poco y salí a la calle. Me extrañó  
ver tanta gente paseando a esas horas. Observé en el Mercado,  
por la parte de afuera, un rotulito que decía: “Se vende este nego-  
cio”. Era un negocito pequeño, como un cajón, angosto, pero lle-  
no de zapatos. Justamente zapatos, de los que yo conocía su te-  
jemaneje comercial. Me informaron era de Rali y me quedé pa-  
rado el resto de la madrugada esperando que abrieran. Llegó Ra-  
li alrededor de las ocho y treinta y lo saludé con una pregunta:

—Señor, ¿por qué abre usted tan tarde?

Me contestó que su señora estaba enferma y que tenía dos  
hijas, y que una de ellas se casó en Panamá. Me contó toda su his-  
toria. Pero lo que yo necesitaba era orientación, ayuda para traba-  
jar. Entonces fui al grano y le pregunté cuánto quería por la zapa-  
tería. Me respondió que diez mil dólares. Fui franco y me decla-  
ré poseedor solamente de mil quinientos dólares. Le propuse que  
me pusiera a trabajar en su tienda. Yo le daba a él los mil quinien-  
tos dólares y sobre esa base tenía derecho a mercadería, que iría  
vendiéndola dentro de la tienda o fuera de ella. Con lo que ven-  
diera le iría pagando sumas pequeñas o sumas grandes cada día,  
hasta cancelarle los diez mil dólares. Me atreví a decirle que en  
treinta días era casi posible tener los diez mil para cancelar el ne-  
gocio. Hablamos unas dos horas, pero al final me dijo:

—Mire, paisano, si tiene usted los diez mil podemos hacer  
negocio. Si no los tiene, es mejor que se olvide del trato.

Me di cuenta de que no había nada que hablar con él. Es-  
taba cerrado totalmente a aceptar un reto razonable. Salí de la  
tienda y seguí caminando por los alrededores del Mercado Cen-  
tral. Encontré otro rótulo con un “Se alquila local”. Observé el  
movimiento de la gente. Entraban y salían a las tiendas, entraban  
y salían al Mercado, vendían en las aceras y las calles, desde ca-  
miones o carretones. Se me ocurrió que la zona era un punto cla-  
ve. Entré a conversar con el dueño de un negocio que estaba a la  
par del que se alquilaba. A él le iba muy bien. Las cosas mar-  
chaban. Me informé de qué el local era de un polaco “duro de  
pelar”. Era el mismo a quien le alquilaba, pero le pagaba mil dó-  
lares, lo que es abusivo. Sin embargo, gracias a que su ferretería  
y venta de pintura para casas estaba cogiendo fama, las ganancias  
permitían hacerle frente a la renta y aún quedaba un amplio re-  
manente para reabastecimiento y gastos de vida personal. Me ca-  
yó bien esta persona. Era un hombre joven, alto, culto, de voz  
pausada. Se llamaba Marino Leandro y debo decir que en esos  
momentos él me ayudó más que todos los paisanos de la Colonia  
Hebrea de San José. Me dijo que el propietario del local era Sei-  
ko y tenía su tienda en la Avenida Central. Hablé con él en for-  
ma directa y me dijo que ese local lo alquilaba en mil quinientos  
dólares mensuales. Bueno, en aquellos tiempos y según Marino  
Leandro, pagar un alquiler de ese tamaño en San José era una co-  
sa como de “otro mundo”, algo inusitado y exagerado. Le dije  
que tenía cuatro hijos padeciendo problemas en Estados Unidos,  
que me dieron por perdidos veinticinco mil dólares y que había  
sabido que al señor Leandro de la ferretería le cobraba solamen-  
te mil dólares. Después de más palabrería, aceptó que le pagara  
mil dólares al mes, cosa que agradecí, pero le pedí por favor que  
me lo dejara en quinientos dólares los tres primeros meses, para  
poder comprar mercadería y traer mi familia. Añadí estar dis-  
puesto a firmar un papel en que me comprometía que a los cua-  
tro meses le comenzaría a pagar mil quinientos dólares hasta que  
en otros cuatro meses tendría saldada la deuda de los quinientos  
mensuales que dejó de percibir en el período de gracia, a partir de  
lo cual ya comenzaría a pagar los mil dólares de que hablábamos.  
Mientras decía todo esto, yo estaba con los ojos bañados en lágri-

L

mas. Intentaba explicarle la desesperación en que me hallaba por  
la esposa y los chiquitos. Pero todo lo que recibí en contestación  
a mi propuesta fueron estas palabras:

*k* —Señor, si me puede pagar los mil dólares, muy bien. Pe-

ro si no me los puede pagar, dejemos las cosas así.

Me sentí golpeado y herido por su tratamiento frío y sus  
palabras cortantes. La sangre me hirvió en las venas pero me  
contuve. Agaché la cabeza una vez más en la vida sin protestas.

Automáticamente acepté sus cláusulas. Ni siquiera se to-  
mó la molestia de verificar la legitimidad de la transferencia ano-  
tada en el documento. Lo miró despectivamente y mandó con au-  
‘ toridad: “Endóselo. Firme aquí. Voy a darle quinientos dólares  
y me quedo con mil, como pago del primer mes de alquiler”.  
Frío, todo frío, así como lo relato. Luego me dio la llave y firmé  
aparte un contrato de alquiler que ni leí. En mi mente solo esta-  
ban Raquel y los niños. No soportaba vivir sin ellos, sin prote-  
gerlos, ni educarlos. En la calle le di un beso a la llave *Yale.* Fui  
al negocio de Marino Leandro para contarle la situación y una  
vez más este costarricense se convirtió en la fuerza moral que me  
empujaba hacia un destino superior.

—Bueno, Samuel —me dijo—, ha comenzado la lucha,  
agarre dos galones de pintura, papel de lija, una brocha y agua-  
’ rrás para que comience a pintar el local. Todo esto me lo pagará  
en el futuro, cuando pueda.

¿Había una diferencia entre este costarricense que sin co-  
. nocerme me ofrecía cosas para rejuvenecer el local diciéndome  
que volviera a pagarle cuando pudiera y la actitud del paisano que  
me alquilaba? ¡Dios mío, una diferencia abismal, gigantesca! Por  
eso no fue difícil comenzar a querer a este país bendito desde el  
principio. Desde que los señores de Migración, en vez de apro-  
vecharse de mi dramática situación con el visado, para sacarme  
alguna “mordida” en el eterno juego de la “corrupción”, me die-  
ron pase y me advirtieron que en Costa Rica yo era un hombre  
igual a todos ante la Constitución y la Ley, y que una vez dentro  
*r* del país, nadie podía perturbar mi libertad. O tal vez desde que  
el Cónsul en Filadelfia me invitó a cenar, me dio explicaciones  
sobre el país y sus gentes, y me extendió la visa de entrada sin co-  
- brarme un centavo por ella, me había introducido en un mundo  
diferente...

Intensifiqué el acondicionamiento del local. Era muy pro-  
fundo: siete metros de frente pero unos veinte de fondo. Abrí las  
puertas de la que ya llamaba “tienda”, yo solo. Compré una es-  
coba de “millo” en el Mercado y comencé a limpiar. Había tal  
cantidad de polvo y de ratones que se me fue el día en las labo-  
res de aseo. Pero lo que observaba con alegría era la mucha gen-  
te que pasaba. Esa misma tarde a las seis pasó Moisés Kadwer y  
me reconoció. Me dijo que había un negocio redondo que podría  
ofrecerme Tobías, uno de sus hijos mayores, que manejaba la  
“Tienda Mil Colores” en la Avenida Central, a sólo una cuadra el  
Parque Central, y fui a visitarlo. Pero de nuevo me vi ante un ne-  
gocio que no acepté, porque podía amarrarme a los Kader mucho  
tiempo, cuando yo en realidad lo que anhelaba era surgir solo, no  
por egoísmo, sino para no verme envuelto en procedimientos le-  
gales de sociedades y todas esas cosas. Así que me puse a la  
puerta de mi “tienda” dejando todo en manos de Dios. Entonces  
pasó un muchacho campesino de Grecia, que cargaba al hombro  
un saco de zapatos cocidos, de niño y juveniles, de los números  
27 al 33. Le pregunté en cuánto vendía los zapatos y me dijo que  
doce colones el par, y que la carga era de treinta pares. Le pro-  
puse que le compraba los treinta pares de golpe, si me los dejaba  
en diez colones. Aceptó. Estaba apurado por volver a Grecia y  
le venía bien deshacerse de la mercadería en un solo trato, en vez  
de ir colocándola de a poquito.

Cerré la tienda y fui corriendo al Mercado. De los quinien-  
tos dólares que me restaron después de la negociación con el due-  
ño del local, todavía quedaba plata, una vez saldados los trescien-  
tos colones del vendedor. Con ese dinero me compré cuatro ban-  
quillos y unas reglas de madera dura, un martillo y clavos. Volví  
al local y armé como pude, sin lujitos ni nada parecido, un “estan-  
te” para exhibir los zapatos que me dediqué a poner en orden de  
tamaño. Volví a salir en busca de cajas de cartón y, cerca de “La  
Opera”, negocié con Isidoro Mainberger —o un nombre como  
ese— una cama matrimonial y una camita aparte para meter a los  
niños. Me dio los muebles “a pagos” y firmé papeles una vez  
más. Con los cartones y la regidla dividí el local y dejé más re-  
ducido el espacio de la tienda. Pagué a un viejo típico de los que  
tenían carretones de tracción humana, y llevé todos los bártulos al  
local. Luego Marino Leandro me ayudó pintando y con el “deco-

rado” cimarrón que fui dando al lugar. Para reforzar con algunas  
prendas de vestir, fui a donde Salomón Shiffter a negociar un cré-  
dito en su tienda. Después de escucharme, él solo me dijo:

—Muy bien, pronto vamos a ver.

No dije nada. Pasé a otro y la misma historia. Ya me pa-  
recía a mí que me hubiera sido más fácil entrar a todos esos ne-  
gocios de paisano y tender la mano pidiendo una limosnita “por  
el amor de Dios”, con seguridad de recibirla. Pero al buscar un  
crédito, todos parecían cerrados.

Sin embargo, llamé a Raquel por teléfono y le dije que tu-  
viera ánimo y sonriera, porque estábamos “número uno” con una  
gran tienda abierta en la zona comercial de San José.

—Tengo en exhibición treinta pares de zapatos y la próxi-  
ma semana me entra ropa, fajas y otra mercadería. Puedes venir-  
te con los niños— le dije.

Ocho días después, en domingo, llegaron Raquel y los ni-  
ños a Costa Rica. Marino Leandro, ese gran ser humano de ser-  
vicio inmediato al prójimo y amplísimo sentido de solidaridad,  
me ofreció ir en su carro a recogerlos al aeropuerto.

Los hijos comenzaron a amoldarse a la nueva tierra. No  
hubo mayores problemas, gracias a la gran capacidad de adapta-  
ción cultural que tienen los muchachos. La carrera por la vida  
comenzó ya con mayor fuerza debido a la positiva presencia de  
la familia. Los treinta pares de zapatos comprados a diez colones  
cada par comencé a venderlos a dieciséis colones. De cada die-  
ciséis colones yo cogía quince y dejaba uno en una cajita como  
ahorro. Preguntando y preguntando, la gente me dijo que “el ba-  
rrio de los zapateros” en San José estaba en Barrio Cuba, sector  
suroeste de la ciudad, pasando un enorme terreno despoblado  
frente a una escuela que llamaban “El Kilómetro” y que colinda-  
ba con la vía del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico. En ese lugar  
conocí a una mujer excepcional: Marina. Marina era zapatera y  
comerciante de fino olfato. Ella entendió mis sueños y comenzó  
a dejarme los zapatos que ella vendía a doce colones, en solamen-  
te diez. Yo compraba dos pares, corría a la tienda y los vendía en  
dieciséis. Luego regresaba a Barrio Cuba para comprarle otros  
cuántos pares más a Marina. Comencé a adquirir unos de la lla-  
mada “charolina" y se impuso la moda. Salían más fácilmente  
que los de charol. Marina entendió que conmigo se movía rápi-do la mercadería y me propuso otros negocios con tipos de zapa-  
tos clavados-, menos elaborados que los cocidos. Me los entrega-  
ría a ocho colones el par, siempre y cuando le comprara por lo  
menos veinte en cada viaje. Así lo hicimos y yo seguía vendien-  
do a dieciséis. Raquel ayudaba en la tienda y mi hijo Saúl, en la  
acera, voceando, vendía unos pantaloneros de “army” para ni-  
ños, de los cuales quedaba una ganancia muy pequeña de apenas  
cincuenta céntimos. Luego amplié la línea de existencias y fui a  
comprar sombrillas, porque con un país donde solo hay dos esta-  
ciones —la seca y la mojada— el artículo era de buena venta.  
Meteorológicamente hablando, en esta nación centroamericana  
llueve mínimo diez meses dél año. Con eso está dicho todo. Pri-  
mero fui a “Regó”, negocio de un paisano rico para comprar seis  
docenas de sombrillas “cash” y seis docenas a crédito con plazo  
de quince días. El comerciante me dijo que en su almacén el  
“crédito había muerto” y que no cabían excepciones. Me dolió,  
porque yo le había contado al señor mis apuros en Polonia y mis  
problemas en Cuba. Pero él, con su “no doy fiado”, puso punto  
final a la conversación. Saulito lloró mucho al darse cuenta de  
cómo me trataban algunas gentes, porque ya él iba conmigo a  
ciertos mandados, y me decía:

—Papá, ¿por qué estas cosas, si en Cuba teníamos tanto?

Y yo debía hablarle de esperanza, de paciencia, de discipli-  
na; y de la seguridad que tenía de que en esta tierra bendita cos-  
tarricense, alcanzaríamos los mejores niveles de vida, sobre todo,  
para que él estudiara medicina, porque ya de niño hablaba de cu-  
rar gente y realizar grandes intervenciones quirúrgicas. Final-  
mente compré solo seis sombrillas en la “Luxor” sin pedir crédi-  
to y regresaba cada vez que las vendía, tras ganarme unos cuatro  
colones en cada una. Al poco tiempo ya tenía un capitalito cer-  
cano a los veinte mil colones V a los niños, en la escuela. Pero  
tengo que decir la verdad, como la he repetido a mis hijos siem-  
pre: a la llegada a Costa Rica, los paisanos polacos y judíos de  
San José me negaron el crédito y la ayuda. Sufrí por ello y pasé  
horas de gran congoja y hambre. Que después cambiaran de ac-  
titud y me abrieran créditos gigantescos hasta como para darme  
el mundo, ya es otra cuestión, otra parte de la historia. Sin em-  
bargo, sería una injusticia no dejar constancia aquí de que los pri-  
meros seres que me ayudaron para que no pasara calamidades,abriéndome crédito, fueron los zapateros costarricenses. Los pe-  
queños zapateros de Barrio Cuba, doña Marina, y los que me res-  
paldaron en horas de necesidad, como el ferretero Marino Lean-  
dro, el Mayor “Pelota” Solano de Migración y, más tarde, la gen-  
te de “Cinta Azul”.

Llegó un momento en que ya yo era un hombre con presti-  
gio. Me gustaba rodearme de la amistad de los costarricenses y  
sentía enorme placer, algunas tardes, en ir a tomarme una taza de  
café a la “Soda Palace”, un renombrado negocio ubicado al cos-  
tado norte del Parque Central, que hace poco, en octubre de 1999,  
cerró sus puertas para siempre. Allí se daba cita la gente “chis-  
pa” de San José para hacer tertulias, negocios, concretar proyec-  
tos y transmitir programas deportivos en vivo por las tardes. En  
una ocasión se sentaron a mi mesa dos correctos caballeros, pi-  
diendo excusas porque no había espacio en otro lado. Uno era  
don Santiago Crespo, el propietario de la tienda más grande y  
prestigiosa de Costa Rica: “La Gloria”, quien fue mi amigo has-  
ta sus últimos días. El otro me dijo llamarse José Segovia y me  
sorprendió al revelarme que él era el cónsul en Estados Unidos,  
que había concedido las visas para mi persona y mi familia. No  
sabía cómo agradecerle ese gesto.

Mi afán de explorar nuevos hitos comerciales me llevó un  
buen día a cruzar la Cordillera de Talamanca, el espinazo geográ-  
fico del país. La zapatera Marina tenía un “jeep”, vehículo de do-  
ble tracción, versión estadounidense, que fue usado por las tropas  
gringas en Europa y, mayormente, en la guerra del Pacífico con-  
tra Japón. Me entusiasmó diciendo que en un lejano lugar llama-  
do Villa Neily los zapatos se podían vender hasta en cien colones  
el par, porque allá había bonanza económica, no solo por los cul-  
tivos de banano, sino porque era la salida de todo el oro que lo-  
graban los “coligalleros” en las zonas de La Vaca, La Vaquita, la  
Península de Burica y las zonas de Puerto Jiménez, Corcovado y  
Sirena. Ella hizo un trato conmigo y cargamos el “jeep” de mer-  
cadería. Llevábamos más de cien pares de zapatos. Nos acom-  
pañaba el esposo de Marina, que solamente vendía, porque la za-  
patera y “cabeza” del negocio era ella. Fue la primera vez que  
corrí una aventura de tantas dificultades y envergadura. La Ca-  
rretera Interamericana al Sur aún no había sido pavimentada en  
muchos trechos. Para llegar a Villa Neily había extensiones decarretera caliza, llena de trampas, barriales y cruzamientos de  
ríos y quebradas que no tenían puentes. Pasar el Cerro de la  
Muerte, casi a cuatro mil metros de altura, de noche, con mal  
abrigo y sin conocimiento de la ruta, fue una hazaña. Por mo-  
mento creíamos morir congelados en aquella temperatura bajo  
cero, con ráfagas de viento de hasta noventa kilómetros por hora  
que querían despegar el vehículo del suelo. Salimos un día a las  
diez de la noche y llegamos a Villa Neily el otro, a las cuatro de  
la tarde. Como al día siguiente no vi suficientes comercios, Ma-  
rina me dijo que el secreto estaba en ir de casa en casa, vendien-  
do zapatos. Luego había que estar atentos a los días de pago en  
los bananales para recoger el dinero, porque los trabajadores só-  
lo podían adquirir objetos por pagar en treinta días de una sola  
vez, o en dos plazos. Ante esto las cosas no me gustaron. Era  
cierto que uno podía ganar cien colones por un par, pero el ries-  
go de los créditos debido a la movilidad de los peones bananeros  
y los altos costos del viaje, no compensaban el sacrificio. Vendí  
a una señora mi parte de zapatos y recibí una letra de cambio. Mi  
ganancia fue de apenas cinco colones por par, lo que no me cu-  
bría ni los gastos. Pero haber visitado Villa Neily sirvió para que  
se me iluminara el cerebro...

Me puse a pensar que en el centro del pueblo, en el área co-  
mercial, algún día habría un movimiento impredecible, porque no  
solo las bananeras aumentaban sus cultivos, sino porque el pue-  
blo se estaba convirtiendo en la encrucijada clave de la frontera  
sur Costa Pica-Panamá. Además, había allí dos hombres visio-  
narios que, mirando hacia el futuro y no al presente, se habían  
metido en la selva, construido buena parte del mismo pueblo, lle-  
vado el progreso en múltiples formas, y comenzaban a llenarse  
las bolsas de dinero, amasando fortunas apreciables: eran Ricar-  
do Neily, el pionero que cedió las tierras para que levantaran el  
cuadrante principal del pueblo, y el comerciante chino Luis Wa-  
chong, que de las ganancias obtenidas en sus restaurantes de co-  
mida china del comienzo, había montado un gran aserradero y  
comenzaba a extenderse por todos lados con fincas de ganado pa-  
ra carne y café que eran una maravilla.

Comencé a hablar solo mientras recorría Villa Neily. Me  
decía: “Esto está maduro, y si yo compro en esta calle principal  
un terrenito, levanto una casa y hago otros giros, algo puede pa-sar de bueno. Me repetí que las cosas se hacen como uno dice:  
me compro un huevo, lo pongo debajo de la gallina, van a nacer  
pollitos, los pollitos se hacen grandes, los voy a vender y me  
compro una cabra. Luego, cuando tenga cría, vendo el cabrillo,  
compro una vaca y un toro, nacen temeros, los voy a vender. Con  
la ganancia compro cerdos y fabrico una chanchera gigante. Ven-  
do los lechones, hago crecer la cría, me compro un potrero. Con  
el potrero y los animales hago más negocio. Con ese negocio ad-  
quiero tierras con bosques en la montaña, vendo alguna madera y  
así hasta el infinito, hasta que mi economía sea sólida y firme.  
Entonces sorprendido encuentro que hay un lote vacío al final de  
la calle, detrás de un sitio donde echaban basura. Comienzo a in-  
vestigar de quién es el lote, que finalmente aparece con dueño, al  
que me acerco. Hablo de negocios y finalmente adquiero el lote  
por un precio razonable, pensando, tal vez, que con tanta gente  
caminando por ahí y tantos que había visto durmiendo hasta en  
las calles, construir un hotelito en ese punto podría ser un exce-  
lente negocio.

Ni qué decir que retomé a San José, donde Raquel iba muy  
bien con la tienda, para hablarle de lo que creía adivinaren las to-  
davía semisalvajes tierras del Pacífico Sur y las faldas de la Gran  
Cordillera de Talamanca. Raquel se entusiasmó con la idea y  
acordamos que yo podría volver a Villa Neily tan pronto tuviéra-  
mos un capitalito más grande que los cuarenta mil colones que  
nos “alumbraban”, para tratar de insertarme en el negocio de un  
hotel, comercios, fincas ganaderas y bienes raíces. Puestos de  
acuerdo, seguimos redoblando esfuerzos para vender más y más  
zapatos, porque ya se ve que en mi vida hilos, fajas, zapatos y  
animales, han sido los elementos que me han permitido surgir  
económicamente.

A pesar del ritmo impresionante que habíamos impreso a  
nuestras vidas, que los muchachos crecían, las noches llenas de  
terror, sombras y pesadillas no me abandonaban. Eran normales  
mis vigilias forzadas, mis gritos a medianoche, las visiones es-  
pantosas de gente quemándose viva en piras gigantescas y las de-  
presiones graves que estas cosas me producían.

Finalmente adquirí el terreno en Villa Neily y una finca en  
los alrededores, dos o tres kilómetros distante del pueblo, donde  
planeaba comenzar un desarrollo ganadero que, de ser posible,combinaría con alguna agricultura diversificada o explotación fo-  
restal racional. Ya los viajes se facilitaban, porque el doctor Fer-  
nando Cruz Ramón, un dentista muy rico de San José que era tam-  
bién piloto de aviación, había montado una empresa de aviones  
Cesna 180 y 185 y después bimotores 350, con lo cual las puertas  
de muchos pueblos perdidos al sur de Costa Rica se nos pusieron  
al alcance de la mano. Hice muchos vuelos con AVE, que tenía  
sus oficinas por el costado sur del Club Unión en San José, y mu-  
cha amistad con pilotos magníficos como Zapi, el Negro Felipe  
Williams —que más tarde fue comandante de jets de LACSA—,  
Nautilio Rodríguez, el “Macho” 8renes y muchos más.

Fue importante, aparte de lo de Villa Neily, la apertura de  
una nueva línea comercial en San José. Al darme cuenta de que  
por la Calle 12, la Calle 14, los alrededores del Mercado Borbón,  
el Mercado Central y lo más cercano a la vieja Plaza de la Arti-  
llería que ahora ocupa el edificio del Banco Central, deambula-  
ban hasta altas horas de la noche y la madrugada las prostitutas  
de San José y sus consuetudinarios “clientes”, caracterizados por  
los excesos de ingestión de bebidas etílicas, se nos ocurrió pro-  
bar con la exhibición de alguna ropa interior para mujer. Un li-  
gero “estudio de mercado” —como se dice ahora— nos demos-  
tró que las “compañeras de la noche” sentían preferencia, en su  
ropa interior, por los colores negro y rojo. Eso nos llevó a la tien-  
da de un paisano que tiene una fábrica de ropa interior, para ad-  
quirir media docena de “bloomers” color rojo y negro, y media  
docena de “brassiers” también de ambos colores. Pusimos a ex-  
hibir las prendas un viernes por la noche, día en que yo me que-  
daba hasta la madrugada con las puertas abiertas, mientras Ra-  
quel se iba a la casa a cuidar a los niños y ayudarles con sus obli-  
gaciones escolares. A las diez de la noche pasó la primera mujer  
“amistosa” acompañada de su borrachito “novio” de ocasión.  
Acariciándole la barbilla y diciéndole palabras “melosas”, le pi-  
dió la hiciera feliz comprando aquel bello calzoncito de color ro-  
jo y aquel sostén con encajitos del mismo color. El borrachito  
sacó los billetes y las prendas pasaron a poder de la muchacha.  
La noticia corrió como la pólvora por la llamada “Zona Roja” de  
San José, y antes de la una de la madrugada en que cerré, solo me  
quedaba una reserva de dos pantaletas y dos sostenes. Esa extra-  
vagante clientela noctámbula la conservamos por mucho tiempo.

La tienda del “polaco” Samuel ya tenía nombre y entradas cada  
día más importantes.

Lo de Villa Neily dejó también de ser un experimento ca-  
prichoso y fue creciendo. Todo lo que me enseñó mi padre Calel  
de agricultura, animales, y abonamientos en Jedwabne, me venía  
bien para la nueva actividad. Por meses enteros me metía solo a  
la montaña para hacer limpias, vigilar las fuentes de agua, buscar  
animales perdidos y conocer el bosque. Fui quitando los charra-  
les de los potrerajes que ya estaban hechos y andaba con el tan-  
que de hierbicida al hombro, a pesar del riesgo de envenenamien-  
to por su alta toxicidad. Solo regaba encima de “mala hierba”.  
Fui comprando temeros y vaquillas y un par de caballos. Me to-  
caba desparasitar los animales, aplicarles inyecciones cuando les  
agarraba alguna enfermedad, rotarlos por los potreros y darles la  
mejor pastura, concentrados o lo que fuera, para engordarlos y  
hacer que crecieran en carnes y en buen aspecto. Más de quince  
años de mi vida, que desde Polonia estaba marcada por una salud  
quebrantada, le entregué a esas fincas pegadas a las selvas de Ta-  
lamanca. Poco a poco busqué una buena línea para vender los  
animalitos y apareció amistando conmigo un joven que sabía mu-  
chísimo sobre ganado vacuno. Se trataba del ingeniero Carlos  
Monestel Malavassi, de Tres Ríos, que asociado con los herma-  
nos Batalla —poderosos ganaderos costarricenses—, comenzó a  
comprarme respetables partidas de ganado que viajaban directo a  
la empresa “Cinta Azul”, una de las más grandes procesadoras de  
carne, embutidos y derivados en múltiples formas enlatadas, que  
existe en Centro América.

Los consejos de Monestel y las negociaciones honorables .  
y ventajosas para mí que siempre efectuamos, fueron parte im-  
portante de mi despertar en el sur de Costa Rica. Por eso, cuan-  
do en 1995 conocí al periodista licenciado Yehudi Monestel Ar-  
ce, que aparece como figura clave en la preparación de esta obra  
autobiográfica, lo asocié de inmediato con “Cinta Azul”. Pero,  
desde luego, los caminos de Carlos y de Yehudi son diametral-  
mente opuestos, porque si uno está en ganadería e industria, el  
otro solamente domina el mundo de las comunicaciones.

Cada vyz que Monestel se llevaba un grupo de mis anima-  
les, sentía tristeza al verlos partir dejando atrás los potreros en-  
montañados en que se habían criado. Lo que yo le entregaba al

comprador eran novillos lindos, bañados, limpiecitos de parási-  
tos, gordos y tranquilos. Yo sabía “chinearlos”, engordarlos y  
cuidarlos. Yo era un verdadero “criador” de vacunos, jamás los  
maltrataba, ni los dejaba expuestos a peligros, porque entonces  
todavía se escuchaba hablar por aquellas tierras del sur, de hatos  
de ganado que habían sido diezmados por jaguares o pumas que  
aún existían en la selva talamanqueña con relativa abundancia.  
Por eso los animales me querían y me daba lástima venderlos.  
Pero era mi negocio. Lo más divertido es que en trescientos ki-  
lómetros a la redonda, los ganaderos en pequeño acudían a mi  
cuando estaban en algún problema con enfermedades de sus ani-  
males. Fui convirtiéndome en el “veterinario” de la región. Y  
como tuve que levantar un rancho donde vivir en la montaña, y  
rectificar quebradas, construir cañerías aunque fuera con cañas de  
bambú, excavar abrevaderos, abrir trochas, sacar alguna madera  
del bosque y construir portones, cercas y puentes, pues ya yo era  
un milagro de todo en uno: veterinario, ingeniero, tractorista, to-  
pógrafo, maderero, comerciante y constructor”.

Siento placer en hablar de estos tiempos. Aquí no tenía que  
cuidarme de esbirros, maleantes, asesinos racistas, nazis, polacos  
traidores, ni exterminadores de judíos. Para la gente incluso el  
llamarme “el polaco” era cosa de amistad. Ese apelativo ni me  
disminuía, ni me excluía de nada. Yo era el “polaco Samuel”,  
igual a todos. La única diferencia es que yo tenía habilidad para  
vender cosas, y que ellos se sentían felices de “tener habilidad”  
para convencerme de venderlas “a pagos semanales que les con-  
venía”. Yo jamás cobré a nadie si ayudaba a cuidar un animal en-  
fermo, o transportar una persona herida, o tenderle la mano a un  
pobre. Apuesto todo lo que soy y todo lo que tengo, a que nin-  
guna persona, ni dentro de mi familia ni fuera de ella, llegó a co-  
nocerme vistiendo la plena humanidad, solidaridad y amor al pró-  
jimo que me adornaban entonces. Es que en la naturaleza uno es  
naturaleza, y sólo la mano envilecida del hombre puede causar  
daños a la naturaleza o hacer que en vez de ser nuestra amiga se  
convierta en enemiga. Es. un principio filosófico que aprendí,  
con los animales, las serpientes, los árboles, las vacas, los caba-  
llos, los perros, los jaguares, los pumas, las mariposas y el agua.  
Uno trata trata bien toda esa obra creada, y la obra creada le res-  
ponde a uno con bendiciones. Uno actúa a contrapelo de la leynatural, y todo se le vuelca encima. Es el principio que ahora ex-  
hiben los ecologistas y los conservacionistas.

Luego compré otra finca en San Vito de Java, a un italiano  
de la colonia fundada por los Sansonetti, que la tenía abandona-  
da en el límite de Agua Buena. Allí puse chancheras y engorda-  
ba cerdos que también le vendía a “Cinta Azul”, para fabricar sus  
salchichas y patés. Pero siempre seguía saliendo a San José para  
supervisar “La Sonrisa” —así se llamaba nuestra tienda— que  
Raquel manejaba. Adquirí otro pedazo de montaña en Villa  
Neily y en ese negocio conocí a Ricardo Neily, el fundador del  
pueblo, que me construyó una postena para que pudiera llevar  
energía eléctrica desde la planta de su propiedad hasta la finca.  
Nos hicimos amigos y sin egoísmo él dejó que ampliara mis ne-  
gocios. Fue de esta manera como, además de las fincas, llegué a  
poner unas cuantas tiendas en Villa Neily, y en la calle principal,  
tal cual había planeado muchos años antes, construí el “Hotel  
Viajero”, que todavía existe, y en el que me destiné un cuarto es-  
pecial para dormir o compartir con la familia cuando llegaba de  
visita. Yo llamaba a esa zona comercial propia, la “segunda ma-  
dre mía”, pues el volumen de ventas y volumen ocupacional del  
hotel, realmente comenzaron a levantar mi situación económica a  
niveles que jamás había tenido en la vida. Un día don Eduviges  
Sequeira, un noble campesino de ochenta y tres años que tenía  
una hermosa finca de muchas hectáreas, me visitó para decirme  
que la propiedad estaba encharralada, había unas cincuenta hec-  
táreas ya convertidas en bosque secundario, sus hijos no querían  
trabajar la tierra y sentía lástima de perderla. Me ofreció que yo  
tomara la finca, me fuera a “hacer buen ganado” que me traería  
mucha plata, y me la daba a como yo pudiera pagarla. No habla-  
mos más. Le compré la propiedad en cien mil colones, a pagos.  
Como eso significaba consumirme otra vez en la montaña, dejé a  
un señor Alfredo Hasbun, de origen árabe, para que me adminis-  
trara hotel y tiendas y comencé la aventura. Contraté peones,  
buenos macheteros, y con suficientes alimentos y unas lonas pa-  
ra hacerme una especie de tienda de campaña adecuada para los  
primeros días, fui abriendo potreros, metiendo animales, cuidan-  
do pajas de agua y mejorando los pastos. Mi esfuerzo llamó la  
atención de otro campesino de apellido Cedeño, que me propuso  
comprar su finca. Como me la dejó también a pagos, y con unos

animalitos, la adquirí y eso me obligó a una entrega total a la na-  
turaleza. Facilitó un poco las cosas, para construir unas casitas y  
establos, que en el terreno que compré a Cedeño había un aserra-  
dero de cinta, con otra maquinaria, lo que no sólo abastecía de  
madera mis propiedades ganaderas, sino que me permitía vender  
algunas tucas a muy buenos precios en San Vito, Sabalito que ya  
comenzaba a crecer y en las fincas bananeras de Coto y Laurel.  
Cuando cortaba un árbol, enganchaba la tuca descuajada a una  
yunta de bueyes y con cadenas traíamos la madera hasta el ase-  
rradero. Estas operaciones llegaron a tan buen ritmo, que por los  
años setenta yo tenía, en solo esta parte a ocho kilómetros de Vi-  
lla Neily, mil doscientas hectáreas de terreno y casi dos mil cabe-  
zas de ganado vacuno. En la finca más pequeña de Agua Buena,  
la cría de cerdos me permitió vender, a los comedores de la Ba-  
nanera, casi trescientos animales por año. Eran unos cerdos enor-  
mes, gordos, de mucha carne, que alimentaba con todo el banano  
de desecho que la Compañía Bananera botaba en Coto 47 y Co-  
to 54. Después inicié una experiencia en Cañas de Guanacaste,  
como a setecientos kilómetros de Villa Neily, y construí otro ho-  
tel allá. También traía madera que me aserraba Eliseo Campos.  
Era cosa usual que yo viajara en un jeep desde Villa Neily hasta  
Cañas de un solo golpe. Aguantaba hasta trece horas manejando,  
pero en todo esto había para mí vida, libertad, felicidad. Ya no  
estaba paralizado en un agujero bajo tierra. Iba por donde quisie-  
ra, deteniéndome donde lo deseaba, hablando con todo el mundo,  
y nadie me maldecía, ni me quería matar.

Pero claro que le vi la “cara” a la muerte varias veces. En  
dos ocasiones estuve en “alitas de cucaracha” —como dicen los  
campesinos costarricenses— de terminar ensartado por los filu-  
dos colmillos de serpientes terciopelo (Bohtrops), que al acercar-  
me a ellas sin verlas, se lanzaban contra mis pantorrillas, sin al-  
canzarme. La otra vez fue con un caballo cerril que se me “des-  
bocó” y en su carrera brincó una cerca de alambre de púas y me  
tumbó sobre ella. No me ensarté —me hubiera quedado desecha  
la cara— porque Dios no lo quiso así. A esto siguió una ocasión  
más, mucho más dramática, que golpeó feamente a mi familia.  
Estaba en San José cuando me avisaron que había entrado una  
peste fatal en Villa Neily y que se me estaba muriendo todo el ga-  
nado. Como ya era tarde, tuve que esperar hasta las cinco de lamañana del día siguiente en que el primer avión AVE salía de La  
Sabana —hoy Parque de los deportes— hacia Villa Neily. Ma-  
drugué y, ya en el hangar, tuve la suerte de encontrar un asiento  
vacío, justamente al lado del piloto, para poder irme. El Capitán  
John era el piloto, un muchachillo moreno, delgado, que daba la  
impresión de ser muy despistado. Ese día, particularmente, yo lo  
noté en mala forma, como si no hubiera dormido bien. Despega-  
mos a las 5:10 hs. de La Sabana. Como había poca nubosidad,  
el piloto tomó la inusual ruta del “Paso Sur” por encima de Pico  
Blanco y La Cruz, para salir volando a ocho mil pies en el Valle  
de Los Santos, seguir a la costa del Pacífico y enderezar al sur de  
San Isidro de El General con el propósito de ir sobre los llanos de  
Buenos Aires y Potrero Grande hasta San Vito y Villa Neily. Co-  
mo yo sentía un extraño presentimiento, me puse a observar los  
instrumentos del avión, de los cuales no sabía nada, ni entendía  
nada. Pero viendo una agujita que brincoteaba en un tablerito re-  
dondo, le pregunté a John, que iba comiéndose un “sandwiche”:

—Oiga, Capitán, ¿esta agujita es la que marca los tanques  
de gasolina, como en un carro?

—Sí —me contestó, sin mirarme—, así es.

—Entonces —agregué yo— algo pasa porque según la  
aguja casi no queda gasolina.

Eso lo puso alerta y miró el instrumento. Empalideció, pe-  
ro no dijo nada. Intenté interrogarlo, pero me frenó diciendo:

—¡Qué carajada, polaco, tú siempre con tus extrañas co-  
sas!

Pero al dejar atrás San Isidro de El General, nos dijo que en  
vez de aterrizar en Villa Neily, tenía que hacerlo en San Vito, que  
era un campo más cercano.

—Hay un problemilla— dijo, como única explicación.

Cuando pasamos por Potrero Grande, mirando abajo aque-  
llos profundos cañones, el motor estornudó unas milésimas de se-  
gundo y el avión cabeceó. El piloto sostuvo la nariz de la nave  
hacia arriba y seguimos volando a seis mil metros de altura. Hu-  
bo otro cabeceo, pero alcancé a ver el campo de San Vito, cons-  
truido con lastre sobre tierra roja arcillosa. Ya cerca de la pista,  
el motor hizo “¡púf!”, con un sonido sordo, y se paró. El piloto  
volvió la mirada hacia mí y, blanco como un papel, pero sin per-  
der el control, me dijo:

—¡Samuel, pídele a Dios que no nos matemos!

Los otros pasajeros comenzaron a gritar. La nave planeó  
un poco, pero dando un viraje comenzó a descender a gran velo-  
cidad, cayendo como si fuera una piedra. John tiraba del arran-  
cador y nada. Trataba de levantar la nariz moviendo desespera-  
damente los controles, y nada. Pasamos sobre unos árboles y con  
un ruido a madera quebrada, se desprendió la medita del patín de  
cola. Como por milagro la avioneta cruzó por encima de unos ár-  
boles grandes y luego cayó de nariz en un cafetal. Esa fue la  
suerte: el cafetal. Ahí la nave hizo “cuas” y resbaló unos metros,  
dio vuelta entera y se quebró por el centro. No hubo incendio  
porque el piloto cerró la llave maestra de fluido, pero de todas  
maneras, yo no creo que en el motor hubiera una sola pizca de ga-  
solina. De los pasajeros, una señora esposa de un amigo mío, Ru-  
fino Cuadra, se fracturó tres costillas. Otro señor que iba atrás se  
fracturó la columna vertebral: por cierto aún, no sé si está vivo o  
muerto. Un tercer pasajero se hizo una herida en la cabeza y se  
quebró el brazo derecho. Sangraba mucho. El piloto John, del  
golpe, quedó inconsciente y mucho rato después se enderezó,  
sangrando de la cara. Yo, por unos instantes, me puse a reír fue-  
ra de control, pero la señora se quejó y, al notar que le venía san-  
gre por la boca, me bajé del avión que estaba inclinado para ver  
qué podía hacer. Cogí un ala de la nave y la levanté, porque un  
pasajero se salió por la fractura del fuselaje y estaba prensado.  
Saqué a otro que estaba dentro, y a la señora. En eso llegaron  
unos campesinos a auxiliamos, y me dijeron que ya habían dado  
aviso a la Cruz Roja. Al rato —y un rato en estas circunstancias  
es “una medida de tiempo sin medida”— llegó una ambulancia y  
en camillas metieron a los sobrevivientes, incluido el piloto, y se  
los llevaron a Villa Neily. Los campesinos, sobre todo los niños,  
me trajeron café, un traguito y un poco de comida. Al ver el des-  
trozado avión, no se explicaban cómo “el polaco” que venía ade-  
lante, a la derecha del piloto, no estaba todo despedazado. Lo  
peor fue cuando la radio dio la noticia. Avisaron a mi señora,  
porque de AVE un señor Echeverría había dado a conocer la lis-  
ta de pasajeros, que yo estaba entre los accidentados. Raquel su-  
frió un impacto terrible. Como enloquecida agarró algún dinero,  
un abrigo, y llamó un taxi para que la llevara a coger el autobús  
que salía para Villa Neily. Se trajo al chiquito, a Saúl, porque enese momento no tenía con quién dejarlo. ¡El pobre niño! Tras ca-  
si diez horas llegaron a Villa Neily. Suponían que en el hospital  
les entregarían mi cadáver, porque las noticias en San José, en el  
primer momento, no informaron de sobrevivientes. Pero al ente-  
rarse de que yo no estaba allí y aunque tenía golpes era el único  
que había quedado “enteramente bueno”, comenzaron a buscar-  
me y me encontraron en el “Hotel Viajero”, donde yo estaba ha-  
blando solo, echando rayos y centellas contra el piloto John y sus  
descuidos. En todas estas situaciones parecía como si la muerte  
hubiera querido atraparme una vez más en este mundo lleno de  
paz y belleza de Costa Rica, puesto que en las acciones crimina-  
les de la Segunda Guerra Mundial en Polonia, no había tenido  
éxito conmigo.

Como he dicho varias veces, ¡he seguido siendo un fugiti-  
vo de la muerte!

Lo demás, en Costa Rica, son cuadros de negocios, traba-  
jo, sacrificio, pero nada de brutalidades, ni de violencia, ni de te-  
rror. Gracias a Dios, económicamente alcancé un nivel adecua-  
do para dar a mis hijos sus profesiones y medios de vida, y para  
seguir ayudando, desde esta tierra centroamericana, a Antosha  
Wyrzykowski a quien cada año, alrededor de diciembre o enero  
cuando en Estados Unidos el invierno es más fuerte y la tempe-  
ratura baja a veinte o treinta grados bajo cero, invito a venir un  
par de meses a vivir con nosotros en Costa Rica para que tome  
sol, y con el calorcito regenerador del Valle Central, suba de nue-  
vo su nivel de energía.

A Helena y Antonio, los hijos, los he visto varias veces en  
Polonia. Los viejos Francisco y Josefa murieron. Francisco al-  
canzó casi la edad de cien años. En cuanto a Koeshe, la vida lo  
trató muy duro. La neurosis de guerra se convirtió en él en un de-  
sequilibrio psicológico más grave, y comenzó a beber con deses-  
peración. Todo lo que tenía, lo que yo le dejé, se fue vendiendo.  
Primero vendió la mitad que le correspondía a él y sus animales,  
y con los años, abusó de la bondad de Antosha para vender tam-  
bién su parte. Trabajó de guarda en una escuela de Milanowek  
cerca de Varsovia, en que también Antosha sirvió como portera,  
pero el alcohol lo condujo a la muerte aún relativamente joven.  
Antosha asumió el papel de guarda para sobrevivir. Su entereza  
y espíritu de sacrificio estuvieron presentes en su vida hasta sa-

car adelante a los hijos. Helen vive en California, Estados Uni-

dos, y Antonio sigue en Varsovia.

ALERTA ROJA

En forma deliberada, he insistido en esta narración en la adverten-  
cia de que hay un nuevo “complot” mundial contra los judíos. De  
las cenizas del pasado se levanta, en el presente, una nueva ame-  
naza. Todavía hay figuras nazis viviendo en diferentes partes del  
mundo, unas de bastante edad y otras muy jóvenes, que han dise-  
ñado la sutil estrategia de provocar un nuevo holocausto. Aunque  
el cerebro que planifica y alienta la que están llamando “Opera-  
ción Limpieza del tercer Milenio” está en América, sus primeras  
acciones visibles se han investigado en Europa. Su fuente finan-  
ciera emana de la multiplicación de miles y miles de millones de  
dólares que constituyen el remanente oculto del inimaginable po-  
tencial del “oro de los judíos”, que a través de redes financieras  
se ha diluido en inextricables operaciones monetarias y reservas  
en Europa, América —principalmente los Estados Unidos— y,  
más recientemente, en el Cercano Oriente, donde astronómicas  
sumas han ido a fortalecer grupos terroristas, agitadores y cúpu-  
las de poder político, para convertir a árabes y palestinos en el  
“comando del primer golpe” que, con el pretexto de sus ancestra-  
les diferencias con la República de Israel, podrían encender la  
chispa de una nueva conflagración mundial en la cual se intenta-  
ría realizar la nueva “Shoa”, para limpiar el mundo de judíos.

Cuando he comentado esto con algunos prominentes co-  
merciantes, empresarios, industriales y banqueros judíos en Cos-  
ta Rica y fuera de ella, una benévola sonrisa y un entontecido  
“no puede ser, jamás ocurrirá”, ha sido la respuesta obtenida.  
Peor respuesta he encontrado en judíos jóvenes y gente de me-  
diana edad, porque se desentienden totalmente del asunto e in-cluso hacen manifestaciones impregnadas de dudas sobre la ve-  
racidad de los brutales acontecimientos que marcaron el Holo-  
causto en que seis millones de judíos fueron exterminados en  
Europa, durante la Segunda Guerra Mundial en el período que  
abarca de 1938 a 1945.

La vida con riqueza, con poder, donde a las nuevas genera-  
ciones les ha tocado la más fácil tarea de mantener —creciendo y  
disfrutando de ella— la herencia dejada por sus mayores, está  
embotando el refinado sentido de percepción y de capacidad pro-  
fótica que caracteriza al pueblo judío. La conseja popular dice  
que “no hay peor ciego que el que no quiere ver ni peor sordo que  
el que no quiere oír”, pero peor tonto es el que a las verdades de  
la historia del pasado les dice mentiras, y a las evidencias de los  
peligros del futuro las llama “obsesiones” de los viejos, o “visio-  
nes enfermizas” descontextualizadas de la realidad.

Descarnadamente he narrado esta historia personal de su-  
pervivencia seguro de que no seré creído en muchos segmentos  
donde la barbarie escrita no es asimilable con facilidad. Sin em-  
bargo, espero que la revelación documentada del renacimiento  
del antisemitismo nazi, y los testimonios de personajes a los que  
la humanidad jamás se atrevería a llamar “mentes desquiciadas”,  
o “escritores de ciencia ficción”, les ayude a cambiar de idea, y a  
adelantar mecanismos de defensa que deben ser debidamente fi-  
nanciados. La dirección, si es del caso, debe ponerse en manos  
de personas con probada experiencia investigativa, objetivas, y  
preferiblemente no “judías oficiales”. Tal vez ya sea demasiado  
tarde, pero quizás logremos modificar algunas cosas para que el  
despiadado salvajismo de un nuevo “Holocausto” pueda impedir-  
se del todo mediante una alianza universal; o, por lo menos, de-  
bilitarse a tal grado, que cuando estalle no nos tome despreveni-  
dos y, pese al precio en vidas humanas que haya que pagar, el  
sueño demoníaco de exterminar al pueblo judío, no se concrete.

El 29 de diciembre de 1992, en Viena, Simón Wiesenthal,  
a quien todo el mundo llama el “Cazador de Nazis”, declaró al  
periodista Gerd Kriwanek, de la Agencia Internacional de Noti-  
cias de Alemania DPA, que “mientras sigan viviendo las genera-  
ciones de víctimas y culpables de la aniquilación de judíos en Eu-  
ropa, mi misión no acabará y si yo muero sigue detrás de mi to-  
da una organización con una enorme mística de trabajo”. Conesas palabras se revalidó la decisión del hombre que tuvo el pa-  
pel más preponderante en la búsqueda del criminal de guerra ale-  
mán Adolf Eichmann, uno de los más encarnizados actores res-  
ponsables de la aniquilación del pueblo judío en Europa.

Wiesenthal localizó, en solo cuatro décadas al frente del  
“Centro Judío de Documentación” en Viena, desde el final de la  
Segunda Guerra Mundial, a unos mil cien criminales de guerra.  
Sin embargo, para él la persecución de los delincuentes exter-  
minadores del régimen nacionalista no fue solamente un proble-  
ma personal, sino que también, y quizás en mayor medida, uno  
moral.

Wiesenthal, para quien hay un “solapado” renacimiento  
del odio antijudío alentado por muchos de los aniquiladores de  
judíos que escaparon al final de la Guerra escondiéndose en di-  
versos países de Europa, Medio Oriente y en especial América  
Latina, fue distinguido en el pasado por el expresidente de los  
Estados Unidos Ronald Reagan y por el exjefe del Gobierno  
Alemán Helmut Kohl, en el marco de la fiesta de su cumpleaños  
número ochenta.

Simón Wiesenthal nació el 31 de diciembre de 1908, en  
Buczacz, cerca de Lwow, la capital de la Galicia, una comarca si-  
tuada al norte de los Cárpatos y dividida hoy entre Polonia y  
Ucrania, pero que a principios de siglo pertenecía a Austria. Hi-  
jo de un acaudalado comerciante mayorista que cayó en 1915 en  
el campo de batalla, Wiesenthal cursó estudios universitarios en  
Lwow y en Praga, se graduó de ingeniero y abrió más tarde una  
empresa de arquitectos en Lwow.

Estas etapas tradicionales en una vida típicamente burgue-  
sa fueron interrumpidas, empero, por el inicio de la Segunda  
Guerra Mundial. Wiesenthal fue arrestado por los nazis y depor-  
tado, junto a su esposa Cyla, a distintos campos de concentra-  
ción. Y aunque bien puede parecer un milagro, Wiesenthal y su  
esposa lograron sobrevivir a los horrores de la guerra, contraria-  
mente a la suerte corrida por otros cincuenta y nueve miembros  
de sus familias.

En mayo de 1945, cuando fue rescatado, por tropas de  
Estados Unidos, del campo de concentración de Mauthausen,  
Wiesenthal ya se había fijado una meta de vida: juntar docu-  
mentos sobre las víctimas judías y sus exterminadores y perse-

guidores. Luego viajó a Israel y tras una corta estadía en ese  
país, fundó en Viena el “Centro Judío de Documentación”, cu-  
ya función sería la búsqueda de criminales de guerra alemanes  
y de otras nacionalidades.

Un papel muy importante tuvo este hombre no solo en el  
descubrimiento y captura de Eichman en la Argentina, y su pos-  
terior condena en Israel, sino en seguir la pista que lo llevó al pa-  
radero del comandante del campo de concentración de Treblinka,  
en Polonia, Adolf 8tange. En esta misión estuvo a punto de ser  
asesinado por miembros de una “línea de defensa” de fugitivos  
nazis que existe y actúa en todo el mundo. Burlando a los asesi-  
nos, Wiesenthal agarró a Stange en un lugar selvático de Brasil.  
Así, por el estilo, fueron capturados muchos otros criminales y  
esbirros de los campos de concentración del régimen hitleriano  
que gobernó Alemania entre 1933 y 1945.

Odiado por algunos, y admirado por otros que veían en él  
la “conciencia de Europa”, Wiesenthal pasó a los anales de la  
historia.

En 1994, en Viena, causó gran conmoción el descubrimien-  
to de pruebas que certificaban que centenares de niños austríacos  
de origen judío enfermos, malformados o minusválidos, fueron  
eliminados por los nazis en una clínica de Viena, donde aún se  
conservan los cerebros y las médulas espinales de algunas de esas  
víctimas inocentes. El día 10 de marzo de ese año, en un escalo-  
friante reportaje titulado “Muerte en Spielgelgrund”, el semana-  
rio *Profil* afirmó que durante aquellos cinco años de guerra, del  
cuarenta y uno al cuarenta y cinco, setecientos setenta y dos ni-  
ños judeo-austríacos fueron eliminados después de someterlos a  
inhumanas pruebas de laboratorio, por considerarlos “indignos  
de vivir”.

Los médicos nazis mataron a aquellos pequeños enfermos  
por hambre, con sobredosis de medicinas, con productos farma-  
céuticos nuevos cuyos efectos secundarios no se conocían o con  
nuevas técnicas médicas aplicadas en cirugía. Uno de estos mé-  
dicos, entonces de dieciocho años, Rodolf Moltke, usó sus órga-  
nos, sobre todo el cerebro y la médula espinal, para llevar a cabo  
las que él llamó “trascendentales investigaciones científicas”.  
Moltke escapó de Austria, se unió al llamado “Grupo Escape” y,  
años después, se le reconoció en la selva peruana. Aunque jamásse supo nada más de él, en el año 1989 unos comerciantes judíos  
fueron asesinados en un lugar selvático de Iquitos, donde se in-  
formó operaba un “centro místico” llamado “Moltkentsengrupe”  
(nótese la coincidencia de nombres) que, a raíz de este suceso,  
dejó abandonado un campamento donde había banderas con  
“svásticas”, drogas, un pequeño hospital de campaña y revistas  
antijudías editadas en México en ese mismo año 89.

Alrededor del 20 de octubre de 1996, el gobierno de Argen-  
tina, según una información de la Agencia Italiana de Noticias  
ANSA, reaccionó “con horror y vergüenza” ante la profanación  
de más de cien tumbas en el cementerio judío de La Tablada, en  
las afueras de Buenos Aires, donde elementos desconocidos pin-  
taron svásticas y leyendas antisemitas e hirieron a uno de los  
guardianes del lugar.

El Ministro del Interior de aquellas fechas, Carlos Co-  
rach, y el Jefe de Gabinete doctor Jorge Rodríguez, visitaron el  
cementerio en representación del Presidente Carlos Ménem,  
quien después de cometerse la profanación dio órdenes precisas  
de investigar a fondo toda “presunta organización neonazista”  
en Argentina.

La profanación de tumbas de La Tablada ocurrió un mes  
después de un episodio similar en el cementerio judío de la pro-  
vincia de Córdoba, en el centro del país, y la policía lo agregó a  
la lista de una serie de agresiones contra camposantos hebreos en  
los últimos años, y a varios hechos delictivos cometidos contra  
ciudadanos judíos, algunos de los cuales fueron golpeados o he-  
ridos de mala manera.

Tras conocerse de todas estas cosas, un mensaje conjunto  
de las organizaciones judías de Argentina pidió a las autoridades  
nacionales “respuestas prontas ante los ataques nazistas” y no  
“meras palabras de solidaridad”. En esta protesta, los judíos ar-  
gentinos airearon una vez más el brutal atentado con explosivos  
de julio de 1994, en que fue destruido el edificio de la sede de la  
Mutual Judía de Buenos Aires y como consecuencia de lo cual  
murieron ochenta y seis personas, la mayoría de ellas de origen  
hebreo. La prensa mundial recordó que, en marzo de 1992, otro  
ataque terrorista hizo volar la Embajada de Israel, en pleno cen-  
tro de la capital argentina, en la que murieron treinta personas y  
medio centenar resultaron heridas. Casi de inmediato aparecie-ron pinturas con símbolos nazis en las paredes de muchos otros  
edificios bonaerenses.

Las investigaciones por los atentados de 1992 y 1994 reci-  
bieron duras críticas en el país y en el exterior, por su lentitud y  
por no haber encontrado a los responsables. En todos esos actos,  
incluida la profanación de cementerios, hubo muchos testigos  
que vieron escapar a grupos de personas con chaquetas de cuero  
negro y svásticas en sus gorras. Particularmente, en la violación  
de las tumbas del cementerio de La Tablada, los testigos —más  
de nueve en total— coincidieron todos en que los terroristas den-  
tro del cementerio formaban un grupo de siete personas que  
abandonaron el lugar “con paso marcial” después de haber pinta-  
do cruces svásticas con aerosoles en varias tumbas y leyendas an-  
tisemitas firmadas con el nombre “Hitler”.

El Ministro Carlos Corach dijo, en aquella oportunidad:  
“No puedo creer que en nuestra sociedad puedan albergarse seres  
que tengan la cobardía de atentar contra los muertos”.

Por eso la insistencia mía de denunciar ciertas cosas, por-  
que la frase “no puedo creer” está resultando común en todas par-  
tes, mayormente en las nuevas generaciones judías y aun dentro  
de nuestras propias familias.

Con los sucesos de Buenos Aires, lugar donde fueron a re-  
sidir algunos de los judíos polacos que vivieron conmigo enterra-  
dos bajo tierra dos años y cuatro meses para escapar de los asesi-  
nos nazis y los “progromos” polacos, se armó un gran escándalo  
internacional. Un autodenominado “Comando Dignidad Nacio-  
nal” se atribuyó la destrucción de los cementerios. Un hombre  
que dijo llamarse “Luis Florio”, llamó al Hospital Israelita de  
Buenos Aires y reivindicó en nombre del tal “comando” los he-  
chos de La Tablada, como “señal de que sacaremos a los judíos”  
de Argentina. El Director del Hospital, doctor Julio Melamed, di-  
jo a los periodistas que el tal Florio afirmó que el supuesto “Co-  
mando Dignidad” estaba pronto a seguir “con otros hechos de no-  
toriedad” que no detalló. Melamed también agregó que el Hos-  
pital recibió una amenaza de bomba hecha por un desconocido  
que llamó al propio Ministerio del Interior. El entonces Embaja-  
dor de Israel en Argentina, Yitzhak Avirán, pidió “mano fuerte”  
para dar con los culpables de todos esos hechos delictivos, que en  
solo los atentados no esclarecidos contra la Embajada de Israel en1992 y contra la Mutual Judía en 1994, provocaron ciento dieci-  
séis muertos y dos centenares de heridos.

A medida que voy repasando todos estos acontecimientos,  
me pregunto yo mismo: Y este neonazismo criminal, que ocurre  
en plena década de los noventa, ¿será una invención de nosotros,  
los viejos judíos? ¿Habrán fantaseado con esta historia las agen-  
cias mundiales de prensa que seguro no tenían nada mejor que in-  
formar? Los heridos, muertos y graves pérdidas económicas oca-  
sionadas a los judíos de América Latina, ¿son puro cuento? Y re-  
pito de nuevo: No hay que dormirse. Hay millones de dólares en  
América Latina —para no hablar más que del continente en que  
ahora vivo— que están formando, preparando, financiando y es-  
pecializando a los “nuevos comandos de la muerte”. Los cabeci-  
llas criminales nazis que aún están ocultos en nuestros países des-  
de los sucesos de la Segunda Guerra, piensan lanzarlos contra los  
judíos cuando las circunstancias históricas sean propicias. ¿Te-  
nemos que seguir cruzados de brazos?

Pero yo no quiero dar la impresión de caer en una personal  
especulación al respecto. Por eso, con esta documentación pro-  
batoria de mis palabras, cierro el capítulo final de mis relatos  
dando a conocer otros hechos y situaciones que se han ido pre-  
sentando en los años noventa, y ahorita mismo, cuando ya esta-  
mos por alcanzar el año 2000, después del cual entraremos al  
“Tercer Milenio” de las profecías de los cristianos que hablan de  
“negras nubes sobre el pueblo de Israel”.

De 1933 a la fecha, en Argentina, Chile, Brasil, Perú, Co-  
lombia —e incluso aquí en Costa Rica, con el caso Kosihy—, se  
ha vuelto a abrir el debate sobre los seis millones de judíos elimi-  
nados de Europa durante la Segunda Guerra Mundial, la fuga de  
criminales nazis a países americanos y el traslado del llamado  
“oro judío” a nuevos “refugios”, desde donde se hace crecer en  
operaciones financieras encubiertas, para que se pierda su huella.  
En países como Argentina, las acciones de los grupos antijudíos  
son constantes. Aparte los atentados terroristas contra la Emba-  
jada de Israel, la Mutual Judía de Buenos Aires y la profanación  
de los cementerios en Córdoba y La Tablada, los “neonazis” del  
llamado “Comando Dignidad” se hicieron sentir de nuevo el pri-  
mero de febrero de 1998, cuando diecinueve tumbas del cemen-  
terio hebreo de “La Cindadela", en la periferia bonaerense, fue-

ron destruidas a golpe de mazo, sacados los restos de las perso-  
nas allí enterradas, y pintadas con “spray” nuevas leyendas y  
amenazas contra los judíos. El Gobierno de Ménem dijo que lo  
ocurrido era “un acto de perversidad y barbarie inexplicable” y el 1

propio Presidente de la República recibió en su despacho a Ru-  
bén Beraja, Presidente de la Delegación de Asociaciones Israeli-  
tas de Argentina (DAIA). 1

“Desgraciadamente se reiteran los hechos profanatorios y  
terroristas que hemos vivido en los últimos años”, dijo Beraja,  
quien agregó, en un comunicado entregado a las agencias inter-  
nacionales de prensa, que “hay una intencionalidad ideológica y j

un fin de desestabilizar el proyecto de transformación que se es- <

tá ejecutando en la provincia de Buenos Aires”, en referencia di-  
recta al amplio plan de reformas lanzado por la policía de Buenos  
Aires, varios de cuyos exoficiales fueron acusados por diversos  
delitos de corrupción, violencia indebida y hasta terrorismo.

Para muchos observadores, una fuente de dinero oculto, de  
procedencia nazi, ha tocado incluso a exagentes de policía en to-  
dos estos casos. “Este hecho no puede ser desvinculado de los  
atentados contra la AMIA y la Embajada de Israel”, afirmó el Di-  
rector del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofo-  
bia y el Racismo (INADI), licenciado Víctor Ramos, quien fue  
determinante al advertir sobre “un rebrote neonazi en Argentina”.

En 1997, los atentados, amenazas y descubrimiento de nue-  
vos centros de indoctrinamiento y operaciones “comandos” de  
los neonazis en el mundo, proliferaron. En marzo se informó  
desde Berlín que la policía alemana había descubierto un campo  
de entrenamiento paramilitar para neonazis en Ghota, Turingia  
(Ex-República democrática Alemana) y secuestró armas de fue-  
go y aire comprimido, yelmos de acero» máscaras antigás e inclu-  
so una bandera de guerra del Tercer Reich.

Todo el material era conservado en seis contenedores halla-  
dos bajo la arboleda de un jardín y estaban cubiertos por redes  
“miméticas”. En una tienda de campaña fueron encontrados tam-  
bién catres portables que se presume servían para rondas de ejer- -  
cicios paramilitares de varios días de duración. Un joven de  
veintitrés años, perteneciente a los sectores de la extrema derecha  
de la región, fue detenido mientras otras personas, entre las cua-  
les estaba un funcionario lugareño y un abierto líder neonazi,

eran indagadas o buscadas. Los objetos estaban marcados con  
svásticas y las iniciales SS, símbolos prohibidos en Alemania. El  
jardín estaba protegido por alambre de púas y algunos carteles  
con letras de imprenta indicaban que era “prohibido el ingreso” y  
amenazaban con “peligro de muerte”.

Personas de la región habían avisado desde tres semanas  
atrás, a la policía, la presencia de personas con cabellos cortísi-  
mos, aire prepotente y paseando perros “pit-bull” (considerados  
asesinos) en diversos aledaños de Ghota.

Poquito tiempo después de los sucesos de Turingia, las  
agencias de prensa DPA de Alemania y ANSA de Italia, informa-  
ban desde Bonn que bandas de desconocidos habían dañado con  
pintura amarilla un monumento de Baviera, en el sur de Alema-  
nia, que recuerda a las víctimas del Holocausto, en la víspera del  
aniversario de la llamada “Noche de los Cristales Rotos” en que  
“progromos” antisemitas en 1938 destruyeron los negocios, ca-  
sas, sinagogas y comercios de los judíos en todo el país, y habían  
causado más de ochocientos muertos, mil quinientos heridos y  
seis mil detenidos.

A los cincuenta y nueve años exactos de esa “noche de cris-  
tales”, que se cumplieron en 1997, los vándalos profanaron el  
Monumento Europeo al Holocausto que se levanta en Landsberg  
am Lech, en Baviera, en recuerdo de la matanza de los judíos du-  
rante el nazismo.

Los profanadores trazaron escritos ilegibles sobre las lápi-  
das. Y sobre uno de los cuatro búnkers de la época del nazismo,  
que forman parte del grupo monumental, escribieron con pintura  
roja “muerte a los judíos”, según lo que testificó la Asociación  
Cívica Landsberg del Siglo XX.

Las siete lápidas de Landsberg fueron colocadas en los úl-  
timos años por varias naciones, por iniciativa entonces de los pre-  
sidentes ruso Boris Yeltsin, austríaco Thomas Klestill y de la Rei-  
na de Holanda, Beatriz.

Desde Londres, Inglaterra, el 19 de enero de 1997 una aso-  
ciación paramilitar neonazi británica llamada “Combat-18” resul-  
tó sospechosa de la responsabilidad de las “cartas explosivas”  
descubiertas por la policía de Dinamarca, que iban dirigidas a  
prominentes judíos, según lo que informó Scotland Yard.

El grupo racista británico, nacido de una escisión del “Bri-  
tish National Party”, al cual “Combat-18” acusaba de “ser dema-  
siado blando”, eligió su nombre en homenaje a Adolfo Hitler, ya  
que la “A” es la primera letra del alfabeto y la “H”, la octava.  
Scotland Yard informó sobre el caso a políticos de izquierda y es-  
trellas del deporte casados con hombres o mujeres negros o ju-  
díos, que serían los destinatarios de las cartas explosivas. Parte  
del financiamiento que recibe “Combat-18” proviene de los es-  
pectáculos musicales o de la venta de CD de cantantes de extre-  
ma derecha, y otra parte —se informó mucho después— “podría  
llegar de algún país de la América del Sur”.

La campaña antijudía no solamente se abrió a base de pro-  
fanaciones de cementerios, actos terroristas que costaron muchas  
vidas y centenares de heridos, y la remisión de mortales cartas  
explosivas, sino que se insertaron en los medios de comunicación  
social, publicaciones antijudías. En una publicación se ventiló un  
caso en que se negaba el Holocausto en Polonia. También apare-  
cieron páginas pagadas en las redes de Internet y hasta hubo un  
escándalo en el semanario ruso *Pravda,* que al comenzar el año  
97, dedicó con gran publicidad antelada, una página entera a ne-  
gar el exterminio nazi de seis millones de judíos y lanzar al mun-  
do una nueva versión descaradamente antisemita de las tesis de  
algunos historiadores occidentales revisionistas.

Tiene que haber habido mucho dinero de por medio, para  
que la Dirección de *Pravda* se arriesgara por esos caminos. El  
semanario, que en 1966 se separó del homónimo diario del Parti-  
do Comunista en medio de una nube de rumores de recibir finan-  
ciación llegada de países árabes extremistas, dijo que el número  
total de los judíos muertos por los nazis solo llegó a quinientos  
mil, y las comunidades hebreas, que tuvieron un papel de primer  
orden para llevar al poder a Adolfo Hitler y financiarlo, han tra-  
tado de ocultar, en la “magnificación” del hecho, la culpa histó-  
rica que recae sobre ellas.

Según *Pravda,* la misma ideología nacional-socialista fue  
fundada por intelectuales judíos, y el partido del dictador alemán  
que puso a todo el mundo en guerra, vio la luz y creció gracias a  
la actividad de militantes hebreos y con millonaria financiación  
hebrea. Ajuicio de Valentín Prussakov, autor del artículo, “es ho-ra de poner fin a las chácharas sobre los sufrimientos particulares  
de los hebreos”.

Prussakov “razonó” que “el nazismo hizo un gran servicio  
al sionismo, que especulando sobre los muertos judíos de la II  
Guerra Mundial, ha logrado dominar casi toda la Palestina”. El  
articulista agregó que en realidad, durante la guerra “el pueblo  
hebreo sufrió menos que los demás” y todo el asunto del Holo-  
causto “es un mito”.

De las recientes investigaciones del norteamericano Br-  
yan Riggs, sobre los hebreos que combatieron como oficiales de  
las fuerzas armadas del Tercer Reich escondiendo sus orígenes,  
*Pravda* teje la conclusión de que, sin la contribución judía, “los  
ejércitos de Hitler jamás habrían podido extenderse por toda  
Europa”.

Yo afirmo, desde Costa Rica, que esto no es accidental, y  
todo está montado. En México, a un señor de apellido Barrera le  
aseguraron ya la edición 65 de un libro en que sostenidamente  
culpa a los judíos de “todas las desgracias económicas y sociales”  
del mundo, y aporta testimonios y papeles para fortalecer su tesis  
de que ha sido organizada una “Internacional Judía” que intenta  
gigantescas jugadas hegemónicas para “dominar los destinos del  
mundo entero”.

Casi colgando de estas ediciones, han aparecido distintos  
folletos, como uno que se titula *Alerta Roja,* en que a partir de Es-  
tados Unidos, en un escabroso esfuerzo, se intenta demostrar que  
la “Internacional Judía” ya está manejando varios países en cuyos  
gobiernos se han colocado sus “cerebros grises”. Desde luego  
que a Costa Rica se la cita diciendo que en las últimas cinco ad-  
ministraciones públicas —no importa si son de Liberación Na-  
cional o la Unidad Social Cristiana—-, “los que mandan son los  
cerebros judíos que se han metido en el Poder Ejecutivo y en el  
Poder Legislativo”, así como en las cámaras, “sindicatos” y diri-  
gencias de grupos empresariales del país.

En la propia Alemania, según lo que la Associated Press  
(AP) informó desde Francfort, la policía ha detenido a sesenta ul-  
traderechistas por estar provocando desfiles en las calles de la  
ciudad de Worms, pese a la veda que desde 1996 se decretó con-  
tra la conmemoración del aniversario de la muerte del lugarte-  
niente de Adolfo Hitler, Rudolph Hess.

En Suecia, unos doscientos cincuenta neonazis, según la  
AP, chocaron “con cientos de personas encolerizadas de que se  
hubiera permitido a los ultraderechistas reunirse frente a la esta-  
ción ferrocarrilera de Trollhattan, al suroeste de Estocolmo.”

En otras partes de Alemania, las autoridades detuvieron,  
con “fines de protección” a los neonazis, o bien impidieron, en  
la frontera francesa, el paso de elementos que al parecer se di-  
rigían a participar en una manifestación gigante que iba a tener  
lugar a sesenta kilómetros al sur de Frankfurt. La policía de los  
estados suroccidentales de Baden-Wertemburg y Hesse, dijo ha-  
ber detenido a cuarenta y cuatro presuntos neonazis. Cinco au-  
tos, cargados con veinticuatro simpatizantes extremistas france-  
ses, alemanes y holandeses, fueron detenidos para que no si-  
guieran rumbo a la población fronteriza de Ittersdoff, informó  
la policía fronteriza.

En *La Nación* de Costa Rica, fecha 19 de mayo de 1996, se  
recogió un informe internacional titulado “Predicadores del  
odio”, que firmó Jorge Boccanera. El autor dice que “las nuevas  
cruzadas ultranacionalistas de los Estados Unidos” usan progra-  
mas de radio, realizan ejercicios militares a la luz del día, defien-  
den sus puntos de vista a través de vídeos, folletos, libros y revis-  
tas y discuten el método de fabricación de un nuevo rifle o una  
bomba por medio de Internet. Boccanera afirmó que el denomi-  
nador común de estos grupos es “el espectro del odio, un resenti-  
miento de acción destructiva, el fervor patriótico, sentimientos  
racistas y complacencia por las armas”, lo que alienta a estos ac-  
tivistas, en cuya bandera el antisemitismo es “cosa primera”, que  
invita a cometer actos violentos.

James Gibson, autor del libro *Sueños Guerreros,* sostiene  
que “la sociedad norteamericana está fundada en el culto de la  
guerra desde la insurrección anticolonialista; un culto amasado  
en continuos y diversos enfrentamientos, que se promovió como  
muestra de una superioridad militar y afirmación de una moral.  
Estos presupuestos históricos están en la base de los valores y de  
la identidad cultural de la sociedad: violencia, la glorificación del  
hecho de matar y el concepto de masculinidad expresado en la  
posesión de armas”.

Apoyado en Gibson, Boccanera afirma que “las agrupacio-  
nes y milicias ciudadanas están formadas por aquellos que recha-zan la injerencia estatal, se niegan a pagar impuestos, exigen la  
expulsión de los inmigrantes, hablan de una conspiración judía  
para sojuzgar a los Estados Unidos y vaticinan una lucha contra  
un futuro “mega-estado” liderado por las Naciones Unidas. Al-  
gunas de estas organizaciones afirman estar debidamente arma-  
das en previsión de posibles ataques de agentes federales”.

Estas informaciones no son para jugar con ellas, no son  
para leer y olvidar. Cuando yo afirmo que los judíos deben es-  
tar alerta y sacudir sus bolsillos para pagar adecuadamente in-  
vestigaciones individuales o colectivas, o mantener expertos en  
comunicación e inteligencia funcionando —de acuerdo a la  
idiosincrasia de cada pedazo de tierra en que habiten—, lo ha-  
go porque intento profundizar seriamente en lo que se está pre-  
sentando y nos negamos a ver. Aun antes de una matanza en  
Oklahoma, la “Liga Judía contra la Difamación” dio a conocer  
en Estados Unidos el informe “Armas y Peligro” y pidió que el  
Departamento de Estado investigara el incremento y el proceder  
de estos grupos. El 19 de abril de 1995, las oficinas de la Di-  
rección de Control de Armas de Fuego fueron reducidas a es-  
combros por una tonelada de explosivos. El bombazo “al sue-  
ño americano” —como dice Boccanera— “dejó un hueco enor-  
me por el que puede verse la proliferación de las milicias arma-  
das” de corte neonazi y ultranacionalista.

En Estados Unidos hay sectores muy nerviosos con esta si-  
tuación. El Gobierno informó de acciones para ejercer un mayor  
control en el uso de armas de fuego en manos civiles y de una so-  
la vez advirtió que había doscientos millones de armas de fuego  
de toda clase y tamaño —desde simples revólveres hasta ametra-  
lladoras— en las manos de los ciudadanos civiles. En algunos  
casos, el descaro de ciertos líderes sobrepasa los límites de lo ad-  
misible: en Michigan un exsoldado veterano de Viet Nam, Nor-  
man Olson, afirmó que su organización paramilitar cuenta con  
brigadas en setenta y tres de los ochenta y tres condados del es-  
tado de Michigan, y que “tiene la misión de defender a su pue-  
blo” de intentos de “sojuzgamiento intemacionalista”.

De acuerdo con esas informaciones basadas en investiga-  
ciones de gran responsabilidad profesional, Samuel Sherwood,  
jefe de la organización miliciana “Pie Negro”, de Idaho, vaticinó  
que se estaba acercando “una guerra civil y con ella la necesidad

de eliminar a los legisladores de ese Estado” y a los “intemacio-  
nalistas” que quieren apoderarse de Estados Unidos. Ray Loo-  
ker, comandante de la “Milicia Montañeros”, expresó: “El Go-  
bierno debería entender que aquí en Virginia somos capaces de  
dispararle a un pavo a 100 yardas de distancia, y ún pavo es más  
pequeño que un casco azul”. (Obvia referencia a los soldados de  
¡as Naciones Unidas). •

Yo mismo no asimilo, todavía, a qué infernales inspira-  
dores se debe la resurrección de toda esta gigantesca estructu-  
ra naciente de odio ultranacionalista y antisemita. Si solo en  
Estados Unidos hay grupos en cincuenta estados, y algunos  
suenan ya tanto como las Milicias de Michigan, Patriotas de  
Arizona, Hermandad del Silencio, Milicia de Montaña, Iglesia  
del Creador, Fuerzas Especiales de Texas, Partido Nacionalista  
de América (con base en Filadelfia) y Grupo casi Cielo, uno no  
sabe qué estará pasando en el resto del planeta. Por eso yo he  
ido tomando información de aquí y de allá, un poquito de cada  
zona, para concienciar, en un nivel planetario, a los judíos de  
que es preciso estar alertas.

La gran familia de la ultraderecha norteamericana también  
tiene otros componentes que abarcan a los ideólogos de la supre-  
macía blanca, como nación aria, y el viejo Ku Klux Klan. Ade-  
más, los grupos neonazis, furibundos antisemitas, de los Ameri-  
can Front de San Francisco, Alianza Nacional, Hijos de la Gesta-  
po, Oíd Glory, National Socialist Skins de Georgia, Cash de Chi-  
cago y Antisionistas de Alberta.

El Centro sobre Ley y Pobreza, en un documento difundi-  
do hace poco, bajo el título “Falsos Patriotas”, asegura que exis-  
ten más de novecientos organizadores de ultraderecha y tenden-  
cias nacional-socialistas, de las cuales unas cuatrocientas realizan  
ejercicios militares constantemente. El informe agrega que algu-  
nos de estos grupos tienen armamento sofisticado e “incluso ar-  
mas químicas” (recopilación de Jorge Boccanera). Según James  
William Gibson, los fanáticos de estas milicias “ven la Constitu-  
ción como un convenio sagrado entre Dios y el pueblo, y cual-  
quier modificación les parece satánica”. Decididamente, esta es  
la parte crucial del mensaje que, en mis noches de pesadilla e in-  
somnio, me apuran a difundir el recuerdo de aquellos dos mil  
trescientos judíos que perecieron quemados en la pira infernal del“Jueves Negro” del 10 de julio de 1941, en Jedwabne. Yo estoy  
cumpliendo un mandato y ojalá se me escuche. Hay peligro gra-  
ve en tomo a la cabeza de los judíos. No por nada la revista *Sol-  
dados de Fortuna* —que está dedicada a los mercenarios ultrade-  
rechistas— se jacta de un tiraje mensual de doscientos mil ejem-  
plares y de haber lanzado, en 1995, una edición especial en ruso.

Dos libros “best sellers”, *Nación Alienada y La Curva Bell,*rinden culto a la xenofobia y al racismo. El último intenta pro-  
bar que los negros poseen un coeficiente intelectual más bajo que  
los blancos. Entre ambos, elaboran obvios mensajes antijudíos.  
Y hay programas en TV y radio que cargan odio por todas partes.  
Incluso la emisora “Hour of the Time”, de Arizona, aliada de los  
grupos neonazis, había advertido antes sobre violencia en Okla-  
homa. También se dice que otra emisora clandestina neonazi ha-  
bía mencionado, “entre líneas”, algo de lo que iba a ocurrir en oc-  
tubre de 1995, cuando el grupo “Hijos de la Gestapo” se atribu-  
yó el descarrilamiento de un tren en Arizona, que dejó un muer-  
to y cien heridos.

De entre las sombras, salen todos los días los que se prepa-  
ran para matar judíos. El espíritu de Hitler alienta por todas par-  
tes y nunca como en este preciso momento, en octubre de 1999,  
en que estoy llegando al final de esta obra con mucho atraso, de-  
bido a mis descalabros de salud. Definitivamente, ha cobrado  
nueva vigencia el submundo de esoterismo, magia, ocultismo y  
aliento maléfico, de lo que el escritor Trevor Ravenscroft reveló  
como “el alimento diario” de Adolfo Hitler en su obra *Hitler: La  
conspiración de las Tinieblas.* Y lo digo porque, en verdad, es de  
las tinieblas de donde se levanta renovado el odio antisemita.

Esta vigencia de Hitler y de la esvástica, la puso de relieve,  
en su Revista Dominical del 19 de mayo de 1996, el diario *La  
Nación* de Costa Rica. En un cuadro ilustrativo de un artículo de  
investigación sobre “Predicadores del Odio”, dio tres ejemplos:  
en Austria, se ha mostrado el avance del Partido de la Libertad,  
liderado por Jorg Haider, “fervoroso antiinmigracionista y admi-  
rador de las políticas de empleo de Adolfo Hitler. Haider es con-  
siderado el ultraderechista europeo más prominente en cuanto a  
presencia parlamentaria”.

En Rusia, por su parte, el fenómeno, según *La Nación,* cre-  
ció a partir de 1990, y en la actualidad son numerosos los secto-res que incitan a una lucha racial, étnica y religiosa, con la idea  
de un Estado corporativo y una sociedad militarizada. El más no-  
torio de estos grupos, la “Unión Nacional Rusa”, está jefeado por  
Alexander Barkashov, quien considera a Occidente como una  
amenaza, odia a los judíos y pregona la “dictadura nacional”.

El último ejemplo se refiere a Argentina. Según la revista  
*Noticias,* existe allí el Partido Nacional Socialista de los Trabaja-  
dores y desde 1980 se ha fundado una veintena de organizaciones  
filonazis que poseen sus propias publicaciones. Como las ten-  
dencias ya no se ocultan, en el Partido Nacional Socialista de los  
Trabajadores la esvástica luce al centro de su bandera, aunque  
con una sutil variación.

Para nadie es un secreto que la trilogía Argentina, Chile y  
Brasil ha sido refugio de cientos de criminales nazis, muchos de  
los cuales ya deben haber muerto de viejos, y otros pueden seguir  
vivos, porque eran gente de veinte a treinta años en aquellos  
tiempos bárbaros de la Segunda Guerra Mundial en que se totali-  
zó el saldo aterrador de cincuenta y cuatro millones de muertos  
en el mundo a causa de las bombas y ametralladoras.

En 1997, ANSA, de Roma, despachó una información in-  
ternacional desde Argentina muy interesante. Expertos argenti-  
nos habían comenzado a analizar una fotografía tomada en la dé-  
cada de 1950, en Buenos Aires, a un supuesto Ricardo Bauer, que  
mostraba en sus rasgos “coincidencias sorprendentes” con las se-  
ñas del exjerarca nazi Martín Borman. Según la versión, el hom-  
bre que fue la mano derecha de Hitler —y que se supo murió en  
Berlín en 1945 cuando el Tercer Reich cayó bajo el avance alia-  
do— logró escapar a Argentina, donde vivió con mucho dinero  
durante décadas.

El perito Enrique Prueger —uno de los expertos que anali-  
zaba la fotografía— dijo en principio: “Parece que estamos ante  
el mismo hombre”. La fotografía muestra a una pareja en una  
confitería bonaerense en la década de los cincuenta, y fue entre-  
gada por la anciana Araceli Méndez, que afirmaba haber sosteni-  
do un romance con Borman.

También en este caso se analizaba un pasaporte a nombre  
de Bauer, entregado por una persona que dijo haber conocido a  
Borman, quien, según él, vivió en la ciudad patagónica de Bari-

loche, la misma donde por años vivió el exjerarca nazi Erich  
Priebke, extraditado a Italia, donde su caso es aún polémico.

Borman fue uno de los principales dirigentes de la Alema-  
nia nazi y se le conocía como “el carnicero”. Su nombre figura  
en la lista de varios prominentes nazis cuyo paso por países de la  
América del Sur se señaló en distintas oportunidades —como  
también Joseph Mengele—, pero de los cuales nunca se pudo  
comprobar nada, a pesar de que otros dirigentes nazis —como  
Adolf Eichmann y Josef Schwamberger— fueron efectivamente  
detectados y detenidos en la Argentina. El primero fue secuestra-  
do de ese país por un comando israelita en 1961 y luego ejecuta-  
do en Israel, y el segundo en 1997 aún estaba detenido en Alema-  
nia, después de ser extraditado.

La realidad de la América del Sur como escondrijo de na-  
zis, jamás ha sido puesta en duda. Un corresponsal de la Agen-  
cia EFE de España, Mariano Fontenla, aseguró, en un despacho  
desde Buenos Aires, que unos cuarenta mil nazis, cientos de ellos  
criminales de guerra, encontraron refugio en Argentina entre  
1947 y 1952, bajo la protección del expresidente Juan Domingo  
Perón y de miembros de la Iglesia Católica.

Fontenla echó mano a las conclusiones del libro *Odessa al  
Sur: La Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra,*publicado por la Editorial Planeta como resultado de una investi-  
gación del periodista Jorge Camarasa, quien pasó diez años reco-  
pilando información, testimonios y documentos, sobre el nazis-  
mo en Argentina.

“Perón no era nazi en el sentido estricto de la palabra, pe-  
ro sentía simpatía por ciertos aspectos del régimen en una época  
en que una suerte de tolerancia ideológica, hizo que éste país se  
convirtiera, acaso, en el principal refugio del mundo para estas  
personas”, dijo Camarasa a EFE.

La investigación añade que la apertura de los archivos so-  
bre el paso de los nazis ordenada por el Presidente Menem en  
1992, ftie “una farsa”, pues no había nada en ellos, salvo un con-  
junto de comunicados internos que contenían obviedades y erro-  
res. En otro apartado señaló que “Perón mostraba un interés es-  
pecial por los, científicos, técnicos, ingenieros, e instructores mi-  
litares y hasta había ideado un mecanismo para que pudieran lle-  
gar con seguridad a Buenos Aires”.

Según el libro, “los consulados argentinos en Europa, se  
apoyaban en las rutas de escape montadas por la Iglesia Católica,  
contaban con que la Cruz Roja Internacional siguiera otorgando  
documentación y entregaban visados, previa consulta con Buenos  
Aires”. Finalmente, advierte que algunos se incorporaron a los  
aparatos del Estado burlando a la justicia internacional, todos  
cambiaron sus nombres, recibieron documentación civil falsifica-  
da, manejaron fortunas de millones de dólares, compraron o ven-  
dieron negocios y empresas y hasta se enamoraron y casaron con  
todas las de ley, en el santuario que para ellos significó Argentina.

Los nombres de Josef Mengele, Adolf Eichmann, Joseph  
Schwammberger, Walter Kutshmann, Klaus Barbie, Gustav Wag-  
ner y Erich Priebke, encabezan la enorme lista investigada por  
Camarasa.

Sería cansador y pesado agregar más a todo esto. Creo ha-  
ber probado que no soy dueño de una “mente calenturienta”. Tal  
vez lo único por complementar sería seguir la pista a los miles de  
millones de dólares que significó “el oro judío” arrebatado por  
los alemanes —y ya hemos visto en mi historia personal que tam-  
bién por polacos y otras gentes de nacionalidades diversas—, a  
las víctimas judías.

No por “cuentos de fantasmas y aparecidos” el Parlamento  
de Israel se ocupó, desde el primero de enero de 1997, por prime-  
ra vez y con pasión, de la cuestión de los fondos de los judíos ase-  
sinados por los nazis, y que permanecían, o permanecen, o cam-  
biaron de destino, depositados en los bancos suizos.

Según la prensa de Tel Aviv y algunos contactos que pudi-  
mos realizar en junio de 1997 en esa misma ciudad y en Jerusa-  
lén, la intervención de agentes de los servicios' secretos y del  
“Mossad”, se estaba dando en forma prioritaria en el caso, desde  
que la tensión entre Israel y Suiza creció y la “Agencia Judía” —  
organismo constituido para alentar la emigración de los judíos de  
la diáspora hacia Israel—, aliada con el “Congreso Mundial Ju-  
dío”, amenazó con un boicot internacional a la banca suiza.

Los organismos judíos acusaron a los bancos suizos de no  
haber devuelto, amparándose en el secreto bancario, todos los  
valores depositados por los judíos que trataban de huir de la  
persecución de los nazis, y de haber comprado a los jerarcas  
alemanes enormes cantidades de oro que habían sustraído de laszonas de Europa ocupadas, incluyendo los propios campos de  
concentración.

Exaltos directivos y agentes de los servicios secretos israe-  
litas en el exterior (Mossad), aseguraron a una comisión legisla-  
tiva investigadora, con altos poderes concedidos por la Knesset,  
que “ya están en acción” para encontrar esos documentos. Según  
la prensa de Israel, uno de esos agentes es Zvi Malhin, jefe del  
grupo de especialistas “Mossad”, que en 1961 secuestró en Ar-  
gentina al criminal de guerra nazi Adolf Eichmann, procesado y  
ejecutado en Israel. Melhin tenía entonces que coordinar unas no  
puntualizadas “actividades secretas” en los Estados Unidos.

Según una primera versión, emanada de Suiza, los judíos  
depositaron en los bancos suizos casi sesenta millones de dólares  
de entonces. Sin embargo, las organizaciones judías internacio-  
nales afirmaron que lo depositado “sumaba varios miles de millo-  
nes de dólares, y no esa suma”. Aparentemente, en la Knesset se  
había revisado, sin autorizar la información pública sobre el ca-  
so, un estudio que demostraba la probabilidad de que el dinero re-  
cibido por la banca suiza ascendiese al orden de los mil quinien-  
tos millones de dólares. Pero a esa cifra habría que agregar otra  
de por lo menos dos mil millones de dólares más que los alema-  
nes negociaron con esos mismos bancos y eran producto de lo ro-  
bado directamente a los judíos en los países conquistados, tanto  
en oro físico, cuanto en bienes muebles e inmuebles, cuentas barl-  
oarías sobre las que no tuvieron tiempo de operar, obras de arte y  
otros diversos fondos.

En este caso se duplica mi admiración por el trabajo inves-  
tigativo de los periodistas profesionales. En 1996, antes de que  
la Knesset nombrara la comisión investigadora sobre el oro judío  
para entrar en un acuerdo con Suiza, se afirmó en París, de acuer-  
do con revelaciones de uno de estos periodistas extraordinarios  
que escribían para el prestigioso semanario francés *Le Nouvel  
Observateur,* que el “tesoro del Reich” tres meses antes de termi-  
nar la guerra, estaba formado en parte por trescientas treinta y  
siete toneladas de oro fruto de robos, expoliaciones y saqueos. El  
periodista Vincent Jauvert, que accedió a documentación secreta  
de la comisión franco-anglo-norteamericana para la restitución  
de ese oro —que en una parte se usó en Europa en función esen-

cialmente anti-comunista después de la guerra—, dijo que en  
Bruselas se estaba tratando de desenredar “la telaraña”.

Muchos detalles —en algunos casos estremecedores— sur-  
gieron de la guerra subterránea entre los países europeos para ob-  
tener el oro. Jauvert dijo que en 1947, el representante polaco en  
esa comisión pedía veinte toneladas de oro “cristiano” y ochenta  
toneladas de oro “judío”. Exhibía una carta y documentos de  
1942 encontrados en la oficina central para asuntos económicos  
de la SS.

“Ciento cincuenta kilos de oro proveniente de los dientes y  
de las prótesis encontradas a los prisioneros fallecidos en Ausch-  
witz, serán depositados en el Reichsbank en Berlín”, decía una de  
las notas exhibidas en la información del semanario francés.  
También la demanda de indemnización de Grecia —según la do-  
cumentación nazi de la época—, correspondía a los dientes de  
oro de sesenta y dos mil quinientos judíos griegos muertos en las  
cámaras de gas. Ese oro fue fundido en lingotes de forma hexa-  
gonal, preparado por orfebres que trabajaban en una oficina ad-  
yacente a los hornos donde según los nazis “se cremaban cadáve-  
res”. Albania debió esperar, según la misma información, hasta  
el 29 de octubre de 1996 para recibir su tonelada y media de oro  
robado por los nazis.

He descorrido una puntita del velo de misterio que existe  
en tomo al oro judío depositado por los que pudieron hacerlo en  
bancos de Suiza, o negociado por los nazis cuando robaron, a la  
totalidad de los judíos y pueblos sometidos durante la guerra, to-  
do lo que pudieron. Personalmente creo que nunca llegaremos a  
saber la verdad completa. Sin duda el oro de los judíos fue a pa-  
rar a los bancos de Suiza y de allí tomó diferentes rumbos. Paí-  
ses como Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda,  
Brasil, Argentina, Chile y Portugal han sido señalados, en toda la  
discusión por esta causa, como “cajas de seguridad”, donde mu-  
cho del oro nazi arrebatado a los judíos también fue a parar. Sui-  
za, para evitar el escándalo mundial y el boicot anunciado por los  
judíos, destinó, en 1997, un fondo de ochenta millones de dóla-  
res para resarcir de alguna manera a las víctimas judías de la  
Shoa. En Francia, según el diario *Le Monde,* citando un informe  
de 1951 redactado por el Centro de Documentación Judía, se que-  
daron, en manos de ciertos bancos, ciento setenta y cinco millo-nes de dólares en efectivo y valores en títulos de judíos que ha-  
bían hecho depósitos durante la persecución, y cuyos herederos,  
al final de la guerra, no aparecieron “porque no hubo voluntad  
para buscarlos”. A China Roja, a través de Portugal, fueron a pa-  
rar cien toneladas del oro nazi. A Portugal se le vendieron seis-  
cientos millones de dólares de oro que este país revendió. A Es-  
paña llegaron cargamentos de oro por valor de ciento ochenta y  
cinco millones de dólares, que según reveló Alfonso D’Amato,  
un senador de Washington, “fue parte de lo que Suiza lavó a tra-  
vés de España y Portugal”, países a los que fue enviado a bordo  
de doscientos ochenta camiones protegidos por la bandera helvé-  
tica, emblema de neutralidad.

Lo que quiero significar al hablar de este oro —aunque lo  
he hecho en forma homeopática—, es que sobran fuentes provis-  
tas por los mismos nazis, o sus negociadores bancarios, con las  
cuales se está alimentando toda la resurrección del nazismo en el  
mundo, y la conjura que puede conducir a un nuevo Holocausto  
judío.

Dios quiera que, avisados de la amenaza, sepamos detener-  
la. Si no lo hacemos así, jamás tendremos derecho a llorar, la-  
mentar o reclamar, lo que nos pase en un futuro que pudiera no  
estar tan lejano.

CONSUMIDO EN EL MISTERIO

Desde qúe comenzó las conversaciones y grabaciones que han  
dado forma a este libro, el 15 de noviembre de 1995, Samuel Wa-  
serstein Kahn confesó estar preparándose puntillosamente para la  
muerte. Tomaba esta actividad como un acto de responsabilidad  
personal y condenaba abiertamente a quienes seguían conside-  
rando la muerte como tabú y, para borrarla de sus pensamientos  
diarios, descargaban en sus familiares la decisión de qué hacer  
con los difuntos y los problemas que dejaban pendientes.

En diversas ocasiones, precisó que la desaparición física  
del hombre debe llegar con dignidad y deben ser dignos, además,  
el momento y el entorno en que ocurra. En su caso, la puntillo-  
sidad de prepararse para el viaje sin retomo, se fundamentaba en  
no querer agravar el trauma que produce todo fallecimiento, en-  
loqueciendo a la familia con la angustia de rearmar el rompeca-  
bezas de actividades empresariales inconclusas o a medio conso-  
lidar, encima de acatar el cumplimiento de disposiciones perso-  
nales que, a lo mejor, nada tenían que ver con los asuntos finan-  
cieros. Señalaba que hasta el modo y manera en que los amigos  
acompañen nuestros humanos despojos al cementerio, “ha de ser  
decidido por uno y no dejado a la libre disposición de quienes es-  
tán embargados de dolor”.

El 29 de noviembre de ese mismo año, 1995, criticando los  
disparates que un “futurólogo” italiano había hecho publicar en la  
prensa europea -nada menos que la destrucción de Nueva York  
por un fuego nuclear en marzo de 1999-, Samuel advirtió que le  
era muy difícil imaginarse sobrepasando con vida el año 2000.

Expresó que la muerte había dejado de ser su enemiga y era  
ahora su amiga, y que la encarnizada lucha del pasado contra ella,  
fue librada con el objeto de ganar tiempo y hacer posibles los sue-  
ños familiares alimentados durante la guerra. Sentía que la muer-  
te andaba a la par suya sin estorbarle y que le estaba permitiendo  
cumplir la obligación moral de transformar en realidad, lo que se  
tejió amorosamente en el mundo onírico de sus progenitores.

Concedía mucha importancia a esta misión, pues no desea-  
ba trasladarse al “mundo del misterio” sin cuentas claras que ren-  
dir ante quienes lo esperaban allá, ni sin asegurarse de no dejar  
enredos ni problemas a quienes le sobrevivieran acá.

Los objetivos terrenales de Samuel no eran muchos, pero sí  
muy precisos. Cuando estableció niveles de confianza con algu-  
nas personas, “tantas como tres dedos de una mano”, según sos-  
tuvo, esos proyectos fueron dados a conocer y pueden sintetizar-  
se en cinco prioridades:

1. Reencontrarse con Polonia, la patria que ya no sentía patria  
   y los polacos de Jedwabne y Drohyczsin.
2. Denunciar los criminales sucesos del 10 de julio de 1941,  
   aclarando los errores históricos, reivindicando el nombre  
   de los dos mil trescientos judíos exterminados en la hogue-  
   ra, pidiendo la activación de la justicia para castigar a los  
   criminales sobrevivientes y tratar de recuperar los bienes  
   robados a las víctimas de la matanza (unos cincuenta mi-  
   llones de dólares).
3. Consolidar su mundo patrimonial y empresarial hasta “afi-  
   narlo” con saldos positivos para el futuro y acelerar los  
   cambios y previsiones que fuesen necesarios para garanti-  
   zar una sobrevivencia placentera y sin apuros económicos  
   a su esposa Raquel Goldwasser.
4. Fortalecer, en la medida de lo posible, la situación económi-  
   ca de los hijos, manteniendo la armonía familiar y convir-  
   tiendo esa relación en un ámbito de amor, solidaridad y to-  
   lerancia, transformando además, desencuentros en encuen-  
   tros, marchando todos con fidelidad a sus raíces judías.
5. Establecer una fundación organizada a partir de la primoge-  
   nitura en el hogar de Isaac Waserstein, que mediante autofi-  
   nanciación y recepción de ayudas extemas, se pudiera con-

vertir en el organismo que prepare la información necesaria  
para que la comunidad judía costarricense esté permanente-  
mente enterada del rumbo y la peligrosidad que vaya toman-  
do el nuevo antisemitismo y los demenciales proyectos de  
orquestar otra exterminación de los judíos a nivel mundial.

Pese a que estas notas parecen mandatos que su familia tu-  
viera la obligación de cumplir, la verdad es otra. Al mismo tiem-  
po que el protagonista idealizó la confección de este libro biográ-  
fico y de denuncia, se trazó un objetivo a cumplir y trabajó dura-  
mente para dejar a sus hijos sólo “cosas resueltas”.

Animó su indeclinable disciplina de trabajo, a veces casi  
obsesiva, proclamando que no quería vivir muriendo, sino morir  
viviendo. ¡Y así fue!

El 9 de febrero de 1997, fecha coincidente con la de su  
muerte tres años después, Waserstein consideró que había llega-  
do el momento de concretar el proyecto de Polonia. Su intención  
original era la de involucrar en este viaje a todos sus hijos, pero  
tal deseo no se pudo realizar: su hija Rebeca, abogada de profe-  
sión, estaba inmersa en el proceso de transformación de algunos  
de sus intereses económicos y profesionales y él no quería obsta-  
culizar ese camino. La misma imposibilidad de viajar, debido a  
compromisos comerciales, se presentó para su hijo Gerardo. De  
manera que, al llegar el mes de mayo de 1997, cuando Varsovia  
ya había dejado atrás sus crudos cuadros invernales, la comitiva  
familiar quedó reducida al propio Samuel; su esposa, Raquel; su  
hijo mayor, Isaac (doctor en farmacia y presidente de Laborato-  
rios Stein, una importante industria de productos farmacéuticos);  
su segundo hijo, Saúl (doctor en medicina y cirugía, pero total-  
mente dedicado a los negocios) y su esposa Fanny Medina (des-  
cendiente de una familia judía sefardita). Ellos le acompañarían  
solamente a Polonia. Además, el periodista Yehudi Monestel Ar-  
ce, Haim (Jaime) Shorsko y la nieta, Jaia Waserstein Medina, se  
unirían al grupo en Polonia, procedentes de Israel.

El largo vuelo trasatlántico entre Costa Rica y Holanda, en  
este caso puerta de entrada y salida de Europa y el Cercano  
Oriente, le permitió discutir y afinar algunos detalles aun difusos  
del proceso de buscar aclaraciones y lograr reconexiones con la  
historia familiar del pasado en diversas partes de Europa. Fue  
 La denuncia — 299

notorio que Samuel no sólo quería efectuar sus investigaciones  
en suelo polaco, sino que deseaba despedirse de algunos lugares  
que guardaban para él recuerdos especiales o suponían escondri-  
jos históricos y espirituales aun por conocer. Desde esta perspec-  
tiva, Holanda era el trampolín para catapultarse a Polonia y, a  
partir de aquí, Praga en la República Checa, Moscú, en Rusia,  
Tel-Aviv y Jerusalén en Israel, Bélgica, como paso “accidental”  
y Madrid, en España.

En el Aeropuerto Internacional de Amsterdam, que por en-  
tonces sufría los embrollos de una remodelación, Samuel exhibió  
sus dotes de buen actor para, cumplir una de las citas secretas que  
el periodista Jan Deswiesky le había concertado desde 1996: el  
encuentro con una persona cuyo nombre no hay necesidad de  
cambiar, ni de ocultar en este relato porque con seguridad, debi-  
do a la índole de su trabajo, se debe presumir totalmente falso:  
George van Derveenders, un investigador privado.

Con el pretexto de la larga y tediosa espera para la recone-  
xión del vuelo a Polonia, sugirió a su esposa e hijos aprovechar  
el tiempo para estirar las piernas, refrescarse y visitar las tiendas  
libres llenas de “gangas” de primera. En ellas se exhibían finísi-  
mas piezas de porcelana, con predominio de oro, azul y blanco,  
originales de Delft, pueblo de los más renombrados ceramistas  
holandeses y tierra nativa del “padre de la patria”, Guillermo el  
Taciturno.

Para terminar de encubrir su plan secreto, alegó “necesida-  
des biológicas” imperiosas de cumplir y señaló un punto fijo en  
el aeródromo para el reencuentro una hora después.

Luciendo un sombrerito de tela parda, juvenil, con aire ti-  
rolés, que daba picardía a su rostro habitualmente tosco, Samuel  
desapareció entre la desordenada masa cotorreante y encarrerada  
de los viajeros y sostuvo un brevísimo encuentro de diez minutos  
con el rechoncho Derveenders. Éste había atendido un fax envia-  
do de Costa Rica y viajó a Jedwabne, en Polonia -presumible-  
mente financiado por Waserstein- para tratar de determinar cuán-  
tos asesinos sobrevivían de los sucesos de 1941.

La información fue más allá de lo que se esperaba. De los  
bien conocidos por Samuel, había dos residiendo aún en Jedwab-  
ne: uno en Varsovia y otro en la zona de Tamów, en los suburbios  
de Cracovia, propietario de un exitoso negocio de bienes raíces.Era tal, el Rominski que tantas atrocidades había cometido en  
aquellos perdidos días de locura. Pero lo que impactó malamen-  
te a Samuel, fue enterarse de que otros ocho hombres y cuatro  
mujeres que participaron activamente en la aniquilación de judíos  
y el posterior pillaje de sus bienes, no conocidos o recordados por  
él, eran prósperos residentes en Bialystock y Lomza.

La revelación afectó notablemente a Samuel que, tamba-  
leante y balbuceando palabras incoherentes en hebreo, se refugió  
en la planta alta de una cafetería, donde perdió la noción del tiem-  
po, ahogado por el dolor y la impotencia. Cuando sus familiares,  
alarmados por su tardanza, le encontraron, su única respuesta a  
las preguntas sobre su mal aspecto físico fue que un repentino  
mareo lo estaba sacudiendo.

En Polonia, el grupo Waserstein Goldwasser se comprome-  
tió en una verdadera maratón de viajes internos que abarcaron  
Varsovia, Lodz, Cracovia, Bielks Podlaski, Drohiczyn, Ausch-  
witz, Treblinka, Lomza, Jedwabne, Jednacksewo, Lublin y Zam-  
brow, para no citar más que unos pocos lugares.

Samuel desarrolló en Varsovia un épico esfuerzo tratando  
de resolver los problemas que obstaculizaban su proyecto de de-  
nunciar el crimen masivo ignorado hasta el presente. Uno de  
ellos fue el vacío dejado por la desaparición de Wojciech Ta-  
deusz. Otro, el desplazamiento del periodista Jan Deswiesky a  
los escenarios de guerra de Bosnia-Herzegovina. El tercero, la  
imposibilidad de tener acceso al famoso Adam Michnik, director  
del diario “Gazeta Wyboroza”, a quien se había solicitado una ci-  
ta de treinta minutos desde Costa Rica y, finalmente, el “conge-  
lamiento” oficialista de su petición para una entrevista con el Pre-  
sidente Kwasnieswsky.

Las ideas de Waserstein con respecto a conversar con todos  
estos personajes, no nacieron de caprichos personales. Antes  
bien, por razones de seguridad, él quería pasar inadvertido en Po-  
lonia, asumiendo el papel de un simple turista. Pero jamás dejó  
de sentir que tenía el deber moral de reinvindicar el nombre de  
aquellos dos mil trescientos polacos judíos exterminados en la  
hoguera, revelando esos hechos, y demandando castigo para  
quienes con tanta brutalidad los perpetraron..

De acuerdo con la información que manejaba, su cita con  
Tadeusz era especial porque estaba convencido de que ese hom-bre ya mayor, cuya vida estaba envuelta en nebulosas, tenía en su  
poder documentos legados por una señora Somowski, asesinada  
en los años noventa en una aldea a orillas del Río Vístula, que re-  
velaban las maniobras fraudulentas e ilegales, por medio de las  
cuales los bienes de los polacos judíos aniquilados en Jedwabne  
habían ido a parar a las manos de los cabecillas criminales que  
alentaron los *progromos* de 1941 en aquella parte de Polonia. A  
Michnik, que había jugado un papel muy importante para que el  
cambio del gobierno democrático de Lech Walesa, a manos del  
socialista Kwasniewsky (ligado en el pasado a los regímenes co-  
munistas de la posguerra) no generara un derramamiento de san-  
gre, quería entregarle un relato en síntesis de la matanza del 10  
de julio de 1941, para que la diera a conocer a Polonia y le ayu-  
dara a presionar en demanda de justicia. Finalmente, creía que  
conversando con el Presidente Kwasniewsky, era posible conven-  
cerlo de que, a nivel oficial, se investigara y resucitara el caso.

Está probado hasta la saciedad en todo este relato, que a  
Samuel Waserstein ninguna dificultad le arredró en la vida, de  
manera que cerradas unas puertas, hubo voluntad y persistencia  
para abrir otras. Anticipando contrariedades de este tipo desde  
Costa Rica, el indomable judío se las compuso para establecer  
otros contactos a lo largo de su viaje, que pasaron desapercibidos  
a su familia.

Sin disimular la cólera que le producía saber vivo y con só-  
lida posición económica a Rominsky, se dejó envolver por la ob-  
sesiva idea de marchar a Cracovia y enfrentarlo. Durante muchas  
horas, un rebrote de odio lo estuvo comiendo por dentro y ator-  
mentando. Sin embargo, esta agitación interior desapareció du-  
rante el encuentro sostenido en el Hotel Victoria Internacional,  
ubicado en la 11 Królenska del *centrum* varsoviano, con Elena y  
Antony Wyrzykowski (hijos de Antosha y Koeshe), que de algu-  
na manera en los años cuarenta, arriesgando diariamente sus vi-  
das en unión de sus padres y abuelos, aseguraron su existencia  
hasta el final de la guerra en 1945.

Las entrevistas fueron emotivas y la generosidad del judeo-  
polaco, ancha y larga. Sabiendo de antemano que la situación eco-  
nómica de los hermanos no era buena, proveyó lo necesario para  
que durante el siguiente año, alimento y techo les quedaran garan-  
tizados. Esta faceta de la personalidad caritativa de Samuel Wa-serstein casi nadie la percibió antes: era generoso de verdad. Cuan-  
do se sentía en deuda con alguien, ayudaba sin regateos. Pero sus  
actos de caridad eran guardados en secreto. Alguna vez, dijo que  
había aprendido de los polacos cristianos que salvaron su vida en  
Polonia, que cuando se da con plena consciencia del acto solidario  
que se ejecuta, “la mano izquierda no debe saber lo que hace la de-  
recha”. Es dudoso que este perfil humano hubiese sido visible, aun  
dentro de su propia familia. Más adelante, en esos días enajenan-  
tes de su última visita a Polonia actuó igualmente, beneficiando a  
otras personas con quienes creía estar en deuda. Eso ocurrió en  
Jedwabne, en Jednaczewo y también en Costa Rica.

El día 15 de mayo de 1997 a las diez y treinta de la maña-  
na, Samuel Waserstein Kahn, como un fantasma del lejano pasa-  
do, seguido de su pequeño grupo familiar, visitó su pueblo natal  
de Jedwabne. Una tensa calma envolvía aquella reducida porción  
geográfica del norte de Polonia. Cualquiera podía imaginar, en  
ese momento, que la presencia conmovida en la Plaza Mayor de  
uno de los últimos sobrevivientes judíos de la masacre del “Jue-  
ves Negro” de julio de 1941, había sido adivinada por los pobla-  
dores, que prefirieron encerrarse en sus casas para no enfrentar al  
hombre que sacudía la memoria histórica aldeana, reviviendo el  
día en que los componentes de esa comunidad se convirtieron en  
fieras sedientas de sangre.

Realmente, esa visita sumergió por primera vez a los hijos  
de Samuel en el drama que marcó a su padre con terribles fractu-  
ras y cicatrices. Una vez más los fenómenos del miedo, el odio  
y la desesperación, se materializaron hasta casi poder tocarse con  
las manos. Tal vez el peor momento llegó cuando, rumbando al  
sur de la Plaza Mayor, se alcanzó el predio en el que se levanta,  
rodeado de una verja de hierro corroído por la oxidación y a pun-  
to de caer, una enorme roca de granito en la cual, hace más de  
cincuenta años, se colocó una placa metálica con la cínica leyen-  
da de que allí, el 10 de julio de 1941, *los nazis mataron a mil seis-  
cientos judíos polacos.*

Al terminar sus oraciones, toda la resistencia de aquel hom-  
bre atormentado por la visión de su madre, su hermano y su co-  
munidad despedazándose en las llamas del infierno desatado por  
el odio antisemita, se vino al suelo. Fue una escena desgarrado-  
ra. Con gemidos, estertores, deformados los músculos faciales ylas manos convertidas en garras que arañaban la tierra con deses-  
peración, Samuel Waserstein gritaba llamando a su madre. Toda  
consciencia de sus actos, toda lucidez, desapareció por largos mi-  
nutos del hombre destrozado por el dolor y la impotencia. Su es-  
posa, sus hijos, su nuera, su nieta y su amigo, apartaron la mira-  
da de aquella persona amada, convulsa, e irreconocible en su pe-  
na. Tal vez fueron los espítirtus invisibles de los dos mil trescien-  
tos judíos sacrificados, los que sacaron a Samuel de su paroxis-  
mo. Poco a poco, recobró la consciencia y el control de sus ac-  
tos. Llenó unas pequeñas bolsas con tierra nativa y se puso de pie  
para alejarse, lentamente, del lugar.

Todo esto que se narra parece ser una crueldad innecesaria.  
Pero Waserstein lo dispuso así: “Si mi muerte llega antes de que  
este libro sea impreso, pido agregar un último capítulo en que se  
relate todo lo que me ha ocurrido en este viaje. No quiero escon-  
der mis enajenaciones, arrebatos emocionales y humillaciones.  
Lo que yo padezca, lo que suceda con mi vuelta al infierno, debe  
decirse tal como ocurrió, para que aun en el relato de tal tormen-  
to, los judíos de todo el mundo tomen el ejemplo de las deforma-  
ciones síquicas con que vivimos los sobrevivientes del holocaus-  
to y cobren más validez mis advertencias de que estamos cami-  
nando hacia otro cataclismo como ese”.

Samuel Waserstein sabía, lo supo desde antes, que ese 15  
de mayo de 1997, se estaba produciendo su último contacto con  
la tierra que lo vio nacer. Mientras se le tomaba una fotografía al  
lado de un rótulo de carretera que mostraba con grandes letras ne-  
gras la palabra **Jedwabne,** dijo a su amigo Haim: “Hazte una fo-  
to también tú, porque a esta tierra jamás volveremos...”

Horas más tarde, en Jednaczewo, vivió una realidad dife-  
rente, más plácida y amable. Repuesto del arrebato doloroso en  
su aldea natal, visitó las pasturas y trigales de la antigua colonia  
agrícola y, llevado por-el instinto, ubicó el lugar donde se levan-  
taban la casa de los Wyrsikowsky y la chanchera bajo la cual vi-  
vió dos años y cuatro meses en sus días de fugitivo. Se acostó so-  
bre la hierba, con las palmas de sus manos abiertas y, tambori-  
leando el suelo, gritó a su familia:

-¡Aquí era, aquí era! ¿Lo pueden ver ustedes? ¿Lo ven?  
¡Aquí abajo estábamos apuñados, sin ver el sol, durmiendo en es-  
tiércol! ¡Es increíble!

A los pocos minutos, el contomo hervía de gente. Algunas  
viejas polacas sonrosadas y fuertes, de sonrisas amistosas, reco-  
nocieron al personaje acostado en el suelo: era Stanislaw, el pa-  
riente de los Wyrzikowsky, que en los años cuarenta participaba  
en los rosarios marianos del pueblo cantando las letanías en per-  
fecto latín.

Fueron sesenta minutos de felicidad para el viejo polaco.  
Semejaba un político profesional en busca de votos. Abrazaba a  
los niños, intercambiaba apretones de manos con los campesinos  
granjeros y se estableció la comunicación en fluida lengua pola-  
ca que brotaba de su mente sin dificultad, resucitada en su memo-  
ria por el jolgorio.

El epílogo de la visita llegó cuando Samuel repartió disi-  
' muladamente algunas sumas de dinero a tres mujeres que recono-  
ció como amigas confiables de Antosha en aquellos lejanos tiem-  
pos y escuchó la versión de un viejo de ochenta años llamado  
Theodor Szmeder, de cómo los dos únicos pillos reconocidos de  
' aquella aldea que habían participado en los *progromos* de 1941,  
siguieron su vida criminal hasta que en enero de 1949, mientras  
trataban de asaltar una tienda de Lomza, fueron acribillados a ba-  
lazos por la policía.

- Salió de Polonia y fue a otros países con bastante opti-

mismo y deseo de saludar amigos. Fue recibido en España por  
la Embajadora de Costa Rica, doctora Rosemary Karpinski, de  
padre polaco y madre costarricense. Y, en Israel, por Manuel  
López Trigo, también embajador de Costa Rica, con sede en  
Jerusalén.

Antes de abandonar Madrid, el 5 de junio, hizo anotar en .  
una libreta los nombres del empresario Marino Leandro; el inge-  
niero Carlos Monestel Malavassi; doña Marina (jamás recordó su  
apellido), la zapatera de Barrio Cuba; el cónsul José Segovia  
Atencia; el agricultor Eduviges Sequeira; el funcionario de Mi-  
gración Hernán Solano; el empresario Ricardo Neily; el piloto  
Capitán Nautilio Rodríguez; Antosha Barush y Stefania Sfaleins-  
r ka. Señaló que para el 13 de marzo del 2000, en que cumpliría  
treinta y siete años de haber llegado a Costa Rica (13 de marzo  
de 1963), deseaba realizar una celebración en su casa, para agra-  
decer a todas esas personas la ayuda que le habían dado para se-  
guir con vida en Polonia durante la guerra y para labrar su desti-no de próspero comerciante y empresario consolidado en Costa  
Rica. Salvo el caso de Sfaleinska y Antosha, tddas las demás per-  
sonas citadas son costarricenses que, según Samuel, le tendieron  
la mano con generosidad al llegar al país sin un céntimo, mien-  
tras que muchos de sus compatriotas polacos y sus “hermanos”  
judíos afincados en el país, le habían vuelto la espalda.

De esa lista, al día de hoy, ya han fallecido el piloto Nau-  
tlio Rodríguez (que aun sin dinero lo transportaba a la zona sur  
donde comenzaba su cría de ganado), Segovia Atencia, Eduviges  
Sequeira, Hernán Solano y Ricardo Neily. Sobreviven Marino  
Leandro y el ingeniero Monestel Malavassi en Costa Rica y An-  
tosha Barush y la Sfalienska en Estados Unidos y Polonia.

Quizás cuando hizo esa lista había olvidado sus propias pa-  
labras de 1995, consignadas en la página 33 del tercer proyecto  
de borrador de este libro, terminado en diciembre de 1999: “Ya  
dije antes, que tengo el presentimiento, casi la certeza, que mi  
presencia terrenal desaparecerá poquito después de comenzado el  
mitológico año 2000...”

Eso, que así adelantó, ocurrió tal cual.

La “consumida en el misterio” de Samuel Waserstein Kahn  
-el punto final de su historia- ocurrió el 9 de febrero del año  
2000 a las 16:20 horas en San José, Costa Rica.

Si se lee todo este relato con atención, es evidente que el  
protagonista se regodeaba con la posibilidad de que la muerte le  
alcanzara en el mismo lugar donde comenzó su esfuerzo narrati-  
vo en 1995. Incluso en España, al egresar del Hospital San Car-  
los de Madrid, tras cuatro días de intemamiento a causa de una  
incipiente arritmia cardíaca que casi lo liquida, manifestó que no  
se sorprendería en el futuro si esa misma patología terminaba con  
su vida.

En esa ocasión, habló de que apenas tenía el tiempo justo  
para poner todos sus asuntos en orden, preparar a su esposa e hi-  
jos para su desaparición y convencer a su nieto Mitchell (hijo de  
Isaac, el primogénito) de continuar su obra: seguir con lo que se  
mantenga pendiente de las denuncias sobre los hechos de 1941,  
rastrear a su probable familia desperdigada por el mundo, organi-  
zar el sistema de información sobre la amenaza de una nueva ma-  
tanza de judíos e interesar a las autoridades de Israel para presio-  
nar a Polonia a fin de que los cincuenta millones de dólares de los

bienes robados a las víctimas judías de Jedwabne, fueran recobra-  
dos y dedicados a obras de bien social a favor de los niños pobres  
de Jerusalén.

Durante 1997, indagó todo lo que pudo sobre la increíble  
historia de los costarricenses que lucharon en los ejércitos contra-  
rios al “Eje” Roma, Berlín y Tokyo y sobre las páginas de valor  
y espíritu de sacrificio que algunos de estos combatientes vivie-  
ron. Confesó que aun sabiendo de “algunos pequeños brotes” an-  
tijudíos en Costa Rica, durante los años cuarenta, el amor a este  
país centroamericano aumentó cuando descubrió que algunos de  
estos “soldados de un país sin ejército” habían perecido en manos  
de los nazis por salvar la vida de patriotas y judíos en Europa  
Central.

En agosto de 1997, mientras permaneció recluido en la Clí-  
nica Bíblica debido a las serias lesiones sufridas en un accidente  
de tránsito en el que también su esposa Raquel resultó severa-  
mente herida y fracturada, expresó el deseo de editar un pequeño  
libro con las historias y fotografías de estos héroes cosntarricen-  
ses. Le emocionaba la vida del doctor Carlos Collado Martínez,  
que no sólo salvó nacionalistas italianos luchando en la sextuagé-  
sima tercera Brigada Clandestina de Liberación Nacional, sino  
que protegió la fuga de algunos judíos polacos que huyeron de  
Polonia a Hungría y Eslovenia, desde donde su comando los in-  
ternó en Italia. Recién graduado de médico en Bolonia, a la vis-  
ta de la barbarie desatada por Hitler con la complicidad de Mus-  
solini en Italia y Europa el doctor Collado con sus profesores, los  
doctores Porteli y Businco, realizaron muchos actos de verdade-  
ro heroísmo. El 10 de octubre de 1944, en el Casalecchio, Reno,  
el doctor Collado fue capturado por los nazis y fusilado con sus  
compañeros Businco y Porteli junto a doce combatientes más.  
Sobrevivieron los doctores Ramón Fallas y Antonio Portuguez,  
también costarricenses, que al final de la guerra pudieron regre-  
sar a Costa Rica.

A Samuel Waserstein le parecía que esto era increíble. De  
un país que ni siquiera llegaba al millón de habitantes, ¿brotaron  
tantos héroes anónimos para luchar contra Hitler y el Imperio de  
Hirohito sin que la historia recogiera sus nombres, ni sus actos?  
Le conmovió, además de lo del doctor Collado, conocer la exis-  
tencia de la llamada “Brigada de Los Angeles” (en honor a la Vir-  
 La denuncia — 307

gen de Los Angeles en Costa Rica) y el valor suicida con que el  
Capitán F. L. Laurent de Alajuela (fusilado por los nazis a ori-  
llas del río Oder de Polonia en setiembre de 1942), había armado  
una red de escape para transportar hasta Suecia, por el Báltico, ju-  
díos y polacos que huían de los nazis desde Gdansk. También co-  
noció el lunes 26 de mayo de 1997, al cumplir el ritual religioso  
tanto tiempo soñado por él ante el “Muro de los Lamentos” en Je-  
rusalén, ese trozo sagrado de restos arqueológicos enclavados en  
una depresión después de la “Puerta de Jaffa”, a Aaron Weim-  
berg, un judío de origen checo, que al saberlo de Costa Rica le  
testimonió que su padre Abraham y su madre Greika, habían si-  
do rescatados de un campo de concentración en Alemania por un  
soldado costarricense que también era prisionero de los nazis, el  
Sargento Jorge Astúa Caetano, que los condujo a Lyon, Francia.

Astúa luchó en la Legión Extranjera y también con la resis-  
tencia de Francia, en las alcantarillas de París y sobrevivió la gue-  
rra. Murió hace pocos años en San José, donde ejerció como  
Agregado Cultural de la Embajada de Francia y luego como pe-  
riodista, pues estaba afiliado al Colegio de Periodistas de Costa  
Rica.

Otros costarricenses que pelearon contra las fuerzas de Hi-  
tler fueron Eduardo Freujean González, que combatió en Bélgi-  
ca, Dunkerke y Normandía; Juan L. Vargas Cubero, en Alema-  
nia; Alcides Sibaja Alvarado, en Alemania; José Watson, en Fran-  
cia y Normandía; Vemor Odonel Quirós, que cumplió treinta y  
tres misiones de bombardeo sobre Francia y Alemania; Willy  
Dent Fernández, herido tres veces, combatió en Dunkerke, luego  
Francia y finalmente en Italia, donde murió en acción en 1944; el  
Teniente Bernardo Yglesias peleó en la aviación contra el Eje y  
después de dieciséis misiones fue derribado a 600 millas de Yo-  
kohama el 29 de abril de 1945; Jorge Cadet Ugalde combatió  
contra los nazis en Francia; el Teniente Gastón Arango fue piloto  
de un bombardero Liberator B-24 y ganó el “Corazón Púrpura”  
por treinta misiones sobre Alemania, Francia y Bélgica; el Capi-  
tán Róger J. Chacón Cantón perteneció al Servicio de Inteligen-  
cia de Estados Unidos y cumplió misiones en Alemania, Polonia,  
Austria y Francia. Se cree que fue él quien inclinó al Capitán  
Laurent (mencionado anteriormente) a su actividad pro-judía enel Báltico. Pero esos no fueron todos, sino muchos más, y a esto  
se debió la admiración de Samuel.

Sobre estos hechos históricos, realmente desconocidos pa-  
ra la mayoría de los mismos costarricenses, Samuel se detuvo  
muchas veces durante la realización de este libro. Hubo necesi-  
dad de buscarle documentos que los probaran y, adquirida la se-  
guridad de que no había absolutamente nada especulativo en las  
informaciones recibidas, proclamaba con más fuerza su amor a  
este pequeño país centroamericano, llamándolo asiento de “gen-  
te buena y solidaria” e “infantilmente osada”.

Cuando las acciones de Hitler en Europa llegaron a su má-  
ximo nivel con la invasión a Rusia y en otra dirección, a las sie-  
te de la mañana (hora americana) del día 7 de diciembre de 1941,  
Japón', en un ataque por sorpresa, destruyó la base naval estadou-  
nidense de Pearl Harbor, en las Islas de Hawaii, Costa Rica, en  
un acto inimaginable, se convirtió en la primera nación america-  
na en declararle la guerra al Imperio de Hirohito y las naciones  
del “Eje” inspiradas por Adolfo Hitler.

La “infantil osadía” de que habló el protagonista, se resol-  
vió entonces en un acto que muchos años después no se puede  
juzgar de otra manera que “temerario”. El mismo día del ataque  
a Pearl Harbor, el Presidente de Costa Rica, doctor Rafael Angel  
Calderón Guardia, le ordenó a su Ministro de Relaciones Exterio-  
res, Alberto Echandi, remitir al Congreso Constitucional de la  
República una petición, abundante en razones de índole interna-  
cional, para que se autorizara al Poder Ejecutivo a firmar un de-  
creto de declaratoria de guerra contra Japón “y cualquier otra po-  
tencia no americana, que cometa actos de agresión o declare la ,  
guerra a una de las repúblicas americanas” (cita textual del docu-  
mento oficial).

El día 8 de diciembre de ese año, el Congreso votó por ma-  
yoría la autorización solicitada por el Gobierno y la resolución,  
firmada por el Presidente del Congreso, licenciado Teodoro Pica-  
do Michalski (hijo de padre costarricense y madre polaca), fue re-  
mitida a la Casa Presidencial en cuyo despacho, a las doce meri-  
diano, el Presidente Calderón firmó el decreto de la declaratoria  
de guerra, anticipándose así al propio Congreso de los Estados  
Unidos.

Waserstein recordaba que por esas fechas, él estaba conver-  
tido en fugitivo de los *progromos* antijudíos en Polonia, en la más  
absoluta miseria y orfandad. Sobre estos sucesos declaró repeti-  
damente que si bien Costa Rica “no significó factor decisivo al-  
guno en esa guerra, a favor de los aliados, sí significó un ejemplo  
de coraje y solidaridad, eslabón estratégico en la cadena conti-  
nental y cifra moral”. También decía que “el adelantamiento cos-  
tarricense debía avergonzar a los gringos, que siempre estuvieron  
engañados por sus propios presidentes en la contienda bélica  
mundial y a la zaga de los acontecimientos”. Se refería a que Ja-  
pón no sólo destruyó la base de Pearl Harbor el día siete, sino que  
declaró la guerra a los Estados Unidos el ocho, aún antes de que  
ese país respondiera por to que fue llamado *day ofinfamy.*

Para el día 11 de diciembre del mismo año, a las dos de la  
tarde, cuando Hitler en Berlín declaró también la guerra a los Es-  
tados Unidos y Gran Bretaña, sorprendiendo otra vez a Washign-  
ton dormido, Costa Rica quedó automáticamente en estado de  
guerra contra Alemania e Italia, de acuerdo con el contenido de  
la petitoria enviada al Congreso Constitucional, la autorización  
votada por mayoría y el decreto firmado por Calderón Guardia el  
día ocho. A partir de entonces, unos trescientos costarricenses se  
enrolaron voluntariamente en los ejércitos aliados y los frentes de  
guerra clandestina de resistencia en África, Italia y Francia.

Todos estos comentarios, todas estas expresiones de amor  
por Costa Rica, fueron reafirmados en abril de 1999 cuando Wa-  
serstein procedió a la revisión final de este libro. Dijo entonces  
que “los judíos deben tanta honra y apoyo a Costa Rica como es-  
te país y sus hijos dieron a ellos” y agregó, convencido, que  
“cuando el fuego de una nueva persecución contra los judíos sa-  
cuda al mundo, esta nación será un escudo protector, aun en su  
pequeñez, para que muchos burlen a los aniquiladores, siguiendo  
la tradición que también hizo posible que el Estado de Israel se  
convirtiera en una realidad en 1948 en las Naciones Unidas, con  
el voto costarricense entre los primeros”.

Aparte señaló que “los judíos no pueden mirar con ojos  
ciegos, las grandes cosas que países pequeños como éste que aho-  
ra es el nuestro, han hecho por nosotros, tan de alabar y de agra-  
decer, como la decisión que choca con los palestinos, los árabes  
y los pusilánimes de la ONU, de ser uno de los dos únicos países

en el mundo que mantienen sus embajadas en Jerusalén, raíz del  
pueblo judío, cuando todos los demás, por presiones de los pode-  
rosos, o por miedo a represalias, las trasladaron a Tel Aviv”.

Confesó entonces que la lectura de los borradores le había  
dejado la sensación de “estar mareado” y “confundido” muchas  
veces con su proia historia, de haber caído en incontables repeti-  
ciones que al final las veía como buenas, porque a veces a la hu-  
manidad hay que “meterle a martillazos en la cabeza” ciertas co-  
sas y porque definitivamente las nuevas generaciones de judíos  
tienen que darse cuenta de la peligrosa cercanía en que están de  
“caer en el descreimiento y la negación de la historia de extermi-  
nio y barbarie que los hizo víctimas durante la Segunda Guerra  
Mundial”.

Durante los últimos años de su vida, Samuel sufrió porque  
debido a su precario estado de salud, no pudo seguir satisfacien-  
do su desmesurada sed de lectura. Cabe recordar que fue en Cu-  
ba, alrededor de los años cincuenta, cuando se enfrentó “por pri-  
mera vez y en serio” -como le gustaba repetir- con los libros.  
Enloquecido por las pesadillas y sueños que revivían todos los  
horrores soportados en Polonia y las interminables noches en que  
no podía conciliar el sueño, los libros comenzaron a ser usados  
como “somnífero”, pero poco a poco le fueron despertando un  
tremendo apetito de sabiduría. No era un lector ordenado, siste-  
mático, bien orientado, sino que agarraba para consumo inmedia-  
to toda cosa impresa que cayera en sus manos.

Sin embargo, las historias sobre la Segunda Guerra Mun-  
dial y las raíces del judaismo eran sus favoritas. Se tragó literal-  
mente **Las Guerras de Hitler,** de David Irving y descubrió que  
el autor intentaba hacer creer que el Fuhrer jamás ordenó directa-  
mente el aniquilamiento de los judíos en Europa. Todo lo rela-  
cionado al holocausto en esa obra, lo tenía bien grabado en el ce-  
rebro. Lo mismo ocurrió con la **Historia de los Judíos** de Paul  
Johnson, cuyo capítulo sobre el significado de Hebron para el ju-  
daismo se sabía de memoria. Era capaz de citar muchos párrafos  
del Antiguo Testamento, de las narraciones sobre la primera y se-  
gunda guerra mundial de los soviéticos I. Nikolaev y V. Israe-  
lian, de un grueso libro sobre el Papa polaco Karol Wojtyla (Juan  
Pablo II) escrito por Ted Zsulc, un ensayo sobre cultura nazi de  
Lionel Richard, la historiografía de la Segunda Guerra del Karlvon Vereiter, el **Hombre de Ceniza** de Salomón Isacovici, las pá-  
ginas bélicas de Manusevich y toda la serie de reportajes de Ye-  
hudi Monestel sobre los costarricenses que combatieron el nazis-  
mo y los japoneses en la Segunda Guerra Mundial.

Admitía haber leído unos 100 libros, folletos y documentos  
sobre el holocausto; unos cinco sobre historia y geografía de Cu-  
ba; tres sobre actividades ecuménicas judeocristianas; seis histó-  
rico-geográficos sobre Costa Rica y, encima de ello, haber visto  
por lo menos cuarenta videos sobre los horrores de los campos de  
concentración, incluso la famosa película **La Lista de Schindler.**

Repudiando a los nazis que de 1935 a 1938 quemaron más  
de diez mil obras literarias escritas por judíos, cayó sin embargo  
en el mismo pecado al terminar de leer **Derrota Mundial** del me-  
jicano Salvador Borrego, a finales de 1998. Admitió haber sufri-  
do de enajenación mental, pero alegó que no podía soportar pasi-  
vamente el que varios millones de ejemplares de ese libro circu-  
laran por el mundo (la que había leído fiie la edición número se-  
senta y dos) proclamando que eran los judíos los culpables de las  
guerras mundiales, los que habían dado el poder a los comunis-  
tas, manejaban el mundo de las altas finanzas y la política en los  
Estados Unidos y estaban conspirando para establecer un “nuevo  
orden mundial”, en la cúspide del cual ellos serían los nuevos  
amos y señores de una humanidad sujeta a esclavitud y miseria.

Después de estas cosas, aceleró sus preparativos de “parti-  
da”. Estuvo presente en el Bar-mitzvah de uno de sus nietos, hi-  
jo de Gerardo, en Miami; en la boda de Clara, hija de su primo^  
génito, el doctor Isaac Waserstein y Jeannette Rubinstein; en la de  
una sobrina, hija de su fallecido hermano Moisés, evento que  
aprovechó para abrazar a toda la descendencia “moiseseana” y  
luego, en algunas cosas importantes relacionadas con su hija Re-  
beca y el nacimiento de su nuevo nieto Abraham Vishnia. Final-  
mente, estuvo muy contento porque se aproximaba el nacimiento  
de su primera bisnieta, hija de Clara, que no llegó a ver (nació en  
Puerto Rico, el día 9 de marzo del 2000, con el nombre de Débo-  
rah Berezvidim Waserstein).

Otra alegría fue la de inaugurar de cuerpo presente, su pro-  
yecto de un centro comercial con veinticinco locales en el puerto  
caribeño de Limón, el 3 de enero del 2000 y la de endosar los do-  
cumentos en que asentó una ayuda importante para garantizar“una vejez con dignidad” a la mujer que más amó en el mundo  
después de su madre y su esposa: Antosha Barush, la polaca cris-  
tiana que salvó su vida en Polonia durante el holocausto y que,  
por una pirueta del destino, estaba con él en su casa de San José  
cuando exhaló su último suspiro.

Pasada una nueva emergencia que lo llevó al hospital en di-  
ciembre de 1999, obligando a los médicos a una delicada inter-  
vención quirúrgica en el corazón para tratar de minimizar los gra-  
ves efectos de una arritmia cardiaca, se afianzó más en Samuel la  
certeza de que no pasaría vivo del año 2000.

Tranquilo, agradecido con Dios, amado por su esposa Ra-  
quel y por sus hijos, bajó el ritmo de sus actividades personales  
al comenzar enero y acentuó su amistad con las horas de silencio  
y meditación. El 8 de febrero, en Miami, se presentó una emer-  
gencia con una hernia que padecía su hija Rebeca y anunciaron  
intervención quirúrgica para el día siguiente. Hubo una conver-  
sación del padre angustiado con su esposa y se convino que ella  
marcharía al lado de su hija.

El día 9, Raquel abordó un avión tempranero hacia Miami.  
La despedida del esposo, que se mostraba calmo y distendido, fue  
amorosa y tranquilizadora: “Vete sin temores. Rebeca te necesi-  
ta más que yo”. Y esas fueron las últimas palabras que Raquel  
Goldwasser escuchó de quien fue su compañero de toda la vida.

Después de almorzar y hacer una siesta ese mismo día, Sa-  
muel se refrescó, se puso “a punto”, en ánimo y vestido y descen-  
dió de la planta alta de su casa para sentarse frente al jardín inte-  
rior. Llamó a la empleada de confianza, Rosario Osegueda, y le  
pidió advertir a Antosha -quien había llegado a visitarlo huyen-  
do del invierno de Chicago- y al chofer, que deseaba dar un pa-  
seo por el área rural vecina a la ciudad. Cumplido el encargo,  
Rosario regresó a la cocina a preparar un poco de té. Pasaron  
unos diez minutos y el silencio interior de la residencia se rom-  
pió con un gemido apenas audible de Samuel. Casi de inmedia-  
to, otro más fuerte, que hizo acudir presurosa a Rosario al lado de  
su patrón. El punto final en la vida del heroico judío había sido  
marcado. Sentado con las manos entrelazadas sobre sus rodillas,  
había exhalado su último suspiro. La cabeza inclinada hacia ade-  
lante y el rostro en paz.

A pesar de los esfuerzos de Rosario y Antosha y la acción  
relámpago de Emergencias Médicas, la vida de aquel luchador  
polaco-judío no se pudo recuperar. Se consumió en el misterio y  
allá estará por siempre. Estas páginas son su memoria, su lega-  
do y su advertencia al pueblo judío.

El día 10 de febrero, sus restos mortales fueron sepultados  
en el Cementerio Israelita de San José, en una sencilla tumba con  
una lápida de mármol sobre la que grabaron unos trazos hebrai-  
cos que identifican al desaparecido...

**ABRAHAM**

**A.V.E.**

**ALELUYA**

**ALIYAH**

**AMEN**

**ANGELUS**

**ANUNCIACIÓN**

GLOSARIO

Vivió a principios del segundo milenio  
antes de Cristo. Descendiente de un clan  
politeísta establecido en Ur de Caldea.  
Los judíos le reconocen como su antepa-  
sado. Los cristianos ven en él al padre  
de los creyentes. Los musulmanes ha-  
blan del “amigo de Dios” (Corán).

Aerovías del Valle. Empresa de avia-  
ción que operó en Costa Rica de los años  
cincuenta a los setenta. Su flota estaba  
constituida por aviones Cesna para seis  
y ocho pasajeros, monomotores.

Hebreo: *hallelu-yah,* “Alabad a Dios”.  
Aclamación litúrgica.

“Ascendente”; que emigra a Israel; invi-  
tado a leer la Ley en la Sinagoga.

Palabra hebrea que se utiliza con diver-  
sos sentidos: verdad, confianza, “así es”.  
Decir *amén* es manifestar conformidad  
con lo que se acaba de escuchar.

Oración de la tradición católica recitada  
en la mañana, la tarde y la noche, para  
recordar la anunciación del ángel Ga-  
briel a María sobre el nacimiento de Je-  
sús.

Este texto de Lucas (1,26-38) se presen-  
ta como el anuncio del nacimiento de Je-  
sús. Expresa lo que cree la Iglesia Cató-  
lica sobre Jesús, como hijo de Dios y de  
la Virgen María, su madre.

Nombre que se ha dado a un conjunto  
muy numeroso de escritos judíos publi-  
cados entre los años 170 a.C. y 135 d.C.  
El contenido de la comunicación versa  
sobre el cosmos, la historia universal y  
el destino del Pueblo de Dios o pueblo  
de Israel.

**APOCALÍPTICA**

**ARAMEO**

**ARUBA**

**ASHKQENAZIES**

**ASPERJAR**

**AVEMARIA**

**AZIMO**

Lengua de pequeños clanes árameos que  
tuvo importancia en el año 500 a.C. Se  
convirtió en lengua oficial del Imperio  
Persa que ejercía dominio sobre Oriente  
Medio, desde la India hasta Egipto. Los  
judíos de Palestina la utilizaron hasta el  
siglo II después de Cristo. Es la lengua  
de origen semítico que se hablaba en  
tiempos de Jesús. Es semejante al he-  
breo y utiliza los mismos caracteres.

Isla de las Antillas Holandesas (isla de  
sotavento). País de 193 kilómetros cua-  
drados de superficie. Capital: Oranges-  
tad. Antigua colonia holandesa, inde-  
pendiente desde el 25 de marzo de 1977.  
Judíos alemanes. Judíos del oeste, cen-  
tro y este de Europa, diferentes a los ju-  
díos sefarditas.

Rociar agua con un hisopo. Hisopear,  
esparcir líquido en gotas muy menudas.  
Oración tradicional de los católicos. Po-  
pularizada en el rezo del *Rosario,* que  
consiste de diez Avemarias y cinco Pa-  
drenuestros, divididos en *misterios* y se-  
guidos de letanías.

(Gr. a, privativo, y *dzume,* levadura). Se  
dice del pan sin levadura, no fermenta-  
do. Los judíos le llaman *matsot* cuando  
lo consumen durante las fiestas pascua-  
les, en recuerdo de la huida de Egipto.

La iniciación del niño judío ante la co-  
munidad a los 13 años de edad (Bar-  
mitzvah).

**BAR-MITZVAH**

**BELÉN**

**BETDIN  
BLITZKRIEG**

**BUICK**

**BUNKER**

**CACHUMBOS**

**CALINA**

**CHARRAL**

**CIMITARRA**

**CIRCUNCISIÓN**

**COCINERAS**

(Heb. *bet lehem,* “casa del pan”). Ciu-  
dad de Judea (hoy territorio autónomo  
palestino) ubicada a 8 kilómetros de Je-  
rusalem. Famosa para los cristianos  
porque Jesús nació en ella, igual que su  
antepasado David.

Tribunal judicial rabínico.

“Guerra Relámpago”, mayormente con  
tanques y vehículos blindados, más  
aviación.

Marca de fábrica de un automóvil cons-  
truido en los Estados Unidos, muy popu-  
lar en los años cincuenta.

Refugio fortificado (blindado) muy usa-  
do por las tropas nazis durante la Segun-  
da Guerra Mundial.

Rizos, moños, flecos.

De caliginoso. Especie de nube de calor  
que se debe a masas de polvo en suspen-  
sión, elevada por el aire ascendente cáli-  
do.

Matorral. Conjunto de plantas herbá-  
ceas y espinozas.

Especie de sable curvo, muy afilado,  
usado por los turcos y los persas.

Ablación del prepucio. Primitivamente  
era un rito de iniciación a la vida sexual,  
mediante la sangre. Rito de integración  
en la comunidad de Israel en el signo de  
pertenencia a la Alianza sellada por Dios  
con Abraham y sus descendientes. A  
partir del Exilio, se vuelve signo distin-  
tivo de los israelitas.

Mariposa (Lepidóptero) pequeña de co-  
lor amarillo. Sur de Costa Rica.

|  |  |
| --- | --- |
| **COFRADÍA** | Asociación de personas devotas para un fin religioso. |
| **COLIPATOS** | Mariposa (Lepidóptero) verde tornasol y negro, que emigra dos veces al año. |
| **CONCELEBRADA** | Misa (Rit. Católico) celebrada por va- rios sacerdotes en que todos juntos con- sagran el pan y el vino. |
| **COSTA RICA** | País de la América Central, de 4,5 millo- nes de habitantes (1.999) que limita al norte con Nicaragua y al sur con Pana- má; al este con el Mar Caribe y al oeste con el Océano Pacífico. Superficie de 51.100 km . |
| **CRISTO** | (Gr. *Christos* “ungido”, “consagrado por la unción”). Traducción del hebreo *mashiah* que derivó en “mesías”. |
| **DACHAU** | Campo de concentración de “mala me- moria” durante la Segunda Guerra Mun- dial. |
| **DEICIDA** | Asesino de Dios. Acusación que se lan- zó sobre el pueblo judío por la muerte de Jesús, el Cristo. Cargo gratuito ya reti- rado, y por el que ha pedido perdón la Iglesia Católica en un *mea culpa* del Pa- pa Juan Pablo II, el polaco Karol Wojty- la. |
| **DIASPORA** | Dispersión de los judíos que viven fuera de Palestina por todo el mundo. |
| **DRUMLIN** | Lomerío. Colinas alargadas y ovaladas en parajes de modelado glaciar. Están formadas de material arrastrado por el hielo, derrubios. Material morrénico. |
| **EDÉN** | Nombre de un lugar sin localización ge- gráfica precisa. Según Génesis (2,8), “Dios plantó un jardín en Edén, en Oriente”. |

**EINZATZGRUPPEN** Grupo nazi preparado para la extermina-  
ción de los judíos.

La “Tierra Prometida”, tierra de Israel,  
antigua Palestina.

**ERETZ-ISRAEL**

**ESCAPULARIO**

**EUCARISTÍA**

**FARISEO**

**FILACTERIA**

**FOSIL**

**FÜHERER**

**GALIMATÍAS**

**GAÑÁN  
GARÚA  
GEHENA**

Parte del hábito de algunas órdenes reli-  
giosas católicas, que se lleva a través de  
la cintura o sobre la túnica o vestidura.

Sacramento a través del cual, según la  
doctrina católica, el pan y el vino se con-  
vierten en cuerpo y sangre de Cristo por  
las palalbras que pronuncia el sacerdote.  
En general: misa, o asamblea eucarísti-  
ca.

Miembro de una antigua tendencia reli-  
giosa del judaismo, de observancia rigu-  
rosa y formal de la Ley Mosaica. Díce-  
se del hombre hipócrita.

(Gr. *phylacterion,* “lo que protege”;  
Heb. *tephilliri).* Estuche que guarda pe-  
queños pergaminos en que están inscri-  
tos diversos versículos bíblicos. Los ju-  
díos piadosos la llevan en los brazos o la  
frente durante sus oraciones.

Se aplica a sustancias de origen orgáni-  
co, petrificadas, que pertenecen a una  
geología del pasado. Huesos, plantas,  
madera, carbón, conservados en una ro-  
ca.

Jefe (*Führer*). En el caso de Adolfo Hi-  
tler, también Comandante en Jefe del  
ejército de Alemania en tierra, aire y  
mar.

Lenguaje oscuro, confuso y enredado.

Mozo o peón de labranza.

Llovizna muy débil.

(Heb. *Ge-hinnom).* Barranco o agujero  
al sur de Jerusalén donde se hallaba el  
“quemadero” en el cual, según el rito ca-  
naneo condenado por la Biblia, se sacri-  
ficaba a los niños utilizando el fuego.

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
| Lugar de tortura de los pecadores des- | | |
| pues de la muerte. Infierno.  **GENIZAH** Depósito de escritos sagrados.  **GENOCIDIO** Destrucción metódica, total o parcial, de  un grupo étnico, nacional, racial o reli- gioso, como tal. Por ejemplo, la depor- tación y exterminación de los judíos por - los nazis.  **GENUFLEXIÓN** Acto de doblar la rodilla en señal de re-  verencia.  **GEOMORFOLOGÍA** Estudio de las formas del relieve terres- tre.  **GET** Un decreto judío de divorcio.  **GHETTO** Al principio de la historia, barrio judío,  separatista. Luego, zona de encierro de tendencia racial. En los años treinta y cuarenta, lugar de concentración forzada para judíos. | |  |
| **GLACIACION** | Acción de los glaciares, incluyendo la erosión y la deposición de los materiales arrastrados. |  |
| **GLACIAR**  **GNEIS**  **GRANITO**  **GRANODIORITA**  **GREGORIANO** | Masa o río de hielo formados a partir de la nieve que se ha aglomerado en partes altas de las montañas y que baja por su propio peso por las laderas.  Roca metamórfica exfoliada de grano grueso, con zonas o “fajas” de cuarzo y feldespato.  Roca plutónica acida que se compone esencialmente de cuarzo, feldespato y mica. Es la roca intrusiva más común en la corteza terrestre.  Roca plutónica acida de gran grueso conteniendo cuarzo, plagioclasa, orto- clasa, biotita y homblenda.  Canto litúrgico de la iglesia católica ro- mana, según la forma con que aparece en el siglo IX. | ■ |
| 1 |  |  |

**GUAGUA**

**HAGANAH**

**HANUKA**

**HAZZAN**

**HEBREO**

**HEDER**

**HEREJE**

**HIROSHIMA**

**HISTADRUT  
HOLOCAUSTO**

En quechua, “pequeño”, “joven”. Cuba-  
nismo (aplica en otros puntos de la Anti-  
llas) para designar el autobús de pasaje-  
ros.

Fuerza de defensa judía primariamente  
bajo el mando británico, que se convirtió  
en la base del ejército judío de Israel.  
Celebración que conmemora la victoria  
de los macabeos sobre los griegos paga-  
nos. La Hanuká es para los judíos un  
festín ritual.

Jefe litúrgico de las oraciones.

Lengua semítica, junto con las de Meso-  
potamia, el arameo, el árabe, etc. El he-  
breo es la lengua del Antiguo Testamen-  
to. Se dice también “pueblo hebreo”.  
O *cheder,* escuela primaria judaica.

Cristiano que en materia de fe profesa  
doctrina contraria a la Iglesia Católica.  
Ciudad japonesa sobre la que se hizo ex-  
plotar la primera bomba atómica. Esa  
bomba fue llamada Little Boy, con carga  
de uranio 235 y peso de 4.500 kilogra-  
mos. Explotó a 600 metros de altura el  
día 6 de agosto de 1.945. Causó arrasa-  
miento total en 12 kilómetros cuadrados  
de superficie: 70.000 casas y edificios  
destruidos, 75.000 muertos y 130.000  
heridos. Su explosión tuvo la equivalen-  
cia de 200.000 toneladas de TNT.

Federación de obreros de Israel.

(Gr. *halos,* “entero”, “total” y *kausis,*“acción de quemar”). Es el sacrificio ri-  
tual de un animal (Antiguo Testamento).  
Sacrificio expiatorio. Se emplea para  
referirse al exterminio de seis millones  
de judíos por los nazis en la Segunda  
Guerra Mundial, aunque muchos prefie-

ten la historicidad de Jesús, pero no re-  
conocen en él al Mesías prometido por  
Dios para la liberación de Israel, tampo-  
co su divinidad ni el dogma de la Trini-  
dad. Ellos siguen esperando al mesías.  
El Islam ve en Jesús a un profeta precur-  
sor de Mahorna.

**KIBBUTZ**

**KIDDUSH**

**KNESSET  
KOSHER**

**KYRIE ELEISON**

**LATERITA**

**LETANÍA**

**LUFTWAFFE  
MARABUNTA**

**MENORAH**

**MIASMA**

**MIDRASH**

**MISA**

Asentamiento judío de propiedad co-  
mún, preferentemente agrícola.

Bendición del vino que precede al Sab-  
bath.

Parlamento de Israel.

Los alimentos que se ajustan a las leyes  
dietéticas judías o Kashrut.

Invocación griega que se dice en la pri-  
mera parte de la misa, cuyo significado  
es “Señor, ten piedad”.

Depósito residual de rocas ígneas. Con-  
tiene óxidos de hierro hidratados. Arci-  
lla color rojizo.

Plegaria en forma de rogativa que se ha-  
ce siguiendo cierto orden establecido.  
En la religión católica, parte del Rosario.  
Fuerza aérea de la Alemania nazista.  
Hormiga legionaria del género *Eciton.*Forma enjambres que arrasan con todo a  
su paso. Típica de Brasil.

Lámpara de siete brazos usada en el  
templo. Candelabro de ocho brazos usa-  
do en el Hanuká.

Emanación que se desprende de cuerpos  
podridos. Materia corrupta, o aguas fé-  
tidas estancadas.

Exposición o recopilación de las Escri-  
turas judías.

Asamblea, Eucaristía. Ritual católico.  
Un oficio litúrgico durante el cual sacer-  
dotes y fieles reproducen al última comi-

**MISHNA**

**MOHEL  
MONOTEÍSMO**

**MORPHUS**

**MOSAD**

**MUCÍLAGO**

**NAGASAKI**

**NAZI**

**NEMOTECNIA**

**NOVENA**

**PANZER**

da de Jesús con sus discípulos antes de  
su muerte.

Versión codificada de la Ley Oral judía.  
Circuncidador.

Doctrina teológica de las religiones ba-  
sadas en la existencia de un solo Dios.

Mariposa (Lepidóptero) de color celeste,  
tornasol o iridiscente, llamada popular-  
mente “Pavona” por los campesinos cos-  
tarricenses. Es una de las más grandes y  
vistosas de las selvas tropicales america-  
nas.

(También *Mossad).* Servicio secreto de  
Israel.

Sustancia viscosa que se halla en ciertas  
partes de algunos vegetales.

Segunda ciudad japonesa destruida por  
el poder atómico. Se usó una bomba de  
5.000 kilogramos con carga de plutonio  
y mecanismo de implosión, llamada por  
la aviación de Estados Unidos *Fat Man.*Una superficie de 5 kilómetros cuadra-  
dos quedó totalmente arrasada. Hubo  
36.000 muertos y 45.000 heridos. El ca-  
lor epicentral de la explosión fue de  
6.000 grados centígrados.

Perteneciente al Partido Nacioalsocialis-  
ta Alemán *(National Sozialistische  
Deutsche Arbeiterpartei).*

Arte de la memoria. Claves para grabar  
en la memoria hechos y cifras, nombres  
de personas y detalles de lo que se ob-  
serva o se escucha.

Conjunto de oraciones y rogativas que  
en la tradición del catolicismo se reza  
durante nueve días.

Tanque liviano, armado con ametralla-  
doras y un cañón de 75 mm. al que los

|  |  |
| --- | --- |
| / | ren actualmente que se use la palabra *Shoah* (catástrofe). |
| **HOSTIA** | Lat *hostia*, “víctima”. Pan ázimo, sin le- vadura, en forma circular que los sacer- dotes católicos consagran y reparten a |
| **IRAZÚ** | los fieles en las misas.  Volcán de 3.432 metros de altitud en la Cordillera Volcánica Central de Costa Rica. Su última y fragorosa actividad se mantuvo de marzo de 1.963 a diciembre de 1.965. Actualmente mantiene fuma- rolas activas en su falda norte. |
| **IRGUN** | Ala militar clandestina de los revisionis- tas de Israel entre los años 1.931 al .949. |
| **ISLAM** | Religión monoteísta revelada al Profeta Mahoma. El Islam está dividido en se- tenta y dos sectas de las cuales las prin- cipales son los Sunitas y los Chiitas. En 1.975 tenía 650 millones de fieles. 0 |
| **JEEP** | Vehículo dobre tracción fabricado por la Willis en Estados Unidos. Fue el vehí- culo oficial del Ejército de Estados Uni- |
| **JEHOVÁ** | dos en la guerra mundial y en Vietnam. Heohovah o Yahve (tetragrama), nombre construido a través de las consonantes del nombre divino YNVH, que se exigía a los judíos no pronunciar por respeto. Señor, Dios. |
| **JESÚS** | Heb. Yeshoua y Yehoshoua, es decir, Dios Salvador. Jesús es la figura central del Nuevo Testamento. Su existencia histórica está confirmada por los histo- riadores antiguos Flavio Josefo (93 d.C.), Plinio el Joven (112 d.C.), Tácito (116 d.C.) y Suetonio (120 d.C.). De su vida se sabe poco, pues los Evangelios no son una biografía de Jesús. Los cris- tianos ven en Jesús al Cristo, el Mesías. Le llaman Jesucristo. Los judíos admi- |

**PANZERGROUPPE**

**PEARL HARBOR**

**PIYYUT  
PROGROMO**

**RABINO**

**ROSH HA-SHANA  
SABBATH**

**SEFARDITA**

**SHEMA**

**SHOET**

**SHOFAR**

**SIDDUR**

**SLOTY**

**STUKA**

nazis le dieron buen blindaje y una velo-  
cidad alta para ataques sorpresa.

Grupo de *Panzers,* o soldados adscritos  
a este cuerpo blindado.

Puerto en Hawaii que fue atacado por la  
aviación japonesa hundiendo la tercera  
parte de la flota de Estados Unidos. Du-  
rante muchos años las historiadores han  
señalado que Roosevelt pudo haber evi-  
tado ese ataque porque había sido infor-  
mado cuatro días antes por los servicios  
de espionaje, pero que lo dejó pasar pa-  
ra tener base y declarar abiertamente la  
guerra a Alemania y a Japón.

Poesía litúrgica en hebreo.

Grupos antisemitas, organizados en toda  
Europa. Asediaban, denunciaban y ma-  
taban a los judíos o los entregaban a los  
nazis. También robaban los bienes de  
los judíos.

O *Rabí.* Literalmente: maestro. Mejor:  
maestro religioso.

Festividad del Año Nuevo judío.

Tiempo de guardar, desde el anochecer  
del viernes al anochecer del sábado.  
Judío mayormente de origen español.  
Proveniente de Sefarad (España).  
Confesión judaica de fe.

Matarife ritual. Carnicero, sacrificador  
de animales.

Cuerno de camero usado en la liturgia.  
Libro de oraciones.

Unidad monetaria de la República de  
Polonia.

Abreviación de *Sturzkampfflugzeug.*Avión alemán de combate, que poseía  
una sirena estridente para sembrar terror  
cuando picaba. Capaz de desarrollar  
una potencia de 9.000 caballos, con mo-

tores Junkers 211-Al; armado deudos  
ametralladoras MG-17 en las alas, una  
MG-15 en la torreta. Transportaba una  
bomba de 500 kilogramos y cuatro adi-  
cionales de 50 kilogramos. Velocidad de  
ataque 350 kilómetros por hora. Fueron  
los que destruyeron literalmente Varso-  
via y Lodz.

**SUKKOT  
SVASTICA**

Festival de los Tabernáculos.

*Hakenkreuz,* cruz gamada adoptada co-  
mo símbolo por los nazis. Antiguamen-  
te fue usada en la India como motivo de  
buen augurio o buena suerte.

**TALLIT**

**THORA**

Chal de oraciones.

El Pentateuco o los rollos que lo contie-  
nen, todo el cuerpo de la Ley y el saber  
judíos.

**YIDDISH**

**YOM KIPPUR**

**ZOMBI**

Otra de las antiguas lenguas semitas jun-  
to al hebreo y arameo.

Día del Perdón.

Dícese en Haití que los zombis son seres  
vivos que por magia han sido converti-  
dos en esclavos autómatas, algo así co-  
mo muertos vivientes. También en el  
vudú haitiano, se habla de muertos que  
son “revividos” para que estén al servi-  
cio de los poderosos en los cañaverales y  
haciendas. Maldición de Vudú.

ANEXOS



Fotografía de la madre de Samuel Waserstein, Chaja Kahn, quien murió  
quemada en el incendio provocado en el granero en Jedwabne - 1941.

Antonina Wirzykowska y su protegido Samuel Waserstein.  
Polonia - 1945.

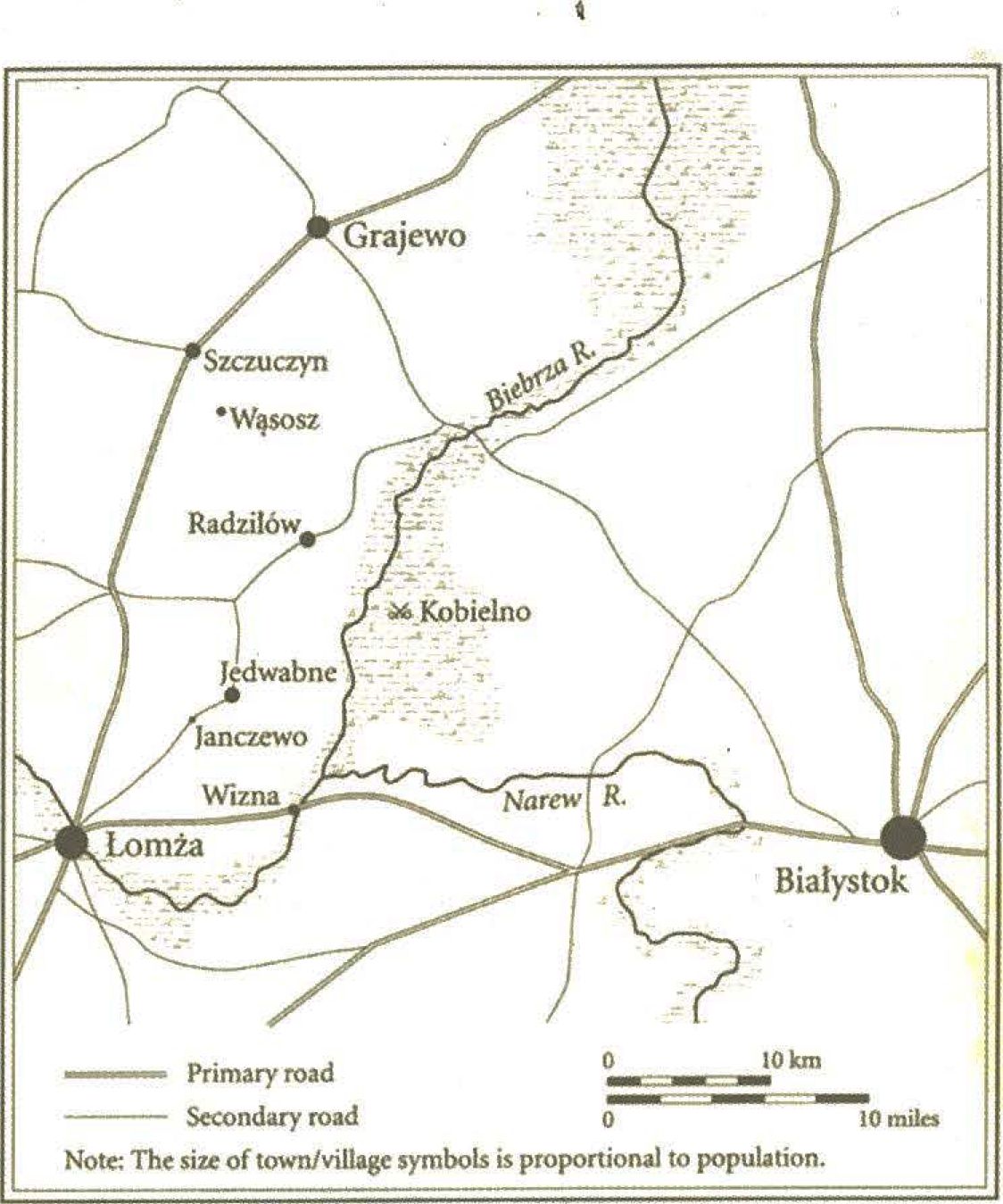


4



Samuel Waserstein, antes de salir de Polonia - 1945.

Mapa de la región donde se encuentra Jedwabne,  
escenario de los crímenes.

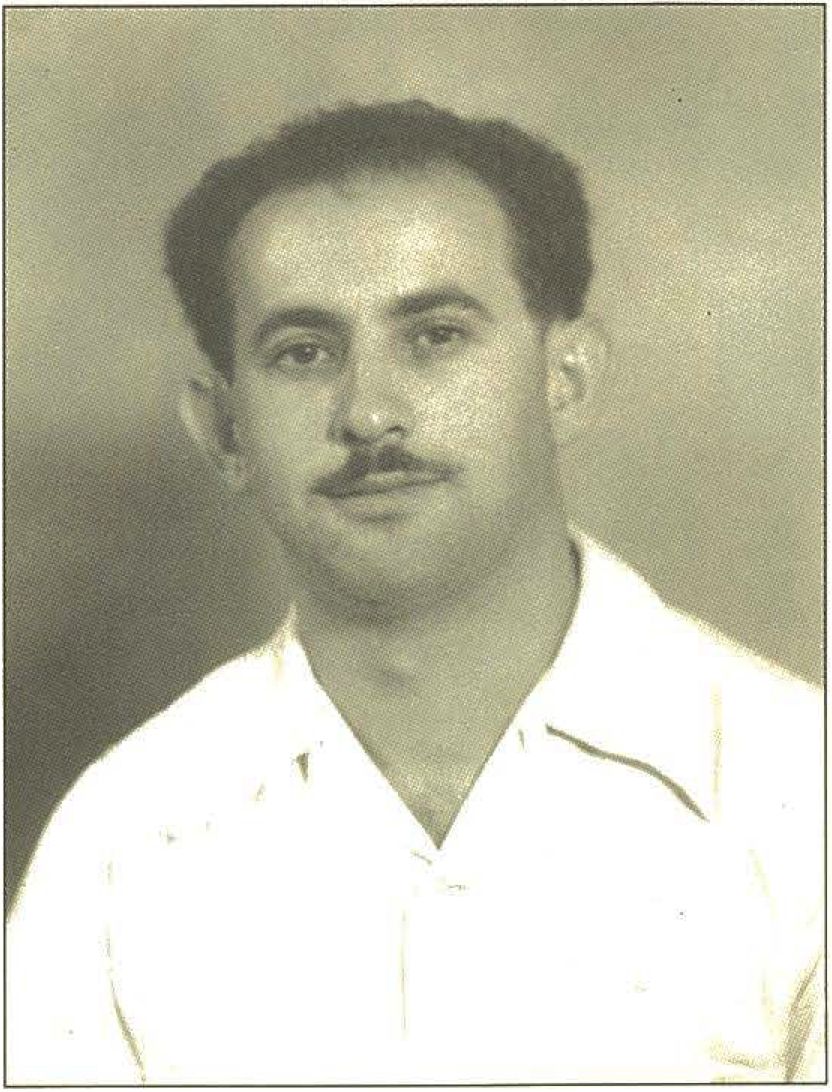




Excavaciones de uno de los cementerios clandestinos - 1945.



Posteriormente, lugar donde se hizo el monumento “La Piedra de la Mentira”.



Samuel Waserstein cuando llega a La Habana, Cuba - 1945.

La denuncia — 339

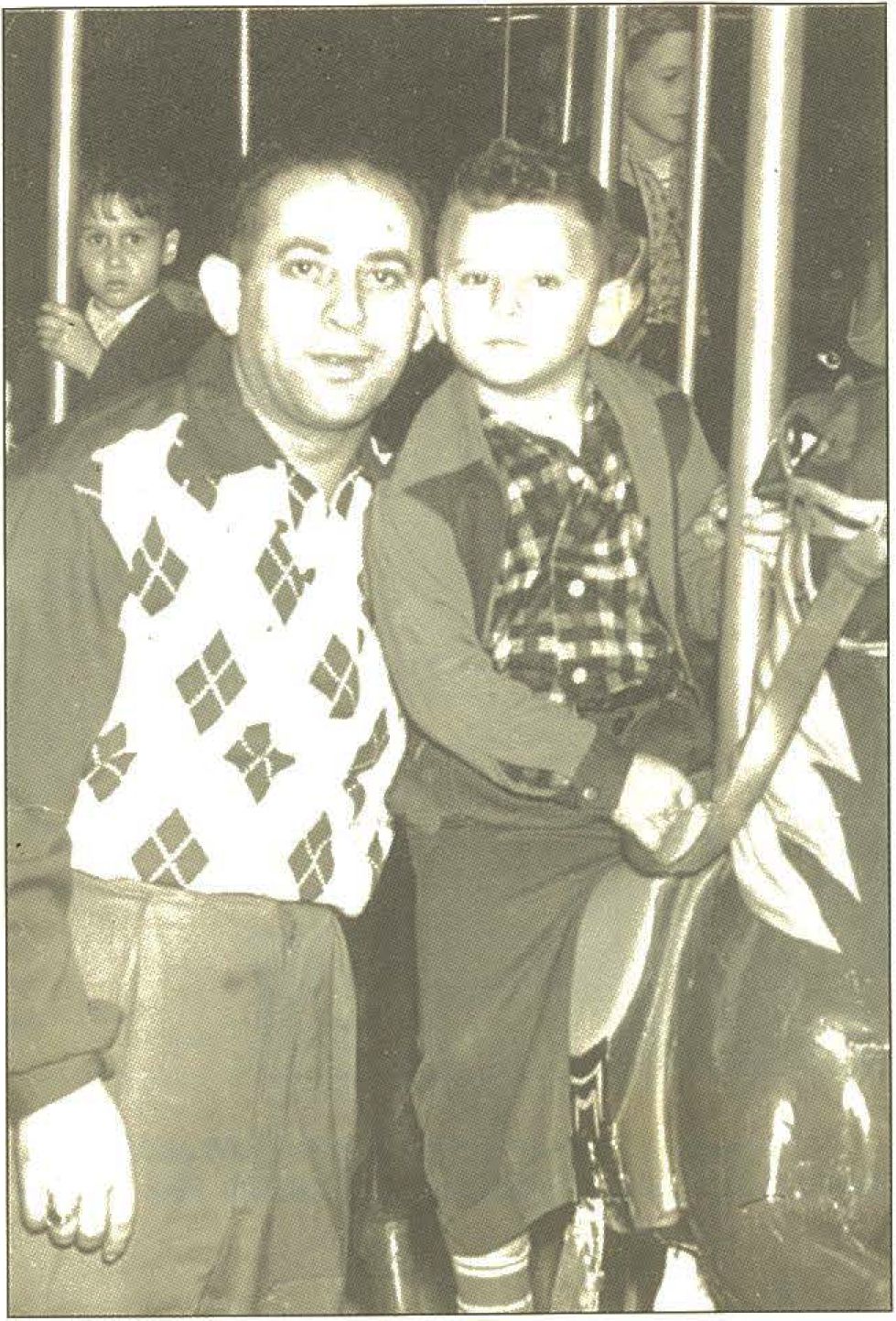
■ L

Samuel Waserstein y Raquel Gooldwasser.

La Habana, Cuba - 1947.

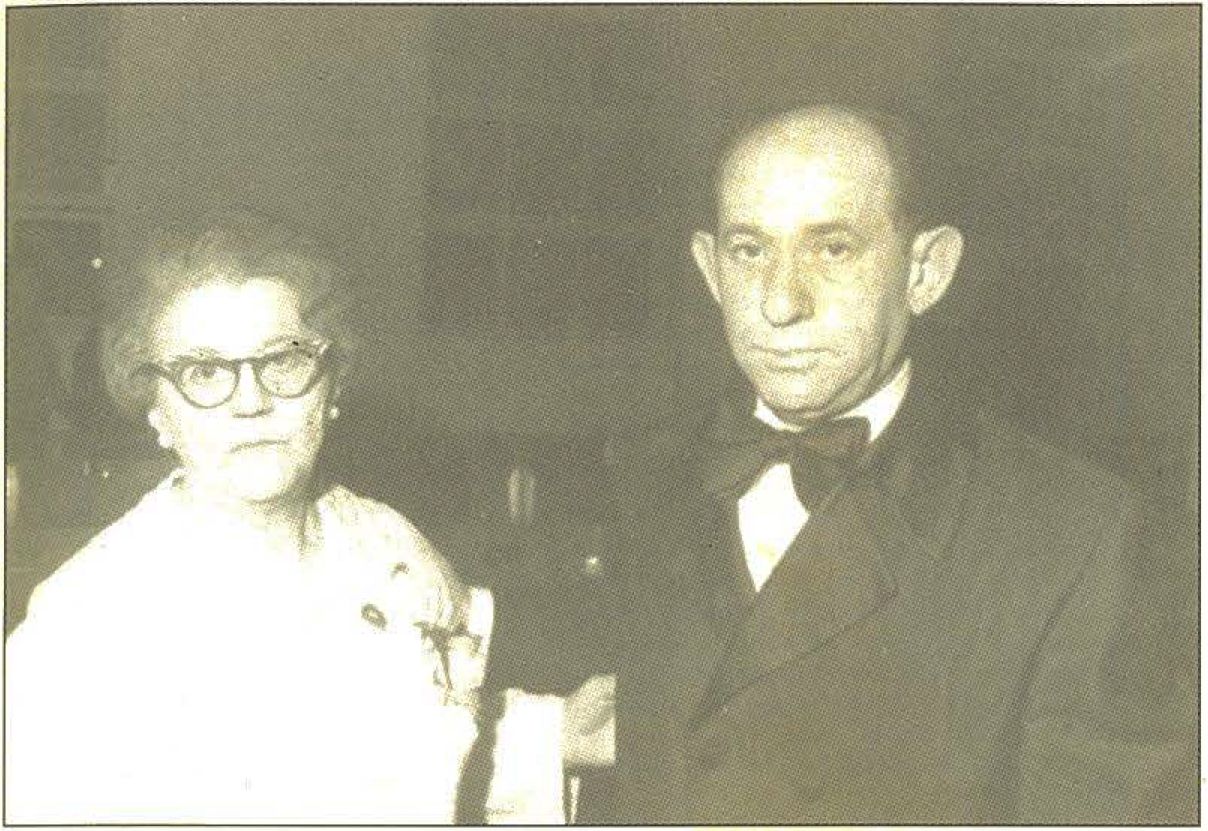


Samuel Waserstein con su primogénito Issac Waserstein.  
La Habana, Cuba.

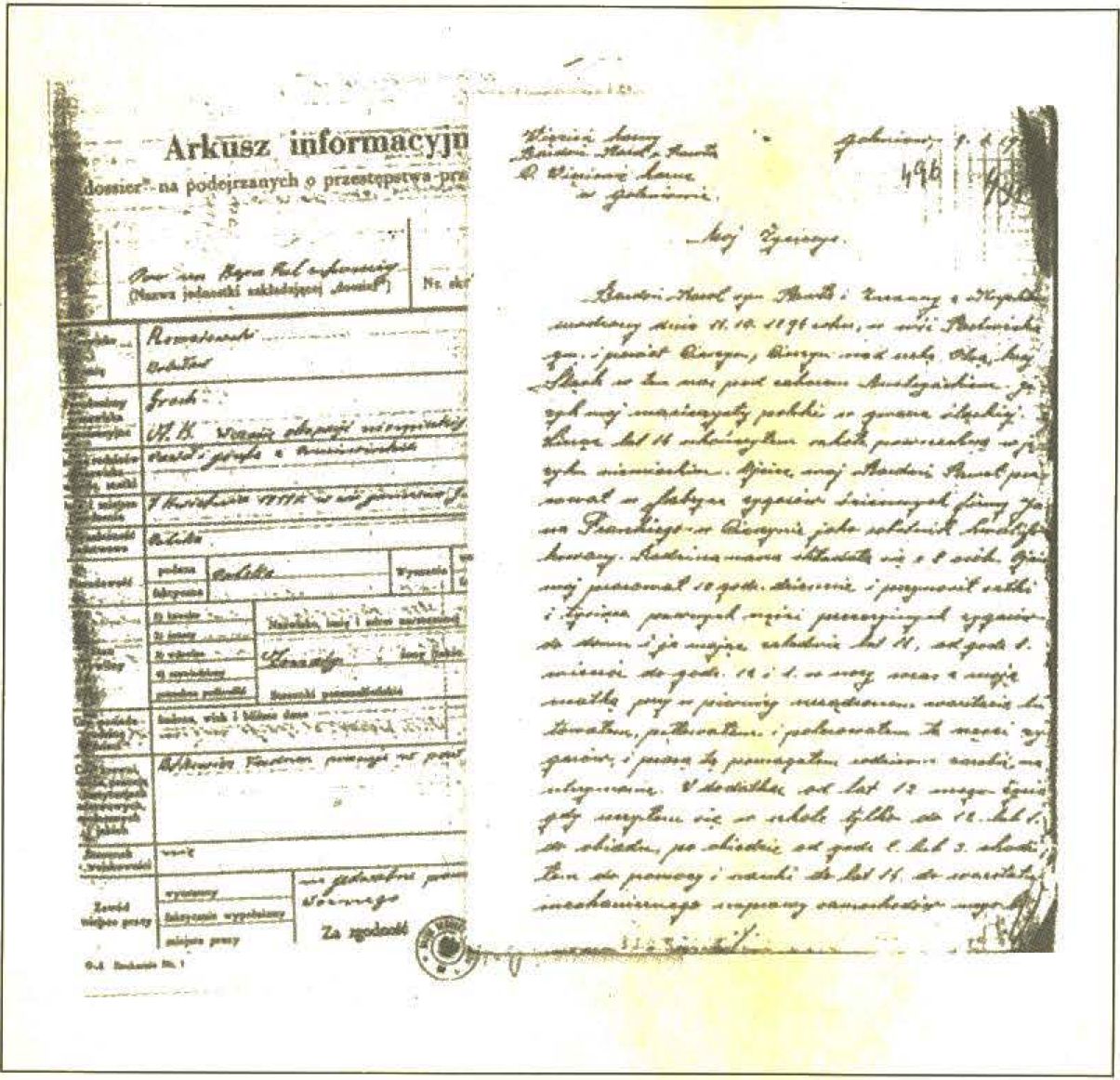




Samuel Waserstein, su esposa Raquel Gooldwasser  
y sus hijos Saúl, Gerardo y Rebeca (ausente su hijo Issac) - 1963.



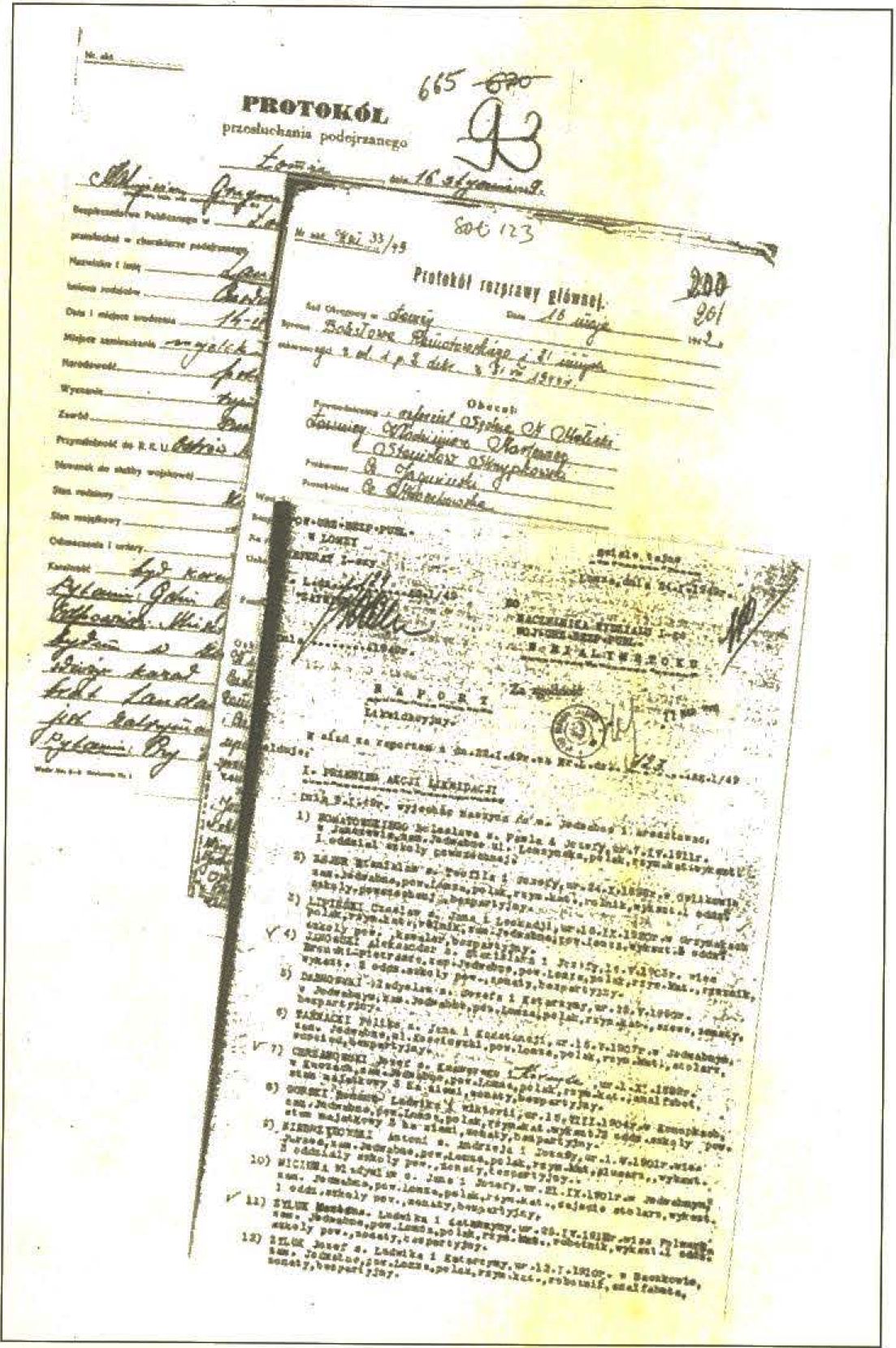
Samuel Waserstein y su suegra Haya Tumowska.



Actas de recibimiento de denuncia, presentadas por el autor.  
Polonia - 1945.

Actas de la denuncia presentada por el autor.

Polonia - 1945.



Mi padre siempre se sintió en  
el deber y en la necesidad de  
dar testimonio de un acto de  
barbarie, ejecutado por seres  
humanos de los que aún hace  
muy poco tiempo nadie sospe-  
chaba que podían haber toma-  
do parte en uno de los más  
abominables crímenes de la  
historia. En este testimonio fi-  
guran verdaderos gritos de ad-  
vertencia sobre las terribles  
consecuencias del olvido.

Tras la muerte de mi padre, la  
publicación de este libro fue  
para mí un imperativo porque,  
si en aras de nuestra comodi-  
dad propiciáramos el olvido,  
seríamos los primeros traidores  
de las víctimas, los primeros  
traidores de nuestros padres y  
los primeros condenados por  
nuestras propias conciencias.  
Por muy torturante que sea el  
recuerdo, debemos mantenerlo  
para que la injusticia aquí des-  
crita no se repita jamás.

